

Jose Serralvo

La sombra de los perros románticos

Prólogo de Juan Bonilla

Epílogo de Valerie Miles



Navona

Jose Serralvo
La sombra de los perros románticos
Navona

Primera edición

Mayo de 2026

Publicado en Barcelona por Editorial Navona

Abacus Futur S.L.

Peu de la Creu 4, 08001 Barcelona

navonaed.com

Edición de mesa y producción Mar Meruelo

Maquetación y corrección Editec Ediciones

Diseño gráfico Alex Velasco

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Ilustración de cubierta Fede Yankelevich

eISBN 978-84-10180-92-5

© Jose Serralvo, 2026

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria.

© del prólogo: Juan Bonilla, 2026

© del epílogo: Valerie Miles, 2026

© de la presente edición: Editorial Navona, 2026

Todos los derechos reservados.

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.



ÍNDICE

[Prólogo de Juan Bonilla](#)

[La parte de la infancia](#)

[La parte de los chilenos perdidos en México](#)

[Revoluciones efímeras](#)

[La parte de la poesía salvaje](#)

[Nuevos comienzos en el viejo mundo](#)

[La parte en la que caza cabelleras](#)

[La parte de la fama](#)

[Epílogo de Valerie Miles](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

Prólogo

Inverosímilmente, aún no le han dado el Premio Cervantes de Literatura a Roberto Bolaño. Las bases de dicho premio estipulan que se entregará a un autor vivo cuya trayectoria lo haga destacar por su excelencia, reconocimiento e influencia, de donde debemos entender que los sucesivos jurados de tan prestigioso galardón no tienen muy claro el significado de «autor vivo» y entienden que, al haber muerto la persona, con ella también murió el autor. A todos los necrólogos de escritores se les hincha la prosa en el remate de sus notas, para ofrecer consuelo, y aseguran que, aunque los difuntos hayan partido y ya no vayan a conceder más entrevistas o producir nuevas obras maestras, seguirán latiendo en sus libros, ese milagro del alma (por combatir el estúpido «tragedia del alma» que les atizó a los libros, a la palabra impresa, el agónico Unamuno). ¿En qué quedamos? ¿Permiten las obras de un autor mantenerlo vivo tras su muerte? Si la respuesta es que sí, ¿por qué impide que se reconozca una trayectoria de influencia creciente la circunstancia de que esa trayectoria haya sido interrumpida por la muerte? ¿No impera un criterio médico por encima del literario en esos fallos? Si imperara un criterio económico, ¿no habría que darle el premio a los autores que más dinero movieran y, por tanto, entre los escritores, profesores y críticos que suelen integrar los jurados sería de desear que se intercalara también algún inspector de Hacienda? Si por autor vivo entendemos lo que de veras significa, me parece que caben pocas dudas de que Roberto Bolaño es, desde hace ya varios lustros, uno de los autores más vivos e influyentes de la literatura en español; sus libros no dejan de reimprimirse en muchos idiomas, se elaboran minuciosas tesis doctorales sobre él —por ejemplo, la de José Manuel García Gil sobre los delitos y las penas en su obra narrativa, de dimensiones monstruosas—, catálogos de exposiciones, etcétera. Si eso no es un «autor vivo», yo no sé. Aprovecho, pues, el primer párrafo de esta intervención para reclamar no que cambien las bases del premio mayor de nuestras letras, sino que sencillamente los componentes del jurado den un sentido más exacto a la expresión «autor vivo» y no les tiemble la decisión a la

hora de concedérselo a Bolaño o a Javier Marías.¹ Si se mira la lista de los premiados en los últimos años, se ve cómo el criterio médico ha permitido que luzcan el galardón autores que no solo no tienen la menor influencia en nuestra producción, sino que su mayor virtud literaria es la salud. Ya sé, ya sé que según lo que propongo, y dado que todos los años amanece alguna nueva edición de *Don Quijote* o se reúnen poemas de Lope de Vega, también ellos están vivos, porque uno de los milagros de la literatura expresado en una mesa de novedades editoriales es igualar a un treintagenario con alguien que murió hace doscientos años, y por lo tanto podrían pelear por el galardón Calderón y Garcilaso, Lázaro de Tormes y Galdós. Dado que no se sabría a quién destinar la suma que ofrece el premio, porque no creo que se conozca a sus herederos, podría sencillamente especificarse que se lo disputarán aquellos autores vivos —es decir, cuyas obras siguen reimprimiéndose y leyéndose, con independencia de que no haya un teléfono donde alcanzarlos a no ser que se utilizase la güija— que aún generen derechos de autor. Lo siento por Chaves Nogales, pero algún tope habrá que poner para no acabar dándole el Premio Cervantes a Per Abbat.

A la mucha bibliografía que ha deparado ya el aún no premiado Bolaño se agrega ahora esta «vida» escrita por Jose Serralvo. Las biografías de escritores se leen o porque nos interesan esos escritores y estamos convencidos de que en el relato de sus vidas podremos completar el mapa que nos hemos hecho de quienes compusieron libros que nos acompañaron, o porque —sin haberlos leído o habiéndolos leído poco o no habiéndolos disfrutado— intuimos que sus vidas fueron lo suficientemente radiantes como para deparar un relato —a menudo más fascinante que sus obras—. Si consulto la memoria en pos de biografías de autores que me gustaron mucho, apenas me extraña que algunas de las más destacadas girasen en torno a letraheridos cuyas obras apenas me interesan: D'Annunzio, Gorki, Malaparte..., mientras que las que leí porque sus protagonistas eran autores predilectos (Nabokov, Borges, Dinesen) siempre me parecían ineficientes, por bien hechas que estuviesen y por muchas llaves que prestasen para acceder a

pasadizos por los que no había transitado. Por suerte, no extraigo ninguna ley de esa experiencia, supongo que se debe más a lo que sucede antes de leer un libro —es decir, la expectativa— que a los méritos o desventuras de los biógrafos. También al propio cúmulo de conocimientos que tenga uno antes de emprender una lectura —no saber nada de Gorki y saber demasiado de Borges sin duda ayuda a que la biografía del primero me entusiasmase más que todas las que he leído del segundo—. Pero lejos de mi intención hacer de mi propia experiencia norma, aunque acaso me sirva para decantar qué va buscando uno en las vidas de los escritores que lee: tanto los hechos principales de su trayecto como indagaciones afinadas en sus obras, de manera que si no los tiene leídos pueda utilizar sus biografías como puerta de entrada (y si sí los leyó, acabe dichas biografías recalando con mirada nueva en textos que creía conocer). No es inhabitual que uno se encuentre a menudo con vidas fascinantes que depararon obras que apenas le fascinan —o que solo le fascinaron por cuestión de edad, como *Lautréamont* en la adolescencia; ya me dice poco, y esa escena de la tortura de un bebé, escrita solo para espantar el buen gusto burgués, me parece ahora un barato recurso de serie Z—, ni que, tras leer las alucinantes andanzas de D'Annunzio, se te duerman las piernas tratando de luchar contra las espesuras de sus engalanadas páginas, tan marchitas ya. Curiosa suerte la de la biografía de escritores como género literario: está obligada a hacer literatura y a menudo no le queda otra que asesinar aquello mismo que le da pie, pues se supone que todo biógrafo acaba interesado por una vida porque una obra literaria lo condujo a ella.

Aquí es imposible saltar por aquella distinción que Borges hacía entre escritores de la vida y escritores de la literatura, distanciando dos territorios en una operación retórica falaz, pues sin el primero, el segundo no es posible. Borges estimaba que había autores que se lo debían todo a lo vivido y otros que se lo debían todo a lo leído: él pertenecía al segundo grupo, dado que su literatura nacía de la literatura —es decir, de su experiencia como lector—, mientras que Jack London, por ejemplo, pertenecía al primer grupo —fueran más

o menos biográficos, sus cuentos se lo debían todo a sus experiencias como buscador de oro, marino o boxeador—. Nada más injusto que aceptar esta distinción, porque buscadores de oro, marinos y boxeadores hubo y hay miles, y lo que hace que Jack London sea un gran cuentista no fueron solo sus experiencias en dichos trabajos, sino el hecho de haber encontrado en la literatura — mediante la lectura— un vehículo idóneo para estampar, transfiguradas, sus experiencias. Así que no pertenece menos al segundo grupo que el propio Borges, como este no pertenece menos al primero que Jack London (por lo mismo, hay miles de lectores incapaces de producir —al considerar la lectura como un fin en sí mismo, no un trampolín para producir literatura— un solo cuento digno, y que cada uno de los relatos de Borges seguramente tenga un pie en algo leído no aleja a esos relatos de su modo de estar en el mundo, es decir, de lo vivido, de la experiencia, porque otra cosa sería hacer escapar al acto de leer de la tarea en que se inscribe, o sea, la de vivir). Perfecto ejemplo de síntesis entre esos dos grupos en que dividía a los escritores Borges podría ser Roberto Bolaño. Lo vivido y lo leído pesan en su obra con igual densidad. No es raro que para él la literatura fuera un activismo. Tampoco que el héroe esencial de sus narraciones sea el poeta (o bien el poeta joven, maximalista, o bien el poeta olvidado, el autor de culto con un pasado enmarañado de secretos e involucrado en ese relato, a menudo falaz, que conocemos como la historia).

Expresada en forma de telegrama, caben pocas dudas acerca de lo fascinante, como relato, de la vida de Roberto Bolaño. Nacido en Chile, criado en Valparaíso y Viña del Mar, sus padres se desplazan en busca de mejor fortuna al México de finales de los sesenta, donde los sorprende la matanza de Tlatelolco. Unos años después regresa a Chile para vivir la esperanza que traía pegada a la sombra Allende y allí vive el golpe de Pinochet: es como si fuera sembrando hechos dramáticos por donde pasara. En México de nuevo, afiliado al arte de perder, ayuda a fundar un ismo —el último ismo— para agregar un epílogo a la historia de las vanguardias: el infrarrealismo. Todo eso generaría episodios y personajes de los que daría buena

cuenta en sus ficciones, porque, como se ha apuntado antes, si hay alguien que sintetiza bien las dos opciones de las que hablaba Borges —escritores de la vida/escritores de la literatura— es sin duda Bolaño. Cuando abandona América para instalarse en España, además de escribirse con el apóstol máximo de nuestra última vanguardia, Carlos Edmundo de Ory, fundador del postismo, tiene que ganarse la vida con lo que vaya saliendo, concursa en cuanto certamen literario le ponga sus bases a tiro, gana algunos y hasta mediados de los años noventa no verá cómo una editorial de repercusión nacional le compra los derechos de un libro: *La literatura nazi en América*, el volumen en el que lo descubrí. La fachada era borgiana, no así los adentros: una serie de aparentes retratos biográficos que ocultaban relatos sobre autores totalitarios y que trazaban una cartografía del horror como forma poética en América (la poesía, como la fotogenia, le sabe sacar partido a lo terrible). Había en aquel volumen una voz enérgica, rápida y honda a la vez, distinguida. No era complicado hacerse fan, sobre todo cuando poco después el último de los textos acogidos en dicha obra deparó la *nouvelle Estrella distante*, que además convertía a Bolaño en autor de Anagrama, desde donde empezó a disparar todo lo que ya tenía guardado en los cajones de su escritorio o iba componiendo con la velocidad de quien intuye la proximidad del horizonte.

Fueron sus años pletóricos. En entrevistas y artículos soltaba la lengua en plan guerrillero contra la literatura mercantil. Ese arquetipo que más o menos formulaban sus ficciones —el poeta americano sumergido en un clima de violencia y exasperación, de enfermedad y locura, ya fuera una escritora encerrada en un baño, o un César Vallejo con ataque de hipo, o un cura de tertulia en una casa en cuyos sótanos se tortura, o unos detectives salvajes en pos de una figura mítica— se correspondía con su imagen desaliñada, de criatura que ha visto de cerca el horror y aun así sabe dinamitarlo todo con humor y hondura. No era raro que le saliesen discípulos en toda América, como no lo era que *Los detectives salvajes*, su gran novela (aquí ya pesa la opinión personal), continuase una saga de ficciones de allá en las que no es que literatura y vida sean cosas

distintas, como parecía sugerir Borges, sino que la primera era la expresión más alta, más firme, más intensa, de dejar que se expresase la segunda en todos los órdenes.

Por desgracia, la leyenda había de acompañar a la obra, y Bolaño —el ciudadano—, después de hacer de la localidad de Blanes lugar de peregrinaje, se fue demasiado pronto. Lo que crecía en fascinación su biografía lo perdíamos en posibilidades de obras nuevas.

Jose Serralvo —quien, por cierto, también tiene una biografía fascinante, criado en barrio de heroinómanos de Jerez (¡mi barrio!), novelista brillante (*El niño que se desnudó delante de una webcam*), ejecutivo en Ginebra después de haberse internado en Dios sabe qué selvas del Congo o Colombia para negociar reglas jurídicas con todo tipo de criaturas armadas— ha buceado en cuanto documento y testimonio le acercara a la vida de quien considera «el mejor escritor de su lengua y su época», en fórmula que repite a menudo y con la que no estoy de acuerdo, no porque no esté de acuerdo, sino porque las categorías de «mejor» y «peor» nunca me han parecido literarias, teniendo presente como tengo aquella frase de Nabokov según la cual «a veces un modesto Jeep es un coche más idóneo que un reluciente Rolls Royce», de donde es fácil deducir que en ocasiones *Un millón de muertos* de Gironella nos viene mejor que *Herrumbrosas lanzas* de Benet (para una noche de hospital, lo juro, es bastante más recomendable Gironella). Pero no es difícil perdonarle la admiración a un biógrafo. Serralvo es metódico, meticuloso, incisivo. Escribe además con prosa cuidada, rítmica, excelente. Su libro sirve tanto a la hinchada de bolañistas como a quienes apenas se hayan asomado a su obra. A los primeros les ordena su vida y la convierte en relato fascinante, lleno de personajes que por sí solos parecen (y algunos, sin duda, transfigurados, lo son) creaciones del propio Bolaño, además de acercarnos a este con nitidez; los segundos encontrarán una preciosa puerta de entrada a una obra fundamental de nuestra literatura, quizá una de las más influyentes de las últimas décadas.

Si la excelencia de una obra literaria se midiera por su influencia

en los escritores posteriores a su producción, me caben pocas dudas acerca de que apenas hay quien pueda compararse con Bolaño. Está en el mismo nivel que Javier Marías o Vargas Llosa. El segundo de ellos tuvo una vida larga y fue premiado con todos los honores. El primero no. Estaría bien que en el próximo fallo del Cervantes la pelea final fuera entre Marías y Bolaño y se concediese el premio *ex aequo* sin que se mencionara siquiera que es de carácter póstumo. Porque si algo tienen los tres —en caso de que no exageren los necrólogos que acaban sus notas de despedida ofreciéndonos consuelo porque la muerte de un escritor no significa la de su obra— es que siguen vivos, sus libros siguen irradiando vida, pasión, personajes abrumados y abrumadores.

JUAN BONILLA

¹ Claro que Marías rechazó categóricamente todo tipo de galardones estatales y aseguró que, en caso de que se lo concediesen, tampoco aceptaría el Cervantes.

«Yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca».

JORGE LUIS BORGES,
El hacedor

LA PARTE DE LA INFANCIA

«Un tipo obstinado de sangre india,
criolla o gallega».

ROBERTO BOLAÑO,
La Universidad Desconocida

A primera vista la historia es sencilla. Un niño nace en el anonimato de una humilde familia chilena y medio siglo más tarde, lejos de allí, al otro lado de mares desconocidos y grandes océanos, muere convertido en el escritor más grande de su país, de su continente, de su lengua, esa patria única y verdadera. La historia es sencilla, sí, siempre y cuando permanezcamos en los lugares comunes, en la comodidad de las superficies, oscilando entre tópicos y banalidades, sin sondear los aspectos más hondos de la condición humana y del sistema de mitos que la rodean, pensemos en el destino, en el libre albedrío, en la suerte, en los laberintos de la metafísica y la epistemología, en por qué este embrión de escritor, o este embrión *tout court*, recuerden que aún es pronto para recurrir a los determinismos, no acabó siendo abogado, o ingeniero, o mecánico, o un ilustre saltimbanqui, qué produjo ese cúmulo de coincidencias —de contingencias— que lo llevaron a pasar la mayor parte de sus días leyendo libros ajenos y componiendo los propios, diríase un monje cisterciense consumido por el fervor de los anacronismos, terco y audaz, y un pelín apóstata, pues en breve no creerá en más dioses que los de la palabra escrita.

Roberto Antonio Edwin Bolaño Ávalos nació el 28 de abril de 1953 en una familia que podríamos ubicar en los umbrales de la clase media, o alcanzándola apenas. Su padre León era camionero y exmarino, un tipo anclado en las rudezas de lo que hoy denominamos por fin, alabado sea el Logos, las masculinidades tóxicas, y que dedicaba su tiempo libre al boxeo, a fatigarse en promiscuidades y a cultivar distintas formas de brutalidad y valentía, mientras que su esposa, Victoria Ávalos, madre de Roberto, ejercía empleos diversos en los ámbitos de la salud y la educación, si bien los suplementos culturales suelen discriminar dichas experiencias para encasillarla en su ejercicio como profesora de primaria.

Nuestro protagonista abrió los ojos, suponemos que tras la por entonces preceptiva nalgada y el consiguiente llanto iniciático, en una habitación de la clínica del Seguro Social, no muy lejos de donde vivían sus abuelos paternos, en Santiago de Chile. Poco después de venir al mundo, la familia se marchó casi de inmediato a la ciudad

costera de Valparaíso. Radicaron en un barrio cercano a la bahía bautizado como Cerro Los Placeres, nombre profético donde los haya, pues allí la nueva criatura disfrutó de una niñez sumamente apacible, ajena a los estragos de la educación y la conciencia, y a salvo de la inestabilidad que generan las mudanzas. Faltan aún varios años para que la familia dé comienzo a un constante peregrinaje por distintos rincones de Chile que acabará conduciéndolos al exilio.

No había en todo Chile, aunque esto al niño le trajera al paio, lugar más literario que Valparaíso. No creemos que su atmósfera envolviera tan temprano en literatura a Roberto Bolaño, pero si había en el país una ciudad agigantada por los hechizos de la palabra escrita era precisamente Valparaíso. La urbe actuó de musa en muchas ocasiones y desde muchos ángulos: su laberinto de cerros, su bahía, su mezcla de culturas, su ambiente portuario. Tanto los simbolistas como los vanguardistas la alzaron a esa condición de mito literario, con poetas extranjeros y locales ofreciendo cada uno sus propias versiones, como suele pasar con esas ciudades que, además de ciudades, con el tiempo, se convierten en géneros propios. No solo por su belleza, ya implícita en el precioso nombre, sino también por las pugnas sociales que se daban como en ningún otro lugar al ser sitio de referencia para la aristocracia y, a la vez, tierra donde antes crecía la conciencia de clase de los más pobres, quienes tenían que trabajar dieciséis horas por jornada para lograr un chusco de pan. Pero Valparaíso poseía, además, algo que la desmarcaba de otras ciudades portuarias: la condición de enclave improbable, hogar de desarraigados. Rubén Darío dejó dicho en su por lo demás bastante decepcionante autobiografía que en Valparaíso acabó convenciéndose de que debía experimentar con las formas, llegar más lejos, exprimir los viejos modelos y luego arrojarlos al fuego. Fue allí donde, mientras trabajaba² en la aduana, se atrevió a ordenar sus piezas más adelantadas y reunir las en el que sería su primer libro: *Abrojos*. Se iniciaba así el camino de la modernidad en nuestra lengua. Valparaíso es también el título de una de las más notables narraciones de la literatura chilena, obra del

enfant terrible Joaquín Edwards Bello (según César Aira, uno de los grandes novelistas chilenos, a quien aún le pasa factura su condición de millonario dedicado a las letras). Hacia el final de sus días, el gran escritor, vanguardista de primera hora, incansable cronista, escribió: «Confieso que yo empecé a conocer la poesía y la belleza de mi ciudad natal después de haber salido a correr mundos. Antes de eso, mi sueño dorado de niño era salir de Valparaíso. En el liceo los mayorcitos solíamos blasfemar. Ahora grito como Neruda: ¡Te declaro mi amor, Valparaíso!».

Todo esto lo dejamos anotado no por la propia importancia que ser niño en ese recodo de Chile tuviera para nuestro protagonista, sino para recalcar que, aunque fuera el azar lo que convenció a los padres de Roberto a escoger aquella ciudad costera, lo cierto es que no pudieron apuntar a sitio más tintado de literatura.

*

Antes de encarar las hazañas que están por venir, volvamos la vista atrás un instante, a eso que solemos denominar la ascendencia o el linaje, y también, en un tropo vegetal que no tiene pérdida, las raíces.

Por el lado paterno, al que Roberto atribuía su presunta falta de elegancia, los orígenes familiares se remontan a Galicia y Cataluña. El abuelo de esta parte de la historia, Ricardo Bolaño Morán, fue un personaje propio de su época: un guardia civil analfabeto y recursivo que decidió huir de las penurias de Becerreá, su pueblito montañoso en la provincia de Lugo, y probar suerte al otro lado del Atlántico, según lo prescrito por los ciclos migratorios entonces en boga, opuestos a los actuales, es decir, no de las Américas a Europa, sino de Europa a las Américas. En efecto, un buen día, aunque suponemos que lúgubre y lluvioso, como es costumbre en ese rincón de la península, Ricardo hizo las maletas y se marchó de allí en compañía de su hermano Vicente. Ambos albergaban una idea tan banal como peregrina, al menos según la más aceptada de las leyendas familiares, esa que vinculaba el viaje con un supuesto deseo por parte de los Bolaño de contribuir a la construcción del canal de Panamá, empresa bautizada por el *marketing* de la época

como la mayor obra de ingeniería jamás concebida, verdad solo a medias, claro, al menos si tenemos en cuenta que la grandeza de cualquier proyecto puede medirse no solo en términos monetarios o técnicos, sino también en función del coste humano, que terminó siendo bien elevado, pues rozó al cabo de los años las treinta mil víctimas, entre, por un lado, enfermedades como la malaria, el dengue o la fiebre amarilla, y, por el otro, la sobreabundancia de accidentes. Afortunadamente, el abuelo paterno de Roberto no tardó en proseguir su camino: decidió enrolarse como tripulante raso en un buque que, previa escala en Buenos Aires, donde desembarcó su hermano Vicente, acabó llevándolo al puerto chileno de Talcahuano, en Concepción, un lugar más o menos recóndito donde el siglo xx era aún un libro con casi todas las páginas en blanco. Allí conoció a Eugenia Carné Visa, una muchachita descendiente de catalanes que había heredado de su madre, doña Josefa, ademanes sobrios y recatados. Se casaron en una capilla local y al poco tiempo se trasladaron a la ciudad chilena de Los Ángeles, donde ella se dedicó principalmente a las labores del hogar, o lo que a la sazón se consideraban labores del hogar, incluida por supuesto la procreación, a la que se consagró con esmero, pariendo la friolera de nueve hijos, entre ellos León, el padre de nuestro protagonista, quien nació en el hospital angelino una gélida madrugada de agosto del año 1926. (Recuerden que los inviernos no arriban a la par en todos los hemisferios).

La vida en esta rama de la familia parece, al menos vista desde fuera, una cabalgata de quehaceres más o menos mansos, podríamos pensar que incluso monótonos. Mientras Eugenia se encargaba de los hijos y del aseo doméstico, Ricardo hacía lo propio con el arado, la cría de aves de corral y el engominamiento de su curiosísimo bigote curvilíneo, precursor temprano del casi coetáneo bigote de Dalí. En 1940, el quinceañero que fue León Bolaño acompañó a su padre durante un viaje a Concepción, donde adquirieron dos pavos bien engordados, que, con tan poca delicadeza como mala fortuna, colgaron vivos de la cresta del caballo, enredándolos entre las crines. El alboroto de las aves sumió

al cuadrúpedo en una sarta de relinchos, cabriolas y corcoveos, expulsando a Ricardo contra la dureza de un camino de piedra. El sangrado interno fue silencioso pero inexorable. Ricardo logró regresar al hogar e informar a su esposa Eugenia del dolor de cabeza que lo afligía. Me voy a echar un ratiño, le dijo, sin saber que serían sus últimas palabras. Ya no se despertó.

Aquella muerte temprana hizo que León, el padre de nuestro protagonista, se quedase, por así decir, a medio camino de la orfandad. Viviendo cuando vivía, en una época donde la desigualdad entre géneros era aún más flagrante que en la actualidad, no resulta difícil imaginar lo que el accidente implicó para el paso repentino de la adolescencia a la edad adulta, tránsito que ya debía de haber concluido en el momento en que alcanzó la mayoría de edad y le llegó la hora de cumplir con el servicio militar obligatorio. Fue destinado a Talcahuano, precisamente la ciudad donde se habían conocido sus padres, y allí se afincó en una base naval de la Armada de Chile, donde entre patrullajes, simulacros y entrenamientos varios tuvo la oportunidad de debutar en el boxeo *amateur*, pasión que lo llevaría a convertirse años después, ya de vuelta a su ciudad natal, en campeón de la categoría de peso medio.

La familia materna de Roberto, por su parte, era chilena desde hacía varias generaciones y pertenecía a lo que él mismo acabaría describiendo como «una burguesía venida a menos». En una ocasión, Bolaño contó que su abuelo materno era un coronel del ejército que se pasó la vida pululando por destacamentos militares, principalmente en las regiones más meridionales del país, y que murió en su cama lleno de orgullo tras padecer un ataque al corazón casi fulminante cuando su nieto contaba con apenas cinco años. Sus dos mayores aficiones fueron, al parecer, los duelos de ajedrez y la elaboración de *collages* de corte surrealista que realizaba sobre la superficie de jarrones desnudos. En realidad, como averiguamos gracias al periodista Juvenal Rivera, el abuelo materno de Bolaño nunca fue coronel, sino un mero escribano castrense, «un funcionario civil de justicia de bajo rango que mecanografiaba declaraciones, dictámenes y fallos de los tribunales militares», y

cuyo último destino fue precisamente la fiscalía de las fuerzas armadas en Valparaíso, muy cerca del Cerro Los Placeres. Esta mentirijilla, convertir en oficial a quien no pasaba de burócrata, constituye el episodio más antiguo de que tenemos constancia de un acto que con el tiempo se tornaría eminentemente bolañesco, a saber, el de la tergiversación biográfica, vicio mediante el cual Roberto perfeccionaría sus ya de por sí desmesuradas dotes para mezclar ficción y realidad en proporciones más o menos discernibles, confundiéndolo todo en un mismo amasijo, acá las certezas, allá las farsas, los infundios y los engaños, no lo juzgamos, desde luego, se trata de una práctica trivial, pues lo único importante para nuestros propósitos es que ese trabajo de oficina hizo que sus abuelos, Roberto Neftalí Ávalos Martí (de quien nuestro protagonista heredó el nombre) y Fidelia Amanda Flores Graña, se hallasen en la ciudad de Tacna, al norte de las luengas tierras de Chile, cuando la madre de Roberto vino al mundo, el 31 de julio de 1927, dos años antes de que el departamento al completo se reintegrara una vez más en la vecina República del Perú. Quizás esta veleidad geográfica ayudó a Bolaño a cultivar su sabio desdén por las fronteras nacionales y su relativismo a la hora de abordar algunas de las invenciones político-jurídicas a las que el *homo sapiens* se aferra con tanto empeño.

Sea como fuere, el caso es que los representantes de ambas familias, León Enrique Bolaño Mendoza del lado gallego-catalán y Filia María Victoria Ávalos Flores como portavoz de la descastada burguesía chilena, se conocieron en Santiago de Chile, se embarazaron, la una más que el otro, desde luego, y en ese estado, y quién sabe por qué razones (pudo ser el amor, o la presión social, o una mezcla de ambas cosas), decidieron contraer matrimonio. En fin, con o sin alteración de la calidad del producto, el orden de los factores no ha lugar a dudas: la pareja se casó en marzo de 1953, cuando la barriga de María Victoria se hallaba ya a punto de dar de sí bajo el talle de su vestido de novia. Un mes más tarde nació Roberto Antonio Edwin Bolaño Ávalos, nuestro protagonista, refrendando una unión impura que el sacramento del matrimonio habría enmendado, al menos para quienes todavía creían o creen en

esas cosas, que haberlos, haylos, aunque nos sorprenda.

*

Ahora que esto del linaje o las raíces se ha aclarado, volvamos la vista no atrás, sino hacia delante. Nos habíamos quedado en la primera mudanza, la que provocó el traslado del bebé recién llegado desde la capital, Santiago de Chile, hasta la hermosa y literaria Valparaíso, donde el padre de Roberto ejerce como transportista en la fábrica de neumáticos INSA. La familia se instala en el Cerro Los Placeres, un racimo de casas bajas casi a orillas del océano Pacífico, con sus playas mermadas y sus horizontes inalcanzables. Al principio no es época de lecturas, sino de gatear, dar a tientas los primeros pasos y, llegado el momento, patinar alocadamente por el borde de las lomas.

Probablemente aquí, sin que Roberto se percate de nada, se sientan las bases de la futura desintegración familiar. La inocencia infantil, como la imaginación, no conoce límites. De modo que mientras él se escurre con indolencia por entre las laderas empinadas del Cerro Los Placeres, su padre guía a la familia hacia un pequeño abismo doméstico, y lo hace de manera más o menos discreta, algunos dirían que imperceptible, alternando las ausencias laborales —las carreteras son largas; los camiones, pesados y lentos— con un culto desmesurado a su propio físico, algo que acaba granjeándole no solo el codiciado título de Míster Playa, sino también la atención de muchas mujeres. Los testimonios de esta época no dejan resquicio para que quepa duda: por motivos sobre los que aquí no vale la pena demorarse, ni siquiera a título meramente especulativo, parece que el hedonismo de don León instiga las riñas conyugales, cada vez más virulentas, cada vez más frecuentes, hasta el punto de que el niño Roberto acaba haciendo lo mismo que hicieron muchos antes que él, y que inevitablemente harán otros tantos después, a saber, buscar refugio en el silencio de los libros. Si hemos de creer a doña Victoria Ávalos, su hijo aprendió a leer de forma autónoma a la inopinada edad de tres años, hazaña que nos parecería irreal, tal vez apócrifa, de no ser por los múltiples precedentes con que contamos, pensemos en el compositor

Wolfgang Amadeus Mozart, quien con el mismo número de primaveras a las espaldas dominaba ya lo escrito en libros y partituras, o en el filósofo británico John Stuart Mill, o en el lingüista Jean-François Champollion, personajes todos ellos igual de precoces que nuestro pequeñuelo, si bien, puestos a recurrir a los símiles, y dado que hablamos de un autor de ficciones, hubiese sido más oportuno compararlo con el personaje de Sheldon Cooper, figura televisiva que no solo fue otro genio precoz, sino que provocó en su entorno familiar, y más concretamente en su piadosa madre, una reacción muy similar a la de doña Victoria, la cual, perpleja ante aquella suerte de milagro, telefoneó de inmediato al médico del barrio para hacerlo partícipe de su inquietud, conminándolo a que lo examinase cuanto antes, cosa que el pediatra acabó haciendo entre risas, a él todo aquello se le antojaba algo anecdótico, como lo muestra el hecho de que no tardase en zanjar la consulta con un laconismo de carácter premonitorio, «Al niño no le pasa nada, es un adelantado», dijo.

A decir verdad, parece que los libros no se habían transformado aún en un caudal de dramas, misterios o aventuras. Acudió a ellos de forma mecánica, posiblemente fascinado por la correspondencia entre la oralidad que lo rodeaba y esos símbolos impresos con tinta negra sobre un papel poroso y amarillento. Descifrarlos se volvió un estímulo para su intelecto en ciernes. También una guarida benéfica. Allí podía entonar palabras a su gusto, sin interrupciones, sin sobresaltos, sin los quejidos estridentes de doña Victoria ni la violencia y el ímpetu de don León.

De la vida en el Cerro Los Placeres hay poco más que consignar, salvo que nos refiramos, a fin de no omitir elementos biográficos de importancia, al hecho de que allí nació su hermana María Salomé, completando un núcleo familiar de cuatro individuos que se mantendría estable hasta que diese comienzo el proceso de disgregación doméstica. Al margen de ese interés prematuro por la palabra escrita, y de las correrías de Mister Playa, la vida del pequeño Roberto debió de ser, sin duda, ordinaria. Vivió algunas aventuras, como quedarse tirado en el desierto durante cuatro días

por culpa de una avería en el camión de su progenitor,³ pero el resto de su cotidianidad era la propia de un niño de su edad, con la salvedad de su precoz ansiedad lectora. En *Diario de bar*, un relato escrito varias décadas después junto con su amigo Antoni García Porta, nuestro protagonista concibió un personaje solitario, posiblemente de tintes autobiográficos, que rememora su infancia en ese mismo rincón de Chile, donde solía deambular con su abuela y su hermana por el paseo marítimo, aprovechando las tardes en la piscina de Recreo, una de las primeras de talla olímpica del país y famosa por doquier, tanto por haber sido construida sobre el mismísimo océano como por el hecho de que los promotores del proyecto decidiesen revestir sus paredes con agua de mar. Allí, el muchachito en cuestión se colocaba en el bordillo y, pese a su corta edad, se abalanzaba de cabeza sobre el reflejo del sol, con clavadas que en Chile se conocen como «tirarse piqueros». En otras ocasiones, la abuela y los dos hermanos caminaban hasta la Roca de los Enamorados, en Playa Ancha, un peñasco escarpado desde el que se arrojaban al mar los vecinos para quienes la angustia, el rechazo o la desesperación se habían tornado insoportables, alguno de ellos azuzado quizá por los llamados movimientos de revalorización literaria de mediados del siglo xx, esos que pusieron de moda una vez más la peligrosísima novelita de Goethe sobre las penas del joven Werther, huevón enamorado donde los haya, que acabó disparándose en la cabeza para poner término a su sufrimiento, con tan mala suerte, o tan mala puntería, que la bala ni siquiera lo mató de inmediato, sino que lo sumió en la peor de las agonías físicas durante varias horas. A juzgar por las hemerotecas, parece que la Roca de los Enamorados, hoy desaparecida gracias a los benditos planes de ordenación urbanística, resultó ser un modo mucho más expedito para poner fin al sufrimiento. Nuestro protagonista, por suerte, desconocía aún las angustias de la vida. Cada cosa llega en su debido momento.

*

En 1959, a los seis años de haber nacido el primogénito de la familia, y a pocos meses de que triunfase la Revolución cubana, los

Bolaño se mudaron al barrio El Retiro de Quilpué. Antes de proseguir, nos vemos forzados a mencionar algo evidente, y es que todo *homo sapiens* acaba por convertirse, de una forma u otra, y lo quiera o no, en producto de su época, a veces se trata de asimilaciones paulatinas e inconscientes, otras de recibir con los brazos abiertos al *Zeitgeist*, para ciertos individuos puede implicar una rebelión contra las tendencias, para otros un rechazo discreto, de lo que no hay duda es de que nadie escapa al mundo que lo rodea, sentencia esta que puede parecernos exagerada, tal vez incluso pomposa, pero que nos permite justificar nuestra alusión al triunfo de Fidel Castro y su tropa de guerrilleros barbudos, hecho este, el de mencionar la historia de otro país, más que justo y necesario —en realidad ineludible— si deseamos entender a nuestro protagonista, ya que el éxito del comunismo en las entrañas del mar Caribe servirá, en últimas, como ariete de carga para propagar a lo largo y ancho del continente las calenturas de la Guerra Fría, aquellas revueltas populares, por supuesto, pero también estas otras rebeliones de izquierda y esas insurrecciones de derecha, con sus milicianos o con sus coroneles, pero empeñadas todas ellas en atajar el descontento social *manu militari*, con respuestas cada vez más atroces y sanguinarias.

Pero no nos adelantemos. Andábamos hablando de la mudanza familiar a Quilpué, un pueblito cercano, situado dentro de la propia área metropolitana de Valparaíso, pero un poco más alejado de la costa, a unos veinte kilómetros hacia el interior. Allí, los Bolaño se instalan en una quinta espaciosa, entre tórtolas y pedernales, desempacando bultos y maletas al abrigo de una construcción de planta rectangular, mitad hormigón y mitad madera, con una fachada sobria y un techo a dos aguas recubierto de tejas de arcilla, estas de acá más marrones que coloradas, al revés que las de los vecinos. Además de naranjos en flor, la entrada está llena de pompones de hortensias, perfumando la vista y el aire. Desde el exterior, la vivienda parece el epítome del progreso social.

Antes de que el crecimiento demográfico colonizase las lindes de Quilpué, esta casa, situada en el cruce entre las actuales calles de

San Enrique e Independencia, se hallaba rodeada de praderas amplias y desmalezadas, donde Roberto jugaba a los vaqueros con sus vecinos y se burlaba de las vacas, retozando por campos que lo mismo servían para el cultivo de papas y pimientos que para salir a cabalgar a lomos de Poncho Roto, el caballo traído de Magallanes con que don León agasajó a su hijo al poco de cumplir este los siete años y que, dicho sea de paso, hizo un cameo fugaz con el seudónimo de Zafarrancho en *Últimos atardeceres en la Tierra*, uno de los cuentos más memorables que escribiría el Roberto adulto. A lomos de este corcel manso de pelaje oscuro viviría algunas de sus más gratas aventuras infantiles, siempre, claro está, bajo la supervisión de un adulto, ya que los Bolaño conocen de sobra los riesgos que pueden derivarse incluso del más nimio accidente. Ahora bien, quien suele encargarse de dicha vigilancia, tanto en sus andanzas ecuestres como en el resto de los quehaceres cotidianos, es sobre todo la madre, una figura que desborda cariño y tenacidad, contrastando con las ausencias de don León, cada vez más frecuentes, también cada vez más sospechosas.

Y por si todo esto de las praderas, las vacas y el caballo no les parece ya lo suficientemente bucólico, mencionaremos también que al paterfamilias le dio por erigir un horno de barro con sus propias manos, allá, en la parte trasera de la casa, el mismo lugar en el que desangra, escalda, despluma, eviscera y cocina pollos y gallinas criollas con que agasajar a la familia cada domingo, antes o después de pasear en torno a la quinta, permitiendo que el pequeño Roberto y su hermana María Salomé se hundan en la inmensidad de la hierba fresca, ora con camisas abigarradas, ora con la despreocupación de un torso desnudo, como lo muestran las fotografías de la época.

Entre semana, la vida del pequeño Roberto es la propia de un niño de su edad. Acude a la escuela pública número 98, situada en la calle Granada, la misma en la que su madre acaba de conseguir un empleo como profesora de matemáticas. Al principio sus notas son buenas sin llegar a la excelencia, pero pronto las tornas cambian y su agilidad mental, asumimos que ensanchada por horas y horas de lectura, acaba sobresaliendo por entre la de otros niños de su edad,

dotándolo de una recursividad sin límites. Es capaz de responder a todas las preguntas, y mejor y más rápido que cualquiera de sus compañeros, a menudo exhibiendo un destello de ingenio que deja atónitos a los profesores.

La vida propia de un niño de su edad, decíamos, y en nuestro caso esta afirmación implica algo más que jugar por las praderas en torno a la quinta familiar, cabalgar a lomos de Poncho Roto o ir a la escuela. Es también aquí, en Quilpué, donde nuestro protagonista dará comienzo a una de las historias laborales más inestables, heterogéneas y pintorescas de la segunda mitad del siglo xx, con empleos precarios que se suceden los unos a los otros a lo largo de los años y los países, sin solución de continuidad, encadenando un trabajo humilde con el siguiente, desfile que se inicia precisamente en el camión del padre, echando una mano con los repartos, y prosigue como boletero en una línea de autobuses que cubre la ruta entre Valparaíso y Quilpué, quehacer por el que recibe si acaso doscientos escudos, que dicho sea de paso ni siquiera son suyos, he aquí un aspecto deleznable de lo que solía ser la niñez para muchos y en muchas partes, y que por desgracia lo sigue siendo para tantos en tantas otras.

En fin, todo esto de narrar el traslado de la familia a Quilpué y su propia vida cotidiana podría parecer una demora innecesaria antes de llegar al meollo de nuestros empeños. En realidad, dista mucho de serlo. Aquella escala en la vida de nuestro protagonista resultó ser sumamente relevante, por su épica, pero sobre todo por su poética.

En el ámbito de la épica, los sucesos principales se produjeron en 1962, durante el mundial de fútbol. Para entonces Roberto llevaba varios años entrenándose junto con el equipo escolar, donde lucía el número 11. Aunque se servía de la diestra para tomar apuntes y realizar las tareas, goleaba siempre con la zurda, siendo este tal vez, como él mismo se encargaría de concluir mucho después, el origen de su dislexia. Además de jugar al fútbol, coleccionaba estampitas y figurines de sus delanteros favoritos. De modo que para cuando Chile acogió el mundial del 62, nuestro protagonista era ya un

minifanático en toda regla, de esos que se dejaban la garganta en el estadio de Sausalito durante los partidos. Si bien no hay forma de saber cuánto influyó dicha experiencia en su futura vena alborotadora y vocinglera, lo que resulta evidente, porque el propio Roberto se encargó de confirmarlo cada vez que se le presentaba la oportunidad, es que disfrutó de lo lindo cuando la selección brasileña pasó varias semanas entrenándose en el Club Retiro de Quilpué, a cincuenta metros de la quinta de los Bolaño. Los niños del barrio acudían a diario a ver a sus ídolos, entre quienes se hallaban Garrincha y Pelé, ya cómodos con su fama, y a punto de acrecentarla gracias a una inminente victoria en la final ante Checoslovaquia, país al que los brasileños vencieron con un tres a uno, triunfo memorable, sin duda, sobre todo por darse el caso de que Brasil tuvo que arreglárselas sin Pelé, lesionado precisamente en la fase de grupos por una salvaje entrada de un rival para el que los periódicos brasileños pidieron pena de muerte. Eso sí, ni la victoria ante Checoslovaquia ni la baja de Pelé se nos antojan tan legendarias como la tarde en que nuestro escritorzuelo de nueve años y su grupito de amigos invadieron el Club Retiro para corretear sin ton ni son alrededor de los deportistas más famosos del mundo, jalonando la escena con aspavientos y carcajadas, hasta que Roberto acabó colocándose bajo el arco de la portería y, entre una cosa y la siguiente, le atajó un penalti al mismísimo Vavá, hazaña que ilustra no tanto sus dotes atléticas como la forma en que un adulto generoso puede insuflar confianza a la maleable mente de un niño, marcándolo para siempre.

Los lectores más avisados se habrán percatado ya de cómo en la última oración de este último párrafo hemos recurrido al término *escritorzuelo*, hecho que nos permite ahora vincular nuestra estancia en Quilpué con la promesa de un hito poético, a saber, la búsqueda y producción de las primeras ficciones. En efecto, es aquí, a una veintena de kilómetros del océano Pacífico, donde la invención humana por excelencia irrumpe en su vida con violencia y desmesura, igual que un dique recién resquebrajado que escupe aguas sobre un valle aledaño, anegándolo todo. Ocurrió que un día,

apesadumbrado tal vez por las disputas domésticas, o inapetente a causa de la ausencia de estímulos a la altura de su cerebro «adelantado», Roberto encontró consuelo en uno de los primeros relatos con que se topó entre las paredes de su hogar, y que resultó ser nada más y nada menos que la radionovela que escuchaba su abuela, titulada *Hogar dulce*. Ya saben lo que se suele decir, A río revuelto, ganancia de pescadores, y también, A grandes males, grandes remedios. El refranero llega incluso a afirmar que En tiempos de guerra, cualquier agujero es trinchera. Suponemos que, en la sencillez de su propio léxico, Roberto debió de pensar o sentir algo parecido la primera vez que se quedó rondando por la cocina, haciéndose el remolón, como quien dice, para escuchar con embeleso las historias de adultos que emergían como por arte de magia a través de una coqueta radio portátil colocada sobre la encimera, para más señas el modelo Bajazzo de la extinta empresa alemana Telefunken. Esas voces surgidas de la nada, con sus asaltos de misterio y emoción, lo llevaron a rastrear la casa en busca de sucedáneos, con tan buena fortuna que acabó hallando experiencias aún más intensas, primero en los libritos de vaqueros que don León se enfundaba a menudo en uno de los bolsillos traseros del pantalón y después, cuando la sed empezaba a tornarse insaciable, devorando a hurtadillas las novelas de corte romántico o feminista con que doña Victoria se distraía por las tardes, incluidas las escritas por una tal Elisa Serrana, con títulos como *Las tres caras de un sello*, o *Una*, o el más ilustrativo de todos: *Chilena, casada, sin profesión*.

Muy pronto, las ficciones lo fueron colonizando todo y, casi sin darse cuenta, Roberto se dio a la tarea de crear su propia colección de historias, un tesoro donde los libros infantiles y las revistas se reproducían como rizomas de bambú, desplazando poco a poco, ya hemos advertido que de manera más o menos imperceptible, las antiguas aficiones, incluida la colección de láminas del mundial, y el correteo frente a las vacas, y las figuritas de futbolistas o actores de Hollywood, y el lomo cálido de Poncho Roto. Nada en el mundo real lograba asemejarse a la seducción de la letra impresa, así que nuestro protagonista decidió acumular un surtido de palabras en los

cajones y estantes de su habitación, invitando luego a los muchachos del barrio a compartir aquel maná. Hemos de añadir que, estando como estamos en una época sin videoconsolas ni tabletas ni teléfonos inteligentes, los vecinos más jóvenes no solo se acercaban a la quinta de los Bolaño con excesiva asiduidad, siempre ansiosos por disfrutar de aquellas lecturas, sino que además se dieron a la nada discreta labor de ensalzar la superioridad intelectual de Roberto, con la esperanza de que, llegado el momento propicio, por ejemplo, entre una lisonja y la siguiente, este aceptase concederles un préstamo con que achicar las largas noches en vela. En ese juego de egos y admiraciones se fraguó probablemente la personalidad que lo convertiría en el temible líder de los infrarrealistas mexicanos.

Con o sin amigos de por medio, el caso es que las aventuras de mentira se fueron tornando más vívidas e intensas que las acaecidas en el mundo real, atiborrándole la cabeza de personajes imaginarios, con sus escenarios imaginarios y su retahíla de hechos, que eran también imaginarios. El proceso resultó ser discreto, de acuerdo, y silencioso, un visto y no visto, pero fue adquiriendo visos de tornarse también irreversible. Tanto es así que un día ocurrió por fin lo que tenía que ocurrir, se produjo el milagro del arte: a Roberto dejaron de bastarle las ficciones ajenas y se dio a la tarea de escribir las suyas propias, empezando por un cuentecito ñoño en el que una bandada de gallinas se enamoraba hasta los tuétanos de un mismo gallo, lo que no podía tener otra consecuencia que una ruidosa trifulca en el gallinero. Un drama lleno de amor no correspondido, envidias y celos. ¿Cuál fue la chispa? ¿La amargura con la que los bípedos de su quinta observaban los pollos que se cocían cada domingo en el horno de barro de don León? ¿La indiferencia de las vecinas, en quienes nuestro protagonista se fijaba ya de forma precoz y no correspondida? ¿Tal vez las correrías de Míster Playa? Probablemente nunca lo sabremos, como tampoco sabremos qué llevo a Mary Shelley a concebir sus primeros relatos con diez años, a guisa de preámbulos de la magistral *Frankenstein*, o a Arthur Rimbaud a declararse poeta antes incluso de franquear la primera

adolescencia, por no citar el caso más extremo, el de Schopenhauer, autor de un diario de viaje, espléndido, por cierto, escrito a los doce años, cuando sus padres decidieron sacarlo de paseo por Europa para airearlo. Nunca lo sabremos, no, pero podemos imaginarnos la seducción que acompaña al poder omnímodo de las ficciones, esa capacidad para narrarlo todo, inventarlo todo, controlarlo todo, sin que nada ni nadie pudiera resistirse a los dictados de su pluma, instrumento este al que aludimos de forma eminentemente metafórica, sin prejuzgar la variedad de herramientas y soportes que permiten acceder a este mismo hallazgo. Ahora bien, aun sin saber con certeza qué o quién encendió la chispa de la que brotó el mejor escritor de su país, de su continente, de su lengua, esa patria íntima de la que empezó a cobrar conciencia en Quilpué, aun sin ese conocimiento, decíamos, nos es dado evocar la inmensidad del refugio, lo adictivo de sus mecanismos, lo ineludible que se torna el rendirse ante ellos, igual que la abeja es incapaz de resistirse a abandonar su colmena en busca de ese néctar que transformará luego en miel.

Todavía no ha cumplido los diez años y ya es un creador de mundos, algunos dirían que un dios.

Todavía no ha cumplido los diez años y aquí, en Quilpué, al interior de una casa de fachada amarilla, con sus naranjos y sus hortensias, la imaginación de Roberto se torna universal. La vida ya no era una, eran mil.

Antes de marcharnos de esta quinta espaciosa, reconozcamos que la costumbre de pasarse los días encerrados entre cuentos y revistas no tardó en inquietar al resto de miembros de su familia. En un exceso de celo, doña Victoria volvió a recurrir a la ciencia, llevándolo de improviso a la consulta del médico local, quien lo analizó minuciosamente, sometiéndolo a toda clase de exámenes, hasta que llegó a una conclusión tan obvia como innegable, «Su hijo sufre una adicción a los libros», y enseguida recomendó la terapia, «Sería bueno que dejara de leer durante una temporada». El doctor pensaba que la lectura, como el tabaco, mata. Doña Victoria se encontró entonces ante un sendero que se escindía: un ramal la

llevaba a seguir la exhortación facultativa, enjaezando la creatividad de su primogénito, el otro la conducía a ignorar el diagnóstico. Por suerte para la historia de la literatura, optó por lo segundo casi sin pensárselo. Según el testimonio de los propios implicados, Roberto no volvió a pisar un consultorio médico en los siguientes veinte años. Dicen que la literatura, que todo lo puede, también todo lo cura.

*

De Quilpué, los Bolaño se mudaron a Los Ángeles, previo paso por Cauquenes, un pueblito situado más o menos a la mitad de la largura chilena, es decir, en afinidad latitudinal con Buenos Aires, y de donde apenas nos quedaron un par de anécdotas reseñables, como las lecturas en familia de los poemarios de Pablo Neruda o un esbozo de la mañana en que doña Victoria, recién reincorporada al ámbito de la salud —la misma ocupación que ejercía en el momento de conocer a León—, llevó a sus hijos al Hospital San Juan de Dios y los conminó a aguantar la respiración mientras franqueaban el pabellón de los tuberculosos, no fuesen a contraer ellos también la terrible enfermedad.⁴ Qué duda cabe de que se trata de sucesos anodinos, sobre todo si los comparamos con la sarta de experiencias formativas que Roberto viviría en Los Ángeles, ciudad en la que permaneció poco más de tres años, antes de abandonar definitivamente el país en 1968.

El nuevo hogar de los Bolaño se hallaba en el llamado Banco de Estado, un flamante barrio angelino compuesto por una veintena de casas construidas bajo los auspicios de la entidad financiera que le dio nombre. Décadas después, las hermanas Saldivia, sus vecinas, aún recordarían el alboroto producido por la llegada del todoterreno y los camiones con que la familia arribó al número 0320 de la calle Juan Antonio Coloma, descargando muebles, electrodomésticos y enseres personales frente a una casa de una sola planta con fachada de madera y vigas recias que crujían ominosamente en la época de lluvias.

Durante mucho tiempo, Los Ángeles fue considerada una ciudad más bien pobre y tumultuosa. Había sido fundada en 1739 por el

gobernador español José Antonio Manso de Velasco, un politicucho barbilampiño y con cabeza en forma de pera que de manso no tenía sino el nombre, como lo demuestra el hecho bien documentado de que su intención al instalarse en este rincón en el extremo sur de Chile, o al menos en el extremo del Chile supuestamente civilizado, era nada más y nada menos que erigir un nuevo bastión colonial con que hostigar a los «infames» indígenas mapuches, al otro lado del río Biobío, quienes en aquella época preilustrada aún no gozaban ni de las bondades de los derechos humanos ni del consuelo de la siempre benévola doctrina cristiana. Para cuando don León decidió regresar a la ciudad —era aquí donde había nacido y desde donde se había marchado a Talcahuano para cumplir con el servicio militar obligatorio—, Los Ángeles se hallaba en plena efervescencia económica, lo cual había provocado, a su vez, un rapidísimo crecimiento demográfico, principalmente de campesinos que emigraban desde las zonas rurales, fenómeno que apuntaló la proliferación de los llamados «barrios callampa», unos campamentos improvisados que se hicieron famosos por su insalubridad, su hacinamiento y sus episodios de violencia. Esto no sería el Lejano Oeste, pero a fin de cuentas era el Lejano Sur.

Desde luego, nada de lo anterior afectó de forma directa a los Bolaño, quienes repitieron aquello de instalarse en un barrio de clase media y, según movimientos que ya estaban a punto de convertirse en rutinarios, reemprendieron su vida laboral casi donde mismo la habían dejado, doña Victoria con el enésimo retorno a los quehaceres educativos, enseñando estadística en el Liceo Comercial, apenas dos cuadras más arriba de su casa, y don León con sus vaivenes de camionero por los rincones de Chile, recorriendo el país de arriba abajo y de abajo arriba, lo que dio pie a otra tanda de ausencias prolongadas, aunque cuando estaba, estaba, como no tardaron en notar los vecinos, a quienes les chocaba encontrarse de repente con ese vehículo de treinta toneladas estacionado en mitad de la calle, a guisa de anuncio y advertencia.

Como suele acontecer, porque en las historias verídicas no todo puede ser emocionante y dispar, Roberto reincidió también en sus

propios hábitos: ingresó en una nueva escuela, volvió a despuntar en el aula, para regocijo de sus profesores, y retomó la búsqueda de extraños a quienes tornar amigos, arrimándose entre otros a Fernando Fernández Merino, un muchacho de su edad y su misma altura, pero que parecía en todo la antítesis de nuestro protagonista, quien para entonces se había convertido en un jovenzuelo de ademanes más bien tímidos que coqueteaba por vez primera con esa imagen bohemia que terminaría convirtiéndose en una de sus señas de identidad, incluida la cabellera salvaje y greñuda, los anteojos de «buhonero hippy»⁵ y una inconfundible cazadora de cuero, aspecto este en las antípodas del de su nuevo compañero, un muchacho extrovertido que lucía a menudo chaqueta, corbata y un pelo corto, engominado y tan rígido como el césped de la jornada inaugural del torneo de Wimbledon. Verlos pasear juntos constituía una experiencia insólita, más rara que toparse con el lobo y el cordero, aunque los angelinos no tardaron en acostumbrarse a semejante contraste, porque la pareja se volvió inseparable y juntos se consagraron a las actividades de ocio propias de un adolescente temprano. Aquí sí, las rutinas extracurriculares cambian. Poncho Roto y las praderas puntuadas de vacas son ya cosa del pasado. Ahora le ha llegado el turno a pasear por la plaza de Armas, y a estirar las tardes en la laguna Esmeralda, y a tronar a voz en cuello desde las gradas del estadio Fiscal, y a celebrar torneos de tacataca, pasatiempo que un día acabará llamando fútbolín, y, por supuesto, a dejarse ver con frecuencia por las salas del cine Imperio o el Municipal, actividad, esa sí, sagrada, con sus confesiones íntimas y sus rituales insoslayables, incluido el paso por El Habanero para proveerse de golosinas antes de una proyección de *Bonnie y Clyde*, o de *James Bond*, o de *El bueno, el feo y el malo*, película que, por cierto, le trae a la memoria las novelitas de vaqueros de don León, con su papel áspero y granulado, como de serpiente vieja. En Los Ángeles, nuestro protagonista vive también su despertar sexual y, como él mismo confesará mucho más tarde, se dedicó a batir varios de sus propios récords, el récord de masturbaciones, el récord de páginas leídas en un solo día, el récord de cimarras o novillos,

ausentándose de la escuela durante temporadas que se dilataban felizmente en el tiempo y que se tradujeron, como no podía ser de otra forma, en un declive de su rendimiento académico.

Nos encontramos, qué duda cabe, en una fase de transición. Roberto aún no estaba condenado, o no del todo, a acarrear de por vida el virus de las ficciones. Como él mismo se encargaría de explicar años más tarde, a la literatura se llega por azar, pero también por culpa del destino. En Los Ángeles, el azar aún desplegaba, generoso, un conjunto casi inabarcable de posibilidades vitales, algunas de ellas alejadas de los libros. El destino de nuestro protagonista no estaba escrito, aunque todo él fuera escritura. Se fraguó allí, en aquella ciudad al sur de Chile.

*

A fin de no faltar a la verdad, conviene insistir en cómo una parte de su vida cotidiana continuó siendo la propia de un adolescente de entre doce y quince años. Ya se han consignado algunos de sus quehaceres, a los que con el paso del tiempo, conforme se aproximaba a su primer exilio, se fue añadiendo una retahíla de protocolos impuestos por la cultura, la costumbre o la biología, como la celebración de los primeros bailes y la ceremonia de los primeros besos, que en su caso estallaron en el transcurso de veladas conocidas por aquel entonces como «malones», unos encuentros donde los adolescentes angelinos se reunían en la casa de turno, bajo la supervisión discreta de algún adulto, para comer empanadas, sopaipillas y choripanes, y de paso bailar en la penumbra, al calor de un radiocasete o un tocadiscos con canciones de Salvatore Adamo, mientras los cuerpos se mecían a distancias variables y a veces se rozaban, figurándose desnudos. No está de más avisar que el término «malón» provenía en realidad de las incursiones represivas que el ejército colonial solía emprender contra los indígenas mapuches que habitaban al otro lado del río Biobío, caudal que antaño sirvió de frontera entre la Corona Española y las poblaciones autóctonas. Al regresar de aquellos hostigamientos, enardecidos tras días de persecuciones y matanzas, los soldados exigían la paga y celebraban auténticas juergas, que, con los años, y suponemos que

gracias a las bondades de eso que algunos suelen denominar el progreso civilizador, acabaron tornándose modestas y recatadas. De esa índole eran al menos los malones que tenían lugar en casa de los Bolaño, adonde acudían vecinas como Loreto, Verónica o las hermanas Saldivia —Rossemarie, Silvana y Angelina—, junto con amigos como Fernando Fernández, Carlos Cárcamo y Jorge Lebert. A veces se les unía también María Salomé, la hermana de Roberto, a quien este vigilaba siempre de reojo, no fuesen a propasarse con ella.

Además de todo lo anterior, nuestro protagonista pasaba también buena parte de su tiempo compitiendo con sus amigos en interminables juegos de mesa, algunos de su propia creación, como *Estrategia*, un descomunal tablero de dos metros de longitud sobre cuya superficie de madera deslizaban figuritas de papel mal recortadas que representaban tropas, aviones y todo tipo de material bélico, de trazo modesto, pero más que suficiente para recrear batallas reales o imaginarias, ocurridas inevitablemente en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, un conflicto que Roberto estudiaba ya de forma obsesiva, con un interés monomaniaco, convirtiéndose durante aquellas horas de ocio en una mezcla entre soñador trágico y friki épico, podríamos decir que en la estela remota de figuras románticas como Arthur Rimbaud, aunque, si hemos de ser del todo sinceros, se nos antoja más un precursor temprano del *nerd* que protagoniza *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*, la maravillosa novela breve de Junot Díaz. Parece evidente que nuestro protagonista anda ya cultivando las aptitudes que lo convertirán en el mejor escritor de su país, de su continente, de su lengua, esa patria íntima con la que ahora mismo se da a la tarea de articular relatos sin final preciso frente a una tabla de conglomerado de madera, mezclando realidad y ficción en dosis más o menos discernibles, un poquito de historia por aquí, por allá una trama utópica en el frente oriental, y todo ello regido por libertades casi absolutas, con la salvedad de ese puñado de reglas preestablecidas que nos constriñen, el manual de instrucciones, los dados, el alfabeto, la máquina de escribir, la tradición, exactamente

los mismos ingredientes con los que dentro de un cuarto de siglo forjará la trama de *El Tercer Reich*, novela en la que un comentarista de juegos de rol pasa sus días deambulando entre la monotonía de un pueblo vacacional a orillas del Mediterráneo y las peripecias bélicas que se suceden en los confines de un tablero esparcido sobre el escritorio de su habitación de hotel.

¿Qué pasó entonces?, se preguntarán ustedes. ¿Qué lo llevó a relegar a segundo plano el griterío del estadio Fiscal y las idas al cine Imperio y la música de los malones y las inacabables partidas de *Estrategia*? A decir verdad, carecemos de un momento epifánico. No parece existir, al menos hasta donde sabemos, ese hito señero que nos permitiría enunciar, acaso de forma metafórica, que su vida era confusa y vacía y que las tinieblas cubrían la haz del abismo, hasta que un espíritu se cernió sobre él y le dijo, Haya lectura y escritura, palabras estas disruptivas hasta decir basta, de una falsa sencillez, porque habrían apuntalado —caso de que algo o alguien las pronunciase— una vocación que lo hostigaría ya hasta los confines de su propia existencia.

Ante la ausencia de momentos epifánicos o hitos señeros que nos faciliten fecha y hora, parece legítimo suponer que el ámbito de lo literario fue cobrando importancia de forma discreta, casi invisible, igual que sucede con la acumulación subterránea del magma que sustenta después una erupción volcánica. Roberto simplemente empezó a vivir para sus cuadernos de notas y se acostumbró a llevarlos a todas partes. Las calles de Los Ángeles se volvieron un laboratorio, y él, en su calidad de científico ilustre o de científico loco o de ambas cosas al tiempo, se aprestó a observarlo y consignarlo todo, como si la vida no fuese más que un gran experimento. Su amigo Fernando Fernández recordaría siempre el semblante grave de Roberto en los instantes en que sacaba la libreta del bolsillo y garabateaba cualquier cosa entre sus páginas, ora en mitad de la plaza de Armas o de la laguna Esmeralda, ora a orillas del malón en el que sus amigos bailaban entre intuiciones y penumbras. También las hermanas Saldivia, sus vecinas, quedarían marcadas por la imagen ambigua de ese vecino de quien una de ellas, Rossemarie

Saldivia, se había enamorado hasta los tuétanos. A todas las impresionaba el aire entre abstraído y altanero con que se paseaba por la calle, absorto en sus propias reflexiones, rumiándolas, como quien dice, y volcándolas después en cuadernos de tamaños y texturas variadas, ahí mismo, a la vista de todos. Si no universal, aquel hábito de escritura temprana parece desde luego recurrente, tal y como sabemos gracias al sinnúmero de precedentes consignados a lo largo de la historia de la literatura, como los primeros cuadernos de Agatha Christie, donde la llamada Reina del Crimen concebía monólogos para sondear las menudencias de un asesinato perfecto, respondiendo por escrito a sus propias preguntas, o el empeño con que Herman Melville transcribía cada uno de los pormenores de sus travesías en alta mar, o los borradores de novela que Virginia Woolf intercalaba en las páginas de su diario, por no hablar siquiera de las mil cuartillas anuales sobre las que Leonardo da Vinci, otro «adelantado», vertía su espíritu inquieto, aunque, como ya se dijo, nada o casi nada comparable a *Diarios de viaje* de Schopenhauer, escrito a los doce añitos. Esa costumbre de escribano debió de ahormar su cerebro, prevaleciéndose de la consabida maleabilidad adolescente, hasta que escribir se convirtió en una forma ineludible de estar vivo.

En Los Ángeles, Roberto empezó a acotar, tal vez sin saberlo, el repertorio de sus vidas posibles.

*

Las libretas fueron solo una parte de la historia. Lo que terminó empujando a Roberto Bolaño precipicio abajo, abismándolo, hundiéndolo en las profundidades de un mundo inexistente que parecía más auténtico —y en todo caso más pleno— que la realidad en la que por ley natural se hallaba incrustado, fue el descubrimiento de las primeras bibliotecas, empezando por la de su colegio, y luego también la municipal, ambas en torno a una misma plaza rectangular sembrada de pataguas, tilos y quillajas saponarias.

Por aquel entonces, nuestro protagonista era alumno del Liceo de Hombres de Los Ángeles, una mole de ladrillo de dos plantas con techos altos y ventanas estiradas, por donde la luz se colaba a

raudales al interior de las aulas desde primera hora de la mañana, iluminando los pupitres metálicos. En la planta baja del edificio, a la derecha de la puerta de entrada, existía entonces una modesta biblioteca escolar por la que Roberto se dejaba ver casi a diario. Era un número finito de anaqueles, pero nuestro jovenzuelo se percató enseguida de que en su interior dormitaban una pluralidad de mundos, cada libro albergaba el suyo, formando así, planeta tras planeta, estrella tras estrella, polvo tras polvo, los contornos de uno o más universos. En esas estanterías se hallaban las revoluciones pasadas y las venideras, las triunfantes y las truncadas, los dioses que cayeron en el olvido, los que seguían con nosotros, los dramas del individuo, los de la familia, los del grupo, sus miedos y sus esperanzas, tus miedos y tus esperanzas, los nuestros, todo se hallaba allí, sí, esperando a ser desenterrado una y otra vez, como un tesoro único y sin medida, y por ende sin término. El placer que le proporcionaba cada ejemplar era —como la iluminación de las repisas— insuficiente, incesante.

En aquella biblioteca, igual que en la municipal, al costado opuesto de la plaza, a menos de tres minutos a pie, se topaba a menudo con Abel Sandoval, otro estudiante del Liceo de Hombres aquejado de la misma enfermedad, esa que consumió a don Quijote de la Mancha entre libros de caballería, esa que hizo que Robinson Crusoe depositase sus esperanzas en las páginas de una Biblia atravesada de estrías, esa que convirtió las novelitas románticas en el eje vital de Emma Bovary, esa que padecen los lectores de todos los tiempos y todos los rincones, ensimismados frente a un pedazo de papel, ahítos de deseo, cayendo en un estado de conciencia plena que solo se nos ocurre definir como febril. En efecto, estos dos compañeros de escuela se tropezaban a menudo, aunque casi nunca caían en el hábito de las palabras, podemos decir que les bastaba con cruzar las justas, si bien Abel confesó en una ocasión que recordaba aún nítidamente cómo un día cualquiera nuestro protagonista le espetó que en cada escritor o poeta habita siempre una universidad desconocida.⁶ En esta frase se condensaban ya sus anhelos y sus pasiones, pero también la incomprensión, la tristeza y los miedos.

Sea como fuere, el caso es que aquí, en Los Ángeles, al sur de la largura chilena, la lectura se volvió por fin un vicio irreversible, acotando de una vez por todas el perímetro de sus porvenires: podrá ser cualquier cosa, pero ya jamás logrará dejar de leer, igual que una polilla puede descansar sobre una rama o sobre la tierra baldía, pero es incapaz de no arrimarse a la hoguera que acabará calcinándola.

Entre los textos de aquella época hay paisajes locales y lugares comunes, cada uno de ellos una piedra para la inmensa catedral que anda erigiendo en lo más íntimo de sus adentros. Descubre la perspicacia de Sherlock Holmes y la enigmática soledad del capitán Nemo, se enfrenta, de la mano de Alicia, a la Reina de Corazones y, muy pronto, en otro de esos procesos paulatinos, la sensibilidad y la vocación se tornan un báculo sobre el que va apoyando sus pasos. Las lecturas se vuelven cada vez más complejas. Más gozosamente complejas. La complejidad cotiza al alza. De una primera adolescencia con Conan Doyle y Julio Verne pasa de repente a leer a Enrique Lihn y a Oquendo de Amat, y a Ernesto Cardenal, y al trovador Giraut de Bornelh, y a Gabriel García Márquez, que ha publicado hace nada *Cien años de soledad*, con un éxito insospechado que no descabalará de ese trono hasta nuestros días, y así, de página en página, de libro en libro, erige un cajón de sastre donde lo mismo cabe un roto que un descosido, hasta que efectúa de improviso dos descubrimientos fulminantes. Primero llega el resplandeciente baile libérrimo de la prosa de Julio Cortázar, que apenas tres años antes había pillado al mundo por sorpresa con la publicación de su *Rayuela*. Al igual que el personaje de Gregorovius, el joven Roberto había renunciado a la ilusión de entender, pero no a la belleza de plantearse las preguntas, en un diálogo fructífero e inabarcable, donde cada texto parecía articularse con todos los demás, en este orden o en aquel, continuamente, siempre en marcha, sumiéndolo en una vida tan maravillosa como inexistente, donde era posible ejercer una militancia silenciosa, pasiva solo en apariencia, pues anda presta a estallar en el momento oportuno.⁷ El segundo descubrimiento de aquellos años fue la poesía de Nicanor

Parra, el antipoeta chileno *par excellence*, a quien tardará tres décadas en abrazar en persona, ya volveremos para contarle.

No siempre lee en la biblioteca, claro. El hábito lo invade todo, las jornadas de colegio, las tardes en el sillón ocre del hogar, los ratitos en el baño o frente al desayuno, las noches recostado sobre la almohada, casi inmóvil entre el primer umbral de oscuridad y los primeros rayos arrebolados de la mañana, y por supuesto durante las calurosas tardes de verano, ajeno a la meteorología, por eso a veces es capaz de colocarse a pleno sol en la plaza de Armas, mientras que en otras ocasiones se sienta en los bancos de la calle Valdivia, a la sombra de tilos inmensos. Cultiva el espíritu y el cuerpo se refresca.

Podríamos proseguir, desde luego, pero el esfuerzo sería vano, tal vez incluso contraproducente. Lo mejor que se puede decir de este viaje sin retorno lo dijo ya, cómo no, nuestro propio protagonista, cuando afirmó que en Los Ángeles descubrió que «sin salir del umbral de mi casa podía conocer el mundo entero». Y eso fue precisamente lo que hizo: darse a la tarea de conocerlo.

*

El niño pedante al que ahora observamos nos devuelve la mirada con una mezcla de curiosidad e insolencia. Ya advertimos que si algo le llama la atención, una sonrisa burlona, un ceño fruncido, una palabra dicha a destiempo, se apresurará a sacar la libreta del bolsillo y convertirnos en literatura, igual que un mago se sirve de su varita para tornar a los enemigos en piedra. Roberto abre bien los ojos, decidido a absorberlo todo, cual esponja seca, cual esponja infinita. Cada gota puede ser una letra, su particularísima contribución a una historia casi tan longeva como inabarcable.

Así, a bordo de un autobús o un todoterreno, escudriña desde el hueco de la ventanilla los paisajes de la provincia de Biobío, prestando atención al color de los distintos torrentes de agua, sorprendiéndose ante el tamaño de sus volcanes, a veces secos como los cipreses del desierto, otras cubiertos de nieve, mira las lagunas y las largas carreteras y los caseríos abandonados o

semiderruidos, porque todo ello es material de escritura y aparecerá luego, transformado, en las páginas de *Sepulcros de vaqueros*, una de las obras póstumas de Bolaño.

Así, escucha con embeleso las historias de Benedykt Felzensztein Klein, un judío polaco que vive a un par de cuadras de los Bolaño, en el mismísimo Banco de Estado, y que le habla de su paso por los gulags soviéticos y de su posterior ingreso en la Brigada de Tiradores de los Cárpatos, unidad militar con la que combatiría heroicamente en varios frentes de la Segunda Guerra Mundial, primero en el norte de África, donde tuvo que enfrentarse al mismísimo mariscal Erwin Rommel, y después en el norte de Italia, donde participó en combates instrumentales que se proponían lograr la derrota de Mussolini. Nuestro protagonista presta atención al relato de aquel vecino, ojeando de soslayo su falange amputada, ese hueco a modo de frontera entre los cuatro dedos restantes, de un lado pulgar e índice, del otro anular y meñique, con la ausencia recordando cada día las esquirlas voladoras del asalto final a Montecassino. Roberto aún no lo sabe, pero las historias del viejo Felzensztein le servirán de trasunto para dar aliento a Juan Stein, un judío soviético que dirige un taller para poetas en las páginas de *Estrella distante* y que después del golpe de Pinochet reaparecerá como guerrillero en Angola, El Salvador y Nicaragua.

Así, absorbiéndolo todo cual esponja seca, Roberto se emociona como el que más cuando el 6 de diciembre de 1966, en el pueblo de Nacimiento, a tan solo treinta kilómetros de Los Ángeles, el joven Carlos Ramírez Hoffman y su cómplice, un ladronzuelo de poca monta, asesinan a sangre fría a las hermanas Venegas, profesoras de la escuela local, y usan la sangre de las víctimas para escribir en una pared del aula el epitafio con que irrumpirán en los hogares de toda la provincia de Biobío, tornándose objeto de teorías conspirativas y chismes recurrentes, poco menos que una obsesión local, AQUÍ MUEREN LAS PROFES. Según confesó el propio Ramírez Hoffman, adolescente tardío y exalumno del centro, el motivo que lo impulsó a cometer aquel crimen no fue otro que la venganza: una de las profesoras se había burlado de él delante de toda la clase tras

confiscarle una carta de amor, y el asesino, quien por entonces tenía diecisiete años, decidió que la muerte sería una pena elocuentemente equilibrada por aquella ofensa. El suceso fue, como decimos, origen de infinidad de cotilleos y fabulaciones, de modo que no ha de sorprendernos la forma en que el Bolaño adulto acabó transfigurando los hechos, presentándolos como el crimen ficticio contra las hermanas Garmendia, esas dos poetisas inexistentes que murieron en Nacimiento a manos de Carlos Wieder, precisamente el protagonista filonazi de *Estrella distante*.

Ríos, volcanes, vecinos, criminales, emociones, injusticias, el beso tierno de Rossemarie Saldivia, sus mudanzas pasadas y venideras, las burlas acerca del «burócrata Moncada», la despedida de su amigo Fernando Fernández Merino una madrugada de comienzos de 1968, cuando este último se subió a un buscarril camino de Concepción en compañía de su familia y Roberto y su hermana María Salomé lo acompañaron hasta la estación para despedirlo, correteando por el andén y diciendo adiós con nostalgia a la figura que se empequeñece tras la ventanilla, la propia estación de tren, el vaho nocturno que empaña los cristales, el rencor, la nostalgia, la duración variable de las noches, todo es materia para la esponja, todo acabará impregnando esa obra que anda ya gestándose en su interior, donde dormita aquello que no vemos, lo que nos ofusca, lo que nos fascina, lo que nos conforma.

*

Mientras Roberto acapara lecturas y recopila recuerdos, la vida conyugal de doña Victoria y don León agoniza en las trincheras de la cotidianidad, llevando a nuestro protagonista a concluir, recuerden que se trata de un joven «adelantado», de una madurez tan precoz como inopinada, que nunca deberían haber contraído matrimonio, y mucho menos atreverse a traer dos pobres criaturitas al mundo, condenándolos a morir. Eso es al menos lo que declarará décadas después, en sus momentos más lúcidos, o más oscuros, o más jocosos.

Doña Victoria y don León se separan y se vuelven a juntar con frecuencia, en un ciclo que parece infinito, como burbujas de plasma

caliente sobre la superficie del sol. Las discusiones resultan ser igual de comunes, hasta el punto de que Roberto, polemista excelso, llegó a atribuir su gusto por la controversia al hecho de que en su casa nunca hubo unanimidad.

Ni que decir tiene que este ambiente lleno de contrariedades acaba creando un cierto resentimiento en el joven artista. Ya hemos advertido que se encargó de confesarlo él mismo, pero podría no haberlo hecho. Las imágenes hablan por sí solas. En las fotografías de aquella época se le ve a menudo sonriendo junto a su madre y su hermana, mientras que la mera presencia del padre parece endurecerle el rostro, ahuyentando incluso ese vicio de fingir alegría frente a las cámaras para que la memoria del corazón fabrique luego recuerdos a la par falsos y placenteros. Ahora bien, esto último, como todo o casi todo en la vida de cualquiera, amerita recurrir a matices y precisiones, porque si bien es cierto que nuestro protagonista habló muchas veces de la insensibilidad del padre, tampoco se privó de expresar la admiración que sentía por él, hasta el punto de llegar a incluirlo en su particularísima lista de personajes de la historia universal a quienes le habría gustado parecerse, en compañía, nada más y nada menos, que del ilusionista Harry Houdini y del príncipe Myshkin, protagonista de una de las mejores novelas de Dostoyevski. De modo que una línea estrechísima separaba la subversión y la idolatría, precisamente los ingredientes perfectos para que un escritor mate un día, siquiera de forma metafórica, siquiera sobre la página en blanco, al hombre que contribuyó a traerlo al mundo. Pero no nos adelantemos. Por ahora no es más que quien hemos dicho que era, un joven camino a la perdición que pasa la mayor parte de las horas entre libros y libretas, leyendo las páginas de los otros, abonando el terreno para las propias.

Un día, al caer la tarde, con el camión de don León aparcado frente a la casa de madera, doña Victoria trajo a colación la beca con la que pensaba marcharse a México durante una temporada. Sabemos poco de aquella primera estadía, salvo que la distancia o la soledad debieron de tergiversar los recuerdos de ambos, pues al

poco de regresar a Los Ángeles, examinando opciones, anticipando escollos, sopesando una retahíla de pros y de contras, en definitiva, soñando juntos una vez más, el matrimonio decidió mudarse al Distrito Federal, donde doña Victoria esperaba obtener un trabajo como profesora de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).⁸ Era una nueva oportunidad, tal vez una vana huida, pero los Bolaño hicieron las maletas por enésima vez y se marcharon en pos de otra tanda de aventuras, esta vez en el extranjero. Roberto, con el sabor del último beso tierno de Rossemarie Saldivia aún en la comisura de los labios, empacó su ropa a regañadientes, repitiéndose en silencio una única cantinela que el tiempo se encargaría de tornar profética, Voy a ser escritor, Voy a ser escritor, Voy a ser escritor.

² Es un decir, puesto que fue despedido por absentismo laboral.

³ A unos pocos cientos de metros del lugar del percance se divisaba una casita de adobe y quinchita con el fuego encendido. Don León caminó hasta ella cargando una bolsa de cuarenta kilos de harina. Los panes que de allí salieron acabaron siendo el principal sustento de padre e hijo durante los tres días siguientes, hasta que un técnico de provincias hizo acto de presencia y logró arreglar el camión.

⁴ Por cierto, hemos olvidado mencionar que a los seis o siete años, antes de instalarse en Quilpué, Roberto pasó una breve temporada en Mulchén, a sesenta y cinco kilómetros al sureste de Los Ángeles. Allí se perdió en un bosque de pinos lleno de hongos silvestres y escarabajos, donde al parecer vivió una serie de aventuras que andan a caballo entre las novelitas de Lewis Carroll y los cuentos de los hermanos Grimm. En cualquier caso, estas mudanzas país arriba y país abajo, que emulaban las veleidades laborales de don León, resultan irrelevantes para nuestra historia.

⁵ Javier Cercas *dixit*.

⁶ Quizá por entonces ya había leído al escritor de ciencia ficción Alfred Bester, quien usó el término en *Los hombres que asesinaron a*

Mahoma: «Un genio es alguien que viaja hacia la verdad por un camino inesperado. Desgraciadamente, los caminos inesperados conducen al desastre en la vida corriente... Nadie sabe dónde está la Universidad Desconocida ni qué es lo que se enseña en ella».

⁷ Aquí es preciso recordar, acaso de forma redundante, que los relatos que componen cualquier vida son complejos, multiformes y a menudo contradictorios. En este sentido, es posible que Roberto Bolaño descubriese la obra de Cortázar en Los Ángeles, como asegura Abel Sandoval, pero también es posible que la descubriese años después en Ciudad de México, como sostiene Jaime Quezada. Mal que nos pese, no hay forma humana de saberlo. Incluso los recuerdos del propio Bolaño podrían ser falsos. Bien mirado, ni siquiera una hipotética libreta desenterrada de lo más recóndito de su archivo lograría sacarnos de dudas, porque el protagonista de estas páginas es conocido por sus habilidades como prestidigitador de la realidad y, según lo señalado anteriormente, poseía una maestría innata a la hora de entremezclar —tanto de forma oral como por escrito— realidad y ficción en dosis más o menos discernibles. A lo largo de este relato nos toparemos con varias tandas de versiones discordantes. Nuestro trabajo consiste en elegir la más plausible, cuando no la más poética.

⁸ Varias décadas después, el propio don León justificaría aquella mudanza familiar aludiendo al asma de su esposa. Según esta versión de los hechos, doña Victoria habría residido en México un total de dos veces y en ambas ocasiones regresó a Chile completamente rejuvenecida, con los pulmones tan despejados como un cielo sin nubes. Sin embargo, en cuanto llevaba unas cuantas semanas en casa, su bronquitis crónica volvía a causarle estragos, de modo que el médico de la familia les recomendó mudarse al país centroamericano de forma permanente. Puede parecer paradójico, dado que Ciudad de México era en los años setenta, y en parte sigue siendo en nuestros días, una de las urbes más contaminadas del mundo y, por ende, un vector de enfermedades pulmonares. Pero no subestimemos la medicina chilena de la época, esa que, en un alarde de sabiduría, trató de

salvarle la vida a Roberto Bolaño aconsejándole que se alejase de los libros, al menos durante una buena temporada, cosa que este nunca hizo.

LA PARTE DE LOS CHILENOS PERDIDOS EN MÉXICO

«En ningún lugar puedes estar seguro.
Has revisado tus posibilidades y ahora
estás en el vacío esperando un golpe de suerte».

ROBERTO BOLAÑO,
La Universidad Desconocida

De México no sabía nada, salvo, como él mismo dijo, lo poco que había entrevisto en las películas de Cantinflas, Pedro Infante y Chachita. No sabía nada, cierto, pero enseguida quiso aprenderlo todo. Tenía quince años, la edad de mirar en derredor boquiabierto y maravillarse ante las posibilidades cuasi infinitas que ofrecen las calles de una gran ciudad, y no una cualquiera, desde luego, se trata de la capital cultural de América Latina, el hogar de Octavio Paz y Elena Poniatowska, el de Carlos Fuentes y Sergio Pitol, a ratos el de García Márquez, un hervidero desbordante de historias, sueños y oportunidades, un Aleph en el que convergían todos los puntos y al que mucho después, cuando el presente esté compuesto ya de meros recuerdos, definirá como un universo «autosuficiente». El chico del Lejano Sur no tarda en permitir que los valles de Biobío y los horizontes metódicos de Valparaíso se extravíen por los recovecos de su memoria. También Poncho Roto cae en las zarpas del olvido, al menos de momento. La vida parece ahora una fuente inagotable y él quiere beberla a raudales. Tal y como diría en un ejercicio de alusiones aún remoto, «Fue cambiar el potrero por la metrópoli».

Nada más llegar, los Bolaño se instalan en casa de unos amigos que residen desde hace años en Lindavista. Es solo una solución transitoria, el tiempo justo para encontrar su propio apartamento en la colonia Nápoles y efectuar la enésima mudanza, claro que este destino tampoco durará demasiado, en todo caso mucho menos de lo que inicialmente previeron. A don León le agobia el precio del nuevo alquiler, por no hablar de los gastos presuntamente exorbitantes a los que se entrega su esposa, de modo que pronto acaban marchándose a un piso algo más asequible situado en la colonia Guadalupe Tepeyac, al norte de Ciudad de México, para más señas en el número 27 de la calle Samuel, epicentro de un barrio popular jalonado de taqueros, vendedores de elotes y relicarios. Allí pasará Roberto la mayor parte de sus años chilangos.

Como no puede ser de otra manera —recuerden lo que ya les advertimos sobre cómo todo *homo sapiens* acaba por convertirse, de una forma u otra, y lo quiera o no, en producto de su época—, las

convulsiones sociales de aquel nuevo hogar acabarán haciendo mella en la vida de nuestro protagonista, y por ende en su obra. El país lleva casi cuarenta años siendo gobernado sin interrupciones por el Partido Revolucionario Institucional, el PRI, al que todavía le quedan otras tres décadas para completar la friolera de setenta y un años monopolizando la escena política mexicana. No resulta difícil imaginar la miríada de patronazgos, coacciones y estrategias con que sus secuaces han llegado a controlar todos los aspectos de la vida pública, desde los sindicatos hasta las patronales, desde la prensa hasta el ejército, tornando sus siglas en un notable oxímoron, porque el presidente Gustavo Díaz de Ordaz, un conservador de armas tomar, expresión esta a la que aludimos, como enseguida veremos, de forma tanto metafórica como literal, no tiene nada de revolucionario. Más bien al contrario, se trata de un dirigente acostumbrado a tratar a sus súbditos con mano de hierro y que se jacta de gobernar un país estable y una administración con una larga lista de logros, entre ellos la inminente celebración de los Juegos Olímpicos y, lo que más le enorgullece, un crecimiento económico sostenido, hecho este último que podría parecer motivo de alabanza, de no ser porque lo otro que ha crecido de forma igual de sostenida es el coeficiente de GINI, indicador estadístico que mide la desigualdad en la distribución de los ingresos y que en este país centroamericano no ha hecho más que ensancharse en los últimos años, a tal punto que, para cuando nuestro protagonista desembarca en la capital, un 80 % de la riqueza anda en manos de un 10 % de la población. Obvia decir que se trata del caldo de cultivo idóneo para que proliferen el descontento y —como corolario de lo anterior— las protestas masivas. Los jóvenes universitarios, hastiados del PRI e inspirados tanto por el Mayo del 68 francés como por las promesas del comunismo, se lanzan a la calle para exigir la liberación de los presos políticos y una serie de reformas estatales. De lo mucho que sucedió en aquel entonces, lo que más nos interesa es que el 18 de septiembre, un día de cielo plúmbeo y nubes bajas, diez mil militares mexicanos invadieron la ciudad universitaria con tanques ligeros, carros de asalto y camiones de transporte de tropas, todos ellos llenos de soldaditos desbocados,

diríase el tablero de conglomerado de *Estrategia*, solo que en este caso las fichas no se quedaron inmóviles, sino que se dieron a la tarea de evacuar el conjunto de las instalaciones, arresando a decenas de alumnos y profesores. Mención especial en mitad de la catástrofe mereció y merece Alcira Soust, futura amiga de la familia Bolaño-Ávalos, una poetisa uruguaya que se mudó a México gracias a una beca de la UNESCO y que, tras su propia retahíla de vaivenes, incluidos un empleo precario en el Instituto Latinoamericano de Cinematografía Educativa y estudios de pintura en Guanajuato, regresó al D. F. para trabajar en Radio UNAM, la emisora de la Universidad Nacional Autónoma de México. El día en que el ejército, siguiendo instrucciones de su comandante en jefe, el presidente Díaz de Ordaz, decidió violar la autonomía universitaria, Alcira los recibió colocando en los altavoces de la radio comunitaria un disco donde se recitaban versos de León Felipe, un poeta español exiliado en Ciudad de México que había fallecido aquella misma mañana. Después de este acto de valentía, y dispuesta a luchar por su derecho a permanecer allí de donde el ejército trataba de expulsarla, Alcira se encerró en un baño de azulejos blancos y mugrientos y permaneció oculta nada menos que doce días, acurrucada entre planchas de laminado compacto, bebiendo en silencio sorbitos de agua del grifo y alimentándose de papel higiénico, hasta que el poeta Rubén Bonifaz Nuño la encontró medio moribunda y la llevó de inmediato al hospital. Todo esto, que *a priori* puede parecer accesorio a nuestro relato, tal vez incluso irrelevante, es en realidad de suma trascendencia. En primer lugar, porque Alcira Soust acabó siendo, como advertimos, íntima amiga de la familia Bolaño-Ávalos, en especial de doña Victoria y, pese a la diferencia generacional, del propio Roberto. Con el tiempo, el cariño estuvo lo suficientemente arraigado como para permitir que la poetisa uruguaya desembarcase a menudo en el pisito de la calle Samuel y se quedase allí por espacio de varias semanas. Alcira se convirtió, además, en la Cuate Mayor de la futura banda de poetas infrarrealistas liderada por nuestro protagonista y, no contenta con realizar un cameo en las páginas de *Los detectives salvajes* bajo el nombre de Auxilio Lacouture, acabó protagonizando ella solita la novela *Amuleto*, libro

en el que «la Madre de la Poesía Mexicana» pronuncia las siguientes palabras acerca del *alter ego* de Roberto: «Yo conocí a Arturito Belano cuando él tenía diecisiete años y era un niño tímido que escribía obras de teatro y poesía y no sabía beber».⁹ Y dado que en este párrafo parece habérsenos colado un listado semiexhaustivo de futuras apariciones literarias, vale la pena señalar asimismo que en *El espíritu de la ciencia-ficción*, otra de sus novelas póstumas, el narrador descubre en las paredes de un taller de poesía un grafiti hecho con espray rojo: «Alcira Soust Scaffo estuvo aquí». Ya advertimos que Bolaño va camino de fagocitar todo cuanto le rodea.

Lo anterior no solo es relevante por el papel que Alcira Soust acabaría desempeñando en la vida y obra de nuestro protagonista, sino también por la forma en la que aquella invasión de la ciudad universitaria desencadenaría otra serie de eventos históricos, a cual más trágico y calamitoso. El ciclo de violencia no había hecho más que empezar. El atentado contra la autonomía universitaria llevó al Consejo Nacional de Huelga, compuesto por representantes de varias instituciones educativas, entre las que estaba el Instituto Politécnico Nacional y la UNAM, a intensificar sus protestas. Convocaron una manifestación masiva en la plaza de Tlatelolco, conocida también como plaza de las Tres Culturas. En aquel momento faltaban menos de dos semanas para la apertura de los Juegos Olímpicos y el presidente Díaz de Ordaz, representante supremo del PRI, que a la sazón era tanto como decir Padre Íncrito de la Patria, no pensaba permitir que aquellos revoltosos, los mismos que hace apenas unas horas andaban conmemorando el primer aniversario de la muerte del Che Guevara, le aguasen la fiesta. De modo que encomendó a un tropel de policías vestidos de paisano que quemaran un puñado de autobuses, los justos para dotar a su administración de un *casus belli* legítimo con que coartar un poco más los derechos y libertades de los mexicanos, y de paso reventar la protesta en la plaza de las Tres Culturas, cosa que su secretario de Gobernación y futuro sucesor en el cargo, el señor Luis Echeverría Álvarez, hizo con una violencia desmedida, ordenando que las fuerzas de seguridad del Estado rodeasen a los entre doce y

quince mil manifestantes y abriesen fuego contra ellos sin miramiento, como si las balas fueran de fogueo, o como si los blancos fuesen de cartón prensado. Poco importan los estudiantes, ni los hombres, mujeres y niños de todas las edades que han acudido al evento, cayeron familias enteras, madres abrazando a sus bebés, ancianas acribilladas frente a la fachada de la iglesia de Santiago Tlatelolco. La violencia desatada fue de tal magnitud que logró tumbar a varios generales mexicanos, víctimas del fuego cruzado de su propio ejército. Eso sí, al día siguiente la televisión pública, oportunamente controlada por el PRI, describió la masacre como un mero «incidente policial» [*sic*]. Los cientos de cadáveres se retiraron en camiones de basura. Hubo quien comparó aquella carnicería con el Mayo del 68 francés o con la recién concluida Primavera de Praga, símiles imperfectos y tal vez negligentes, sin duda un buen ejemplo de por qué el refranero se afana en recordarnos que toda comparación es odiosa, y esta resulta particularmente deleznable, ya que ni los cinco parisinos que murieron arrojando adoquines ni los ciento treinta y siete que fallecieron durante la invasión de Checoslovaquia ordenada por Brézhnev pueden equipararse, en puridad, con los cientos de manifestantes que perdieron la vida aquel aciago 2 de octubre de 1968. Eso sí, diez días después de la escabechina se inauguraron con toda pompa los Juegos Olímpicos mexicanos, como si aquí no hubiera pasado nada, al menos nada grave, según parece indicar el hecho de que el mundo entero, o casi entero, volviese a cerrar los ojos a los avatares de la historia, centrado como estaba, al más puro estilo *panem et circenses*, en los pronósticos del medallero olímpico. Ni siquiera la carta conjunta de Bertrand Russell, Premio Nobel de Literatura en 1950, y Jean-Paul Sartre, quien había rechazado aquel mismo galardón en 1964, logró hacer mella en el buen desarrollo del evento. Tampoco afectó gran cosa la dimisión del escritor y diplomático Octavio Paz como embajador de México en Nueva Delhi, ni el sentido poema con que trató de azuzar las conciencias de su clase política, incluidos estos tres versos entre paréntesis que, si hemos de ser sinceros, se nos antojan una benéfica puñalada contra la indiferencia y la hipocresía del *homo sapiens*: «(Los empleados

municipales lavan la sangre en la plaza de los sacrificios)».

Producciones literarias al margen, tanto buena parte de los mexicanos como la casi totalidad del resto del mundo hicieron la vista gorda y celebraron el jolgorio olímpico entre aplausos, banderas y amnesias bien ensayadas. Lo único que le faltó al presidente Gustavo Díaz de Ordaz fue darle una llamadita a Leni Riefenstahl para que inmortalizase al equipo nacional con planos que realzasen la estética grandiosa y exaltada de aquel evento, pero, como en todos los Juegos Olímpicos, película oficial sí se hizo, en el caso de México 68 filmada por el realizador Alberto Isaac. De hecho, llegó a ser nominada al Óscar a la mejor película documental. Sea como fuere, el material fílmico de la época no le hace justicia ni a la magnitud de los hechos ni a la vileza del tirano que los presidió.

Todo lo anterior, por más que lo llamemos contexto político, o avatares históricos, o panorama sociocultural, o simplemente la vida, acabó impactando en el día a día de la familia Bolaño-Ávalos. Para empezar, las huelgas estudiantiles y la masacre de Tlatelolco dieron al traste con las oportunidades laborales de doña Victoria en la UNAM, de modo que la madre de nuestro protagonista se vio forzada a explorar otras alternativas y, finalmente, aceptó un trabajo como secretaria para el que se hallaba a todas luces sobrecalificada. En cuanto a don León, hizo lo que venía haciendo desde casi siempre y se colocó como transportista en la empresa de comestibles Pascual, donde padeció horarios igual de criminales que los del pasado y tuvo que conducir inmensos camiones de carga desde la oscuridad que antecede al día hasta bien entrada la tarde —mucho más adelante se convertiría en comerciante de cigarrillos al por mayor y en gerente de una tienda de abarrotes llamada El Chileno, pero para entonces el resto de la familia ya había emigrado a España—. ¹⁰ Aunque Roberto nunca se regodeó en los detalles, fue una época de estrecheces económicas, sobre todo al principio, hasta el punto de que los almuerzos laborales de doña Victoria solían consistir en un pan recién horneado y una Coca-Cola tamaño familiar, que compartía con sus compañeras de oficina.

En cuanto al impacto directo sobre nuestro protagonista, poco o

nada podemos añadir, al margen de reconocer que la violencia latinoamericana parece perseguirlo allá donde pone los pies, con excesos y exabruptos de proporciones cada vez más dantescas. Esto ya no era el crimen contra las hermanas Venegas en una escuela de Nacimiento. Las cosas se están empezando a salir de madre y acabarán desmadrándose del todo con el auge de las dictaduras militares en el Cono Sur. Como veremos enseguida, se avecina una violencia multiforme que acabará impregnando toda la obra literaria de Roberto Bolaño, desde los asesinatos de Carlos Wieder en *Estrella distante* hasta los feminicidios de Santa Teresa en *2666*.

Varias décadas después, nuestro protagonista se vanaglorió de no haber escrito nunca sobre sucesos irreales. «Yo todo lo que he escrito lo he vivido», le espetó a uno de sus muchos entrevistadores. Suena un poco pedante, tal vez incluso un pelín fanfarrón, pero es la pura verdad. (O casi).

*

El primer día en su nuevo colegio descubre algo de lo que aún no se había percatado: es chileno. La magnitud del hallazgo lo sobrecoge.

La revelación tiene lugar durante el recreo. Un muchachito achaparrado y algo torpe lo desafía a una pelea a puñetazos, así, sin más, por el simple hecho de ser extranjero. Roberto tiene miedo de que lo consideren un cobarde, de modo que acepta el reto. Lo primero que hace es medir a su contrincante. Echa cuentas. No se le dan bien los números, pero al fin y al cabo es hijo de un campeón de boxeo. Con una sola mirada es capaz de efectuar las sumas y las restas, llegando al siguiente resultado: dos puñetazos bien dados bastarán para tumbar a su agresor. Toma una larga bocanada de aire y empieza la pelea. Su adversario le asesta el primer golpe. Antes de defenderse, echa un vistazo fugaz en derredor. Nota que todas las miradas convergen en él, haciéndolo sentir en peligro. Se plantea preguntas inútiles. Sabe que ha llegado su turno. Pero antes de golpear, realiza un nuevo cálculo, Si lo tumbo, esto no será más que el principio, sus amigos se me van a venir encima, es mejor que trate de lograr un empate. El joven Roberto le lanza un golpe recio, aunque con cuidado de no noquearlo ni dejarlo maltrecho. Ambos

repiten la misma maniobra un par de veces, entre brincos y rebotes, hasta que su adversario se da por vencido, tendiéndole la mano. «Fue como un bautizo en plan azteca, bastante desagradable», le confesó mucho después al periodista Eliseo Álvarez. Un bautizo que le enseña, ante todo, que en México es un extranjero. Puede parecer una obviedad, pero a veces solo acabamos de comprender quiénes somos cuando nos alejamos de nuestro lugar de origen. El escritor Mario Vargas Llosa, ganador del Premio Nobel de Literatura en 2010, repitió hasta la saciedad que mudarse a París fue lo que le ayudó a cobrar conciencia de que era latinoamericano. A Bolaño le pasó algo parecido en el D. F., en este caso a escala intracontinental.

Aquel no fue su único descubrimiento, tal vez ni siquiera el más importante. Además de hacerlo dar de bruces con la otredad, la escuela del Opus Dei le enseña que el tiempo que gasta en las aulas es, en su caso, una inmensa pérdida. Lo primero que ocurre es que deja de ser un «adelantado». En las asignaturas que no le interesan, como la física, la química o las matemáticas, se limita a copiar los deberes de alguno de sus compañeros y a hacer trampa en los exámenes, hasta que con el paso de los meses, conforme avanza el temario, comprende que ya no hay manera de seguir fingiendo. Nunca aprenderá a dividir y multiplicará con dificultad el resto de sus días, pero de qué sirven esos automatismos en la república de las letras. Por otra parte, las cosas no parecen irle mejor en las materias que domina, como literatura, geografía e historia. Una mezcla de insolencia y presunción lo compele a increpar constantemente a los profesores, afeándoles su supuesta incultura delante de toda la clase, con esos mismos dejes de polemista burlón con que se hará famoso en sus últimos años de vida. A veces, no contento con corregirlos en público, decide inventarse datos más o menos creíbles para tomarles el pelo, mezclando en su justa medida lo falso y lo cierto, tal y como decimos que viene haciendo de un tiempo a esta parte, tal y como ya no dejará de hacer nunca. Aprende así que la verosimilitud es un concepto subjetivo, tal vez sobrante, algo creado de forma artificiosa para que él lo derroque.

Desde luego, esos altercados en el aula le cuestan más de un

regañó. Don León y doña Victoria visitan con frecuencia al director, quien les ruega una y otra vez que por favor convenzan a su hijo para que se abstenga de corregir a los maestros en público, Sí, sí, tenía razón, la operación Mincemeat existió, pero esos comentarios hacen quedar mal a los docentes y merman la confianza del resto de nuestros alumnos, aquí en el Opus Dei tenemos unos valores que inculcar, es importante que nadie nos cuestione, incluso en el supuesto de que una parte de la enseñanza incurra en inexactitudes, Hombre, señor director, no irá usted a decirme que le parece bien llenar la cabecita de estos pobres muchachos con datos erróneos, No le digo que me parezca bien, don León, pero entiéndalo, a veces la verdad puede hacer libres a los hombres, Creo que no le sigo, ¿acaso usted no quiere que sean libres?, Yo lo único que quiero es que sean ciudadanos de provecho y, sobre todo, buenos servidores de Dios, y para lograrlo necesito que su hijo deje de corregir en público al profesorado, ¿le queda claro?, Como el agua, señor director, Me alegro.

A quien no le queda tan claro es al propio Roberto. Entre el descalabro en las asignaturas que no le interesan y su exceso de petulancia en las que sí, nuestro protagonista no tarda en comprender que la vida estudiantil supone para él una irremisible pérdida de tiempo, de modo que empieza a distanciarse de ella. En esta ocasión, el abandono de las aulas no es esporádico, como en el Liceo de Hombres de Los Ángeles, sino poco menos que permanente. Aquel mundo de reglas inamovibles y ficciones coercitivas se le ha quedado pequeño, porque el resto del planeta, fuera de las aulas, está lleno de horizontes tan vastos como movedizos.

Al principio no quiere inquietar a su familia, así que prosigue con los mismos rituales de siempre. Se despierta, se ducha, desayuna a la carrera y sale de casa en la dirección acostumbrada, aunque ya nunca llega a su supuesto destino, como si fuese Pinocho dejándose seducir por el zorro y el gato, solo que en vez de la promesa de un Campo de los Milagros donde crecen árboles que dan monedas de oro, la tentación de Bolaño son los libros, así que, dispuesto a

proveerse de ellos, orienta sus zancadas hacia la librería El Cristal, o bien hacia la librería El Sótano. En uno de los relatos de *Llamadas telefónicas*, publicado a finales del siglo pasado, nuestro protagonista rememoró cómo el primero de esos establecimientos tenía en la entrada una mesa con los saldos, de modo que solía dirigirse allí cuando el dinero escaseaba, mientras que si no andaba mal de fondos prefería acudir al segundo, donde abundaban las novedades. Todo lo anterior, claro está, en el supuesto de que tuviese los medios y el propósito de llevar a cabo una transacción mercantil. La mayor parte del tiempo, más que comprar libros, se limita a hurtarlos. Entre los dieciséis y los diecinueve años, el pillaje de novelas, revistas y poemarios se convierte en su principal oficio, cuando no en su auténtica vocación. En aquella época robó libros malos, malísimos, peores, y también libros buenos, buenísimos, los mejores, montones y montones de libros, sin discriminar en función del tamaño, el formato, la calidad o el género, elegías por la muerte del padre, mitos ancestrales, dramas, comedias, crónicas, leyendas artúricas, fábulas, intrigas detectivescas, distopías futuristas, romances, todo le interesaba, todo lo absorbía, pero nada parecía colmarlo.

Su primer trofeo fue *Las canciones de Bilitis*, del francés Pierre Louÿs, un libro erótico ilustrado, compuesto de breves y encendidas prosas, y que en el ajetreo del instante había confundido con una novelita pornográfica. A partir de ahí se volvió menos sibarita, o en todo caso más inclusivo, aunque se especializará en poetas mexicanos y en literatura francesa de finales del *xix* y comienzos del *xx*. Roba a Samuel Pepys y a Gilberto Owen, a José Juan Tablada y al jerezano López Velarde, un Asunción Silva, un Amado Nervo, *La caída* de Albert Camus, libros que ansiaba leer y leyó, libros que creyó que quiso leer sin que jamás llegase a hacerlo. Eso sí, sus quehaceres no eran improvisados ni irreflexivos. Como él mismo llegó a admitir, una de las ventajas de robar libros en lugar de cajas fuertes es que se puede ojear el botín antes de llevárselo a casa. Además, era necesario analizar la disposición de la librería, mantener vigilados a los libreros, prestar atención al deambular de los clientes.

No podía darse el lujo de que lo atrapasen, aunque hubo un par de deslices, por supuesto, como le sucede al aprendiz de cualquier oficio, pero, por regla general, solía abandonar el local con un deje de orgullo grabado en el rostro, acariciando el botín con ademanes fetichistas, preso de la convicción de que no había nada más importante, como si los libros fueran pan y agua para su estómago y oxígeno para sus pulmones, como si la energía de aquellas páginas, las leyese o no, pudiera impregnarle las yemas de los dedos y llegar desde ahí hasta los recodos más íntimos de su alma, igual que una planta echando raíces en una sima de tierra fresca. Poco a poco, tener libros cerca adquiere una cualidad totémica. Los libros le protegen y le consuelan, pero nunca parece tener suficientes, nunca logra saciarse, porque, como sucede a menudo con nuestros vicios y nuestras obsesiones, su deseo de engullir literatura había cobrado proporciones pantagruélicas. Es también en aquella época cuando toma conciencia de la finitud de sus días. No piensa, Llegaré a viejo y moriré, sino, Llegaré a viejo y no habré logrado leerlo todo. Esa verdad atroz es el combustible con que alarga sus noches y ahuyenta el sueño. Ahora sabe de forma irrefutable que su tarea quedará incompleta. Cualquier esfuerzo lector, por hercúleo que sea, apenas logrará franquear el umbral de la historia de la literatura, arañando si acaso su superficie porosa. Dada la imposibilidad evidente de leerlo todo, se dice que al menos debe coleccionarlo todo, robar dos Stendhal más para poseer por fin sus obras completas, adquirir una a una las nuevas ediciones del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, quien tres años antes, en 1967, había sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura, encontrar una primera edición de *Los de abajo* de Mariano Azuela, cosa prácticamente inalcanzable, dados los avatares que padeció ese volumen para salir a la luz. El hábito se volvió tan arraigado, tan banal, que casi tres décadas después, en una de sus más notables entrevistas, aún mantenía la costumbre de normalizarlo, «Yo creo que es algo que todos los jóvenes hacen y me parece además buenísimo que hagan. Robar libros no es un delito».^{[11](#)}

Por supuesto, como hizo con todo lo demás, nuestro protagonista

convirtió su modesto historial delictivo en buena literatura. En las maravillosas páginas inaugurales de *Los detectives salvajes*, quizá las más entrañables, poéticas y divertidas del último medio siglo, el Bolaño adulto, el mejor escritor de su país, de su continente y de su lengua, hizo que el joven García Madero nos narrase en primera persona cómo sobrelleva el hábito —el desvío— de robar libros de Roque Dalton y de Lezama Lima y de Jorge Luis Borges. Después del saqueo, nuestro protagonista —y tal vez también el suyo— suele acercarse a un puesto ambulante para comprar una torta de jamón y un jugo de mango. Luego se sienta a leer en los bancos de la Alameda, igual que antaño, durante su estancia en Los Ángeles, se refugiaba en los de la calle Valdivia, a la sombra de los tilos. Viejas rutinas en nuevos escenarios. Otras veces camina derecho hacia la casa y, una vez allí, se recuesta en la cama con un libro entre las manos, zambulléndose de lleno en una de las formas de la felicidad.

Por supuesto, no logra engañar a sus padres durante mucho tiempo. Ambos se percatan enseguida de que su hijo no está cumpliendo las reglas del hogar, de modo que deciden confrontarlo, sin imaginar siquiera que la conversación que se disponen a tener, para ellos un regaño entre otros muchos, acabará por cambiar para bien el curso de la historia de la literatura, pues se salda a favor de uno de los principios que la sustentan, a saber, el libre albedrío. Un Roberto de dieciséis años logra convencerlos de que la escuela lo asfixia. De momento no pasa de ser un culicagao barbilampiño, o como otros lo describirán en breve, un muchacho «esmirriado y pelilargo», pero su poder de persuasión es inmenso. Quiere ser escritor, ya no tiene ninguna duda, y para eso debe tomar las riendas de su propia educación. Su madre se muestra comprensiva, o cuando menos abierta a la idea. Don León, en cambio, anda al borde de un ataque de nervios, «Estudia algo, si eres tan inteligente», le dice, «escribir es una pérdida de tiempo, de aquí a que seas famoso, güevón, van a pasar años, si es que llegas». Nuestro protagonista permanece en silencio unos instantes, barajando su posible respuesta. De repente se acuerda de aquello que le espetó en una ocasión a Abel Sandoval, el otro lector

empedernido con quien se topaba a menudo en la biblioteca del Liceo de Hombres, «Yo creo que en la formación de todo escritor hay una universidad desconocida que guía sus pasos». Su progenitor resopla. Sigue sin entenderlo. Le habla del futuro, del ejemplo de su hermana María Salomé, quien se ha adaptado con éxito a su nuevo colegio en la colonia Zaragoza, del riesgo de marginalidad, de la pobreza, del fracaso, de la importancia del plan de estudios, de todo lo que puede salir mal si no enmienda el rumbo, dando un golpe de timón que lo convierta en un hombre de provecho, pero las súplicas y amonestaciones resultan inútiles, igual que las anclas del Pequod hundiéndose en vano en las profundidades abisales del océano Pacífico. No te preocupes, se limita a responder Roberto, el plan de estudios me lo pongo yo.

A partir de entonces, vivirá por y para los libros, comprándolos, robándolos, leyéndolos, acariciándolos. Dejará que la literatura le llene. Dejará que la literatura le consuma. Eso sí, hasta el último día de su vida rechazará el sambenito de autodidacta, ese término que el diccionario reserva a quienes se instruyen por sí mismos. Según Bolaño, la educación que prevé no cumple los requisitos para serlo, pues le vendrá dada no por él mismo, sino de mano de los maestros. Se está inventando como escritor y, ya de paso, inventa también las reglas por las que se rige su mundo.¹²

*

Se ha salido con la suya, de acuerdo. Ha abandonado la escuela. Pero esto no es más que el comienzo de un camino largo y tortuoso. «Escribir no es normal», declaró en una ocasión, «lo normal es leer y lo placentero es leer; incluso lo elegante es leer. Escribir es un ejercicio de masoquismo», palabras estas que repetían, acaso sin saberlo o recordarlo, la famosa nota prologal de Borges a su *Historia universal de la infamia*. Pese a todo, Roberto ha decidido someterse a este supuesto calvario. Al principio, entre los dieciséis y los diecisiete, escribe sobre todo obras de teatro, amén de un oscuro proyecto de novela que nunca llega a germinar, olvidándolo él mismo bajo la maleza. De momento, su zona de confort parecen ser los diálogos osados, a menudo de corte surrealista, que teclea a un

ritmo febril en la máquina de escribir de la familia o que garabatea en cuadernos en espiral, los mismos que luego doña Victoria, madre paciente hasta decir basta, se lleva consigo a la oficina para mecanografiarlos durante los ratos libres. Es una época donde hay cierto orden en el desorden. Aún no ha dado el salto que pondrá su mundo patas arriba: declararse poeta. Pero no nos adelantemos.

A la par que la lectura, la escritura y el robo de libros, Roberto reanuda su larga lista de empleos, esa que en la primera parte de esta historia nos atrevimos a definir como una de las más inestables, heterogéneas y pintorescas de la segunda mitad del siglo xx. Bien sea porque no solo de literatura puede vivir el *homo sapiens*, o bien porque sus padres le exigen que contribuya a la economía familiar, nuestro protagonista no tarda en volver a someterse a las exigencias hobbesianas del mercado laboral. Unas veces acompaña a don León en sus rutas como repartidor de gas o refrescos Pascual, otras se dedica a deambular por los barrios populares de México para vender lámparas de escayola con la forma de la Virgen de Guadalupe o efigies de san Martín de Porres, el primer santo mulato de las Américas. Pero de todos los ingresos de esa época, ninguno le produce más satisfacción, por ínfima que resulte la rentabilidad de sus horas, que los vinculados a la escritura, en particular sus primeros trabajitos en la prensa cultural, así sea a guisa de recadero, porque de algo hay que empezar, como lo demuestran los muchos precedentes que le vienen a la memoria, por ejemplo, las peripecias juveniles de Gabriel García Márquez en *El Universal* de Cartagena, o la vinculación de Ernest Hemingway con el periódico *The Kansas City Star* a los diecisiete años, los mismos que tiene él en este momento.

Edad que es también, desde luego, el tiempo de los despertares. Bajo el colchón, como buen adolescente de la época preinternet, atesora un puñado de revistas pornográficas, con las que se solaza de vez en vez, un pasatiempo sin importancia, algo que de momento no le quita el sueño, si no nos creen basta con observar la mesa de noche, ahí se agolpan sus verdaderas inquietudes, la pila de libros es autoexplicativa, sobre todo esos tres de ahí, los de la novísima literatura mexicana, *Obsesivos días circulares* de Gustavo Sainz, *La*

lluvia no mata las flores de René Avilés Fabila, *Inventando que sueño* de José Agustín, con ellos se queda dormido, soñando de veras, sin saber que sus propias novelas serán aún más novísimas, aún más perdurables y atrevidas, porque llevará las jergas y la oralidad a cotas hasta entonces inexploradas, tal vez con algunas excepciones, como el *Viaje al fin de la noche* de Louis-Ferdinand Céline.

Y hablando de despertares, ciertas mañanas, si no a primera hora al menos sí a segunda, acude también a los llamados cines triple X, otro rincón donde alivia los ardores de la juventud. Aquella experiencia le inspirará algunos de sus primeros versos, publicados en la revista *Punto de Partida*, a la que ya volveremos. En uno de ellos, la entrega inicial de una serie de poemas titulados *Cine de mala muerte*, habla de un hombre que «se saca la careta de loco y comulga con sí mismo *fuera de las verdes hojas de los poros abiertos* honradamente *comulga con los senos de cuatro metros y rosados* con la nariz gigantesca que flota en el espacio», y la comunión lo hace feliz, claro, al menos durante un instante.

*

Pero basta ya de tratarlo como a un niño. El último párrafo no ha lugar a dudas: por fin ha alcanzado la mayoría de edad. Para celebrarlo, doña Victoria aparece por casa con una piñata abigarrada, y no una cualquiera, se trata de una cabeza olmeca minuciosamente moldeada, vean el casco ceremonial, vean lo aguerrido de ese ceño fruncido, diríase hecha a medida para nuestro rito de paso. Con ayuda de su marido, la cuelgan de la rama de un fresno que crece en el patio de vecinos. Don León venda los ojos de Roberto y este se afana en quebrar a varazos la superficie de papel maché del indígena precolombino, entre alabanzas y vítores, impaciente por liberar sus tesoros ocultos. La simbología resulta perversa, desde luego, pero la familia anda demasiado ocupada con el jolgorio como para percatarse de ello.

Uno de los testigos de aquella escena es el poeta angelino Jaime Quezada, llegado a México a comienzos de 1971 gracias a una beca de la Sociedad de Escritores de Chile. Una de sus hermanas mayores

es amiga cercana de la madre de nuestro protagonista, de modo que en cuanto el joven pone un pie en el número 27 de la calle Samuel, doña Victoria no duda ni un segundo en acogerlo, Quédate el tiempo que quieras, le dice. El tiempo que quiso se arrimó a los dos años de estancia.

Al principio, Roberto lo recibe con frialdad, o cuando menos con cautela, pero las peripecias del recién llegado, once años mayor que él, terminan por encandilarlo. Antes de viajar a México, Quezada había pasado una temporada en el archipiélago de Solentiname, hogar y fuente de inspiración del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, un sacerdote consagrado al marxismo y a apoyar la lucha revolucionaria de los sandinistas contra la dinastía de los Somoza. Nuestro protagonista había devorado las obras de Cardenal en la biblioteca del Liceo de Hombres de Los Ángeles, de modo que cualquier anécdota directa sobre su extraña vida —consagrada, ora a la revolución, ora a la literatura y ora a orar a un Dios en quien Bolaño no cree— lo obliga a bajar la guardia.

Muy pronto, la relación con el nuevo inquilino de la calle Samuel acaba tornándose cercana, una pieza esencial de su proceso educativo, ese que es, si no autodidacta, al menos sí autogestionado. Quezada representa dos cosas que a Bolaño le fascinan. Por un lado, el vínculo con la patria. Por el otro, un puente hacia el mundillo literario.

Empecemos por la patria. Chile ya no era para él un país cualquiera. Pese a que el tiempo y el humanismo acabarían desmitificando a sus ojos la importancia del Estado nación, de *cualquier* Estado nación, de momento sigue siendo un joven voluble y exaltado, cualidades que lo tornan proclive a creer en toda índole de quimeras, máxime si se trata de las de sus propios compatriotas, quienes mantienen en vilo al mundo entero. El año anterior, en 1970, precisamente en el meridiano de la Guerra Fría, Salvador Allende se había convertido en el primer político marxista que accedía a la jefatura del Estado por medio de unas elecciones generales. La opinión pública se hallaba, cómo no, dividida de forma irreconciliable, y al parecer inamovible, igual que ni el cielo ni el

océano pueden abandonar su respectivo flanco del horizonte. Mientras unos veían en Allende el paradigma de revolucionario pacífico, otros observaban con aprensión el auge del socialismo en el hemisferio americano, aun si venía de la mano de ese médico de aspecto paternalista y bonachón. Obvia decir que la Administración estadounidense formó parte de quienes profesaban una desconfianza a ultranza. El Gobierno de Richard Nixon, el mismo que presidía la etapa final de dos décadas de cruzada norteamericana en Vietnam, no pensaba permitir que el comunismo triunfase de nuevo en su propio continente, y mucho menos por vías democráticas. Henry Kissinger, secretario de Estado de Nixon, lo expresó de manera cabal durante una reunión acaecida a puerta cerrada en la mismísima Casa Blanca, donde aseguró no comprender «por qué deberíamos permitir que un país se vuelva marxista simplemente porque sus ciudadanos son irresponsables».¹³ Una de las estrategias para desfacer el entuerto fue, esta vez en palabras del propio Nixon, «hacer que la economía vocifere», bloqueando el flujo de capitales, presionando al Banco Mundial y al Banco Interamericano de Desarrollo, cuyas sedes se hallan a pocas calles del despacho oval, y, lo que es más importante, financiando a saboteadores dispuestos a destruir la infraestructura chilena, incluidos puentes, carreteras y vías de ferrocarril. En tales circunstancias, a nadie sorprenderá que la economía del país vociferase con estruendo, hasta que, como suele ocurrir en estos casos, la violencia sectaria acabó impregnándolo todo y dividiendo al país en dos bandos enemigos, de un lado la fuerza de los números, del otro los ricos y poderosos. Sea como fuere, y volviendo a nuestro relato, el caso es que Roberto vivía en un hogar donde lo más importante seguía siendo llegar a fin de mes, de modo que, a la postre, acabó entusiasmándose con la llegada de Jaime Quezada, alguien con quien podía pasar horas discutiendo acerca de lo que ocurría en el resto del mundo, lejos del número 27 de la calle Samuel, y en especial de lo que ocurría en Chile.

Pero además de lo anterior, el nuevo inquilino se volvió una puerta de entrada a la vida cultural del D. F. Quezada participaba como

becario en el taller de poesía de la UNAM, bajo la dirección de Juan Bañuelos y Jaime Labastida, un espacio que había acabado convirtiéndose en un conciliábulo de artistas e intelectuales y al que asistían, entre otros, la uruguaya Alcira Soust Scaffo, aquella poetisa y locutora de radio que había sobrevivido doce días a base de agua del grifo y ovillos de papel higiénico, acechando tras el marco de la ventana a los soldados que hacían sus rondas por la facultad y, de paso, burlándose de la orden del presidente Gustavo Díaz Ordaz de evacuar *manu militari* el conjunto de la ciudad universitaria.

*

Jaime Quezada es, como advertimos, once años mayor que él. Podríamos decir que se trata de la edad perfecta. Ni tan inmaduro como sus coetáneos, ni tan severo como sus progenitores. A primera vista, parece la compañía ideal para sacar a Roberto de su clausura, y eso trata, llevándolo consigo a visitar galerías de arte y salas de concierto, iglesias y mercadillos ambulantes, el Museo Nacional de Antropología, el de Frida Kahlo, el del Virreinato en Tepotzotlán, ya se sabe que tanto el Distrito Federal como el valle donde este se encuentra son casi ilimitados, opciones no faltan. Un día, mientras deambulan de aquí para allá, ambos se quedan embelesados delante de una jaula de quetzales en el mercado de La Merced, otro, observan con interés a los fieles que rinden homenaje a la Virgencita del Tepeyac, o acuden al estreno mundial de *Muerte en Venecia* de Luchino Visconti en el Festival Internacional de Cine de México, o escuchan una conferencia de Octavio Paz sobre las mutaciones del fenómeno poético desde el romanticismo hasta la modernidad, con Quezada preso del arrobo y Bolaño cabeceando el sueño sobre su hombro, hasta que consigue espabilarse gracias a un torbellino de aplausos. Durante uno de aquellos paseos, a primera hora de la mañana, un indigente se prevale de los pasillos laberínticos del metro Insurgentes para robar la cartera de nuestro protagonista. Por suerte, lleva encima poca cosa de valor. Como dice el Principito en las páginas a que da nombre, lo esencial es siempre invisible a los ojos, eso Roberto lo sabe, o lo intuye, o anda camino de aprenderlo.

Pero de todas las actividades a las que Quezada lo invita, ninguna

le impresiona más que la de acudir a sus primeras tertulias, contribuyendo al bullicio nocturno de las cantinas Salón Palacio y El Nopal Verde, o secundando el fragor vespertino del Café de La Habana, en la esquina de Bucareli con Álvaro Obregón, donde una camarera de rostro ajado y nombre improbable, Lupita, les habla de la época en que el Che Guevara y Fidel Castro urdían intrigas en torno a aquellas mismas mesas, en esa de allí, al menos según la propia Lupita, se ultimaron los planes para derrocar a Batista y traer el comunismo a las costas de América. En el transcurso de una de dichas tertulias conoce por fin a Alcira, «Madre de la Poesía Mexicana», en otra discute con los escritores Orlando Guillén y Julián Gómez, ambos egresados del taller de Juan Bañuelos en la Torre de Rectoría, y ambos mayores que él, por supuesto. Ahora bien, a fin de no inducir a equívocos de ninguna índole, y mucho menos de faltar a la verdad absoluta por la que aquí venimos rigiéndonos, hemos de mencionar que Roberto nunca pasa de ser un espectador abstemio de los desmanes que se producen con frecuencia durante estos eventos, porque a fin de cuentas una tertulia no deja de ser, por más que se disfrace tras el embozo de vocablos altisonantes, un mero encuentro entre amigos y conocidos, en este caso, además, bajo el agravante de la juventud. Sin embargo, Bolaño, el más bisoño de los asistentes, pone distancia entre él y las bebidas alcohólicas, levantando su tazón de leche —o el doble servicio de granadina, o el licuado de frutas, o el té frío en vaso grande— a la par que los otros poetas juegan al dominó y cantan a grito pelado himnos de borracho, Para todo mal, mezcal, Para todo bien, también.

Aunque proporcionar un listado exhaustivo de los eventos a los que acude con Quezada resulta inútil a nuestros efectos, máxime cuando dicho registro ya existe en otros lares, sería una pena no aludir, siquiera de manera fugaz, a las veladas en el restaurante-galería Toulouse Lautrec, situado en la Zona Rosa, un local donde a menudo se ofician los recitales del taller de la UNAM. Allí escucha por primera vez a la poetisa Diana Bellessi declamando sus versos, para más señas en homenaje a Jimi Hendrix, un artista

comprometido, «copulando con su guitarra», un perro romántico, al menos al entender de Bolaño, quien espera a que concluya el evento para acercarse a Bellessi, necesita decirle en persona cuánto le ha emocionado su lectura, tal vez por eso tiembla, o tal vez —aunque esto no piensa admitirlo— sea el deseo atávico que lo invade al contemplar, así sea de soslayo, las curvas de la poetisa, su rostro hermoso y joven, orondo, como de luna llena, rematado por unos ojos claros que parecen devorar el mundo, «siguiendo a Orión / en la esfera del planeta». Aún no es la época del amor, pero las estrellas empiezan a alinearse, como si fuese siendo la hora de serlo.

*

Añádase de inmediato que estas salidas no han de considerarse más que treguas puntuales a su rutina. Ni el robo de libros, por más que maliciosamente lo hayamos definido como una vocación, ni desde luego las tertulias junto a Fulanito o Menganita, de las que acabamos de dejar constancia, constituyen lo primordial de sus días, adjetivo este, el de primordial, que el diccionario define como «esencial», pero también como sinónimo de «primitivo o primero», acepciones que nos vienen como anillo al dedo para describir el verdadero quehacer de Roberto, cuyas jornadas empiezan y acaban entre libros, leyendo o releendo a Julio Cortázar y a Mario Vargas Llosa, a Borges y a Bioy Casares, a Kafka y a Melville, a Virginia Woolf o a Marcel Proust, en un volteo de hojas tan incesante como frenético, interrumpido apenas para mancharse los pulmones de nicotina, vicio al que, por cierto, apenas si presta atención, porque aspirar la boquilla de sus cigarrillos Delicados es un gesto inconsciente, mecánico, igual que el acto de beber ciegamente tazones de té con leche mientras sorbe lo que de verdad le importa, lo que de verdad lo alimenta, esos versos de Gabriela Mistral, a quien ha redescubierto gracias a sus visitas a la librería de la editorial Porrúa, o esos poemas escatológicos de Ginsberg, o la obra jazzística de Jack Kerouac, su verdadera obsesión de estos días, no la única, desde luego, la acumulación no tiene freno ni medida, basta ver cómo le late el corazón al encontrarse con un artículo titulado *Antipoesía de Nicanor Parra* en las páginas de la *Revista*

Mexicana de Cultura, el suplemento dominical de *El Nacional*, o la forma en que engulle como si quisiera batir un récord las tortillas de maíz y la cuajada y el pedacito de pan de ajonjolí, porque ha de darse prisa en proseguir su lectura de *La región más transparente*, una novela de Carlos Fuentes que, según la mismísima televisión, traza la biografía de Ciudad de México, reclamo este que le lleva a consultarlo en la librería y, tras sopesar pros y contras, consciente sobre todo de los problemas logísticos que implicaría embutir un tocho de casi seiscientas páginas en su cinturita esmirriada, máxime ahora que ya es mayor de edad, decide suplicarle a su madre que le regale una copia, «Lo necesito para afianzar mi mexicanidad», le espeta entre risas, porque la literatura es arte y *pathos*, pero también alegría y entretenimiento, una cosa no excluye la otra, como descubre él mismo al hojear el *magnum opus* del escritor mexicano, un relato lleno de laberintos y juegos de espejos, piensa en un verso de Parra, «Solo tenemos tres alternativas: / El ayer, el presente y el mañana», y las tres parecen reverberar en aquel azogue atemporal, donde los reflejos se superponen sin reglas, donde todo es posible, donde el lector puede presenciar los efectos especiales más inopinados con tan solo un movimiento de ojos, el infinito desmenuzándose a sí mismo en páginas que le ahorman el cerebro, acercándolo un poco más al momento en que logrará convertirse en el mejor escritor de su país, de su continente, de su lengua, esa patria íntima con la que a veces se distrae escribiendo las primeras cartas, llenas de frases inequívocas, como esta, «Entonces para qué me voy a mover de estas cuatro paredes de esta casa», y no se mueve, permanece ahí, atento, al acecho, soñando textos, dormido y despierto, consciente de que los libros lo pueden todo, de que sirven lo mismo para un roto que para un descosido, incluso para curar la enfermedad, por eso una larga gripe no es excusa para bajar la guardia, sino el momento propicio para hincarle el diente de una vez por todas al *Retrato del artista adolescente* de Joyce, las compresas de agua fría y los vasos de leche caliente con tamarindo pueden ayudar, sin duda, pero no serán decisivos en el proceso curativo, lo que importa es mantenerse atento, ojo avizor, esmerándose en aprehender las sutilezas del

lenguaje, viviseccionando temas, el fondo y la forma, ambos a merced de la mina de su lápiz, con la que marca párrafos enteros, lo mismo de los libros que olvida como de los que recordará siempre, entre estos últimos el de *Últimas tardes con Teresa*, del catalán Juan Marsé, que devora en dos mañanas, sentado en un banco de un parque de la colonia Guadalupe Tepeyac, feliz aunque ajeno, de momento, a cómo su propia trayectoria acabará entrecruzándose con la historia del Pijoaparte, ese ladrón de motos murciano que se sube a una de ellas para recorrer las carreteras que le separan de Blanes, pueblo donde los padres de Teresa, la muchacha a la que ansía seducir, tienen una residencia de verano y donde él, Roberto Bolaño, acabará mudándose a mediados de la próxima década para crear el grueso de su obra, dos personajes a orillas del Mediterráneo, hay quien tildaría esto de una mera coincidencia, pero probablemente sea mucho más que eso, pese a que carezcamos de recursos adecuados con que articular nuestra intuición. A veces las cosas primordiales son las más difíciles de nombrar.

*

Hay días en que no sale de su habitación más que para echar un vistazo al buzón o para asomarse a los ventanales cuadrilongos del salón y escudriñar desde allí, mal que bien, el cuerpo sinuoso de las vecinas que entran o salen de sus casas. Por esta época se vuelve un adolescente paliducho, siempre despeinado, y capaz de fingir apatía —o por lo menos hacer gala de resiliencia— ante las discusiones parentales, que por desgracia nunca cesaron. Un intelectual precoz como el nuestro, sobre todo cuando ansía comerse y digerir el conjunto de la historia de la literatura, no puede dedicar mucho tiempo a los dramas de la familia, aunque es cierto que la infelicidad de sus progenitores pesa a veces sobre su conciencia, él hace lo poco que puede, incluido por escrito, cuando les deja notas reconciliatorias en forma de poemas, «Voy con Jaime a la Preparatoria Liverpool. / Vino la señora de la ropa y se llevó la ropa. / La tortuga la dejé con su alimento. / Ya no peleen más».¹⁴

No sale de su habitación, dijimos, y al decirlo olvidamos enunciar la tercera de las excepciones, esa que, en puridad, ocupa el segundo

puesto de su particular podio: arrellanarse en el sofá frente al televisor, arrebujaado en una cobija de lana, mirando películas, noticieros y programas de entretenimiento, gracias a los cuales aprende tanto acerca de México como en las bibliotecas y los museos, allí ve «desde un nostálgico desfile zapatista en la plaza del Zócalo hasta una batalla con mesas, sillas y pistolas en una cantina de la colonia Guerrero», también el programa *Los Topos*, del chileno Alejandro Jodorowsky. A veces, cuando le puede la indolencia, se instala junto a don León y observa de reojo los combates de boxeo de los sábados por la noche, retransmitidos en vivo y en directo desde el Arena México, una de las pocas oportunidades que tiene para pasar tiempo de calidad con su padre. Un día, zapeando de cadena en cadena, se encuentra con un programa en el que entrevistan al escritor Juan José Arreola, a quien Jorge Volpi llamaría «la eterna pasión mexicana de Roberto Bolaño». Nuestro protagonista estudia su cara de diablo pícaro, coronada por una pelambrera revuelta que le recuerda a la suya propia y, por supuesto, a la de su idolatrado Nicanor Parra, Este es el Parra de México, no será un antipoeta, pero es un anticuentista, se dice, y enseguida añade para sus adentros, A él también debo parecerme. Sabemos que lo logra. Hablar de parecerse a Arreola es tanto como hablar de convertirse en el *enfant terrible* que va camino de ser, uno entregado a la calidez de la literatura y el cine, allá donde los días son como esporas de hongos prestas a multiplicarse.

En el caso de Bolaño, además de la novela y la poesía y el cuento, la literatura incluye también, como advertimos más arriba, el dinamismo de los escenarios. No es casualidad que en *Amuleto*, la historia protagonizada por Auxilio Lacouture, trasunto de Alcira Soust, abunden las referencias al teatro, el de la facultad, con sus ensayos de García Lorca, pero sobre todo el de la Casa del Lago, en el bosque de Chapultepec, donde grupos teatrales independientes y actores *amateurs* ofrecen gratis su arte los fines de semana, encuentros que para Bolaño acaban adquiriendo proporciones míticas, sobre todo si representan a Samuel Beckett o Jean Genet, los dramaturgos que le obsesionan, porque en ellos encuentra no

solo una respuesta al absurdo de la existencia, sino también la lista de preguntas que esa respuesta trae aparejada, el porqué de la opresión, la importancia de lo simbólico y lo marginal, la línea que separa lo real de lo ilusorio, el papel del humor.

Una noche, al regresar de una de sus tertulias, Quezada se encuentra con nuestro protagonista en la mesa del comedor, inclinado sobre la máquina de escribir que comparten, envuelto en una nube de humo salida de encadenar Delicados, cigarrillos que a veces trueca por Faritos, según las veleidades de la oferta en el almacén de la esquina, aunque lo que de verdad le gustaría es encontrar la forma de adquirir Gauloises, porque su admiración por Cortázar no cesa e intuye el humo de aquel tabaco por cada una de las páginas de *Rayuela*, Te he esperado toda la noche, Jaime, tengo algo que contarte, ¿Qué ocurre?, le pregunta este, He terminado una obra de teatro, le dice nuestro protagonista, ¿quieres que te lea el título? Y antes de que Quezada responda, Roberto declama en voz alta un título improbable, *Él también comete locuras o una mirada hipotética*, Es una obra de teatro sin diálogos, o con diálogos imaginarios, ¿Beckett? ¿Ionesco?, le pregunta Quezada, Ni lo uno ni lo otro, le responde Roberto, ipuro Bolaño!

Puro Bolaño es emprender el proceso de defenestrar a los maestros, burlándose con descaro de Kafka y de Carroll y de Joyce. Puro Bolaño es colocar a un hombre desnudo en la platea, de perfil al público, forzándolo a recitar poemas de Baudelaire, provocación que remata con una banda de niños ruidosos desfilando por el escenario y que se retan con adivinanzas y trabalenguas, escena que podría parecernos banal, salvo porque uno de los pequeñuelos es ni más ni menos que una parodia del escritor mexicano Juan Rulfo, autor de *Pedro Páramo*, quien desfila a lomos de un gallo de madera cual Simón Bolívar exaltado. Es un primer acto de irreverencia, en este caso un acto inédito. Vendrán otros, por supuesto, porque la etiqueta de «puro Bolaño» es y será siempre sinónimo de propalar sacrilegios a raudales, como si el ingenio y el sarcasmo fuesen el cauce de un río presto a desbordarse, llevándose consigo, en su crecida, a escritores y escritoras de todos los tiempos y lugares, a

escribanos y escribanas. A partir de ahora, cualquiera puede caer víctima de la pluma de nuestro protagonista, ese joven empeñado en parir una literatura diferente, aunque quizás ni él mismo se imagine aún hasta dónde llegará su capacidad para levantar ampollas a ambos lados del Atlántico, algo que para nosotros es consustancial a su persona, casi lo que se espera de él, puro Bolaño.

Días después, el propio Quezada lo acompaña a la Embajada de Cuba, en la avenida del Paseo de la Reforma, donde pretende depositar el sobre con el manuscrito de su obrita teatral. Con un poco de suerte, tal vez gane el concurso Casa de las Américas, alcanzando a destiempo la fama. El funcionario de turno le pregunta por el título de la obra. Bolaño mira de reojo a su acompañante, luego responde, *El sombrerero loco*. Es uno de los muchos textos que se han perdido, ojalá algún día reaparezca en una caja de manuscritos mohosos. De hecho, según Jaime Quezada, se trata de la única incursión de Bolaño en el ámbito teatral. Sabemos por Bruno Montané que no fue el caso, pero a eso ya llegaremos.

*

Luego todo cambia. El punto de inflexión es incierto. Más que un giro brusco, parece una meseta que se prolonga a lo largo de un par de años, con varios hitos jalonando el camino a modo de boyas o balizas.

Primo, 18 de septiembre de 1971. Además de las inacabables peleas, lo otro que sabemos acerca de la familia Bolaño-Ávalos es que raramente logra reunirse al completo en torno a una misma mesa, con la salvedad de los almuerzos de domingo, esos en los que doña Victoria suele preparar una cazuela sazónada con pebre y cilantro. Hoy, de cualquier modo, es el día de las fiestas patrias, y este matrimonio chileno, pese a estar lejos, o precisamente por estarlo, entierra el hacha de guerra y toma ponche al estilo nacional, con durazno y vino blanco de Viña Undurraga, no mucho, pero lo suficiente para entonarse y aunar por una noche lo que lleva ya tiempo desunido, ella con coqueteo, él con dejes de una lascivia casi extinta. Para Bolaño, ver a sus padres abrazados el día de la fiesta nacional, y encima así, alegres, bailando como si no se odiasen,

debió de ser el abono perfecto para lo que se avecinaba.

Secondo, 22 de octubre de 1971. Basta echar un vistazo a las hemerotecas. *El Mercurio* lo resume en tres palabras, «Neruda, Premio Nobel», el diario *Clarín* en cinco, «¡Ayer Gabriela, hoy Pablo Neruda!». Nuestro protagonista no lo idolatra, sigue pensando que el mejor poeta chileno es Nicanor Parra, pero reconoce que Neruda no solo tiene un par de poemarios sublimes, en especial *Residencia en la Tierra*, sino también una habilidad que espera poder copiarle — o eso dirá luego entre bromas—, la de quien escribe uno o dos libros buenos y luego vive del cuento, tumbado a la bartola, escribiendo obras mediocres que la crítica no se atreve a desmontar. De hecho, dos días antes del anuncio del Nobel, Quezada y Roberto habían discutido al respecto, a la par que hacían sus propias apuestas sobre el próximo laureado. En contra de la estadística, ambos se decantaron por escritores del continente. Quezada pone sus fichas en el propio Neruda, Bolaño en Jorge Luis Borges. Pero eso fue, como decimos, hace ya dos días. Ahora que la noticia ha llegado, en esta casa no hay discrepancias, la dicha lo embarga todo, basta mirar el frenesí del teléfono, que no ha dejado de sonar en toda la mañana. El primero en llamarlos es Juan Bañuelos, director del taller de literatura de la UNAM, a quien el destino concede la exclusiva, pillando a algunos en pijama y a otros, como a Roberto, aún dormidos. Luego telefonea Alcira Soust Scaffo, esa que se opuso durante doce días a la violación de la autonomía universitaria por parte del ejército; y la hermosa Diana Bellessi, la de rostro orondo, mirada diáfana y poemas roqueros sobre Jimi Hendrix; y Efraín Huerta, futuro santo patrón de los infames infrarrealistas; unos y otros felicitan a la familia al completo, como si el Nobel se lo hubiesen otorgado a los Bolaño-Ávalos-Quezada, esos que ahora mismo tratan de memorizar los versos con que impresionarán a sus amigos esta noche en el Café de La Habana, donde abundará el tequila y el buen vino chileno. Quezada repasa las estrofas de *Walking around*, Bolaño las de *¿Dónde estará la Guillermina?* Omitiremos los detalles de la velada, muy pronto el recital se torna canto y todo el local aplaude, incluidos quienes jamás han oído

hablar de Pablo Neruda, es la magia de tomar tequila en compañía.

La relevancia del acontecimiento no debe subestimarse. Hasta la fecha, solo tres latinoamericanos han alcanzado el máximo galardón de las letras, un guatemalteco, Miguel Ángel Asturias, y dos chilenos, la poetisa Gabriela Mistral y el poeta Pablo Neruda. Estos últimos constituían, por ende, una anomalía dentro de la literatura del continente, por no hablar de la propia historia del galardón, concedido sobre todo a novelistas y solo de forma excepcional a quienes se consagran principalmente al verso y la lírica. Para un personaje en pleno proceso de maduración —el nuestro—, el retintín de «Tierra de Poetas», epíteto con que todos empezaron a referirse a Chile, no pudo dejar de hacer mella en sus propósitos, siquiera de forma inconsciente. Tampoco hay que subestimar, por supuesto, lo que un joven con ínfulas revolucionarias puede sentir al escuchar cómo Salvador Allende, icono de la izquierda latinoamericana, expresa el «sentido nacional y patriótico» que embarga al pueblo ante la noticia, pues, en palabras del presidente, «por la poesía de Neruda pasa Chile entero, con sus ríos, con sus montañas, sus nieves eternas y tórridos desiertos, pero, por sobre todas las cosas, está el hombre y la mujer y por esto está presente el amor y la lucha social». Neruda no solo era militante en uno de los partidos que conformaban la Unidad Popular, sino que se había implicado a fondo en la campaña presidencial de Salvador Allende, acompañándolo a menudo a mítines electorales.¹⁵

Sea como fuere, la noticia del galardón torna las rutinas de la calle Samuel aún más apremiantes. A partir de entonces, Quezada y Bolaño apenas se apartan de la única máquina de escribir del hogar, una Royal portátil con carrete de doble cinta, repartiéndosela salomónicamente, las mañanas para Quezada y las tardes para Roberto, la cinta negra para este último, la de tinta roja para el primero. A veces comparten también la mesa del comedor, convertida en área de trabajo. Roberto teclea con parsimonia, sumamente concentrado. Su cuerpo está allí sin estarlo. Prepara grandes cosas en lo más recóndito de su mente. Tiene estelas que seguir.

Terzo, 25 de diciembre de 1971. Llegan los tópicos navideños. Quezada le regala a Roberto una copia de *Una temporada en el infierno*, de Arthur Rimbaud, traducido por J. Farrel para la colección El Clavo Ardiendo de la editorial mexicana Séneca. Es un librito de pastas color marfil con los datos —título, autor y traductor— enmarcados por un rectángulo rojo.

A estas alturas, nuestro protagonista ya sabe que la educación no se halla solo en los libros. Su plan de estudio «autogestionado» ha incluido desde siempre los devaneos de corte baudelairiano por las calles del Distrito Federal, pero zambullirse en Rimbaud es lo que de verdad le hace tomar conciencia de que la literatura no consiste únicamente en leer mucho, sino también en vivir mucho, y hacerlo de forma desmesurada, arriesgada, apremiante. Es de Rimbaud de quien tomará el nombre de su futuro *alter ego*, Arturo Belano. Es a través de Rimbaud, y en especial mediante sus *Cartas del vidente*, escritas exactamente un siglo antes, en 1871, como Roberto aprende que debe conocer todas las formas del amor, del sufrimiento y de la locura, «agotar en sí todos los venenos», convertirse «en el enfermo grave, el gran criminal, el gran maldito — ¡y el supremo Sabio!», lo cual exige arrojarse a los caminos, tal y como hizo su nuevo ídolo cuando se marchó a las lejanas tierras de Abisinia. Por ahora no sabe cuándo ni dónde, pero comprende que en breve deberá ponerse en marcha.

Quarto, noviembre de 1972. Quezada regresa a Chile. Para despedirlo, Bolaño le regala una palomita de cerámica de Tonalá, buen augurio para los viajeros, y este le hace entrega de buena parte de su biblioteca itinerante, que incluye *El árbol de la memoria* de Jorge Teillier, *Contra la muerte* de Gonzalo Rojas, *La casa fantasma* de Braulio Arenas y *La pieza oscura* de Enrique Lihn, autor este último admirado tanto por el emisor del obsequio como por su ávido receptor.

La elección, por más que viniese motivada por las veleidades con que todos preparamos el equipaje, no deja de ser significativa. El año anterior, Lihn había publicado un texto estridente titulado *La cultura en la vía chilena al socialismo*, donde criticaba la falta de

visión de la Unidad Popular en el ámbito de la cultura y acusaba a Salvador Allende de poseer «un concepto tradicionalista, errado, distorsionado o disminuido de lo que puede significar una acción cultural en el contexto de una sociedad que se prepara para el socialismo», a lo que añadía una exhortación: «Se hace cada vez más urgente precisar una política cultural que acompañe, desde adentro, el proceso de cambios revolucionarios que está ocurriendo en Chile, en el camino de una democracia socialista».¹⁶

Poco después de que se escribiesen esas líneas, Allende decide nacionalizar la editorial Zig-Zag, convirtiéndola en la editorial Quimantú, una empresa estatal que se dispone a inundar Chile con toneladas y toneladas de libros y revistas para todos los públicos, aunque con una única línea ideológica, la revolucionaria. La cabeza de Roberto —flotando a la deriva en las posibilidades del proyecto— empieza a llenarse de pájaros.

Quinto, 29 de junio de 1973. Se produce el primer intento de golpe de Estado contra Salvador Allende. El teniente coronel Roberto Souper saca a la calle los tanques del Regimiento Blindado n.º 2, rodeando el palacio presidencial de La Moneda y el edificio del Ministerio de Defensa. Aunque la asonada se saldó con «solo» veintidós muertos, entre ellos el camarógrafo argentino Leonardo Henrichsen, quien tuvo el triste privilegio de grabar el momento de su propio homicidio, el «Tanquetazo», nombre con que pasó a la historia aquel episodio, hizo que los chilenos cobrasen conciencia de la fragilidad del Gobierno de Salvador Allende. En aquella ocasión, las tropas leales, capitaneadas por el general Augusto Pinochet, lograron reimponer el orden. La inestabilidad no hace sino aumentar. Solo Dios sabe qué ocurrirá la próxima vez que alguien se alce contra este Gobierno de comunistas descreídos.

Sesto, ocurrido más o menos a la par que el evento anterior. Roberto Bolaño se dispone a regresar a Chile. Cuando anuncia la decisión, su padre la recibe como el culmen de una retahíla de fracasos. Mientras Roberto habla de sus creencias y de su compromiso cívico, pero también del artístico, don León lo observa con un deje de desdén, tal vez tratando de entender dónde o

cuándo se perdió para siempre. Finalmente, le espeta una frase capciosa que nuestro protagonista recordará el resto de sus días, «Tú eres un artista y yo soy un trabajador». Eso es todo. Don León no lo entiende, pero tampoco se aviene a pedirle más explicaciones. Ha aprendido a identificar ya las decisiones irrevocables, esas que son, por llamarlas de alguna forma, puro Bolaño.

Desde luego, ninguno de estos seis factores debe considerarse ni decisivo ni excluyente, pero juntos —y sin duda con otros omitidos en estas páginas— crearon el caldo de cultivo para las aventuras que se avecinan. Resulta fácil imaginarse cómo el auge de su chilenidad, unido al mito de la «Tierra de Poetas» y a todo lo que más arriba hemos consignado, es decir, las exhortaciones de Rimbaud y Enrique Lihn, el retorno de su amigo Quezada, el precipicio al que se asoma el Gobierno de Salvador Allende y las oportunidades laborales en la editorial Quimantú, cómo todo esto, decimos, contribuyó a que nuestro protagonista decidiese volver a su país de origen en el verano de 1973, que es tanto como decir el invierno chileno de aquel mismo año, un lustro después de haber salido de allí por vez primera.

Para entonces, Bolaño ya había expresado sus simpatías por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MIR, una guerrilla chilena de corte guevarista fundada en 1965 que le había dado una tregua a las armas en 1970, tras la elección de Salvador Allende. Podría decirse, sin faltar a la verdad, que Roberto flirtea con la izquierda más radical, aunque ni él mismo tenga claro cómo definirse, un día se autodenomina comunista, al siguiente, tras una trifulca con comunistas rasos, pasa a llamarse trotskista —a fin de cuentas, Stalin había mandado matar a Trotski en la propia Ciudad de México; si existía un lugar idóneo para el trotskismo era aquel—, pero en cuanto se percata de que ni siquiera logra ponerse de acuerdo con los pocos trotskistas que conoce, se echa en los brazos del anarquismo, hasta que conoce a otro anarquista y, como ya habrán adivinado, comprende que en el fondo es mejor evitar las etiquetas, digamos que es, como será ya siempre, un electrón libre, pero un electrón de izquierdas y revolucionario, eso lo tiene claro,

porque se trata precisamente del punto de partida, el fundamento de sus enfoques, análisis y raciocinios. A partir de ahí, las ideas se suceden solas. México es la zona de confort. Chile, el campo de batalla. A estas alturas, el camino se le antoja obvio. Si ser escritor es también una manera de habitar el mundo, y si esa manera de vivir implica conocer todas las formas del amor, del sufrimiento y de la locura, parece innegable que su itinerario se halla, si no del todo escrito, al menos surcado de líneas maestras y servidumbres invisibles, el andamiaje ideológico idóneo para que un poeta de veinte años cierre la puerta de su casa y parta, todavía esperanzado, a defender el Gobierno de Salvador Allende. De este modo, decidiendo lo que es tal vez irrevocable, y lo que es tal vez ineludible, Bolaño toma conciencia de algo que no se cansaría de repetir durante los años venideros, a saber, que el viaje de la literatura, como el de Ulises, no tiene retorno.

⁹ Como toda crónica es o debiera aspirar a ser un universo autocontenido, vale la pena mencionar, para quienes no estén al tanto del asunto, que Arturo Belano fue el más notable de los nombres con que Bolaño se introdujo en sus propias ficciones.

¹⁰ Don León también probó suerte en la hostelería. Desafortunadamente, el restaurante en el que invirtió buena parte de sus ahorros acabó convirtiéndose en una máquina de perder dinero.

¹¹ ¡Muy buenas a todos! ¡Saludos de parte del autor! Sí, soy yo, Jose Serralvo, artífice de estas páginas. Ante todo, disculpen ustedes la interrupción. Me consta que acometerlos así, de repente, entorpeciendo la (espero y deseo) buena marcha del relato y los quehaceres del narrador, puede ser una experiencia de lo más enojosa. Sin embargo, no me resisto a introducir una pequeñísima digresión antinarrativa, llámenla glosa si lo prefieren, o un mero paréntesis, qué importa, el caso es que no puedo marcharme de aquí sin aclarar que eso de que todos los jóvenes roban libros es una milonga. A día de hoy, lo sé de buena tinta, porque yo, al igual que el pobre Bolaño, pensaba que robar libros era un acto de lo más

ordinario, una suerte de rito de paso entre la adolescencia y el comienzo de la edad adulta, como el primer beso, o como la conciencia de la masturbación, o como la actitud personalísima con que cada uno afronta los postulados seudoprescriptivos de esas entidades imaginarias que nos amenazan con sus superpoderes, en fin, ya me entienden. De hecho, me hallaba tan convencido de lo usual de esta práctica, *i.e.*, la de hurtar libros, que un día, a causa de la ingenuidad y el vino, la traje a colación en mitad de una cena en casa de mi amiga Alexia van der Gracht. Recuerdo que era una noche nublosa de Bogotá como otra cualquiera y que dos de los comensales me miraron con una mezcla de espanto y condescendencia, igual que se mira a los enfermos mentales que proclaman a gritos su envidiable estado de salud. El caso es que no me dejé arredrar por aquel juicio de valor e interrumpí la velada — como estoy interrumpiendo ahora el relato— para pedir a todos los invitados, incluidos quienes no me habían escuchado la primera vez, que por favor levantasen la mano si ellos también habían robado libros en su juventud. Cuál no sería mi espanto al comprobar que solo yo había perpetrado esta clase de pillajes juveniles, hábito con el que me procuré, entre otros, el poemario *La realidad y el deseo* de Luis Cernuda, varias novelitas de Michael Ende, incluidas *Momo* y *El espejo en el espejo*, un ejemplar de *Alguien que anda por ahí* de Julio Cortázar, *La isla del tesoro* de Stevenson y *Drácula* de Bram Stoker, ambas en ediciones de bolsillo de Penguin, y mi adquisición más valiosa: el *Total de Greguerías* de Ramón Gómez de la Serna en la Colección Joya de la editorial Aguilar. En cualquier caso, créanme cuando les digo que no todos los adolescentes roban libros, algo que afortunadamente aprendí veinte años antes que Roberto y lejos de las cámaras. Por cierto, ya que estamos, aprovecho este pie de página para hacer acto de contrición y expresar mis más sinceras disculpas a los establecimientos afectados.

¹² Uno de los testimonios más entrañables sobre esta época pertenece a Victoria Soto, una amiga de la familia que residió varios meses en el piso de la calle Samuel, lugar que, como ya mencionamos más arriba, al hablar de Alcira Soust, y como

repetiremos enseguida, cuando aludamos a Jaime Quezada, solía regirse por una política de puertas abiertas, cosa que tampoco ha de sorprendernos, es bien sabido que quienes menos tienen son a menudo los que más generosamente dan. El caso es que Victoria Soto escuchó en una ocasión a su amiga y tocaya decirle lo siguiente a nuestro protagonista: «No, coyotito, tú vas a ser escritor, no te detengas, sigue escribiendo, lo haces bien». Parece evidente que, hasta el día en que conoció a Carolina López, su futura esposa, nadie apoyó la carrera de Bolaño con más ahínco que su madre. Aunque esto último, a fin de cuentas, tampoco debiera sorprendernos.

¹³ No cabe duda de que estas declaraciones se prestan a confusión, de modo que vale la pena tratar de esclarecerlas. Parece ser que, al menos para el secretario de Estado norteamericano, una democracia que elige a un dirigente socialista no es una democracia, sino una conjura de necios e inconscientes. Por el contrario, un país que conspira para derrocar a un Gobierno extranjero elegido por la mayoría de sus ciudadanos en elecciones libres sí es una democracia, siempre y cuando cumpla a cabalidad con su política de desclasificación de archivos y, décadas después, llegado el caso, pida disculpas de manera retroactiva por las muertes, torturas y desapariciones forzosas acaecidas en parte por su lamentable política exterior. Esta parece ser la única interpretación semántico-teleológica capaz de dotar de un pelín de coherencia a la cita del ilustre Henry Kissinger, quien, por cierto, ganará dentro de un par de años, en 1973, el Premio Nobel de la Paz.

¹⁴ La tortuga se llama Aquiles, por cierto, y aunque la dieta varía, hay días en que le basta una mera hoja de lechuga.

¹⁵ Como las prebendas son tan de izquierda como de derecha, no ha de sorprendernos que, tras la victoria de la Unidad Popular, Neruda acabase siendo nombrado embajador de Chile en París, uno de los destinos diplomáticos más codiciados.

¹⁶ Sobre la injerencia del socialismo en la cultura se han escrito ya tesis doctorales, de modo que parece innecesario incurrir en

redundancias. Dicho esto, conviene al menos recordar que dicho intervencionismo se saldó no solo con el auge de la literatura pedagógica que tanto espantaba a Milan Kundera, sino también con la persecución de los intelectuales que no comulgaban con la erosión de derechos civiles y políticos que imperaba en los países afiliados a la Unión Soviética, así como en su esfera de influencia, incluido en Cuba, donde Fidel Castro acababa de encarcelar al poeta Heberto Padilla por cometer una serie de desmanes, entre ellos haberse burlado de la Revolución cubana mediante dos versos a todas luces criminales: «El poeta trabaja su parodia / mientras la sogá cae sobre su cuello». Aquel encarcelamiento hizo que intelectuales como Mario Vargas Llosa rompiesen para siempre con la Cuba comunista, mientras que otros, como Julio Cortázar y Gabriel García Márquez, siguieron prestándole voz a Fidel Castro, porque a fin de cuentas lo de encarcelar a Padilla, como el resto de restricciones a la libertad de los cubanos, debía considerarse un mal necesario, eso que en la guerra suele denominarse daño colateral.

REVOLUCIONES EFÍMERAS

«Overoles rotos, abstractos, carreteras bordeadas
de ramadas carnívoras, afuera de un manicomio
recogiendo moras me contaron
que cinco gitanos se habían culiado un niño
primogénito bienamado del alcalde culto
película de los años cuarenta en blanco y negro».

ROBERTO BOLAÑO,
Overol blanco y otros poemas

Ocurrió entonces que la vida se abrió de par en par, como en una novela de Kerouac, como en una carta de Rimbaud, y nuestro protagonista se echó a los caminos con el propósito de conquistarlos. Podríamos decir que en su ánimo se confunden intencionalidades dispares. Preeminente entre ellas, o eso creemos, es seguir la influencia de la generación *beatnik*, tamizada tal vez por la muselina de una larga estirpe de poetas malditos, con quienes lleva ya años flirteando. Sin embargo, estos propósitos aventureros no andan reñidos con los motivos oficiales del viaje, o sea, contribuir a las mastodónticas necesidades de mano de obra de la editorial Quimantú, esa que debe servir para instruir al pueblo chileno y actuar como vector en la transmisión de los ideales revolucionarios. Por supuesto, aquello de las empresas librescas tampoco pudo ser la única forma de ayuda que a Roberto se le pasó por las mientes. Es joven e idealista y anda enfadado con el mundo. Sus simpatías confesas por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, unidas a su escepticismo hacia la Unión Soviética, que se le antoja una «deformación burocrática», debieron de cobijar, así fuese de forma teórica, el ideal de la lucha armada, esta o aquella, porque cuando las cosas se encaucen en Chile, tocará liberar el Perú, y después Bolivia, y luego el resto del continente, y por fin el mundo, empeño que, en puridad, y pese a lo que a primera vista pudiera parecernos, ni siquiera tiene por qué discrepar de los quehaceres culturales que le han servido de coartada para el viaje, ambos podrían ser compatibles, ya saben lo que se suele decir, granjero de día, guerrillero de noche, o por recurrir a dichos algo más afines a su calidad de poeta, el sol y la luna no compiten, cada uno brilla a su debido tiempo. Pero dejemos de una vez las disquisiciones teóricas y pongámonos en marcha.

Según buena parte de los testimonios existentes, Roberto abandona Ciudad de México a finales de julio de 1973.¹⁷ El primer trecho del camino, entre el D. F. y Panamá, lo efectúa por tierra, alternando varios tramos en bus con las bondades del autostop. Luego se embarca en un crucero que lo lleva hasta Valparaíso, el puerto de la infancia. Como no podía ser de otra forma, recuerden

que se trata de un poeta de veinte años preso de la voracidad viajera, Roberto rara vez se queda demasiado tiempo en un mismo sitio. Repetir catre durante más de dos noches seguidas equivale a un arranque de monotonía burguesa, un peligro que hay que evitar a toda costa. Es verdad que tiene un destino en mente, pero es igual de cierto que desea estar en todas partes y absorberlo todo. Cuanto más absorba, mejor podrá arropar la complejidad de la vida en el cálido abrigo de la literatura. Por eso adopta rutinas nómadas. Por eso abre tanto los ojos y se dedica a observar.

Ve largas carreteras y, como Borges antes de quedarse ciego, ve el alba y la tarde, y ve las muchedumbres de América.

En Guatemala, la policía secreta pasa un par de veces por el hostel en el que se hospeda, asumiendo que aquel joven greñudo, desaliñado y con lentes redondas no debe de ser trigo limpio y, a consecuencia de ello, Roberto comprende mejor que nunca cómo el mundo está dividido por un telón de acero invisible y cómo él parece abocado, por sus orígenes y su formación, pero también por su apariencia, a unirse a quienes tratan de demolerlo.

En El Salvador, con ayuda de un conocido, Manuel Sorto, cineasta oficial de la guerrilla, nuestro protagonista logra pasar varios días con los líderes del Ejército Revolucionario del Pueblo, una organización político-militar que poco después se integraría en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, principal protagonista del conflicto armado que enfrentó a la izquierda salvadoreña con el Gobierno nacional, aunque, como ocurre con toda guerra, esta tampoco liberó a la nación, sino que la sumió en una espiral de muertos (unos 75 000), refugiados (unos 500 000), desplazados internos (550 000) y, por supuesto, desapariciones forzadas (unas 15 000). Ajeno aún a ese catastrófico futuro inmediato, lo que más le llama la atención a Bolaño es que buena parte de aquellos guerrilleros sean también, y sobre todo, poetas, hecho que, bien mirado, tampoco debiera sorprendernos, es bien sabido que hay poca gente —alguna hay, eso es cierto— capaz de vivir únicamente de las regalías de sus poemarios, e igual que ciertos vates se buscan una columnita en un suplemento cultural o

una cátedra de escritura creativa con que pagar las facturas, otros, especialmente en aquella etapa convulsa de la historia latinoamericana, con los ideales a flor de piel, se consagraban a la utopía de erigir a punta de fusil sociedades más justas y equitativas.¹⁸ Entre ellos destaca José Eduardo Sancho Castañeda, alias Fermán Cienfuegos, trovador moderno con quien Roberto pasa largas noches en vela, discutiendo acerca de los pormenores del reciente viaje de Cienfuegos a Cuba, adonde había acudido en busca de apoyos políticos y militares con que lanzar su propia ofensiva. Además de acabar convirtiéndose en instigador y protagonista de la guerra civil salvadoreña, Cienfuegos fue también uno de los revolucionarios que participó, como preámbulo de las hostilidades, en el asesinato a sangre fría de otro poeta de izquierdas, Roque Dalton, quien, según se dice, se opuso al levantamiento armado y recibió un tiro en la sien por tamaño desplante.¹⁹ En definitiva, la estancia en El Salvador es rica en elementos rimbaudianos, pues lo expone a diversas formas de sufrimiento, pero también a diversas formas de locura. En esos días, Roberto ve revolucionarios a punto de jugarse la vida y revolucionarios a punto de perderla, ve causas nobles revestidas de vileza y causas viles súbitamente ennoblecidas, ve miedos, mentiras, excesos, furores, atropellos, venganzas y la reliquia inefable de un libro incomprendido. Sin lugar a dudas, si no de inmediato, el paso del tiempo acabó aclarándole qué fue aquello que vio en las calles de San Salvador, testimonios, escenas y hechos cardinales que, en virtud de costumbres venideras, acabarán pululando por las páginas de su literatura. Pensemos, por un lado, en la pérdida anónima que recorre el *Autorretrato a los veinte años*, ese donde Bolaño recuerda a «miles de muchachos como yo, lampiños o barbudos, pero latinoamericanos todos, juntando sus mejillas con la muerte». Del otro, ya en el ámbito de los daños documentados y nominales, hallamos el inminente asesinato de Dalton, al que nuestro protagonista aludiría mucho después en un poema dedicado a Rodrigo Pinto y Andrés Neuman, texto hiperonírico donde incluyó lo siguiente: «Soñé que estaba soñando y que en los túneles de los sueños encontraba el sueño de Roque

Dalton: el sueño de los valientes que murieron por una quimera de mierda». El estilo no puede ser más directo, puro Bolaño, pero aún tardará un tiempo en articular aquel mensaje. Digamos que es pronto para tanta lucidez. En este momento la revolución parece una utopía razonable, de modo que prosigue su camino, siempre al frente, con la mira puesta en alguna forma de victoria.

En Nicaragua ve una capital devastada por el terremoto del 23 de diciembre de 1972. Años después, describiría Managua como una escena salida de *Mad Max*. Ve perros hambrientos y chatarra oxidada, ve edificios en ruinas y calles sucias, y ve cómo la ausencia de los veinte mil muertos todavía enturbia el silencio urbano, flotando en el aire a destiempo, como le ocurre a la nieve blanda.

En Costa Rica se dedica a piroppear a las mujeres que andan ligeras de ropa por la calle y comprende la dicha que subyace al engranaje de los cuerpos, comprende la soledad, comprende el quebranto del deseo, y así, pena tras pena, halago tras halago, placer tras placer, ve la antesala violeta de lo que pronto llamará amor.

En Panamá deambula sin rumbo por la ciudad vieja, sintiéndose de nuevo una suerte de Baudelaire latinoamericano. Ve las huellas de la historia y descubre los métodos —capciosos, perversos— con que muta el colonialismo. En ese mismo país, y más concretamente en el puerto de San Cristóbal, se embarca en el Donizetti, un trasatlántico de la Società di Navigazione que durante una década y media cubrió la línea entre Italia, Venezuela y Chile, ruta que concluía en Valparaíso, previo cruce del canal de Panamá, precisamente la obra de ingeniería que atrajo hacia las Américas al primer Bolaño, su abuelo Ricardo, ese que no murió ni de malaria ni de dengue ni de disentería, sino abatiéndose tontamente desde el lomo de un caballo.^{[20](#)}

Durante la escala en Lima, aprovecha para recorrer la ciudad de punta a punta. Es fácil imaginárselo absorto frente a los muros bicolores del Colegio Militar Leoncio Prado, o deambulando por los pasillos de la Universidad de San Marcos, al principio tras las huellas del Jaguar, el Esclavo y el Poeta, luego en la estela de Zavalita, aquel

personaje vargasllosiano que trataba de entender cómo y cuándo se jodió el Perú. Viese lo que viese, resulta evidente que debió de fascinarle, porque perdió la noción del tiempo y llegó con retraso al muelle. Estuvo a punto de quedarse en tierra.

En cuanto al resto de la travesía, sabemos que nuestro protagonista —siempre según él mismo— trató de colarse en los camarotes de primera clase para asistir a un baile, diríase un joven Jack Dawson a bordo del Titanic, pero ni él era Jack Dawson ni aquello era el Titanic, y como carecía de chaqueta y corbata con que dar el pego, al Roberto Bolaño del Donizetti le prohibieron la entrada al convite, aguándole la fiesta. Aquel rechazo, llamémoslo baño de realidad, debió de ensombrecerle la noche, aunque suponemos que la tristeza no pudo durar demasiado, porque a la mañana siguiente, cuando los primeros rayos del sol empezaron a pintar el mundo, Roberto se asomó por el ojo de buey y, a lo lejos, tras un trecho de mar finito, divisó las costas de Chile.

Acababa de volver a casa.

*

Claro que el país al que regresa poco o nada tiene que ver con aquel lugar del que se marchó. Tampoco Valparaíso, antesala del Cerro Los Placeres, y por ende de los escenarios de su primera infancia, se parece demasiado a la colección de imágenes turbias encapsuladas en el recuerdo.

Antes de proseguir, vale la pena esbozar una brevísima idea en torno a la magnitud del cambio. En las páginas que anteceden hemos ido dando cuenta de los principales avatares sociopolíticos que viene atravesando el país, hechos que podríamos sintetizar ahora con una única frase rimbombante, por ejemplo, mencionando cómo el socialismo había derramado su conciencia sobre todos los aspectos de la vida, pero quizá nos resultaría más útil aludir a transformaciones palpables y concretas, alejándonos de lo abstracto, para lo cual bastaría con echar un vistazo a lo que ocurre en la taquilla de la estación de tren, ahí donde Roberto hace ahora cola como tantos otros y donde abundan las transacciones comerciales,

muchas de ellas efectuadas con dos billetes nuevos y flamantes, recién emitidos por el Banco Central de Chile, uno de quinientos escudos celebrando la nacionalización del cobre, el salitre y el hierro, donde una imagen de la mina de Chuquicamata acompaña a una cita del expresidente Balmaceda, «No debemos consentir que esa vasta y rica región sea convertida en una simple factoría extranjera», el otro, de mil escudos, mostrando en el anverso una casa colonial con una fuente de mármol y abajo, a guisa de pedestal, unos versos de Pablo Neruda, ahora más que nunca el poeta nacional, «Dijiste libertad antes que nadie *cuando el susurro iba de piedra en piedra*, escondido en los patios, humillado». En fin, esto de los billetes es solo una anécdota sobre cómo el mundo gira mientras nosotros vivimos, pero nos sirve para dar cuenta del país mudable al que Roberto regresa. Claro que él tampoco es el mismo. Hace tiempo que dejó atrás al niño huraño con «piececitos heridos, / por los guijarros todos», como diría otra estrofa, esta de Gabriela Mistral. Ahora es un joven con conciencia de patria, aunque no sepa que le falta muy poco para perderla.

*

Varios días antes de que el Donizetti atracase en el muelle de Valparaíso, María Salomé, la hermana de Roberto, telefoneó a Fernando Fernández Merino para prevenirle acerca de aquel regreso. Nuestro protagonista lleva un lustro sin pisar Chile y apenas si cuenta con un par de amigos cercanos en todo el país, incluido Jaime Quezada, quien había regresado el año anterior. Sabiendo como sabemos que las mudanzas nunca resultan fáciles, máxime cuando uno se traslada a un rincón del planeta en pleno proceso revolucionario, parece lógico que los Bolaño albergasen la esperanza de que Fernández Merino, excompañero de peripecias en los ya remotos tiempos de su adolescencia en Los Ángeles, le echase una mano durante el proceso de adaptación. Él y Roberto no habían vuelto a verse desde la madrugada de comienzos de 1968 en la que nuestro protagonista y su hermana María Salomé, Me para los allegados, fueron a despedir a Fernández Merino a la estación de tren, donde este tomó un buscarril camino de Concepción, ciudad en

la que vivía desde entonces y en cuya universidad cursaba la carrera de Pedagogía, paseándose por la facultad con la misma elegancia de siempre, si bien su finura había adquirido dejes atildados. Fernández Merino no era un militante activo, aunque, al igual que la mayor parte de universitarios chilenos de la época, seguía con una mezcla de interés y admiración las arengas de Miguel Enríquez, el líder del MIR.

Nada más recibir la llamada de Me, aquel antiguo camarada de malones angelinos e idas al cine Imperio puso rumbo a Valparaíso, aunque desplazarse por el Chile de aquellos días no resultaba tarea fácil. Con el inestimable apoyo de Estados Unidos, y de su secretario de Estado y futuro Premio Nobel de la Paz, el ilustre Henry Kissinger, la oposición al Gobierno de Salvador Allende había logrado sembrar el caos en cada rincón de la largura chilena. La economía no solo «vociferó», como había prescrito el presidente Nixon, sino que la vida cotidiana se volvió un infierno, con carreteras cerradas al tráfico, vías férreas saboteadas y puentes desbaratados, estas cosas son así, basta un poco de dinamita para arrollar en un abrir y cerrar de ojos aquello que costó años armar, y que costará otros tantos volver a poner en pie.²¹ El caso es que Fernández Merino hubo de hacer frente a grandes obstáculos para efectuar aquel trayecto, pero finalmente, armándose de paciencia, y tras una retahíla de desvíos y trasbordos, consiguió personarse en Valparaíso antes de que el casco albo del Donizetti asomase tras la bahía. Por desgracia, llegar a tiempo no bastó. Por mucho que ahora nos cueste imaginarlo, en la época analógica podía resultar complejo eso de hallar a quien uno andaba buscando. Del trasatlántico en el que viajaba Bolaño desembarcaron cientos de personas al unísono, no todas por la misma pasarela, mezclándose enseguida con los miles de familiares, amigos y curiosos que remoloneaban en torno al muelle. Entre tanto desorden, Fernández Merino y Bolaño no lograron encontrarse y, tras pensar lo mismo, Algo habrá pasado, Al final no pudo venir, ambos se dirigieron a la estación, el primero para regresar a Biobío, el otro con la idea de llegar a Santiago y plantarse en casa del poeta Jaime Quezada, cuya dirección figuraba en una de sus libretas.

Por cosas del azar, nuestro protagonista y Fernández Merino tomaron el mismo tren en la estación de Valparaíso, pero allá tampoco se produjo el milagro. Ni se reconocieron el uno al otro entre la muchedumbre del andén ni se cruzaron en los vagones atestados de gente, a los que trepaban pasajeros hasta por las ventanillas, porque cualquier cosa parecía mejor que quedarse nuevamente en tierra esperando en vano tiempos mejores.

A mitad de trayecto, el tren sufrió una avería, tal vez un acto de sabotaje, y los maquinistas decidieron desenganchar varios vagones, lo cual obligó a quienes viajaban a bordo a apelotonarse hasta lo indecible en espacios cada vez más reducidos y ya de por sí abarrotados. En palabras de Bolaño, «toda una odisea, una ulisea». Sea como fuere, nuestro protagonista logró llegar a su Ítaca, o por lo menos a Santiago de Chile, el lugar donde vino al mundo el 28 de abril de 1953. Pero ya advertimos que ese río borgiano que nos arrastra, ese tigre que nos destroza, ese fuego que nos consume, el tiempo, había causado estragos en las calles, tornándolas irreconocibles.

*

Nada más llegar, se dirige a la casa de Jaime Quezada, en el 0559 de la calle La Blanca, comuna de La Cisterna. Por el camino se sorprende de cuán pálidos pueden llegar a ser los chilenos, una forma como otra cualquiera de decir que redescubre su propio color de piel, entre blanco-atlántico gallego y blanco-oliva catalán, pigmentación de la que apenas si era consciente mientras se hallaba en Ciudad de México, donde los rostros aindiados constituían más la norma que la excepción.

Al oír el timbre, Quezada se asoma primero con cierto recelo, hasta que comprende que el desconocido frente a la puerta, ese de cabello indomable, gafas de buhonero *hippy* y cinturón de cuero con la hebilla ribeteada por balas de fusil, es el joven Roberto, ahora un poco menos barbilampiño, porque los años no pasan en vano. Los amigos se funden en un abrazo largo y sincero y, tras sacudirse las huellas de la ajetreadísima «ulisea», salen enseguida a celebrar el

reencuentro.

Los siguientes días los tasa la euforia compartida. Santiago de Chile es un hervidero de mítines y manifestaciones, unos en contra de Allende, otros a favor, pero todos con sus cánticos, discursos y pancartas, conformando un bullicio casi perenne que se entremezcla con el resto del trajín urbano de la época, puestos de control, patrullas militares, grafitis, murales, artistas callejeros tratando de conmover a los transeúntes, autobuses colapsados, largas colas frente a los almacenes de barrio, corresponsales extranjeros captando instantes efímeros y, ajenos a todo lo anterior, parejas de enamorados disfrutando de la llegada de la primavera, que asoma ya por el hemisferio austral, a la par que las piernas suaves de las muchachas y los brazos anchos de los hombres.

Aprovechándose del clima de efervescencia, Quezada hace lo que siempre hizo, llevar a Roberto de paseo para que le tome la temperatura a la vida cultural de la ciudad y, de camino, presentarle a otros poetas, con quienes conversan durante horas en El Valle de Oro, tratando de resolver de una vez por todas los problemas del mundo, sin que el mundo vaya, por supuesto, a darse por enterado. No sería el Café de La Habana en Bucareli, pero visto a través de los ojos de un joven revolucionario, proclive al romanticismo y a las utopías, la diferencia, si la hubo, debió de antojársele ínfima.

Y entonces pasó. La realidad hizo de las suyas y sumergió en inverosimilitud a quienes la padecían. El 11 de septiembre de 1973, el general Augusto Pinochet encabezó un golpe de Estado que puso punto final a tres años de gobierno de la Unidad Popular. En apenas unos minutos, las calles se llenaron de tanques blindados y soldados con fusiles en ristre, mientras los civiles se rendían a sus instintos, cada cual a los suyos, unos bajaban las persianas y buscaban refugio en lo más recóndito de sus casas, otros se asomaban discretamente tras los visillos, unos se refugiaban en locales comerciales con las cortinas enrollables echadas, otros salían corriendo hacia cualquier parte, entre gritos y aspavientos, ignorando que aquello era un nuevo comienzo del que nadie podría evadirse, un comienzo radical, por supuesto, como corresponde al

final del que procede, este que ahora se vive en las calles de Santiago de Chile, con el Palacio de La Moneda engullido por las llamas y una nube negra, grande como el miedo mismo, lamiendo el aire sobre la plaza de la Constitución, recién pisoteada por los militares, quienes acosan a Allende con amenazas y ultimátums, hasta que el presidente de la República, acorralado, consciente de lo que se avecina, decide atajar el primer experimento mundial en el ámbito del comunismo democrático, y lo hace de una forma tan drástica como irreversible, primero rechazando la supuesta oferta de exilio que le proponían los militares y luego volándose la tapa de los sesos con su rifle de asalto AKMS. Nunca sabremos si antes de apretar el gatillo, con los ojos aguados y la nada carcomiéndole las entrañas, Allende echaría un último vistazo a la plaquita metálica adherida a la culata de aquel fusil, vestigio de quien se lo había obsequiado dos años antes, «A Salvador, su compañero de armas, Fidel Castro».

*

Tal y como había sucedido aquella remota mañana de octubre de 1972 en la que Pablo Neruda fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura, a nuestro protagonista la noticia del golpe le pilla entre las sábanas, y, una vez más, Quezada es el encargado de irrumpir en su habitación y comunicársela en primicia, pero en esta ocasión su rostro no alberga ni rastro de alegría, solo inquietud, desconcierto y espanto.²² Bastan dos frases para que Roberto se incorpore de un brinco y salga de la cama. Ambos se instalan en la sala, frente a la radio, atarantándose con lo que oían, con lo que escuchaban y adivinaban, con lo que buscaban, con lo que encontraban, «los rumores y los ecos», incluidos los que proceden de la calle, en especial las ráfagas de metralla y el murmullo ominoso de las detonaciones en la distancia. Bolaño es ahora un veinteañero preso de la rabia. Ni siquiera logra sentir miedo, solo asco y furia y deseos de darse a la pelea en las calles de Santiago, «¿Dónde están las armas, que yo me voy a luchar?», pregunta. Quezada intenta infundirle prudencia, «No salgas, no vayas, ¿qué le voy a decir a tu mamá si te pasa algo?», a fin de cuentas, el

anfitrión es un hombre de letras discreto y reflexivo, a lo Proust, a lo Borges, a lo Emily Dickinson, quizás a lo Fernando Pessoa, mientras que su huésped parece más bien un Garcilaso, un Hemingway o un Orwell, tal vez un Saint-Exupéry, o un Tolkien, o, por qué no, un Cervantes. No es difícil imaginar cómo el exceso de ira le carcome las entrañas, colonizándolo todo, a la par que le incita a enfrentarse a los golpistas.

Después de un tira y afloja verbal, Roberto decide presentarse «como voluntario para luchar contra los fascistas». Carente de mejores ideas, se encamina a casa de un muchacho del barrio a quien había conocido algunos días antes, un joven de izquierdas en los umbrales de la adolescencia que, contra todo pronóstico, se muestra dispuesto a acompañarlo hasta una célula comunista. Ficción o realidad, la historia de aquel conato de resistencia, que el propio Bolaño comparó con «una película de los hermanos Marx», no debió de discrepar mucho de lo que cientos de jóvenes de la izquierda chilena experimentaron el 11 de septiembre de 1973.

Al poco de personarse en la vivienda en cuestión, los cabecillas de la resistencia le encargan una simple tarea de vigilancia. Su cometido no podía ser más sencillo: tenía que apostarse frente al edificio en el que vivía una prominente familia de conservadores por si se llevaba a cabo una entrega de armas. La orden era tan cándida como absurda, posiblemente porque formaba parte de un plan de contingencia concebido por milicianos de izquierda por si se diera el caso de que estallase una guerra civil, con rebeldes oponiéndose a las fuerzas armadas leales al presidente Salvador Allende, nada que ver, por tanto, con la realidad que se vive en las calles, donde la lealtad castrense brilla por su ausencia. Sea como fuere, Roberto acata la instrucción y se aposta varias horas frente a la casa de aquel presunto sospechoso, agazapándose en los portales cada vez que atisba tanques o patrullas en la distancia, pues existe un riesgo real de que, si lo detectan, se lo lleven preso, o peor aún, de acabar con un tiro entre ceja y ceja sin pregunta previa, solo por estar en la calle, como les sucedió a muchos de quienes osaban transitar por allí incumpliendo la orden de mantener despejada la vía pública hasta

nuevo aviso. Para cuando un par de miembros de la célula reaparecieron por la zona para recolectar la inteligencia obtenida durante aquellas estériles labores de vigilancia, al joven Roberto se le había olvidado la contraseña, de modo que tuvo que hacer gala de elocuencia para convencer a los recién llegados de que no era ningún espía enemigo y de que, en efecto, formaba parte de la resistencia desde primerísima hora de la mañana. Finalmente, los «enlaces tácticos», como se autodenominaban aquellos nexos entre el cuartel general y los insurgentes de a pie, le pidieron que regresase a «la célula», nombre que empleaban, a su vez, para referirse al pisito de un obrero comunista «gordito y perplejo» donde se reunían una treintena de simpatizantes de la Unidad Popular. Además del rostro asustado con que lo recibió el propietario de la vivienda, a Roberto no se le olvidaría nunca el aparador de la sala de estar, donde su anfitrión había amontonado varias pilas de novelas del Oeste escritas por Marcial Lafuente Estefanía, circunstancia que lo devolvió, cual trozo de magdalena mojada en té, a las novelitas de don León que nuestro protagonista leía a hurtadillas en Quilpué y a las tardes en el cine Imperio de Los Ángeles junto a su amigo Fernando Fernández Merino.

Aunque solo sea como pintoresca anécdota histórica, mencionaremos que los miembros de la célula comunista de La Cisterna, tal vez en la ficción de sus propias vidas, o tal vez en la ficción que Bolaño tejió con ellas, urdieron un plan para apoyar la marcha del general Prats, quien presuntamente andaba camino del Palacio de La Moneda con un contingente de tropas leales, prestas a sofocar la rebelión militar. La estrategia consistía en destruir varios puentes peatonales con ayuda de un arsenal de cócteles molotov que, en aquel preciso instante, mientras departían animadamente frente a un aparador atestado de fábulas sobre el Lejano Oeste, unos milicianos comunistas custodiaban en un barrio de chabolas a las afueras de Santiago. Arrasar aquellos puentes contribuiría, al parecer, a retrasar el avance de los batallones controlados por Pinochet, brindando así algo de tiempo extra a los defensores de la patria. Por supuesto, todo aquello no pasó de ser una quimera

irrealizable. (Otra). En primer lugar, porque el general Prats ya estaba entre rejas y, en segundo, porque contrariamente a Robert Jordan, el explosivista de las Brigadas Internacionales que ayuda a los republicanos a volar un puente durante la guerra civil española en las páginas de *Por quién doblan las campanas*, los camaradas aquí presentes no cuentan ni con la pericia técnica ni con el armamento requerido para implementar semejante estrategia, ya saben lo que se suele decir: es imposible hacer buen pan con mala harina.

Por fortuna, los defensores de la patria sitos en la comuna La Cisterna pudieron abandonar la pantomima en torno a las dos de la tarde, cuando la radio confirmó que el general Pinochet y sus hombres habían tomado el control de la ciudad, incluido el Palacio de La Moneda. Contrariamente a lo ocurrido dos meses antes durante el «Tanquetazo», aquella asonada resultó ser un éxito fulminante.

Bolaño dijo en una ocasión que los países son como las cebollas — suponemos que porque nacen de la tierra, están hechas de capas superpuestas y cuando las cortas no es raro que se te salten las lágrimas—. Si damos por válida la analogía, podríamos decir que el golpe de Estado sumió a Chile en una de sus capas más oscuras, llena de abusos, persecuciones políticas, torturas, ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzosas. La «Caravana de la Muerte», como se conocería a las siguientes semanas en los siempre concisos manuales de historia, no había hecho más que empezar. Para muchos, de cualquier forma, lo más insólito no fue ni la ausencia de protestas masivas ni la falta de resistencia organizada, sino ver cómo el propio Salvador Allende soslayaba cualquier atisbo de incitación a la violencia durante su discurso final, oído por todo el país, incluidos los millones de chilenos que habían votado por su partido en las últimas elecciones democráticas. Poco antes de colocarse sobre la barbilla el rifle de asalto AKMS que Fidel Castro le había regalado, el presidente de la República blandió ante los micrófonos la espada de la prudencia, «El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse», enunció como conclusión. La mayor parte de

los jóvenes, entre ellos un Roberto veinteañero, equipararon el comedimiento de Allende con un vil acto de cobardía, por no decir una traición a los ideales revolucionarios. Aún les faltaba madurez para comprender que aquel señor orondo de gruesos lentes de pasta no atendía a otro propósito que el de salvarles la vida.

*

En cuanto los ánimos se apaciguaron un poco, si es que puede hablarse de calma o sosiego cuando la Caravana de la Muerte anda ya transitando por la largura chilena, Roberto decidió viajar a Los Ángeles y a Mulchén para pasar unos días junto a sus parientes paternos. Su prima Ximena Bolaño nunca olvidaría el aspecto abatido con que nuestro protagonista se presentó en el umbral de la casa familiar, la mirada escarchada, los labios hieráticos, el rostro severo e inmutable, diríase un mar de hielo. Llevaba dos maletas de lona de color oscuro, una de ellas con ropa y la otra, más pequeña, para transportar su máquina de escribir portátil, herramienta de la que a partir de entonces apenas se despegará durante un par de horas al día. Ximena escuchaba el ruido de las teclas a través de los tabiques, constante, a ratos rabioso, como si Roberto pretendiese derrocar la recién iniciada dictadura del general Pinochet a punta de palabras. La única testigo de aquella obsesión aseguró que nuestro protagonista se hallaba empeñado en acabar cuanto antes un recién concebido proyecto de novela, sobre cuyo título y argumento se negaba a soltar prenda. Como cabía esperar, el arrebató escritural empeoró el 23 de septiembre, doce días después del golpe de Estado, cuando se dio a conocer la noticia de la muerte de Pablo Neruda, un peligrosísimo poeta de casi setenta años a quien la dictadura mandó matar, y no de cualquier forma, sino prevaleándose de su estadía en la Clínica Santa María de Santiago para inyectarle en el estómago la mortífera bacteria *Clostridium botulinum* — digamos que le envenenaron el último tramo de vida, achicándoselo —. Para sorpresa de testigos y curiosos, docenas de dirigentes del Partido Comunista de Chile se dejaron ver por el funeral del premio nobel, oportunidad de la que se prevaleió el nuevo Gobierno para arrestarlos a todos, o al menos a quienes no lograron huir a tiempo

del sepelio. Entre los capturados, muchos pasaron a engrosar la larga lista de desaparecidos durante la dictadura. Mientras, en el sur, Roberto tecleaba su proyecto de novela a lo largo de madrugadas sin término, oscilando, como en el posible argumento, entre la indignación y la desesperanza.

*

Al cabo de algunas semanas, nuestro protagonista decide viajar a Concepción para visitar a su amigo Fernando Fernández Merino, con quien no logró reencontrarse durante el desembarco del Donizetti, pese a que este último hubiese sorteado toda clase de obstáculos para llegar a Valparaíso con el único propósito de reunirse con él. Al igual que le sucedió a Quezada cuando Roberto se personó sin preaviso delante de su apartamento en La Cisterna, Fernández Merino no reconoce de inmediato al joven de aspecto desharrapado y greñudo que aguarda en el porche de la vivienda, situada en la calle Pelantaro. Se asoma desde la segunda planta, indeciso, hasta que de repente, tras apremiar a la memoria y atar cabos, comprende que el muchacho frente a la entrada es su amigo Roberto. Baja las escaleras a trompicones y se echa a llorar en los brazos del recién llegado. Las emociones se agolpan, por un lado, el reencuentro tras cinco años de separación, por el otro, la aprensión que sienten mientras sus mundos se desmoronan, en especial el de Roberto, cuyos proyectos vitales —la mudanza desde México, el empleo en la editorial Quimantú— parecían ya un cúmulo de despropósitos. Basta un simple vistazo para comprender que el hijo pródigo se siente, en palabras ulteriores del amigo que ahora lo observa, «*shockeado* por lo del golpe».

Durante aquellos días, la cotidianidad fue monótona y excitante a partes iguales. Si bien es cierto que pasan la mayor parte del tiempo en casa, el solo hecho de ponerse al día acerca de sus respectivas vidas —incidentes, sueños, esperanzas, miedos— parece una tarea inagotable. Roberto siente por primera vez el efecto embriagador de reencontrarse con un ser querido tras varios años de ausencia. Tal y como había sucedido desde la primera juventud, estos dos continúan siendo espíritus afines enfrascados en apariencias y personalidades

antitéticas, con contrastes apabullantes en el vestir, pero también en el actuar. En *Carnet de baile*, uno de los cuentos de *Putas asesinas*, Roberto describiría a su amigo en estos términos: «Fernando Fernández, que tenía un año más que yo, veintiuno, pero cuya sangre fría era sin duda equiparable a la imagen ideal del inglés que los chilenos desesperada y vanamente intentaron tener de sí mismos». Eso sí, la sangre no era lo único de Fernández Merino que hacía pensar en las islas británicas. Continuaba vistiéndose con el porte y la elegancia de un lord de Yorkshire, algo que contrastaba con la apariencia descastada de nuestro protagonista, quien parecía recién salido del festival de Woodstock o, por atenernos a la época y lugar en que nos encontramos, del festival de Piedra Roja en Santiago.

Algunas tardes, el lobo y el cordero salen un rato en busca de muchachas, o se dedican a pasear por la calle Lautaro, cerca del centro, donde la nueva normalidad no logra abrirse camino. La ciudad en la que se hallan es quizás el epicentro de la Caravana de la Muerte, del mismo modo que antes se había erigido en bastión de la Unidad Popular. No en vano, Salvador Allende solía repetir, siempre henchido de orgullo, que Concepción contaba con «la universidad más revolucionaria de Chile». Aquella afinidad con los ideales de un dirigente caído en desgracia se traducían ahora en una proliferación de retenes, operaciones de búsqueda y captura en los barrios populares, detenciones arbitrarias y, por supuesto, ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas. Desde el segundo piso del hogar de la familia Fernández-Merino, con tan solo asomarse a la terraza, era posible observar los ires y venires del regimiento Chacabuco, cuyas camionetas militares no cesaban de transportar civiles de un lado a otro de la barrera, en su mayoría varones de mediana edad con los ojos cubiertos por vendas de trapo y esposas atenazándoles las muñecas, ora sentados en una esquina de la plataforma de carga, ora amontonados como futuros cadáveres, y siempre con más entradas que salidas, porque algunos quedarán sumidos en el limbo de los autoritarismos, allí donde a menudo se pierden vidas, también donde a menudo se desea

perderlas.

Visto desde la terraza de su amigo Fernando, el espectáculo es sobrecogedor, un poeta diría que dantesco. Muy pronto, Roberto decide regresar a casa de sus parientes en Mulchén, con la esperanza de tramitar desde allí su retorno a México. De repente comprende que existen otras formas de hacer la revolución, otros lugares. Ahora solo desea alejarse de la violencia omnímoda de la dictadura militar de Pinochet, un lugar donde, para gente como él, la vida pende siempre de un hilo fino y frágil, de esos que pueden cortarse mediante actos banales y sin importancia. Muchos años después, convertido ya en el mejor escritor de su país, de su continente y de su lengua, la única patria que ahora le queda, nuestro protagonista calificaría aquellas muertes con un adjetivo preciso y atroz: «despersonalizadas».

*

Tras las despedidas, Roberto pone rumbo a Los Ángeles, desde donde pretende llegar a Mulchén. Sabe que tanto las estaciones ferroviarias como las terminales de transporte se hallan bajo la estrecha vigilancia del nuevo régimen, pero logra superar el primer escollo: comprar el billete, validarlo y subirse al autobús. Sin embargo, cuando todavía no lleva ni quince minutos de trayecto, el vehículo cae en las garras de un retén policial situado en el barrio de Chaimávida, en la periferia de Concepción. Dos carabineros, con sus órdenes bajo el brazo y sus amenazantes fusiles en ristre, pasan revista a los pasajeros. Andan a la caza de prófugos, o de guerrilleros, o incluso de opositores en ciernes, cualquier excusa es buena para encerrar a un posible enemigo, es cierto que pescar con malla fina tiene sus desventajas, aumenta el riesgo de capturar inocentes, o como dice el refrán, el riesgo de que los justos paguen por los pecadores, pero qué vale la vida de un hombre —o de cien— en comparación con el loable objetivo de frenarle los pies al comunismo. Se trata, por supuesto, de una pregunta retórica, pero la responderemos de todas formas: nada. Cuando la causa es lo suficientemente importante y sus defensores lo suficientemente poderosos, la vida de un hombre no vale nada.

Obvia decir que Bolaño marca todas las casillas para caer en la atarraya, cual tilapia de agua dulce. Es joven, estrafalario, luce un extraño bigotillo y, pese a que trató de ordenarse los cabellos esta mañana, su aspecto es más bien desaliñado. La presunción de izquierdoso es alta. Para colmo de males, habla con acento extranjero, quizás sea cubano. Todo el mundo sabe que Fidel Castro ha despachado un contingente de guerrilleros para apoyar con su inconmensurable erudición y experiencia práctica al Gobierno *in extremis* de la Unidad Popular. Ahora que el presidente Allende ha caído, los facinerosos deben de andar preparando toda clase de actos de sabotaje. Sumen a lo anterior el hecho de que Bolaño, fuera por un despiste, fuera para evitar el riesgo de extraviarlo, había cometido el error de dejar su pasaporte en Mulchén. En definitiva, resulta fácil imaginar las razones que llevan a los carabineros a ordenarle que se levante de su asiento, tras lo cual le bajan del autobús a punta de culeta en las costillas. En una de las versiones de este incidente, el policía que lo arresta es un funcionario malvado y sin escrúpulos que desea colgarse medallas de cara a sus superiores, en otra es un pobre burócrata que se ve forzado a comunicarse por radio con la sede de la Policía de Investigaciones para dirimir el destino del sospechoso, en cuyo caso el diálogo entre dicho burócrata y su superior debió de transcurrir más o menos así, Mi capitán, hemos encontrado a un presunto terrorista, ¿Cómo sabe usted que es terrorista?, Tiene pinta de revolucionario, mi capitán, y está mal afeitado, Hombre, Ramírez, no va a usted a detener a todo el que vaya por la calle mal afeitado, si no no vamos a dar abasto, Pero este es distinto, mi capitán, habla raro, como si fuese mexicano, A ver, ¿es mexicano o no, Ramírez?, No estoy seguro, mi capitán, dice que es de aquí, aunque yo no lo encuentro tan chileno, ¿No será cubano?, Eso fue lo primero que pensé, pero tanto el carabinero Muñoz como yo creemos que suena más bien mexicano, y además lleva un cinturón con una hebilla de balas, ¿Balas? Sí, cartuchos de bala superpuestos los unos a los otros, Por Dios, Ramírez, tendría que haber empezado por ahí, eso sí que parece sospechoso, tráigalo a la comisaría y aquí nos

encargamos de lo demás, Gracias, mi capitán, así se hará, Gracias a usted, Ramírez, y buen trabajo.

Tras haber realizado las comprobaciones pertinentes, los funcionarios lo arrastran hacia el interior de un furgón policial y, previo paso por una comisaría de barrio, acaban conduciéndolo al cuartel de la Policía de Investigaciones, una mole de hormigón de tres pisos situada en la esquina entre las calles Angol y Los Carrera, en pleno centro de Concepción.

Ya lo dice el poeta Nicanor Parra en *Los vicios del mundo moderno*, «Entretanto los sabios, comidos por las ratas *se pudren en los sótanos de las catedrales*, y las almas nobles son perseguidas implacablemente por la policía».

*

Vale la pena mencionar que el 11 de septiembre, mientras Pinochet, gran coleccionista de libros sobre Napoleón, se enseñoreaba en Santiago de Chile, los carabineros irrumpieron en el cuartel de la propia Policía de Investigaciones de Concepción y apresaron a todos los agentes que allí se encontraban, trasladándolos de inmediato a la base de la Armada en la isla Quiriquina, donde fueron sometidos a los interrogatorios pertinentes a fin de garantizar tanto la falta de simpatías hacia el Gobierno de la Unidad Popular como la fidelidad al nuevo régimen. La mayoría de ellos fueron puestos en libertad en poco más de cuarenta y ocho horas y no tardaron en regresar a sus antiguas labores, o a una versión adulterada de las mismas, porque el lugar en que nos encontramos permanece de momento bajo control de los carabineros, mientras que los detectives han sido degradados a meras tareas administrativas o de vigilancia, como la custodia de los calabozos improvisados en el primer piso, donde antes se ubicaban las salas de reuniones.

Bolaño pasa la primera parte de su estancia en un tabuco estrechísimo situado en el sótano, con planchas de madera a modo de camastro y un retrete a la izquierda de la puerta. Cada vez que lo usa, Roberto se pregunta si habrá alguien espiándolo a través de la mirilla. Luego lo trasladan a una de las celdas colectivas del primer

piso, donde una decena de presos ateridos por la humedad que campa en el aire tratan de calentarse los huesos con ayuda de los pocos rayos de sol que logran colarse por la ventana, tan mudables y escurridizos que el día es un constante vaivén de sombras inquietas reflejándose sobre las distintas paredes de la sala. Por supuesto, los presos carecen de agua corriente, salvo cuando la acarrearán ellos mismos desde un pilón del patio, adonde tienen permiso para bajar una sola vez al día, siempre bajo la más estricta vigilancia. Por fortuna para nuestro protagonista, dos de los policías a cargo de semejante tarea, Renato Czischke Godoy y Ruperto Arriagada Venegas, son exalumnos del Liceo de Hombres de Los Ángeles. Hace algunos meses que ambos residen en Concepción, cumpliendo con el primer año de servicio. Uno de ellos, Arriagada, reconoce de inmediato a Roberto. En línea con la costumbre embrionaria a la que venimos aludiendo, nuestro protagonista utilizará aquella coincidencia como material para sus «ficciones», para más señas en las páginas de una fábula titulada *Detectives*, donde dos antiguos funcionarios de la Policía de Investigaciones de Concepción viajan en coche por carretera y, para matar el tedio del camino, parlotean sobre los sucesos de 1973, entonces parte de un pasado más o menos remoto. El relato en cuestión, escrito a mediados de la década de 1990, forma parte de *Llamadas telefónicas*, el primer recopilatorio de cuentos que Bolaño logró publicar en vida. En sus páginas se da una idea más o menos aproximada acerca de cómo debió de transcurrir aquel reencuentro:

—Pero si tú no estabas ahí.

—Pero tú me lo contaste. Le dijiste ¿tú eres Arturo Belano, de Los Ángeles, provincia de Bío-Bío? Y él te contestó sí, señor, soy yo.

—Lo que son las cosas, a mí ya se me había olvidado.

—Y entonces tú le dijiste ¿no te acordái de mí, Arturo?, ¿no sabís quién soy, huevón? Y él te miró como diciéndose ahora me torturan a mí o yo qué le he hecho a este tira conchaesumadre.

Al principio, Roberto no reconoce a su antiguo compañero de

clase, al igual que le sucedería a su *alter ego* Arturo Belano en la historia de *Detectives*. Han pasado cinco años, los rostros son otros, son otras la patria y la vida y la memoria. Pero finalmente, tras presentarse e insistir, Arriagada logra que a su interlocutor se le encienda un destello de luz en la mirada, hasta que lo improbable se torna evidente. La alegría es enseguida grande de lado y lado. No será la salvación, pero sí al menos un minúsculo rayo de esperanza, como esos que se filtran desde primera hora de la mañana en la celda colectiva, entibiándole los huesos.

*

Arriagada le cuenta que hay otro exalumno del Liceo de Hombres de Los Ángeles trabajando en la Policía de Investigaciones, un tal Czischke. Este último se le acerca discretamente durante una de las salidas a la fuente. El miedo de Roberto se atisba a varias leguas de distancia, aun sin siquiera articular una palabra en voz alta. Ha pasado toda la noche en vela a causa de los gritos, gritos agudos, impúdicos, ininteligibles, gritos que corretean por los pasillos abrasando todo cuanto tocan, calcinándolo, igual que las llamas de un incendio devoran la madera seca y, tras la combustión, se tornan humo negro que flota en el aire, ya a la intemperie. Roberto teme esos gritos. Odia el momento en que se cuelan por las rendijas de su tabuco. Por más que trate de protegerse de ellos, por más que esconda las orejas en el hueco de las manos, los gritos logran hacerse carne, como si se le hubieran incrustado en el cerebro, cuerpo de su cuerpo, enseñándole algo que ya no logrará olvidar nunca: el horror nunca duerme, mucho menos en la mente de un escritor, a cuya imaginación le basta uno solo de aquellos alaridos ancestrales para forjar los suplicios más desgarradores, golpizas, colgamientos, privaciones sensoriales, desnudez forzada, quemaduras, corrientes eléctricas en los genitales, abusos sexuales, de uno en uno o en grupo, y, cómo no, el submarino o *waterboarding*, eso que la psique de nuestro tiempo atribuye ingenuamente a los interrogatorios de Guantánamo, pese a que la técnica se perfeccionó aquí, en este Chile recién inaugurado, donde además suelen mezclar el agua con mugre, a veces incluso con

sustancias químicas, cualquier cosa vale para tornar la sensación de ahogo más real, quizás hasta irreversible, como quedará reflejado en los todavía remotos informes de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, el de Raúl Rettig, el de Sergio Valech, a cuál más estremecedor, pues, en efecto, todas estas formas de tortura no son un mero producto de la imaginación desbocada de nuestro protagonista, sino que ocurrieron en la realidad de las cárceles de Pinochet. Se trata, dicho sea de paso, de realidades que el carabinero Czischke conoce y que Roberto intuye, las ha interiorizado grito tras grito, hasta tornarlas parte del amasijo de aprensiones y miedos que se le agazapan en la amígdala cerebral, y que mañana, gracias a las gracias, constituirán el epicentro de *Nocturno de Chile*, una de las novelas más celebradas del Bolaño adulto. Pero volvamos al patio de la Policía de Investigaciones en Concepción. Dijimos que Czischke se le acerca. La escena es parecida a la de ayer con Arriagada, solo que esta vez sabe de inmediato con quién conversa. Después de saludos a media voz, Roberto le suplica que le dejen llamar por teléfono a casa de los Fernández-Merino. Al principio, Czischke le dice que no puede prometerle nada, pero luego reaparece por la celda colectiva con una medio sonrisa: ha conseguido el permiso. Un pequeño gesto de amabilidad burocrática que, en últimas, acaba salvándole la vida.

Roberto telefonea a su amigo Fernando, quien recibe la noticia de su arresto con pavor. Si Roberto está en el hoyo, se dice, yo también puedo caer en él, nadie está a salvo. Por eso conviene que es mejor que quien acuda a la sede de la Policía de Investigaciones sea su madre, una señora elegante y entrada en la cuarentena que no casa con el estereotipo de simpatizante de la Unidad Popular.

Esa misma tarde, doña Morelia visita a nuestro protagonista, devolviéndole un pedazo de dignidad. Trae comida, por supuesto, pero también una manta, una toalla fresca, un peine, una pastilla de jabón y un cepillo de dientes, objetos de los que Roberto carece desde hace tres días. Durante ese periodo inicial, ha vivido de lo poquísimo que pueden compartir los otros presos, suministros que provienen, a su vez, de sus respectivas familias, porque las

autoridades penitenciarias prefieren desentenderse de esas menudencias logístico-culinarias, también de las logístico-higiénicas, no les preocupa que un revolucionario pase hambre ni que se halle, a su vez, comido por la mugre, y ello con independencia de si se trata de un auténtico revolucionario o de un revolucionario en potencia, ni siquiera decimos que en ciernes, en estos casos no hace falta exigir tanto, ya sabemos que lo mejor es atraparlos temprano, antes de que la larva se vuelva crisálida, aunque por el camino caiga algún inocente, qué importa, recuerden lo que les adelantamos sobre las redes de malla fina, por eso hay aquí tantos periodistas, tantos abogados, tantos médicos y profesores, todos ellos aguardando su turno, ese porvenir incierto que parece no llegar nunca.

*

Los días de detención son lentos. Y largos. Roberto trata de distraerse persiguiendo los rayos de sol por la habitación o leyendo una revista en inglés que alguien ha dejado en la celda. Le asombra descubrir que el dramaturgo británico Dylan Thomas tiene una cómoda casa de campo en Gales, lejos de las cárceles de Pinochet. Suspira.

De repente, el quinto o sexto día, de forma completamente inopinada, un preso a punto de ser liberado le regala dos tesoros antes de marcharse: su lápiz y su periódico. Primero lee las noticias viejas, aunque no le sirvan de nada. Al menos son distintas al reportaje sobre Dylan Thomas. Luego intenta retornar al hábito de la escritura, jadeando, como si fuese un adicto a punto de inyectarse droga tras una limpia forzosa. Garabatea odas en los márgenes del periódico, junto a la sección de Sociedad. Estrofas sobre David Bowie y sobre Nueva York. Desde un punto de vista artístico son una piltrafa, eso lo sabe, pero no dejan de conformar una suerte de consuelo. Sirven para matar el tiempo, rebelde y estancado, suponiendo, claro está, que sea cierto eso de que el tiempo puede matarse, suponiendo que acaso no sea el *homo sapiens* quien se mata a sí mismo en el intento.

Un año y medio después, de regreso a México, Bolaño escribirá

Overol blanco y otros poemas, una colección de versos tan divertida como autorreferencial en la que recuerda a qué despropósitos se consagró cuando se creía en los umbrales de la tortura, cuando rumiaba día y noche las diversas formas del sufrimiento, repitiéndose, Pronto llegará mi turno, Yo seré el siguiente en gritar. Contra lo que cabría suponer, su forma de evasión no pasa, como decimos, por lo épico ni por lo heroico ni por lo legendario, sino por esbozar un poema ambientado en el puñetero epicentro del capitalismo, cualquier cosa con tal de huir —siquiera mentalmente— de los gritos, «Me quedé solo / y a la cabeza se me vino Nueva York. / Nada más», cualquier cosa con tal de creer que aún habrá vida después de esta celda, «Los enormes rascacielos de Nueva York *las gringas, los autos* los parques, el mar, el *smog los policías, los negros* los perros y los gatos en las murallas / de Nueva York. Nunca he estado ahí / pero conozco la ciudad por las películas».

*

En total, fueron ocho interminables días, no seis meses, como mencionaría después un editor alemán arrastrado por las necesidades del *marketing*. Ocho días miserables. Ocho días angustiosos. Ocho días aparentemente eternos. Días en los que Czischke y Arriagada se cruzan con él y le infunden ánimos, Estate tranquilo, Roberto, todo se va a aclarar, No tienes de qué preocuparte. Pero es evidente que ni ellos mismos se lo creen, o no del todo. Saben que la Caravana de la Muerte se ha echado a andar, por más que aún no se la conozca con ese nombre. Roberto teme un fallecimiento prematuro, por no hablar del dolor que podría hacer las veces de antesala. Teme los gritos, esta vez los suyos.

Solo que él no gritó. No tuvo necesidad de hacerlo. Le bastó con escribir poemas sobre Nueva York y esperar. Doña Morelia, la madre de Fernando Fernández Merino, ha convencido a las autoridades de que, como es natural en la ordalía desatada por las circunstancias trágicas que atraviesa el país, se ha cometido, sin voluntad alguna, por supuesto, un terrible error, ya que el joven Roberto Bolaño es inocente de lo que pueda acusársele y no alberga más que buenos deseos para el nuevo orden. Además, ella misma ha viajado a

Mulchén para recuperar el pasaporte de nuestro protagonista, aclarando así de forma irrevocable las dudas que pesan sobre su persona. Roberto, además, no patina ni una sola vez durante los interrogatorios. Reniega con elocuente eficacia de la izquierda radical, reniega con convencimiento contagioso de sus simpatías por el MIR, reniega con criterio estético del cinturón con balas de fusil a guisa de hebillas. Y por si faltara algo, promete cortarse el pelo y afeitarse mejor.

*

En su última visita, cuando la liberación parece inminente, doña Morelia le deja unos billetes para que tome un taxi nada más salir de allí. Lo esperan en casa.

Eso hace.

Pero antes, cómo no, se despide de Arriagada con un largo abrazo. (Czischke debe de andar de permiso). Dijimos antes que el encuentro con sus excompañeros del Liceo de Hombres no sería la panacea para todos sus problemas, o como lo llamamos capciosamente, la salvación, pero tal vez sí que lo fue. Sin ese encuentro, es probable que no hubiese podido ponerse en contacto con doña Morelia Merino, su auténtica valedora, la persona que removió cielo y tierra para explicar cómo las apariencias engañan, cómo él no era un terrorista a sueldo de Fidel Castro. Los escenarios fatalistas se le cruzan una última vez por la cabeza, mientras ciñe a Arriagada entre sus brazos. Tiene los ojos aguados. En medio de la emoción, le promete al detective que le enviará unos pasajes para que vaya a visitarlo a México, cosa que ambos saben que nunca sucederá.

Nada más abandonar el edificio de tres plantas de la Policía de Investigaciones en Concepción, con su esquina roma y sus planchas azulinas cubriendo la fachada de hormigón, Bolaño piensa por primera vez que hay gradaciones en el mal, también categorías del fenómeno maligno, incluidos un «mal cobarde» y un «mal valiente». Este último, contrariamente a lo que podría pensarse, es el más peligroso de todos, porque, tal y como referiría nuestro protagonista

en una ocasión, parece «perseguir lo épico y lo trágico, pero en realidad persigue el blindaje perfecto». Escapar de él nunca es tarea fácil. Por suerte, Roberto lo logra. Parafraseando *Nocturno de Chile*, digamos que consigue zafarse «de la fuente del mal y de los efectos del mal que a veces parecen concatenados por el azar».

Toma un taxi en la avenida y le pide al conductor que lo lleve a la calle Pelantaro. Se siente como un caballero artúrico recién despojado de su penosa coraza. Por fin puede respirar.

*

Con el paso del tiempo, que todo lo niega o lo extingue o lo tergiversa, esta estancia en prisión acabó convirtiéndose en objeto de discordia, hasta el punto de que varios periodistas culturales chilenos se dieron a la tarea de comprobar la veracidad del suceso. Uno de ellos fue Andrés Gómez, del diario *La Tercera*, quien logró entrevistar a los dos bienhechores de Bolaño, esos que, aun sin saberlo, tal vez acabaron salvándole la vida en noviembre de 1973. En el artículo de Gómez, *Los verdaderos detectives de Bolaño*, uno de los implicados se limitaba a confirmar los hechos, pero minimizando la magnitud de su tremendo gesto de bondad, «Nos preocupamos por atenderlo bien, ayudarlo a comer e ir al baño. Sé que se sintió agradecido». Recatos al margen, resulta curioso observar cómo el autor del reportaje decidió cuestionar sus propios hallazgos en la mismísima conclusión del texto, adoptando un tono precavido al abordar la veracidad de aquellos testimonios, «Cierto o no», escribió Gómez en las páginas de *La Tercera*, «el hecho es que Bolaño no olvidó el episodio». La frase tiene su intrínquis y, bien mirada, quizá merezca pasar a la historia de las crónicas del siglo XXI. Nunca un periodista investigativo había escrito algo tan preclaro sobre la fértil mezcla entre ficción y realidad.^{[23](#)}

*

Tras abandonar las dependencias de la Policía de Investigaciones de Concepción, Bolaño se quedó unos días reponiendo fuerzas en casa de los Fernández-Merino. Se acabaron las visitas a las muchachas y los paseos por la calle Lautaro. De momento prefiere no acercarse

siquiera al umbral de la puerta, por si las moscas. Se queda allí, asomándose a lo sumo a la terraza, desde donde observa la aleatoriedad de los camiones que entran y salen por la verja del regimiento de Chacabuco, ahora más espeluznante que nunca, porque comprende cómo cualquiera puede acabar convirtiéndose en uno de aquellos muchachos con los ojos vendados que acceden al recinto sin saber lo que el futuro les depara. A Roberto le angustia la posibilidad de un segundo arresto. A veces, mientras sorben té en el balcón, Fernando Fernández mira de reojo los camiones y bromea diciéndole que los milicos vienen a por él, a lo que Bolaño reacciona con absoluta seriedad, «No digas esas cosas ni de broma». Con las pesadillas no se bromea. A las pesadillas hay que alejarlas lo antes posible, arrancándolas de cuajo de entre los recovecos de la conciencia. Seguramente por eso ya no alberga ni un atisbo de duda sobre la pertinencia de regresar a México, dictamen que, por cierto, también quedaría más tarde consignado en los versos hiperoníricos de *Tres*: «Soñé que estábamos soñando, habíamos perdido la revolución antes de hacerla y decidía volver a casa». Lo insólito, en cualquier caso, no era el hecho de marcharse, sino la promesa que le hizo a Fernández Merino aquella misma tarde, «Nunca más vuelvo a este país». Su determinación parecía inapelable, aunque acabase derogándola un cuarto de siglo más tarde, suceso ese que vendrá a demostrar, como si no hubiese ya suficientes ejemplos al respecto, que nunca es prudente decir, y menos con tono solemne y en apariencia irrefutable, De esta agua no beberé.

Por cuestiones de economía narrativa, omitiremos aquí los detalles de sus últimos días en Concepción, más bien monótonos. A efectos argumentales, y dejando de lado el trauma vicario de aquel arresto, lo más relevante en la vida de su amigo Fernando Fernández Merino aún está por venir. Poco después de que Roberto se marche, las autoridades universitarias designadas por el nuevo régimen lo expulsarán de la facultad «por marxista», impidiéndole concluir sus estudios como técnico en topografía. Durante un tiempo, Roberto y Fernando se llamarán por teléfono con cierta frecuencia, aunque el coste de las conferencias, prohibitivo, y también la vida, siendo el

vaivén que todos sabemos que es, acabarán llevándolos a perder el contacto durante muchos años. Ya volverán a retomarlo a finales de siglo.

Entretanto, doña Victoria Ávalos, la madre de nuestro protagonista, se ha consagrado en cuerpo y alma a lograr el apoyo de las oficinas consulares mexicanas para la repatriación de su hijo, término este, el de «repatriación», confuso e inexacto, pues la etimología impone que uno solo pueda ser repatriado al lugar de origen, dicho de otro modo, a la tierra de donde proviene, algo que para Bolaño implicaría, en puridad, quedarse donde ya está. Por fortuna, el pasaporte no lo es todo. De un lado están los afectos. Una relectura somera del párrafo antepenúltimo, por no citar líneas aún más remotas, nos permite intuir que los de nuestro protagonista andan trastocados, hecho que se desprende no solo de que se refiera a un hipotético retorno al Distrito Federal como «volver a casa», sino también de cómo, al expresar su deseo de marcharse de Chile para siempre, no dijese «marcharme de mi hogar», sino un mucho más seco y distante «Nunca más vuelvo a este país», frase sobre la cual podríamos concluir, tras realizar un barato ejercicio de lingüística psicoanalítica, que el hablante no siente la patria en cuestión como algo suyo, cosa que tampoco debiera sorprendernos, el desarraigo es así, amplía los horizontes a la par que nos vuelve ingratos hacia aquello que un día fuimos. Sea como fuere, y dejando de lado las consideraciones semánticas y afectivas, parece que, en opinión del Consulado de México, un residente sí posee el derecho a ser repatriado, clavo al que se agarran doña Victoria y el propio Roberto para conseguir cupo en uno de los vuelos que durante aquellas semanas cruzaron el cielo de Santiago, llevándose a quienes jurídicamente tenían el derecho de huir, los extranjeros, los chilenos con permiso de residencia en otros lares, como nuestro protagonista, y los refugiados, estos últimos independientemente de la raza, el color, el sexo, el idioma, la religión, la opinión política y, cómo no, el origen, tal y como se prescribe en los tratados al uso.

Con miras a abandonar Chile, Roberto se traslada una vez más a la capital, donde se hospeda, también una vez más, en casa de Jaime

Quezada, aunque en esta ocasión no habrá tertulias filorrevolucionarias en El Valle de Oro, vedadas tanto por los postulados de la lógica como por la tiranía del toque de queda. Serán apenas unos días de charlas íntimas, introspección y reposo.

Poco después, aparece por La Cisterna un funcionario del Consulado de México. Han venido a recogerlo en taxi, no vaya a ser que la archiconocida arbitrariedad de los retenes militares acabe aguándole la fiesta. Bolaño se despide de Quezada. A él también le hace una promesa, Pienso escribir sobre esta mierda, le dice. Puede parecer una pataleta en defensa propia, incluso una forma de lidiar con el sentimiento de derrota que le atenaza la garganta, pero ni que decir tiene que esta promesa la cumplirá cabalmente.²⁴ Llegado el momento, esa será su forma de desatenazarse, plantando cara a sus demonios y, como un poeta recién salido del noveno círculo del infierno, decir, ¡Yo también sé gritar!

El taxi circula sin contratiempos hasta la Embajada de México, en Los Condes, donde nuestro protagonista se reúne con un grupo de nacionales mexicanos y de futuros exiliados chilenos. Esa misma mañana, todos ellos son escoltados sanos y salvos hasta el aeropuerto y embarcan en un vuelo con destino a Cancún, tierra de *spring breaks* y libertad. Para la inmensa mayoría no será más que una escala hacia otra parte.

Ya en el avión, mientras rememora las peripecias de aquellos últimos seis meses, Bolaño toma la decisión irrevocable de dejar de creer en las patrias. Viniendo de donde viene, comprende que cualquier patria es, a fin de cuentas, y como se encargará de enseñarnos él mismo, una invención burguesa, también un refugio para que la mayoría, o sus voceros, impongan impunemente una serie de dogmas y castigos. Él era y seguiría siendo un ciudadano de izquierdas, pero ya no pensaba hacerle el juego ni a la izquierda ni a la derecha. Puede parecer una obviedad, inclusive una perogrullada, pero vale la pena recordar que en aquella época distaba mucho de serlo. Los cielos por los que ahora transita andan contraídos por el calor de la Guerra Fría. En París, una editorial francesa acaba de publicar la primera parte de *Archipiélago Gulag*, el *magnum opus* de

Solzhenitsyn. Richard Nixon se apresta a dimitir como presidente de Estados Unidos. El salvadoreño Roque Dalton sigue vivo, pero falta poco para que le metan un tiro en la sien mientras duerme. Para muchos, no parece el momento oportuno para dejar de creer en las patrias, justo lo que Bolaño resuelve hacer unos segundos antes de quedarse dormido. Al despertar, alcanza a ver palmeras cubiertas de bejuco y arrebol. Sus ojos se irisan con tonos anaranjados, azules y violáceos. Comprende que se halla por fin a salvo.

Pese a que aún sea pronto para comprenderlo, aquel regreso a México cambiaría para siempre el resto de su vida y, lo que es aún más importante, serviría para erigir los cimientos contestatarios y errantes sobre los que habrá de asentarse el grueso de su obra literaria, esa que acabará convirtiéndolo en el mejor escritor de su país, de su continente, de su lengua, la única patria a la que a partir de ahora piensa consagrarse.

[17](#) Volvemos a transitar por las procelosas aguas de la controversia. Más que en ninguna otra parte de la biografía de Roberto Bolaño, este viaje a Chile —su cronología exacta, los hechos que acaecieron, a veces incluso su mera existencia— sigue siendo objeto de porfía. En un artículo publicado en *The New York Times*, Larry Rohter llega al extremo de dudar que Bolaño visitase Chile en 1973, justo antes del golpe de Estado de Pinochet. Sin embargo, tanto las declaraciones de Jaime Quezada como las cartas que envió a su familia desde Santiago demuestran lo contrario. En cuanto a la fecha exacta del desembarco en Valparaíso (finales de agosto *versus* principios de septiembre), la duración de su estadía y los sucesos que la jalonaron, nos hemos regido por lo que parece más plausible, pero también por lo que el propio Bolaño dio por cierto en sus artículos y entrevistas. Si nuestro protagonista mintió, si se dejó llevar por su costumbre atávica de mezclar ficción y realidad, aunándolas, confundiéndolas, difuminándolas, parece justo que incurramos en ese mismo vicio, al menos en la medida de lo razonable. Sirva esta advertencia para disculpar la omisión de otra media docena de notas consignando las susodichas contradicciones. (Solo volveremos a esto de los testimonios discordantes a la hora de

abordar su estadía en las cárceles de la dictadura).

¹⁸ Aunque no queremos hacer *spoilers* de ningún tipo, resulta imposible resistirse a mencionar que Bolaño los calificaría luego como «unos auténticos criminales que se decían poetas».

¹⁹ Si esto no fuera un relato sobre Roberto Bolaño, un personaje con una vida más que rica y variada, las peripecias de Roque Dalton ameritarían un capítulo aparte, o cuando menos una digresión en condiciones. Sin embargo, antes de proseguir, es preciso mencionar al menos un par de cosas. La primera, que Roque Dalton fue, al parecer, no solo un tipo íntegro a más no poder, sino también un poeta valiente, dispuesto a defender su pacifismo a capa y espada, o por lo menos a fuerza de juicios prudentes y argumentos lógicos. La segunda, consecuencia de lo anterior, es que acabó siendo asesinado por esos mismos comandantes con los cuales Bolaño pasó buena parte de su estancia en El Salvador, es decir, sus propios compañeros de causa, quienes argumentaron que Dalton se había vuelto un peligro para el éxito de la revolución por el mero hecho de que se oponía a recurrir a la violencia. Dirán ustedes que eso no es motivo para matar a nadie, y menos de forma traicionera, nada menos que pegándole un tiro mientras duerme, pero lo cierto es que los encargados de dar la orden encontraron las justificaciones más pintorescas no solo para cometer el crimen, sino también para soslayar después los estragos de la conciencia, justificaciones muy poco originales, por cierto, cosas así como la necesidad militar, el daño colateral, el escarmiento para quienquiera que traicione los ideales de la patria, etcétera. En estas cosas, eso que llamamos izquierda y eso que llamamos derecha suelen ser, como en tantas otras, hijas del mismo costado, porque ambas están compuestas por *homo sapiens*, criaturas que rara vez escapan a sus egos, sus incoherencias, su atavismo y sus procesos de disonancia cognitiva. Lo único que acaso resultó un tanto más original, y aquí llegamos al meollo de nuestro segundo punto, es que alguien llegó a excusar el asesinato de Roque Dalton en virtud de algo que este había escrito en las páginas de *Pobrecito poeta que era yo...*, libro deliciosamente cervantino donde el autor aludía a un interrogatorio por parte de

agentes estadounidenses, pasaje que le sirvió de pretexto a uno de sus «compañeros» [*sic*] para acusarlo de espiar para la CIA, vinculando así su oposición al levantamiento armado en El Salvador con un supuesto interés subrepticio por defender los intereses norteamericanos.* Este, su humilde narrador, desconoce si Roque Dalton era espía de la CIA, tal vez lo fuese, o tal vez, si nos permiten una hipótesis menos enrevesada, Dalton simplemente viese venir —y quisiese evitar— los 75 000 muertos, los 500 000 refugiados, los 550 000 desplazados internos y los 15 000 desaparecidos. Sí, quizás el único crimen de Roque Dalton consistió en comprender de forma casi intuitiva esa obviedad que parece escapar aún al raciocinio de la mayor parte de individuos del planeta, a saber, que todo acto de violencia genera siempre más violencia y, en últimas, nunca resuelve nada.

* Vale la pena recordar que Roque Dalton era, además, amigo de Heberto Padilla, el poeta que Fidel Castro había metido entre rejas por criticar los quehaceres de la revolución socialista en Cuba y a quien solo liberó después de que este se autoinculpase, presentándose espuriamente frente a las cámaras como un agente de la inteligencia gringa. Ya sabemos lo que se suele decir, Dios los cría, *i.e.*, Dios cría intelectuales nobles e ingenuos (Dalton/Padilla), o Dios cría guerrilleros sin escrúpulos (Cienfuegos/Castro), y ellos se juntan.

[20](#) El Donizetti es también el trasatlántico en el que viaja Sebastián Urrutia Lacroix, el protagonista de *Nocturno de Chile*, después de que los señores Oido y Odeim le encarguen realizar un estudio sobre la conservación de iglesias en Europa: «Una mañana me despedí de mi anciana madre y tomé el tren a Valparaíso, en donde embarqué en el Donizetti, barco de bandera italiana que hacía la ruta Génova-Valparaíso-Génova. El viaje fue lento y reparador y no estuvo exento de amistades que incluso hasta hoy perduran».

[21](#) En su último discurso desde el Palacio de La Moneda, Allende haría alusión a esas últimas semanas convulsas, en las que la oposición, financiada por el tío Sam, logró sembrar el caos por

doquier: «[P]orque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando la línea férrea, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder: estaban comprometidos. La historia los juzgará».

²² Aunque habíamos prometido no volver a esto de los testimonios discordantes hasta que llegase la hora de abordar el paso de Bolaño por las cárceles de Pinochet, sería inapropiado, acaso negligente, no mencionar que en *El año de la ira, diario de un poeta chileno en Chile*, Jaime Quezada aseguró que para cuando se produjo el golpe de Estado, su amigo Roberto se había marchado al sur del país. Lo mismo declaró Ricardo Pascoe, hermano del primer editor de nuestro protagonista. En aquellos meses, Pascoe cursaba estudios universitarios en Santiago y, según él, Bolaño no se hallaba en la capital el día de la asonada, pero se dedicó a fagocitar las anécdotas que sus amigos le contaron sobre la tensión e incertidumbre que se vivieron durante la aciaga jornada, tornándolas vivencias apócrifas. Sea como fuere, Roberto aseguró haber asistido a los eventos del 11 de septiembre, testimonio que vino a ser refrendado *in extremis* por el propio Quezada, quien durante una entrevista al periódico *La Nación* atribuyó lo escrito en *El año de la ira* a un error de redacción. Ja.

²³ Tal y como adelantamos, la existencia de relatos contradictorios acerca de esta estancia en prisión amerita una digresión algo más prolija. Jaime Quezada aseguró en cierta ocasión que Roberto llegó a Chile a finales de agosto de 1973 y para octubre de aquel mismo año ya se había marchado otra vez del país. Según Quezada, tanto su supuesta participación en una célula comunista de Santiago como el arresto de ocho días en Concepción fueron invenciones bolañescas. A lo sumo, Roberto habría sido interrogado brevemente al pasar un retén. Esta versión de los hechos, según la cual nuestro protagonista se limitó a hacer lo que hacía siempre, o sea, confundir verdades y mentiras para crear personajes con gancho y/o eventos épico-heroicos, ha tenido cierto calado, hasta el punto de que uno se la encuentra como cierta hasta en libros publicados por la

Universidad de Cambridge (cf. *Roberto Bolaño in Context*, ed. Jonathan B. Monroe, Cambridge University Press, 2022). Dejando al margen lo mucho que le habría divertido a Bolaño ver que la casa editorial de una de las mejores universidades del mundo publica libros académicos viviseccionando el nivel de ficción en sus relatos biográficos, parece que la veracidad del viaje a Concepción, así como del arresto de varios días, no ha de ponerse en tela de juicio, en tanto en cuanto Fernando Fernández Merino, el amigo a quien fue a visitar, lo ha confirmado en una entrevista con el tenaz reportero chileno Juvenal Rivera, ahora confidente del autor de esta biografía, y distinto, como sabemos, al narrador de la misma. En efecto, Juvenal dedicó casi dos décadas a encontrar a Fernando Fernández Merino, quien ratificó de inmediato no solo lo de que Bolaño estuvo preso varios días, sino también el hecho de que su madre, doña Morelia Merino, se encargó de llevarle ropa, comida y útiles de aseo a los calabozos de la policía. Parece una prueba irrefutable, al igual que los testimonios de esos exalumnos del Liceo de Los Ángeles que le ayudaron durante el susodicho escollo. Sea como fuere, los ríos de tinta que han corrido al respecto, en artículos académicos y artículos de prensa, en programas radiofónicos y podcasts, en tertulias literarias y en presentaciones de libros, en ferias, en mesas redondas, en clubes de lectura, en simposios universitarios y, por supuesto, en redes sociales, esos ríos de tinta, decimos, prueban de forma irrefutable que Bolaño tenía toda la razón cuando escribió en *Los detectives salvajes* aquello de que todo lo que empieza como tragedia acaba como comedia, o al menos como farsa.

²⁴ Como se desprende de lo ya escrito, aquel sentimiento de derrota, o de añoranza ante lo que pudo haber sido y no fue, impregnará una buena parte de su obra, tornándose casi ubicuo. Además de sus propios libros, quizá nada resuma mejor esa mezcla de desengaño, pérdida y nostalgia que un puñado de frases que Roberto leyó en Caracas después de que su novela *Los detectives salvajes* ganase el premio Rómulo Gallego: «[L]uchamos a brazo partido, pero tuvimos jefes corruptos, líderes cobardes, un aparato

de propaganda peor que una leprosería, luchamos por partidos que de haber vencido nos habrían enviado de inmediato a un campo de trabajos forzados [...] fuimos estúpidos y generosos, como son los jóvenes, que todo lo entregan y no piden nada a cambio, y ahora de esos jóvenes ya no queda nada, los que no murieron en Bolivia, murieron en Argentina o en Perú, y los que sobrevivieron se fueron a morir a Chile o a México, y a los que no mataron allí los mataron después en Nicaragua, en Colombia, en El Salvador».

LA PARTE DE LA POESÍA SALVAJE

«Bajé a un valle regado por un río,
allí encontré lo que necesitaba,
encontré un pueblo salvaje,
una tribu,
yo soy el Individuo».

NICANOR PARRA,
Poemas y antipoemas

Aquí es cuando de verdad empieza a parecerse a Rimbaud, con su afán por destruir los esquemas literarios, prendiéndole fuego al pasado para convertir la historia en un erial sobre el que erigir nuevas construcciones, construcciones temerarias e insólitas, construcciones donde la fachada parezca respetar la tradición, pero en cuyo interior se desoigan todas las normas, como si la tradición ni siquiera debiese formar parte, en puridad, del propio edificio, sino únicamente de la tierra sobre la que los inmuebles se levantan y desde donde trepan hacia el cielo, cada cual según sus reglas. Bolaño se dispone a matar al padre, a inmolar los iconos, a subvertir el consenso del canon. No va a ser una tarea fácil, por supuesto. Como un profeta a punto de adentrarse en la aparente infinitud del desierto, nuestro protagonista entiende que habrá de soportar la precariedad y el hambre, plantar cara a la incomprensión, soslayar durante años las tentaciones. Para él, no son más que escollos sin importancia. A su modo de ver, las necesidades básicas constituyen un lujo prescindible. Todo cuanto necesita en estos momentos es reclutar a una tribu de artistas iconoclastas prestos a seguirle la corriente. La tarea no le parece difícil.

El D. F. de la época es un lugar propicio para casi cualquier tipo de manifestación cultural, incluido el experimentalismo vanguardista. La ciudad es también, y sobre todo, un hervidero de vidilla literaria. Si uno sabe dónde mirar, no es raro tropezarse en la calle con Rulfo o Monterroso, con García Márquez o Álvaro Mutis, y tras ellos, cual peces rémora zanganeando en torno a un tiburón, hay siempre una miríada de escritorzuelos que sueñan con alcanzar, cada uno a su manera, las supuestas mieles de la eternidad. Muchos de esos aspirantes a intelectual frecuentan también, como Bolaño, el circuito de los talleres literarios, ahora más en auge que nunca. El nuevo presidente del PRI, el infame Luis Echeverría, ese mismo que auspició, en su calidad de secretario de Gobernación, la hecatombe en la plaza de Tlatelolco, anda empeñado en limpiar su imagen de líder autoritario entre los sectores más jóvenes de la sociedad, anhelo que lo lleva, entre otras muchas medidas, a liberar a varios presos del movimiento estudiantil y a engordar las partidas

presupuestarias destinadas a actividades culturales, lo cual acaba favoreciendo la proliferación de talleres de poesía por todos los rincones de la Ciudad de México. Según recordaría décadas después Montserrat Madariaga-Caro, autora del que posiblemente sea el mejor estudio que existe hasta la fecha sobre el infrarrealismo, el presidente Echeverría llegó al punto de encandilar a Carlos Fuentes, a quien convirtió en parte de su máquina proselitista, logrando que aquel ínclito exponente del *boom* latinoamericano avalase el nuevo Gobierno del PRI con el lema de «Echeverría o el fascismo». Tras ganar las elecciones, el filofascista de Echeverría devolvió aquel nada desdeñable favor nombrando a Fuentes embajador de México en París, cargo que este desempeñó entre los años 1975 y 1977, alejándolo, pues, del D. F. durante el apogeo del movimiento infrarrealista.²⁵

Pero volvamos a lo importante. La ciudad, decíamos, es un hervidero de vidilla literaria y movimientos artísticos. El departamento de Difusión Cultural de la UNAM edita la revista titulada *Punto de Partida*, cuna de nuevos talentos. Juan Villoro y Carlos Chimal abren las puertas de México al rock a través de su programa en Radio Educación. El cineasta y dramaturgo chileno Alejandro Jodorowsky dirige un taller de teatro con lista de espera.²⁶ Son solo ejemplos, si bien dan cuenta del universo por el que desfilan los jóvenes poetas que Bolaño está a punto de reclutar para su movimiento de vanguardia, esos de aspecto zarrapastroso que se mueven entre el peyote y la música rock, tarareando melodías de los Who, los Rolling Stones, los Animals, los Doors, los Mothers of Invention y, desde luego, la banda Kiss, una de las obsesiones tempranas de nuestro propio protagonista.

En el ámbito estrictamente poético, el panorama se halla fracturado por una lucha de egos cainitas entre los seguidores de Efraín Huerta y los de Octavio Paz. Este último encarnaba, al menos en teoría, el academicismo por excelencia.²⁷ En efecto, Paz era un diplomático con una carrera plagada de éxitos, un ensayista sin parangón y un futuro premio nobel de literatura. Muchos lo tildaban ya de «cacique» de la cultura oficial, alguien tan ubicuo y poderoso

que ni siquiera necesitaba el apoyo explícito del PRI ni las prebendas del presidente Echeverría. Por aquel entonces, dirigía la prestigiosa revista *Plural*, de cuyas páginas se servía para dar voz a los escritores de su escuela. Era la época preinternet, en la que escribir en una publicación de esa índole equivalía a tener *followers*. Octavio Paz podía contar con sus propios admiradores, pero también con los de quienes comían de su mano. Efraín Huerta, por el contrario, era un poeta popular, de corte eminentemente humorístico y cuya obra desbordaba desparpajo. Su creación más insigne fueron quizá los *Poemínimos*, compuestos por versos de una sola palabra. En cierta medida, cada poemínimo era a su obra lo que cada greguería fue a la de Ramón Gómez de la Serna.²⁸ En fin, digamos que Octavio Paz era exquisito y Efraín Huerta callejero. Digamos también, pese a que las cosas no sean tan sencillas, porque en el fondo nunca lo son, que al primero lo seguían sobre todo los simpatizantes de la derecha y al segundo los de la izquierda. Obvia decir que Bolaño no tardó en volverse efrainista, y no solo porque Efraín Huerta representase mejor sus ideales políticos, sino también porque la irreverencia y el humor en la obra de aquel vate mexicano se asemejaban también a la antipoesía de su ya idolatrado Nicanor Parra.

Mentiríamos si asegurásemos que la relación entre ambas escuelas era, al menos en sus momentos iniciales, eminentemente hostil. De hecho, Octavio Paz y Efraín Huerta poseían su propio trecho de historia conjunta. A finales de los años treinta habían coeditado mano a mano la revista *Taller*. Ambos eran, además, fanáticos confesos de Vicente Huidobro. Los unía la fuerza arrolladora de una tradición común. Pese a todo, los jóvenes efrainistas no perdían ocasión para reprocharle a Paz su supuesta hipocresía, acusándolo de encarnar un discurso huero y carente de compromiso, cosa que sus defensores refutaban con diversos argumentos, ora mediante peroratas sobre cómo el arte debe trascender al artista, ora alegando que ni siquiera era cierto aquello de que Paz careciese de compromiso, ¿Acaso no renunció a su cargo de embajador ante la India como protesta por la matanza de Tlatelolco?, preguntaban los partidarios, Sí, concedían los detractores, pero aquello fue en el 68,

andamos ya por el 74, No es suficiente, No basta, No. De poco le había de valer a Paz la suma de episodios históricos en los que se vio involucrado, testigo eminente desde joven de algunos vaivenes del siglo. No le valía, desde luego, haber estado en España durante la guerra apoyando la causa republicana contra el fascismo, ni haber publicado unos primeros libros lastrados de compromiso social de los que, si no llegó a abjurar, fue porque los entendía como punto de arranque de una evolución que habría de llevarlo a capitanear una poesía pura. No le valían sus coqueteos con el surrealismo, sus continuas colaboraciones con eminencias de las vanguardias, haber militado sin la menor vacilación en el experimentalismo de los años sesenta produciendo artefactos como su obra sobre/por/para/desde Duchamp o el poema *Blanco*. Nada era suficiente.

A decir verdad, a veces resultaba difícil discernir si la pugna entre los respectivos seguidores de ambos era real o, por el contrario, parte del postureo de la época, dos bandos enfrentados que necesitan al enemigo para alcanzar su propia plenitud, al estilo de Sherlock Holmes contra el profesor Moriarty, o el capitán Ahab contra Moby Dick, o Javert contra el pobrecito de Jean Valjean, o, eh..., esto..., sí, Harry Potter contra lord Voldemort. Sea como fuere, farsa bien medida u odio visceral, lo cierto es que Paz no tardaría en granjearse el desprecio de los integrantes del movimiento infrarrealista, fundado por Bolaño. García Madero, el personaje cuyo magistral monólogo abre las páginas de *Los detectives salvajes*, resumía así el estado de cosas: «Nuestra situación (según me pareció entender) es insostenible, entre el imperio de Octavio Paz y el imperio de Pablo Neruda. Es decir: entre la espada y la pared».

Esta situación presuntamente «insostenible» constituía, como advertimos, el contexto en el que nuestro protagonista se dio a la tarea de buscar una tribu de seguidores. Ahora solo le faltaba encontrarla.

*

En aquella época, Bolaño se pasaba los días escudriñando bajo las piedras. Por ejemplo, empezó a frecuentar la tertulia del escritor chileno Poli Délano, uno de los muchos intelectuales que se habían

refugiado en Ciudad de México huyendo de la represión del general Pinochet. La casa de Délano era lugar de paso obligado para buena parte de quienes huían de la dictadura, incluidos escritores, poetas, artistas y directores de cine, todos ellos, por supuesto, fervientes portavoces de la izquierda latinoamericana, de modo que nuestro protagonista se dejaba ver por allí con cierta frecuencia, a menudo preso de un incontrolable deseo por ejercitar sus dotes de polemista y llevarle la contraria a quienquiera que se terciase. Según varios testigos, el joven Roberto destacaba por sus ademanes contestatarios y por la singular costumbre de presentarse con la ropa perfectamente planchada, luciendo un nivel de pulcritud que parecía reñido tanto con su propio espíritu revolucionario como con la traza mugrosa de algunos de los artistas *posthippies* que remoloneaban por el salón de Délano, a menudo con los antepiés asomando por huaraches de hule o cuero trenzado. Tal vez una de las explicaciones de aquella apariencia esmerada era que nuestro protagonista no se dejaba ver por esas tertulias para hablar de política y literatura, o no solo para hablar de política y literatura, sino también para flirtear con la hermosa Bárbara, hija del anfitrión, con quien acabó manteniendo un romance fugaz.

Además de veladas en casa de tal o cual personalidad, Roberto se volvió una figura asidua en los talleres de poesía de la UNAM y retomó el hábito de acudir a los locales que había descubierto en su adolescencia tardía de la mano de Jaime Quezada, entre ellos, cómo no, el Café La Habana. Allí se juntaba a veces con Darío Galicia, cuyo trasunto en la ficción, el personaje de Ernesto San Epifanio, aparecería con cierta prominencia en las páginas de *Los detectives salvajes* y fugazmente en las de *Amuleto*. Darío acabó convirtiéndose en el único individuo con quien Roberto mantuvo una relación de amistad tanto antes de marcharse a Chile como después de regresar y, al menos desde esa perspectiva, parece legítimo suponer que se convirtió en el primer recluta de su futura tribu de vates infrarrealistas. Claro que es posible —por no decir innegable— que Roberto ni siquiera hubiese fundado el infrarrealismo de no ser por la influencia de otro de los personajes que conoció en aquellos

meses, a saber, el poeta mexicano Mario Santiago Papasquiaro.^{[29](#)}

*

Ciertas cosas resultan imposibles de dilucidar. Toda biografía esconde sus zonas de sombra, sus claroscuros, sus puntos ciegos. Pero si hay algo evidente en la vida de Roberto Bolaño, algo irrefutable, categórico y palmario, es que Mario Santiago se convertiría no solo en su mejor amigo, sino también en la figura que, a la postre, más influyó en la senda artística que nuestro protagonista acabaría tomando.

Para cuando se conocieron, Bolaño llevaba ya varios meses de vida repetitiva y monótona, arrastrándose de la cama al sofá, y de talleres de poesía a interminables tertulias, y de cafés vespertinos a bares nocturnos. Quería comerse el mundo, pero aún no parecía haber encontrado la forma exacta de hacerlo. Hasta que de repente, un día sin lluvia como otro cualquiera, mientras se hallaba en el campus de la UNAM, alguien se ofreció a acercarlo hasta la calle Bucareli, un aventón que cambiaría no solo su vida al completo, sino el conjunto de la historia de la literatura, quedando así demostrado por enésima vez cómo el destino es capaz de alcanzarnos allí donde menos se lo espera. En efecto, en el interior de aquel coche al que se había subido de forma más o menos irreflexiva, Bolaño se encontró con un tercer pasajero. Se trataba de un joven achaparrado, pelilargo y de aspecto aindiado, con los cachetes rollizos y la melena rizada. Bajo el brazo sostenía una carpeta atestada de premonitorios papeles, cosa que en aquel momento no llamó su atención. Nada parecía indicar que ese desconocido estuviese a punto de convertirse en su mejor amigo.

Al llegar al número 62 de la calle Morelos, en la esquina con Bucareli, se apearon del vehículo e ingresaron juntos en el Café La Habana. Ignoramos si lograron encontrar una mesa vacía o si se quedaron un rato de pie, haciendo tiempo junto a la ya vetusta barra de madera. Ignoramos si todas las luces fluorescentes del techo se hallaban encendidas o si todavía entraba suficiente claridad a través de los amplios ventanales. Ignoramos si pidieron o no sendos cafés

con leche. Lo que sabemos es que no tardaron en empezar a medirse el intelecto, como si el suelo de baldosas cuadriculadas, donde se alternaban las de color crema con las de terracota, se hubiese convertido de repente en el escenario de una improvisada partida de ajedrez. Roberto Bolaño *versus* Mario Santiago. Debieron de bastar un par de movimientos para que ambos contrincantes se creyesen frente al segundo mejor poeta de Ciudad de México. Enseguida, esclavos de su propio juego, se dejaron llevar por las confesiones y los versos y las citas, muy pronto también por las bromas y las carcajadas, hasta que aquello dejó de ser un encuentro fortuito para convertirse en una colisión providencial. En *La pista de hielo*, la segunda novela de Bolaño, publicada a comienzos de los años noventa, uno de los narradores describiría un encuentro similar al que vivió nuestro protagonista entre las paredes del Café La Habana, donde no era extraño presenciar charlas finitas que ansiaban tornarse eternas.

Después de que un juez invisible declarase oficialmente las tablas, pues ningún jaque llegó a ser mate, Roberto y su recién descubierto camarada abandonaron el local sintiendo que se conocían desde el comienzo de los tiempos. Antes de despedirse, de nuevo en la esquina de Morelos con Bucareli, envuelta al parecer, si hemos de creer las páginas de *La pista de hielo*, en una densa capa de niebla, impropia de la noche mexicana, Mario le hizo entrega de un fajo de poemas que mantuvo a Bolaño en vela durante el resto de la madrugada, sin duda rendido ante la evidencia de que, contrariamente a la mayoría de sus amigos y conocidos, aquel jovenzuelo achaparrado, pelilargo y aindiado no solo se declaraba poeta, sino que realmente lo era.

No tardaron en volverse inseparables. Buena parte de sus encuentros giraban en torno a la voluntad de prevalecerse de la belleza del lenguaje para plasmar la belleza de la vida, pero también en torno a la pretensión de usar la literatura como herramienta de lucha antisistema. A fin de cuentas, Mario Santiago se definía ya entonces como un «terrorista cultural». De él aprendió Bolaño que se podían pedir libros prestados y devolverlos llenos de versos

propios anotados en los márgenes, o con las páginas combadas por el agua o el vapor de la ducha, porque el arte había de acompañarlo a uno incluso en los rincones más íntimos. Aprendió que un escritor podía y debía ser indisciplinado, salvo a la hora de leer de forma empedernida. Aprendió que la mayor nobleza para muchos, y a partir de ahora también para él, consistiría en alabar las marginalidades y ensalzar las causas perdidas, el enfermo de sífilis o cirrosis, el tuberculoso, la prostituta, el delincuente, el vividor, el drogadicto, el adalid de las revoluciones truncadas. Aprendió por qué aquel interés por las fronteras habría de marcar para siempre su propio universo, no como imitador, sino como el curioso que observa otras formas de vida desde los márgenes y trata de comprenderlas, anotando cada minucia en las páginas de sus cuadernos universitarios. Aprendió que debía aprender a conjurar lo sórdido y tornarlo elegante. Aprendió que ya nunca habría ni errores ni gazapos, porque cualquier equívoco contaba con su propio encanto, igual que una nube de Baudelaire deslizándose por lo azul del cielo. Aprendió a vivir sin timón y en el delirio, como diría un verso de Mario Santiago inspirado por la obra de Gilberto Owen. Aprendió que se podía llamar por teléfono a casa de los amigos a horas intempestivas de la noche, incluso a las dos o a las tres de la mañana, porque a veces se requería un oído atento con quien compartir intuiciones efímeras o poemas de tinta fresca.³⁰

En una de aquellas noches, lo que interrumpió la calma en el apartamento de la calle Samuel, hogar de los Bolaño-Ávalos, no fue el timbre del teléfono, sino el interfono junto a la puerta. El reloj marcaba las cuatro de la madrugada, una hora tan buena como otra cualquiera para que Mario Santiago desembarcase por allí en compañía de otro borracho, el poeta Ramón Méndez. Según este último, nuestro protagonista los recibió primero con frialdad, «casi por compromiso», pero acabó convidándolos a una botella de jerez y, conforme el alcohol democratizaba su magia, los tres se entregaron a la tarea de aderezar la charla con versos improvisados, hasta que Bolaño, ajeno ya a su propio enfado, acabó abrazando a su amigo Mario y diciéndole, «¡Tú eres Ginsberg, el Ginsberg de

México, y este, este es Corso!». Si hemos de creer a Méndez, aquel fue quizás uno de los momentos claves en la fundación del infrarrealismo, el instante preciso en el que nuestro protagonista intuyó que no bastaba con tener un enemigo. O, dicho de otra forma, de repente, entre sorbo y sorbo de jerez, entre verso y verso, aprendió que todo héroe requiere también de una panda de adeptos con quienes hacer frente a su némesis, igual que Sherlock Holmes contaba con la lealtad del doctor Watson, o el capitán Ahab (al menos en un principio) con la de la tripulación del Pequod, incluido Starbuck, su primer oficial, o Jean Valjean con la de monseñor Myriel, o, eh..., esto..., sí, Harry Potter con la de Hermione Granger y Ron Weasley.

A lo largo de aquella larguísima noche en vela, aprendió por fin que no bastaba con soñar los sueños. También había que perseguirlos y transformarlos en realidad.

*

La campaña de alistamiento duró varios meses. Roberto y Mario se dieron a la tarea de reclutar a *la crème de la crème* de la joven poesía mexicana, los más izquierdosos, los más rebeldes, los más marginales, también los más temerarios, quienes acudían a mítines y huelgas, quienes leían versos con voz engolada bajo la luz fluorescente del Café La Habana, almas perdidas que anhelaban ser encontradas, a veces bastaba con animarlos, otras era necesario un tris de presión, por ejemplo, prometiéndoles —espuriamente y con alevosía— las ya mencionadas mieles del Parnaso. No tardaron en compilar un primer listado de aspirantes, al que fueron añadiendo nombres de forma desmesurada, con vértigo y desenfreno, igual que encadenaban chutes de nicotina sin dar tregua a los pulmones.

Un día, Bolaño se planta en el cuarto de azotea en que vivía José Vicente Anaya y lo engatusa contándole las peripecias de su viaje a Chile, algunas exageradas, por supuesto, hasta que este se declara partidario de la idea de fundar un movimiento vanguardista; otro, aborda a José Peguero en las escalinatas de la Casa del Lago, un centro de actividades culturales en pleno bosque de Chapultepec donde se organizaban conciertos y se representaban obras de

teatro, «Déjame ver tus poemas», le exige con los brazos extendidos, como si fuese un guardia fronterizo verificando pasaportes. Después de ojearlos, le conmina a unirse a su grupo. Reclutan a gente junto a librerías y fuentes y bibliotecas, en las calles peatonales y en las carentes de acera, también en el bullicio de los talleres literarios, especialmente el de Juan Bañuelos en el departamento de Difusión Cultural de la UNAM y el de Alejandro Aura, donde enrolan entre otros al joven poeta Rubén Medina. Ni a Bolaño ni a Mario Santiago les importaba promover cartas de renuncia entre los alumnos, conminándolos a huir cuanto antes de aquella educación burguesa y encorsetada, tan contraria a los ideales poéticos de la revolución. Los criterios de selección son claros como el agua. Buscan gente joven, descastada, dúctil y, a ser posible, un pelín rebelde. Eso sí, no vale cualquier clase de rebeldía. Para lucir los colores del infrarrealismo era preciso profesar un desdén absoluto hacia la tradición poética nacional y una cierta falta de autocomplacencia. La insatisfacción infrarrealista, hacia el mundo y hacia sí mismos, debía ser lo que lograrse por fin cambiar los contornos de la realidad. Tener el pelo largo era deseable, pero no obligatorio. Dominar los misterios del lenguaje glíglico de Julio Cortázar se consideraba un plus.

Claro que no todos se incorporaron al futuro movimiento infrarrealista mediante una política de alistamiento activa. En ocasiones bastaba con repantigarse en el sofá y gritar, ¡Dejad que los jóvenes poetas vengan a mí! Así ocurrió al menos, al parecer, con uno de los miembros más notables de aquella vanguardia, y también uno de los amigos más longevos de nuestro protagonista, el poeta chileno Bruno Montané. La familia Montané-Krebs había abandonado Santiago al poco tiempo de iniciarse la dictadura militar. Antes de marcharse, aquel literato barbilampiño de admirable genética alemana había obtenido la dirección de los Bolaño-Ávalos por intermedio de Jaime Quezada. Un día, recién llegado al número 27 de la calle Samuel, Montané se tropezó con un tipo que lucía melena alborotada y gafas de buhonero *hippy*. La descripción encajaba a la perfección, de modo que se aventuró a confirmarla, ¿Roberto

Bolaño?, preguntó el recién llegado, Sí, respondió nuestro protagonista, ¿y tú quién eres?, quiso saber a la par que observaba con recelo al muchacho imberbe, alto y atractivo que ocupaba el vano del portal. Montané tenía apenas diecisiete años y parecía jovencísimo, incluso a ojos de un poeta de veintiuno como el propio Bolaño.³¹ Enseguida se pusieron a charlar como viejos conocidos. Bruno le habló de sus poemas, Roberto de sus obras de teatro pobladas de sueños y superhéroes y criaturas imaginarias, una colección de dramas que por aquel entonces sumaba ya la friolera de setecientas páginas y a la que nuestro protagonista prendería fuego poco después, precisamente en compañía de Montané, marcando así su rito de paso entre el drama y la poesía.

Esbozar una lista exhaustiva de cómo cada uno de los futuros miembros del infrarrealismo acabó uniéndose al grupo se nos antoja tan innecesario como redundante.³² Ahora bien, sería imperdonable no recordar aquí el encuentro con Lisa Johnson, otro de esos escasos momentos que le marcarían la vida para siempre, en este caso no necesariamente de forma positiva, sino más bien con el sinsabor de una canción de Joaquín Sabina, «amores que matan nunca mueren».

*

Roberto conoció a Lisa en uno de los talleres de la UNAM y, si hemos de creer los rumores, se enamoró de ella en apenas unas milésimas de segundo. Esa misma noche regresó eufórico al piso de la calle Samuel y, según Victoria Soto, aquella amiga de la familia que por entonces vivía en casa de los Bolaño-Ávalos, no tardó en confesar los motivos subyacentes a su repentino entusiasmo, «Vicky, estuve en un taller y conocí a una chava preciosa, creo que ya me enamoré». Puede que, pese a lo hiperbólico de sus palabras, no se enamorase de inmediato. De lo que no hay duda es de que se enamoró.

Nuestro protagonista ya conocía los caminos del placer. Tal y como confesó él mismo muchos años después, había mantenido su primera experiencia sexual con una adolescente mexicana. Tal vez se

refería a Lupe, la prostituta con quien compartió alguno de los lúgubres tabucos del hotel Trébol, un establecimiento desaseado donde las estancias se pagaban por horas y donde un cartel con letras mayúsculas advertía sobre las unívocas normas de la casa, «LAS HABITACIONES SON PARA DOS». (Todo lo que no fuera una pareja entraba en los terrenos de lo ilícito). Durante su visita iniciática a ese antro de nombradía incierta, el joven Bolaño ni siquiera consiguió alcanzar la erección, pero se quedó charlando largo y tendido, literalmente, con aquella jovencita de diecisiete años. Lupe acababa de perder un hijo y gemía como una Magdalena con tan solo evocarlo.³³ En fin, que Roberto no era virgen, no, y tampoco era del todo novato en materia de amoríos. Pero ni las experiencias mercantiles en el hotel Trébol ni sus anteriores escarceos le habían preparado para el torbellino de sangre y fuego que lo envolvería a partir de entonces cada vez que se hallase en presencia de la hermosa Lisa Johnson.

No tardaron en hacerse novios. En cuestión de apenas unas semanas, Bolaño le propuso irse a vivir con él a casa de sus padres. Haciendo gala de transigencia y apertura de miras, doña Victoria acomodó la habitación del primogénito para hacer sitio a la recién llegada, tal vez con la esperanza de que aquel cambio radical en las rutinas familiares lo empujase a tomar de una vez por todas las riendas de su vida.

Al principio todo parecía sacado de un verso de Neruda, puro de sol y de noche caída. La pareja se deshacía entre carantoñas y excesos de romanticismo, como suele acontecer en las primeras rampas de la subida a cualquier amor. Unas veces escribían mensajes en las ventanas o sobre el vaho de los espejos del baño, Te amo, otras se dejaban notitas hiperplisadas en un rincón de la encimera, Te adoro. La vida era bella, infinita, sublime, bastaba fijarse en la mirada pícara de Lisa Johnson al asomar la cabeza por entre las sábanas, o en cómo el joven Roberto se relamía los labios después de despedirse de ella, con la sonrisa huérfana del enamorado devoto, bastaban también las palabras desensalivadas e insonoras con que henchían las noches, perdiéndose en los aullidos

retorcidos de su propio cuerpo, como sombra o testigo o amante excelso, aullidos que le obligaban a ondularse cual hilo de alambre, con sus bóvedas y sus arcadas, con sus desfiles de semántica imaginaria, con sus roces pendulares, los torsos limpios de oxígeno, los dedos explorando rincones ostropícolos, prearrullándolos con la palma de la mano, dejándolos ahítos de besos, mordiscos, tembladoreros y aquilamentos, sobergloriosando la carne, hasta que ambos se empachaban de mentusidad y jadeaban sobre el colchón, con las trícolas bien lamidas. Y de nuevo la sonrisa, ya no huérfana, pues se sabía hija de un diario sin páginas, donde Bolaño trataba de escribirlo todo.

Por supuesto, como ocurre siempre o casi siempre, la realidad acabó irrumpiendo en escena. Roberto tenía ahora una boca que alimentar y, por ende, se vio obligado a arrimar el hombro una vez más. Empezó a trabajar junto a don León en Cuernavaca, donde repartía refrescos Pascual por caminos polvorientos y sin asfaltar. Al poco tiempo, decidió mudarse temporalmente a la capital del estado de Morelos, al sur de Ciudad de México. Tal vez pensó que aquel cambio le permitiría ahorrarse un par de horas diarias en trayectos ingratos, o tal vez se dejó llevar por la esperanza de que la intimidad con Lisa Johnson lo convertiría en un hombre nuevo, cosa que no sucedió, o no del todo, o no como él esperaba. En todo caso, la mejor anécdota acerca de dicha mudanza se produjo, al igual que otros muchos momentos de la historia preinfrarrealista, entre las paredes de la Casa del Lago. Mario Santiago estaba a punto de protagonizar un recital y Roberto se presentó en el escenario para informar a su amigo del inminente trasteo, Oye, me mudo esta tarde a Cuernavaca, le dijo, y aquello bastó para que el ponente dejase a su escaso público en la estacada y se marchase con él para acarrear un par de maletas raídas y un puñado de cajas de libros, las únicas pertenencias intransferibles de cualquier poeta bohemio que se precie.

Pero, tal y como advertimos, la soga gruesa de la realidad no tardó en echársele al cuello. A Roberto le costaba encontrar la disciplina. Los horarios criminales de su trabajo como repartidor de refrescos,

unidos a la energía que se precisaba para descargar palés casi sin descanso, acababan dejando sus músculos adoloridos y exhaustos. Exhausto quedaba también su cerebro de joven artista. Apenas si se sentía con fuerzas para leer novelas negras de Dashiell Hammett adquiridas en puestos ambulantes del D. F., o para apurar con cansancio la vista sobre la piel ajada de los clásicos, memorizando fragmentos de Horacio, Arquíloco y Ovidio, o repasando versos de sus nuevas obsesiones, César Vallejo, claro, y Jorge Pimentel, integrante de Hora Zero, una vanguardia peruana. Nuestro protagonista se afanaba por leer y componer poemas, pero la fatiga lo invadía todo. A veces ni siquiera lograba hacer el amor con Lisa. Las trícolas de ambos empezaron a secarse, hasta que la precariedad y las estrecheces contribuyeron a engendrar las primeras riñas, embriones, a su vez, de la futura ruptura, ya saben lo que se suele decir, Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana. En varios momentos de incertidumbre, Roberto le propuso abandonar aquella realidad nefasta y marcharse a Europa, donde podrían empezar una vida juntos al otro lado del océano. Por suerte o por desgracia, Lisa rehuía dichas ideas casi sin pensárselo, a menudo con cierto desdén, asegurándole que lo último que deseaba hacer era acabar convirtiéndose en una *clocharde* parisina.

Un día, la madre de Lisa, o eso al menos cuenta la leyenda, logró persuadir a su hija de que se alejase de aquel hombre vago, adjetivo este un tris injusto, sin duda, porque si Roberto descuidaba a veces su trabajo como repartidor de refrescos no era para despatarrarse a la bartola en el sofá, sino para pasar tanto los días como las noches componiendo versos en libretas de hule, o redescubriendo la obra de los surrealistas franceses y belgas, entre ellos André Breton y Sophie Podolski, por no hablar de cualquiera de sus herencias indirectas, incluido el letrismo de Isidore Isou y Maurice Lemaître, o el situacionismo de Guy Debord, autores a quienes consagró varios pedazos de vida. No era vago, no. Simplemente había demasiado que absorber y él se esforzaba por robarle horas tanto al día como a la noche con tal de leer un puñado de páginas más, hasta que los

ojos se le entrecerraban inexorablemente y consentía en dar una cabezada, un ratito nomás, lo justo para despabilarse un poco y volver a zambullirse en las desmesuradas promesas de la literatura, en el ingente desfile de nombres que, tuvieran o no algo que decirle, él estaba dispuesto a escuchar. En todo caso, se trataba de una actividad improductiva, que no reportaba remuneración alguna, aspecto más que suficiente para que la madre de Lisa Johnson la considerase —de manera tal vez sensata— una forma de ociosidad como otra cualquiera.³⁴

Pero nos estamos adelantando. Resulta prematuro hablar de la ruptura con Lisa sin mencionar antes el mayor regalo que Roberto Bolaño le hizo nunca a nadie, un presente que superaba con creces cualesquiera pieles o joyas o bolsos de marca, un obsequio valiosísimo y sin parangón, un gesto rimbaudiano por excelencia que consistiría, según explicaciones posteriores, en «hacer de la vida una obra de arte». Nuestro protagonista le regaló a su amante la locura desenfrenada de una vanguardia poética.

Sí, el infrarrealismo fue también, y sobre todo, el más grande verso de amor que Roberto Bolaño le escribiría jamás a Lisa Johnson.

*

Al principio el plan parecía quebradizo y astillable, igual que un hueso de pájaro. En puridad, quizá ni siquiera resulte exacto definirlo como «un plan». Por entonces no pasaban de ser más que un grupúsculo de jóvenes dispuestos a dejarse llevar por sus ínfulas de poetas malditos. Los primeros encuentros, aún en *petit comité*, tuvieron lugar en el apartamento de José Vicente Anaya, en la colonia Nápoles, a los que muy pronto siguieron una miríada de reuniones más o menos improvisadas, ya fuera en casa de las hermanas Larrosa en Hipódromo Condesa, ya en tabernas del centro de la ciudad, o en cervecerías y pulcatas, o en el ya legendario Café La Habana. Se trataba de veladas casi espontáneas, sin más pretensión que la de pasarlo bien y, entremedias, departir con aire solemne sobre el futuro de América Latina. «Si de lo profundo viene

amorfo, lo doy amorfo, si trae forma, lo doy con forma», había escrito Rimbaud en *Cartas del vidente*. Y eso hicieron estos jóvenes rebeldes que ansiaban cambiar el mundo a punta de verso como hicieran antes que ellos tantos otros monaguillos y sacerdotes a quienes Rimbaud había convencido con su ejemplo. Aquellas primeras tertulias sirvieron también para ponerse de acuerdo acerca de los elementos aglutinadores del grupo, que en ningún caso podían ser estilísticos, pues, tal y como venimos advirtiendo, sus integrantes poseían gustos de lo más heterogéneos. Lo único que parecía aunarlos era precisamente la diversidad de formas e influencias, y tal vez la manera de abordar ciertos asuntos, entre los cuales se contaban el amor, el sexo, la muerte y lo punk. A excepción de Jorge Hernández «Piel Divina» y los hermanos Méndez, militantes de la Liga Socialista, ninguno de los integrantes era activista en el ámbito político, si bien todos ellos andaban en posiciones más o menos cercanas al trotskismo y, por supuesto, se oponían al PRI y a los tejemanejes del presidente Echeverría, quien por un lado fingía desmarcarse de las peripecias de la Administración anterior, incluida la matanza de Tlatelolco, y por el otro azuzaba a la Dirección Federal de Seguridad para que prosiguiese con la política de arrestos, torturas y desapariciones forzosas contra elementos subversivos de la izquierda.

Poco a poco, las reuniones del grupo se fueron tornando más asiduas, hasta que ya no bastó con seguir autodefiniéndose como representantes del «poetariado». Bolaño intuyó que había llegado la hora de formalizar la lucha, rebautizándola, expandiéndola, reinventándola, como corresponde a alguien a quien el amor había convertido en un atrevido y descastado y valiente poeta.

Los testimonios de la época no han lugar a dudas: el acto fundacional del infrarrealismo se llevó a cabo en el salón del apartamento donde vivía el chileno Bruno Montané, en la colonia Mixcoac, al suroeste del D. F. Se trataba de un conjunto de edificios arracimados en torno a un parqueadero comunitario al cual se accedía por medio de una robusta fachada colonial. Allí empezaron a llegar una noche los futuros infrarrealistas y sus simpatizantes, cada

cual con sus propios sueños y su alforja de certidumbres y esperanzas. Entre ellos se encontraban José Vicente Anaya, el terrorista cultural Mario Santiago, las hermanas Larrosa —Mara y Vera— y los hermanos Méndez —Cuauhtémoc y Ramón, con quienes Mario Santiago acabó viviendo en un pisito de la colonia San Rafael —, Geles Lebrija, Verónica Volkow, bisnieta de Trotski, Pedro Damián, Víctor Monjarás-Ruiz, Estela Ramírez, la pintora Carla Rippey y su esposo, el editor Juan Pascoe —cuya imprenta artesanal había sido bautizada por Bolaño como Taller Martín Pescador—, Rubén Medina, Guadalupe Ochoa, José Peguero y, cómo no, Alcira Soust, madre de la poesía mexicana, según el epíteto que nuestro protagonista acuñaría muchos años después para referirse a aquella uruguaya que sobrevivió a la violación de la autonomía universitaria comiendo bolillos de papel higiénico en un baño de la UNAM. También se hallaban presentes, aunque ocultas «en la fugacidad del coito y sus centellas *en el verbo animal* en la imaginación-rizoma *en los textos del saber tan destetado* en la raja de los mundos», la hermosa Lisa Johnson, Musa de Vanguardias, y Claudia Kerik, una poetisa de origen argentino que por entonces traía ya de cabeza a Mario Santiago.

De conformidad con lo que testificarían después una buena parte de los asistentes, al acto fundacional del infrarrealismo acudieron en total unas cuarenta personas, aunque algo menos de la mitad puso pies en polvorosa en cuanto Bolaño, haciendo las veces de moderador y adalid oficioso del grupo, declaró que uno de los objetivos primordiales de su futura camarilla anárquica consistiría en «volarle la tapa de los sesos a la cultura oficial», usando la feliz expresión del chileno Roberto Matta, un artista a quien el mismísimo André Breton había expulsado de las filas del surrealismo francés. Ahora bien, a fin de no incurrir en yerros ni inexactitudes, hemos de aclarar que las fugas se produjeron únicamente en el momento en que se concretaron las abstracciones belicosas del orador. O dicho de otra forma, el salón empezó a vaciarse cuando nuestro protagonista incluyó entre los propósitos primordiales del grupo la voluntad explícita, como acto eminentemente poético, de «partirle la

madre a Octavio Paz» por «sus nefastos crímenes al servicio del fascismo internacional, sus pésimos montículos de palabras que risiblemente llama “poemas”, su abyecta ofensa a la inteligencia latinoamericana, aquella aburrición de “revista literaria” que con olor a vómito se hacía llamar *Plural*», y que uno de los miembros fundadores del movimiento rebautizó de improviso, entre sorbos de vino barato y caladas a un gallito de marihuana, como *Revista Pueril*. Aquel ataque frontal y semipúblico al gran papa del mundillo cultural mexicano, con importantes conexiones políticas y espléndida prensa internacional a su servicio, hizo que varias personas se desmarcasen enseguida de la nueva escuela. Media docena abandonó el piso de Bruno Montané sin siquiera despedirse.

Además de afiliarse a las filas de Efraín Huerta, supuesta némesis de Paz, y de prometer una poesía más crítica, más directa y más inmediata, quienes permanecieron en aquel conciliábulo formularon otra promesa solemne, a saber, no caer en las redes clientelistas que controlaban el negocio de la cultura mexicana. Nada de arribismos, nada de ser un chaquetero, nada de convertirse en «ese cabrón que se lleva bien con todos» y vive a base de becas y certámenes literarios, sean de un lado o de otro, qué importa, dado que ambos bandos albergan sus propias corruptelas. Para un auténtico infrarrealista, el mundo entero formaba parte del campo de batalla. Era preciso combatir «contra Nueva York y contra Moscú, contra Londres y La Habana, contra París y Pekín».

Según algunos, el infrarrealismo nunca tuvo un líder oficial, era una empresa colectiva, pero resulta innegable que Roberto no tardó en tomar las riendas del cotarro, haciendo y deshaciendo a su antojo, igual que en la niñez había capitaneado a los hijos de sus vecinos en Quilpué o, ya en la adolescencia, a quienes compartieron con él un pedazo de ocio en Los Ángeles. Era irónico, sincero y provocador, cualidades que dificultaban cualquier enfrentamiento. Si no un encantador de serpientes, nuestro héroe actuaba como un encantador de roedores, al menos en palabras de Guadalupe Ochoa, una de las asistentes, quien años después compararía su capacidad para seducir al público con las dotes del flautista de Hamelín, el

legendario personaje del folklore alemán que, con el hechizo de su melodía, arrastraba tras de sí a las ratas del pueblo. Por supuesto, a su personalidad extrovertida y carismática se añadía también el efecto magnético de Lisa Johnson, cuya mera presencia lo impulsaba a mostrarse más seguro y elocuente que de costumbre.³⁵ Roberto la miraba de soslayo y, aun cuando fingía rehuirla, era en ella en quien pensaba mientras defendía su propuesta sobre cómo habían de llamar al nuevo grupo. Anaya quiso bautizarlo vitalismo, pero Bolaño tomó la palabra y, entre voluta y voluta de humo, se puso a hablar de ciencia ficción y de agujeros negros y del tránsito por «las esferas infrarreales», y también de *La infra del dragón*, el cuento de Gueorgui Gurevich en el que una misteriosa criatura amenaza con destruir a la humanidad al completo, Por todo eso, concluyó, debemos llamarnos infrarrealistas. Anaya bajó la cabeza en silencio mientras los demás asentían. La discusión había concluido. *Alea jacta erat*.

Tras tomar la decisión, el núcleo duro del movimiento se echó a merodear por los rincones del apartamento, donde de repente alguien se había agenciado una guitarra e improvisaba canciones de los Rolling Stones, emotivas en cualquier momento del día, pero más aún a altas horas de la noche, sobre todo después de que algún letraherido neovanguardista sacase una botella de tequila con que desentumecer las lenguas y atenuar los paladares, manchados aún por el regustillo áspero del vino barato.

Alcira, la madre de la poesía mexicana, se acurrucó en una esquina del salón y se quedó dormida. El anfitrión le ofreció una cama, pero la poeta uruguaya rechazó aquella prebenda. Prefería dormir en el suelo.

Y así, entre copas sucias, ceniceros rebosantes y una botella de tequila a medio empezar, y con la tizne de los cigarrillos flotando aún en el aire, echó a andar por fin el infrarrealismo, una corriente poética que venía cargada de lo que el crítico literario Ignacio Echevarría llamaría varias décadas después, con preciosa expresión de Simone Weil en *La gravedad y la gracia*, «sed de absoluto», «sed de experiencia total», precisamente la argamasa que permitiría a

Bolaño revestir toda su obra literaria con el mito de la juventud perdida.

La noche se iba cerrando a la par que la vida se abría.

*

A pesar del conservadurismo latente que suele imperar en las altas esferas de todo mundillo cultural, a México no iba a asustarle el nacimiento de una nueva manifestación vanguardista: en pocos parajes podían hallarse más acostumbrados a irrupciones de esa índole. El país había sido cuna del estridentismo, un movimiento rupturista iniciado a principios de los años veinte del siglo pasado por personajes como Arqueles Vela y Manuel Maples Arce, a quienes Roberto entrevistó poco después en compañía de José Peguero y de una descomunal grabadora Uher. México era también hogar del muralismo y del agorismo, y sus grandes capitanes culturales, lo mismo en pintura que en poesía, eran casi todos vanguardistas o habían tenido algún periodo vanguardista en sus biografías, de Diego Rivera a Siqueiros, de Tablada a Salvador Novo. Décadas después, Carlos Fuentes renovó la novela y Arreola el cuento, sin ismos a los que acogerse pero reconociéndose herederos de la vanguardia, de «la tradición de la ruptura», en fórmula sensacional del odiado Octavio Paz, de quien, por cierto, puede considerarse vanguardista su cercanía, si no abierta hermandad, con la poesía concreta brasileña, así como muchas de las experimentaciones llevadas a cabo, tanto en la forma como en el fondo, después de su descubrimiento de la India (poemas en discos, poemas en sábanas, poemas en varias tintas), o las aventuras singulares y magníficas de Frida Kahlo y Nahui Olin. Como en todas partes, la irrupción de sensibilidades nuevas y radicales suscitaba cierta controversia en periódicos conservadores y esteticistas, pero en pocos rincones del mundo salió tan claramente ganando el discurso de avanzada contra el tradicional. México fue el país donde un exmodernista escribió, para dar por acabado el mundo exótico de princesas y sonatinas, lo siguiente: «Tuércele el cuello al cisne». De modo que quizás no debiera sorprendernos que el primer acto público del infrarrealismo acabase siendo un éxito rotundo.

La puesta de largo se llevó a cabo en la librería Gandhi, a tiro de piedra del parque Tagle. José Vicente Anaya conocía al gerente gracias a su propio trabajo en una oficina de publicaciones y logró convencerlo para que les reservasen la sala del segundo piso una vez por semana, casi siempre la tarde de los viernes.³⁶ Anaya se encargó además de diseñar las octavillas, ilustradas con grabados de Doré, y las fotocopió él mismo en un modesto acto de prevaricación laboral. Luego la tribu salvaje de Bolaño se consagró a la tarea de repartirlas por las calles del D. F., sobre todo en lugares como la UNAM y la propia Casa del Lago, por donde siempre merodeaban hordas de poetas, uno levantaba una piedra y salía un poeta, miraba tras un arbusto y había un poeta, se acercaba a un claro en el bosque de Chapultepec y allí, sobre el banco, un poeta leía a Efraín Huerta o a César Vallejo o a Rimbaud.

Aquel primer encuentro fue, como recién advertimos, un éxito rotundo. La convocatoria había surtido efecto y más de un centenar y medio de personas se agolparon en la segunda planta del local, con curiosos flanqueando el escenario, tristes por haberse quedado sin sillas, la envidia de cualquier presentación libresca. Las lecturas estuvieron a cargo de Bolaño y de José Vicente Anaya, pero el evento fue mucho más allá de un mero recital y se convirtió, como todo lo que los infrarrealistas tocaban, en una auténtica *performance*. Carla Rippey y Rodolfo Sanabria expusieron algunas de sus obras, grabados los de ella, los de él pinturas al óleo que andaban a caballo entre Francis Bacon y Giorgio de Chirico. La guinda al pastel la pusieron Lorena de la Rocha, Darío Galicia y Mara Larrosa, cuyas notas de cuerda, viento y percusión hicieron las veces de banda sonora entre las diversas lecturas. Larrosa había entregado al público flautas y sonajas, y todos se mostraron exultantes ante la oportunidad de dinamitar cualquier atisbo de solemnidad. En lugar del rigor académico de los recitales convencionales, en la librería Gandhi flotaba un aire de fervor festivo, como si la poesía hubiese abandonado sus márgenes para tornarse rito y celebración popular y, por qué no, acto de desobediencia.

Bolaño aprovechó la receptividad de los asistentes para lanzar su

alegato en favor de «la Poesía que surge de los laberintos incendiados», ella misma cáustica, pero incombustible. De repente, se volvió un sacerdote sobre el púlpito y los curiosos eran su rebaño, Subviertan la cotidianidad, les dijo, Vivan poéticamente, prosiguió, y ya no pararía nunca, Rechacen la explotación, la opresión, el imperialismo, el capitalismo, «hasta las relaciones amorosas con reglas rígidas», «Busquen las pulsiones inconscientes», pero no se queden en la superficie, como los surrealistas y los dadaístas, vayan a lo más hondo, adonde nunca fue nadie, experimenten, No sean como «el tipo hermoso que no sabía *que el orgasmo de las chavas es clitoral*», *Abracen las vanguardias y las retaguardias, Lean y escriban libros eróticos sin ortografía, Sepárense de la maquinaria cultural, a la que lo mismo le da servir de conciencia o de culo de la clase dominante, ¡Por lo Más Sagrado, permitan que Rimbaud vuelva a casa!*, *Subviertan la realidad cotidiana de la poesía actual, Aúllen, sobre todo aúllen, aúllen para regocijo de los investigadores fonéticos, Auuu, Pónganse a jugar al ajedrez como Duchamp, El verdadero poeta es quien siempre está abandonándose: nunca demasiado tiempo en un mismo lugar, como los guerrilleros, como los ovnis, Que la amnesia jamás los bese en la boca, «DÉJENLO TODO, NUEVAMENTE LÁNCENSE A LOS CAMINOS».*³⁷

La Broma Poética había echado a andar e iba camino de convertirse, como la definiría su fundador, en «la versión mexicana del Dadá».

De la librería Gandhi se marcharon a casa de un amigo de Anaya, a apenas cuatro cuadras de distancia, donde a lo largo de toda una madrugada los poetas ululantes bebieron y rieron y se consagraron a lo que se consagran los jóvenes de veintitantos años imbuidos de literatura y del anhelo por vivir sin reglas ni convenciones, en un universo paralelo, el de la infinita libertad, lugar desde el cual, como dice el manifiesto publicado poco después en la *Revista Menstrual del Movimiento Infrarrealista*, «se saluda al orgasmo» y se planta cara «a este pinche universo encerrado en los globos TNT del capitalismo y sus defraudadores». Entre esas paredes, por primera

vez como grupo, la poesía se hizo vida y la vida poesía.

*

Muy pronto, la cotidianidad de los infrarrealistas se vuelve desbocada, igual que un río crecido tras la tormenta o un incendio a punto de devorar el bosque. El infrarrealismo es revolución, sin duda, pero también apertura de miras y libertad y ausencia de juicios, casi caemos en el error de llamarlo tolerancia, cuando en realidad su ética va mucho más lejos, pues implica defender a capa y espada la existencia de una suerte de hermandad universal, con sus drogas, su promiscuidad y su sodomía ginsbergiana, también con sus sueños utópicos. Como sentenció Bolaño en una ocasión, eran «pobres pero lujuriosos». En eso consistía también el anhelo de vivir como poetas, en entregarse a los excesos, mezclando mezcal con drogas psicodélicas, enredando los cuerpos desnudos en barullos indesenmarañables, recuperándose de la resaca con grandes porciones de cabrito al horno, ¡el mejor cabrito!, caminando interminablemente por las calles de Ciudad de México con aires de *hippies* a la mexicana y morrales llenos de libros y poemas manuscritos, extraviándose a veces por los senderos del bosque de Chapultepec en compañía del terrorista cultural Mario Santiago, quien hace las veces de gurú y guía improvisado. Vivir como un poeta, sí, porque la prosa requiere largas horas frente a la página en blanco, en lugar de versos improvisados entre una fiesta y la siguiente, entre los paseos por Tepito y los bailes sobre patines de ruedas frente a la Casa del Lago, donde imitan a Charles Chaplin en *Tiempos modernos*, una forma como otra cualquiera de calentar motores antes de un maratón de rancheras, música que vendrá acompañada, desde luego, por barriles de pulque y quesos menonitas de veinte kilos traídos desde el mercado de La Merced, Bienaventurados los borrachos, que verán a Dios dos veces, Bienaventurada la risa y el sexo, los bailes y lo lúdico, porque de ellos está hecho el reino de los cielos, Bienaventuradas las discotecas de mala muerte y sus «ficheras» en torno a la barra, porque esas mujeres los empujarán a consumir de forma desenfrenada y, tras comprar la preceptiva ficha, bailarán con ellos

sin los remilgos de la cultura, restregando los cuerpos y las lenguas, esas que viven casi de forma perenne entre lo lascivo y lo lisérgico, sin permanecer paradas ni un momento, salvo en el silencio solemne que impera en el auditorio del Instituto de Antropología e Historia, donde acuden a ver películas de Charro Negro o de Rainer Werner Fassbinder, especialmente *La ley del más fuerte* y *Atención a esa prostituta tan querida*, diríase un vórtice temporal a las noches en el hotel Trébol, refugio postrero del recuerdo de Lupe.

En aquella época, el Café La Habana se transforma no solo en local donde darse cita, sino también en punto de encuentro improvisado, al estilo de Central Perk en la serie *Friends*. En *El espíritu de la ciencia-ficción*, una de sus novelas póstumas, donde un par de escritores oscilan entre el legado *beatnik* y el amor por oscuros autores de ciencia ficción, Bolaño describiría aquel lugar como «el cuartel central de nuestras divagaciones», epicentro del núcleo duro del infrarrealismo, compuesto por una docena de poetas estables y un puñado de intelectuales del lumpen-proletariado que iban y venían a su antojo, presos del divertimento y las alianzas fluidas. A veces nuestro protagonista se deja ver por allí en soledad y escribe poemas en compañía de un único café con leche, otras se le unen de improviso Bruno Montané o Darío Galicia o José Vicente Anaya, en cuyo caso nadie sabe cómo acabará la tarde, puede que en la mesa del fondo, charlando hasta las tantas con una pandilla de reporteros culturales, o en la de más acá, arrejuntándose con los nostálgicos exiliados españoles y sus interminables partidas de dominó, o puede que simplemente se queden quietos en la suya mientras Alcira, «la poeta sin obra», narra por enésima vez su encierro en la universidad en 1968, y ellos la escuchan embelesados, con una medio sonrisa, desviando la mirada apenas un instante porque los distrae la presencia efímera de la periodista salvadoreña Lilian Serpas, otro de los futuros personajes de Bolaño, que se pasea ahora mismo de grupo en grupo vendiendo los dibujitos surrealistas de su hijo Carlos Coffeen.³⁸ Hay risas y aspavientos y un apremiante intercambio de pareceres sobre las variadísimas estrategias con que podrían atajar de una vez por todas la influencia y el poderío de

Octavio Paz, un propósito que a menudo se ve interrumpido por recitales improvisados, no es raro que un infrarrealista trate de llamar la atención del local entonando uno de sus poemas, tampoco que Mario Santiago escriba los suyos en la contraportada de algún libro mientras camina por la calle, saltándose los semáforos, acérquense y observen aquella acera al otro lado de los ventanales, por donde desfila en trance el terrorista cultural, debe de ir camino de los billares de Bucareli, basta ver el ritmo indolente con que esquivo a periodistas y prostitutas, o tal vez ande a la caza de un bocado que le ayude a absorber el exceso de tequila en las paredes de su estómago. Sabemos que el barrio posee una gran exuberancia gastronómica, como se encargará de recordar también el propio Bolaño en *El espíritu de la ciencia-ficción*, obra donde nos brindará un panorama semiexhaustivo de la oferta culinaria que los rodea, «un puesto de tortas en una esquina atendido por un exjugador del Atlante, en la otra esquina La Habana ofrecía los chilaquiles más sabrosos y económicos de la cuadra; en medio una pizzería baratísima donde se comía de pie, que había montado un norteamericano casado con una mexicana al que todo el mundo llamaba Jerry Lewis pese a no tener el más mínimo parecido con el actor; cruzando la calle, un puesto de tacos y de quesadillas [...] ambulando por ambas aceras, un vendedor de elotes, elotes tiernos untados con mantequilla, con mayonesa, o con crema, y espolvoreados de queso o chile». No cabe duda de que las *pizzas* en particular debieron de marcarlo, porque reaparecerían en las páginas de otros relatos ulteriores.

Por supuesto, todo lo anterior no pasa de ser un pasatiempo. Ni que decir tiene que el gesto poético por excelencia, el culmen de la vida infrarrealista, el cénit de su actitud escandalosa y vocinglera, consistía en reventar los recitales de los poetas enemigos, irrumpiendo en dichos actos con ademanes iracundos y contestatarios, porque la revolución debía arramblar de una vez por todas con quienes habían escrito un libro bueno y muchos malos, y con quienes olvidaron las ansias de cambiar el mundo, y con quienes vivían del erario público, ora mediante becas, ora mediante nóminas

ministeriales. Bolaño y sus secuaces deseaban demoler la tradición y mofarse de cualquiera que bailase al son de los poderosos. Tampoco en esto eran tan originales: los futuristas rusos, en su primera hora, con el gigante Mayakovski a la cabeza, cobraron temprana fama más por los recitales simbolistas que lograban reventar que por los propios recitales que daban en circos y cabarets.

Uno de los primeros en sufrir la ira infrarrealista fue el poeta David Huerta, hijo de Efraín Huerta, precisamente la figura a la que nuestro protagonista había decidido afiliarse. De hecho, este último era uno de los poquísimos miembros del *establishment* cultural mexicano que abría las puertas de su casa a los infrarrealistas, permitiéndoles participar en veladas y tertulias. Aquello, por desgracia, no fue suficiente para salvar a su vástago. Durante un recital en la Casa del Lago, las tropas de Bolaño y Mario Santiago se camuflaron entre los pocos asistentes, desperdigándose por la sala, e interrumpieron el acto con una sarta de gritos, a menudo imitando las palabras del orador con un tono que oscilaba entre el desdén y la pantomima. Si el poeta declamaba «El mar alza la residencia *de su dominio entre el manglar* —el mar y su profunda / potestad primordial», Roberto se alzaba y declamaba a grito pelado cosas como «¡El mar alza la resistencia!», y Mario Santiago le hacía eco, «¡la resistencia!», y luego se le unía Anaya, «¡Dominio entre el manglar! ¡ENTRE EL MANGLAR!», y así hasta que la burla se volvía insoportable, desquiciando al orador y dividiendo al público entre quienes se desternillaban de risa y quienes se henchían de indignación, tildándolos de escoria irrespetuosa. Entretanto, otros infras gritaban frases sueltas, sin sentido, lo cual equivalía a decir que la poesía de David Huerta tampoco lo tenía.³⁹ En otra ocasión, también en la Casa del Lago, Roberto Vallarino leyó expectante varios poemas, hasta que entonó un verso autorreferencial, «Es que la palabra nombra lo que nombra, / Roberto no es mi nombre», momento del que se prevaleió nuestro protagonista para saltar de su asiento y proclamar, «¡No, es el mío!», una payasada que le granjeó la risa de los asistentes, para escarnio del homenajeador.⁴⁰

El escritor Juan Villoro calificó a los infrarrealistas de

«dinamiteros», el ensayista José María Espinasa definió aquellas *performances* como actos de «beligerancia iconoclasta», otros los acusaron de ser «anarco-saboteadores». Sea como fuere, nos hallamos ante un ejemplo paradigmático de la irrelevancia —y la insuficiencia— del *nomen iuris*. La lengua carecía de palabras precisas con que describir los contornos de esa Gran Broma Poética, rimbaudiana, vodevillesca, que mezclaba la insurgencia feroz con la irreverencia y el júbilo y la risa. Al igual que en tantas otras ocasiones, Bolaño usó los superpoderes de su máquina de escribir para captar la realidad en versos efímeros, recordándose a sí mismo y a sus amigos como a «Los verdaderos poetas tiernísimos *metiéndose siempre en los cataclismos más atroces*, más maravillosos *sin importarles* quemar su inspiración».

Como no podía ser de otra forma, el propio Octavio Paz acabó siendo víctima de aquellos ataques. Uno de los primeros incidentes ocurrió precisamente durante el lanzamiento de un libro de Paz en el Taller Martín Pescador, evento en el que abundaron los «toritos», un cóctel a base de aguardiente de caña y crema de cacahuets. Un infrarrealista en claro estado de ebriedad se prevaleció del bullicio para derramar una copa de vino tinto sobre la americana de Paz, pero este hizo honor a su nombre y mantuvo la compostura, prosiguiendo con la charla como si allí no hubiese pasado nada. En otra ocasión, definida por una octaviana como «histórica», Huerta y Paz organizaron un recital conjunto, pero en cuanto llegó el turno de este último, los infrarrealistas le robaron la palabra a punta de abucheos, hasta que Huerta, quien para entonces ya había sufrido una laringotomía y hablaba con dificultad, alzó las manos al cielo, cual César pidiendo silencio, y logró calmar así a su rebaño. Más que una «versión mexicana del Dadá», la cuadrilla de Bolaño y Mario Santiago parecía, al menos por momentos, una torva de hinchas del Liverpool FC enardecidos ante los seguidores del Manchester United. El descontrol era tal que, en una ocasión, los infrarrealistas se plantearon reventar los recitales de Paz con ayuda de una pistola de balas de fogeo. Por suerte, uno de los integrantes se opuso a la idea, alegando que aquello podía provocarle un infarto al futuro

premio nobel. Eran revolucionarios, pero no deseaban la muerte de nadie (o sea, no eran tan revolucionarios).

Podría decirse, haciendo uso de la hipérbole, que interpretaban el papel de guerrilleros.⁴¹ Además de resquemor, lo cierto es que dichos hábitos lograron aterrorizar a una buena parte del mundillo literario. Varias décadas después, la poetisa Carmen Boullosa evocaría aquella aprensión ineludible que, como una sombra sigilosa, los envolvía a todos antes de cada recital, no solo por el miedo escénico inherente a leer poemas frente a un auditorio, desnudándose, quitándose la coraza y quedando a pecho descubierto ante las inclemencias del público, sino también, y sobre todo, por el miedo a que los infras le reventasen el acto. Uno se pasaba la mitad de la velada ojeando la entrada, temiendo verlos llegar en tropel, o en parejas, o incluso en solitario, porque un único poeta infrarrealista era capaz de destrozar una ceremonia, con su solemnidad heredada y pomposa, y luego marcharse entre risas para compartir la hazaña con el resto del grupo para que este sumase una muesca más al catálogo de actos vandálicos que contaban como activismo poético y, por lo tanto, también como obra propia del grupo.

Sus enemigos no tardaran en contratacar, haciendo uso de la defensa propia. En una de las calles perpendiculares a la librería Gandhi apareció un grafiti de enormes letras negras: «Que Bolaño se vaya a Santiago y que Santiago también».

Ninguno de los dos se fue. Al menos de momento.

*

Visto así, podría parecer como si Roberto Bolaño, o el Roberto Bolaño de este periodo, no fuese más que un vividor desmedido que escribía versos de vez en vez. La realidad, sin embargo, resulta mucho más compleja y poliédrica, según sana costumbre suya. Si bien es cierto que algunos infrarrealistas eran holgazanes, borrachos y/o marihuaneros, nuestro protagonista seguía rigiéndose por una disciplina inquebrantable. Por regla general, bebía con moderación —a veces ni eso— y no solía fumar más que sus propios cigarrillos.⁴²

No tardó en darse cuenta de que la intoxicación de los sentidos, cualquier intoxicación de los sentidos, restaba lucidez a sus esfuerzos intelectuales, a los cuales seguía consagrándose con un tesón inaudito.

Por aquella época, su rutina escritural, o la parte de su rutina escritural que no producía réditos económicos, abarcaba desde las cuatro hasta las ocho de la mañana, siempre antes de desayunar. A esa hora se daba una ducha y encaraba las colaboraciones en prensa, esas derramadas sobre las páginas para que hubiera algo sólido que llevar a la despensa. Escribía críticas literarias para Jorge Alejandro Boccanera, relatos cortos para *Excelsior* y *El Mercurio* — que cobraba a unos cinco pesos la pieza— y poemas para las páginas de *El Nacional*, donde contaba con la complicidad de Juan Rejano, por entonces editor de la sección de cultura.⁴³ También se adentró con el más absoluto desparpajo en los intrincados meandros de la traducción, empezando con el *Mexico City Blues* de Kerouac, cuyos cantos vertió al español durante madrugadas llenas de humo y ruidos sordos en la distancia. Bolaño y Mario Santiago tradujeron, además, el *Manifeste électrique aux paupières de Jupes*, de Mathieu Messagier y Michel Bulteau, dos experimentalistas franceses de estilo vanguardista, cuasi ininteligibles, y cuyos textos quedaron reducidos a un amasijo de frases titubeantes. Más que una traducción, se trató de una audacísima «diccionarización», pues ni nuestro protagonista ni su compañero de aventuras contaban con estudios formales que los dotasen de suficiencia en aquel idioma, de modo que el resultado no pasó de ser un texto plagado por una literalidad cacofónica que habría merecido la censura de Umberto Eco, aunque quizá no la del meticuloso Vladímir Nabokov, una de cuyas más evidentes taras consistía en considerar que la traducción literal es el método único con que se debe abordar un texto extranjero —de ahí que su versión del gran poema de Pushkin, *Eugenio Onegin*, sea perfectamente ilegible—.

Al cabo del tiempo, que se las arregla siempre para aproximar antípodas, Roberto se volvió incluso colaborador de la revista *Plural*, después de que el Gobierno del PRI maniobrara para expulsar a la

antigua dirección por unas críticas contra los habituales desmanes de Echeverría. Allí también logró colocar los opúsculos de otros camaradas infrarrealistas. De hecho, varias décadas después acabó por confesar que no solo escribía sus propios textos, sino que se encargaba de convertir los borradores de su amigo Mario Santiago en crónicas publicables, ayudándole así a malvivir mientras este se entregaba a sus únicas obsesiones: las muchas espesuras de la vida en los márgenes, los interminables paseos por el D. F., la espontaneidad poética. Cualquier observador atento hubiera podido entrever ya lo que el futuro deparaba a ambos personajes: nuestro protagonista acabaría convirtiéndose en el mejor escritor de su país, de su continente y de su lengua, mientras que Santiago mantendría la vocación por lo grotesco y lo marginal, pero también el desdén hacia los círculos literarios. En eso no podía ser más cuadriculado, si se nos permite el juego de palabras.

En cuanto concluía sus labores periodísticas, Roberto se echaba a las calles. A veces se reunía con otros infrarrealistas, pero muy a menudo el plan era distinto. Ya entonces cultivaba la amistad de ciertos escritores consagrados, hábito que se llevaría hasta la muerte, cuando las tornas hubiesen cambiado y fuese él quien debía encargarse de alentar a los nuevos talentos. Más arriba hicimos alusión a las tertulias con Poli Délano y Efraín Huerta. No fueron las únicas. Por ejemplo, Bolaño visitaba a menudo a Hugo Gutiérrez Vega en el Departamento de Difusión Cultural de la UNAM, con quien discutía durante horas sobre temas tan dispares como la historia mexicana del siglo XIX o cómics infantiles chilenos como *El Peneca*, que Gutiérrez adoraba. También mantuvo una cierta cercanía con Miguel Donoso Pareja, del taller de Juan Villoro, y con el chileno Hernán Lavín Cerda. Visto desde fuera, y con la perspectiva que el tiempo provee, parece que nuestro protagonista andaba inmerso en una suerte de juego a dos bandas: por un lado, oponerse al *establishment*, por el otro, cortejar a escondidas a una parte del mismo. La idea puede parecer descabellada, aunque la estrategia contaba con precedentes notables, como el modernismo de T. S. Eliot o el surrealismo de André Breton, excelentes

diplomáticos además de autores audaces, capacitados para lanzar misiles contra grandes nombres mientras cortejaban con eficacia a nombres grandes. Ahora bien, ¿se trataba realmente de una «estrategia»? Resulta imposible saberlo a ciencia cierta. En cualquier caso, así lo interpretaron con el tiempo varios miembros de la propia vanguardia, entre ellos Ramón Méndez, quien acusó a nuestro protagonista de inventarse el infrarrealismo con miras a «perfilarse entre los grandes escritores de la lengua», como si eso se pudiese hacer solo mediante la propaganda y sin obra literaria que sustente la ambición. Algo similar argumentó la poetisa Guadalupe Ochoa. Según ella, Bolaño se comportaba como un mero «voyeur», tal que el personaje de Bernard en *Las olas* de Virginia Woolf, alentando los peores instintos del grupo con el objetivo de anotar luego el resultado en sus libretas Ideal, «baratas y perfectas para llevar en el bolsillo», donde nuestro protagonista documentó los quehaceres infrarrealistas con caligrafía menuda y pareja.⁴⁴

Sea como fuere, lo fijo y lo cierto era que, a partir de cierta hora de la noche, mientras todos proseguían la fiesta o empantanaban la borrachera, Roberto solía poner rumbo a casa, porque aquello de privilegiar la vida salvaje por encima del arte era solo una verdad a medias, o sea, una invención. Tal y como había sucedido en su ya remota adolescencia angelina, para él no parecía haber nada más importante que mirar en derredor y plasmar el mundo con las herramientas de la literatura, tarea que a la sazón acometía principalmente a punta de poemas. En otras palabras, no resulta descabellado suponer que, al menos en parte, Roberto veía realmente la vida salvaje de los infras como el combustible con que escribir salvajemente en su Olivetti Lettera portátil, la misma con la que un par de años más tarde viajaría a Barcelona. Visto así, el rango que le corresponde a todas luces es el de agente provocador. Esa era su misión. Hacer que pasasen cosas para tener sustancia que llevar a sus cuadernos. Las cosas que pasasen medían luego su importancia, su relevancia, en la fuerza que cobrasen al ser transformadas en prosa o verso. La vida no era más que un trampolín donde pisar fuerte para dar el salto que lo llevase a

alcanzar la literatura.

Por otra parte, las colaboraciones culturales y la acumulación de experiencias y versos coexistieron, como de costumbre, con la enfermedad que acabaría matando a Bolaño a una edad temprana. No nos referimos a la afección hepática que le diagnosticarían veinte años después, sino al trastorno crónico —y a estas alturas incurable— al que hicimos alusión más arriba, su síndrome de adhesión libresca, ese que le producía recaídas frecuentes y periodos agudos de lectura compulsiva. Al tratarse de un vicio a todas luces irremediable, no ha de sorprendernos que esta época no constituyese ninguna excepción. El paciente siguió exhibiendo síntomas innegables de bibliomanía galopante y no podía alejarse de los libros sin experimentar sudores fríos o vértigos de abstinencia, motivo por el cual, además de las ya descritas rutinas, se consagra en cuerpo y alma a sus lecturas de Allen Ginsberg, William Burroughs y Jack Kerouac, a veces en las ediciones bilingües de *El corno emplumado*, una revista publicada entre 1962 y 1969 gracias a la poeta *beatnik* Margaret Randall y a su esposo, el poeta mexicano Sergio Mondragón.⁴⁵ También dedica noches enteras a repasar la obra de los surrealistas franceses, que alternaba con la de los horazerianos del Perú y los nadaístas de Colombia, formando un corpus magmático inagotable, perfecto para arañar conciencias, o para imaginar que las arañaba. Desde luego, jamás se desprende de Parra, aferrándose en particular a *Obra gruesa*, que se ha convertido en su nuevo libro de cabecera, y, al igual que la mayor parte de los infras, memoriza versos de Ungaretti y de Gil de Biedma, sabiendo que en cualquier momento habrá de entregarse al hábito de los recitales improvisados bajo las luces fluorescentes del Café La Habana. Lee el *Orlando* de Virginia Woolf en su primera edición de 1937, traducido por Jorge Luis Borges para la editorial Sur —aunque hay quien asegura que, en realidad, salió de la pluma de la madre de Borges—. El ejemplar se lo pide prestado a Juan Pascoe y, como es ley, nunca lo devuelve. Lee *Los cantares de Pisa* de Ezra Pound en la traducción de José Vázquez Amaral, tocho imponente publicado por Mortiz. Después se lo regala al propio Pascoe, quizá para atajar

su mala conciencia. Lee a Leopoldo María Panero y a Martínez Sarrión y a Gimferrer, recién llegados a México en la última antología poética mítica que produce España, *Nueve novísimos poetas españoles* de José María Castellet. Lee novelas policiacas y relatos de ciencia ficción adquiridos en las librerías de ocasión de la calle Donceles, hoy exprimidas hasta la desolación, pero entonces rebosantes de tesoros. Todo le interesa, todo lo absorbe, la prosa & el verso, lo clásico & lo vanguardista, lo académico & lo popular, lo formalista & lo marginal & lo visionario & lo maldito & lo olvidado, porque la literatura no era ni debía ser un coto cerrado, sino un Aleph donde convivían cada una de las piezas de un rompecabezas infinito que el *homo sapiens* llevaba miles de años armando, voces tras voces tras voces, retroalimentándose las unas a las otras hasta crear una criatura polifónica condenada a no extinguirse jamás. O eso pensaba y eso esperaba entonces el joven Roberto Bolaño.

*

Luego llegó la época de las rupturas.

El amor por Lisa Johnson, como todos los amores, se benefició en un principio del resultado de trescientos mil años de biología evolutiva. Los neurotransmisores y las hormonas sumieron a los tortolitos en un estado de euforia, placer y obsesión más o menos perenne. Pero 1976 fue un año efímero.

Casi a comienzos de la relación, Bolaño se presentó a un concurso convocado por la revista *Punto de Partida* y ganó el tercer premio en la categoría de poesía, aunque en el cóctel celebratorio le diría al escritor Juan Villoro que en realidad no se merecía más que una amonestación. Mereciese un galardón o una reprimenda, la obra principal de *Overol blanco y otros poemas*, esa que daba título a la colección, estaba dedicada a Lisa Johnson, la mujer que, más que ninguna otra, le había enseñado a besar. En sus versos, imbuidos de Byron y de Rothko y de Nicanor Parra, se narraban las peripecias de nuestro protagonista durante su viaje a Chile, desde la travesía a bordo del Donizetti hasta el encierro en las cárceles del general Pinochet: «Qué caminos no he recorrido compañeros seriecito en el último *asiento del bus filosofando sobre la selva curado muerto* de

risa en trenes antárticos jugando ping pong con la / tripulación de un barco italiano frente a las costas de Ecuador. / ¡Qué caminos no he recorrido compañeros contándole mis penas / a una azafata mexicana! / Y ahora mírenme».

Mientras Roberto dedicaba poemas a su amada, y ganaba concursos bajo el seudónimo de Galvarino, el legendario guerrero mapuche que plantó cara a los conquistadores españoles, Lisa Johnson publicaba en el suplemento *Diorama de la Cultura* su *Nueva poesía británica: de la bohemia a la militancia*, obra donde ahondaba en las tendencias pop de Liverpool, en particular en un grupo del barrio de Mersey que, al igual que los infrarrealistas, proclamaban la obligación de hacer arte mediante la vida bohemia, los conciertos de rock y las *performances* en galerías *underground*. La admiración entre Bolaño y su musa era grande y bidireccional.

Pero la intensidad que los unía no iba a mantenerse mucho tiempo en la comba del tiempo. Con independencia del papel que desempeñó (o no) la madre de Lisa, el caso es que la súbita ruptura de la pareja desbarató el lado más histriónico y exultante de nuestro protagonista, ese que le permitía convertir anécdotas nimias en dramas de proporciones shakespearianas o en comedias rebelaianas. Roberto se sumió en un abismo de tristeza y melancolía. Ya no era el mismo. Había conocido el desamor, seguía conociéndolo, sintiéndolo cada mañana. Su corazón estaba roto. No sonreía, no se duchaba y la *joie de vivre* infrarrealista parecía haber dado paso a un pesimismo de corte cioraniano. Se trataba, qué duda cabe, de un caldo de cultivo óptimo para el resentimiento. Pese a que seguía enamorado de Lisa hasta los tuétanos, ahora no perdía oportunidad para despotricar contra su amada, tildándola de muchachita burguesa y caprichosa, alguien incapaz de hacer frente a la precariedad que va aparejada de manera indeleble a la entrega absoluta al arte.

Como todo escritor que se precie, Roberto vertió su dolor y su insomnio en las páginas de lo que acabaría convirtiéndose en su primer libro en solitario, *Reinventar el amor*, un poema seminarrativo (como lo sería el grueso de su poesía, dicho sea de paso) del que el

editor Juan Pascoe imprimió 225 ejemplares en cuadernillos celestes de apenas una veintena de páginas, con la portada ilustrada por un grabado de Carla Rippey. La obrita en cuestión vio la luz en el Taller Martín Pescador, situado en Tacámbaro, donde Pascoe disponía de una imprenta manual en la que un sistema de cilindros movidos a mano entrechocaba dos planchas metálicas sobre papel húmedo, produciendo mediante un leve golpecito la magia de la palabra impresa. En aquel mismo taller vinieron al mundo los *50 Poemínimos* de Efraín Huerta y *La tercera resignación*, un cuento de García Márquez. Obvia decir que el poemario en su conjunto era un canto entre melancólico y exaltado de su pasión por Lisa Johnson, cuyo recuerdo le hacía evocar faros solitarios, y aerolitos solitarios, y botellas solitarias bajo bancos de arena cubiertos de estrellas marinas. «Solo veo tu sonrisa como un arco iris blanco sobre los manicomios. / ¿Es que estoy solo? / Si te amé yo no puedo estar solo; todo perdura. / ¿Si te amé por qué enumero las camas donde hemos fornicado?». En cuanto las primeras copias salieron de la imprenta, Roberto hizo ante Pascoe una declaración de intenciones, «Algún día te va a dar mucho orgullo haber hecho este libro». Roberto tenía razón, si bien, como no podía ser de otra forma, el proyecto fue una ruina, al menos desde un punto de vista estrictamente financiero. El libro casi no se vendió, porque, tal y como declararía el editor, «sus amigos eran pobres y más bien robaban libros, no los compraban». Paradojas del arte de la edición manual: hoy un ejemplar de ese cuaderno cotiza en el mercado bibliófilo por encima de los mil dólares y el listado de quienes lo tienen en sus desideratas es más largo que la propia tirada que se hizo de él.

Vale la pena recordar, así sea a guisa de apunte somero, que *Reinventar el amor* no fue la única publicación de aquella época llena de contrariedades. Además de ese primer libro en solitario, el joven Roberto participó en la antología *Pájaro de calor, Ocho poetas infrarrealistas*, financiada y prologada por el poeta y periodista Juan Cervera Sanchís, oriundo de la sevillana Lora del Río, quien parecía hechizado por «el aire dionisiaco» de aquellos jóvenes

inconformistas y ebrios de rebeldía.

Por desgracia, publicar libros no cura corazones rotos, y el de Roberto, como venimos apuntando, se hallaba hecho añicos. «Nunca más he vuelto a sufrir tanto como cuando me dejó aquella mujer del carajo», aseguró años después. La vida amargamente truncada. La vida, de nuevo como en un verso de Neruda, ciega y subterránea y sola.

En *Los detectives salvajes*, el personaje de Laura Jáuregui, trasunto de Lisa Johnson, se jacta de que el infrarrealismo en su conjunto no había sido más que el «pavoneo demencial de un pájaro idiota», se entiende que está refiriéndose al huevón de Roberto Bolaño, quien, como ya apuntamos, quiso convertir su vanguardia poética en una originalísima y estéril «carta de amor». De hecho, nuestro protagonista también aireó sus pasiones en el propio manifiesto del grupo, donde «Pepito Tequila», su primer *alter ego*, «besa los pezones fosforescentes de Lisa Underground y la ve alejarse por una playa en donde brotan pirámides negras», y donde más tarde «solloza» por su amor.

Desde luego, siendo el *homo sapiens* lo que es, un animal voluble e inconsecuente, no ha de sorprendernos que el joven Roberto continuase canalizando una parte de su despecho en idear estratagemas con las cuales herir a su ex, dándole donde más podía dolerle, a saber, en su presunta ausencia de talento, desquite al que recurrió, por ejemplo, cuando sentenció el supuesto fin de su carrera literaria, refiriéndose a ella como «ese halo de luz naranja [que] pudo haber sido una gran poeta». Qué podemos decir, ningún héroe es perfecto.

*

Para entonces sus propios padres se habían divorciado, poniendo fin a varias décadas de conflictos casi ininterrumpidos. Tras la separación, doña Victoria y María Salomé, la hermana de nuestro protagonista, se mudaron a un apartamento de la calle Londres, en la llamada Zona Rosa. De repente, Roberto se encontró viviendo a solas con don León, cuyo duelo, si es que de verdad lo hubo, fue

muy diferente al de su hijo: apenas necesitó un puñado de días para conquistar a una vecina del barrio, Irene Mendoza, con quien enseguida contrajo matrimonio.

No resulta descabellado suponer que aquella súbita unión tuvo, siquiera de forma indirecta, algo benéfico para nuestro protagonista. Según la propia Irene, un día, al volver del trabajo, advirtió de pronto un sonido extraño, una especie de gemido agudo que parecía provenir de la habitación de su hijastro. Tocó una vez, dos veces, pero nadie le dio entrada. Entonces abrió la puerta de un empujón y se encontró con el cuerpo de Roberto retorciéndose sobre la cama, los ojos desorbitados, la boca tapada de espuma, las manos crispadas como garras tratando de aferrarse a algo que ya no estaba. Sin siquiera pensarlo, doña Irene lo arrastró como pudo hasta la clínica más cercana, donde le hicieron un lavado de estómago, posiblemente salvándole la vida. Al regresar a casa, don León condensó su rabia de hombre viejo y práctico en una sola frase, «Menuda estupidez, Roberto, envenenarse por una mujer es absurdo, mujeres hay muchas». A su manera, estaba tratando de ayudarle.

*

La situación era esta. Bolaño iba camino de los veinticuatro años, su padre rozaba ya los cincuenta. Como venimos apuntando, la relación entre ambos se había caracterizado desde siempre por buenas dosis de apatía y distancia. Basta con observar cómo se refería a él como «León», a veces incluso «León Bolaño», mientras que a doña Victoria la llamaba «mi mamá» y, a ratos, con un tonillo entre la burla y el complejo edipiano, «mi señora madre». Ni padre ni hijo habían hecho nunca grandes esfuerzos por propiciar momentos de intimidad, entre otras cosas porque los gustos del primero, circunscritos a las peleas de boxeo y las corridas de toros, no casaban con las sensibilidades de un poeta vanguardista promedio (y decimos lo de «promedio» con plena intencionalidad léxica, porque un poeta vanguardista como Arthur Cravan peleó contra Jack Johnson, a la sazón campeón mundial de peso pesado, y un torero como Sánchez Mejías, amigo de todos los integrantes de la

generación del 27, estrenó un drama de corte surrealista titulado *Sinrazón*). Sin embargo, abismos al margen, lo cierto es que don León era un buen tipo y Roberto, a fin de cuentas, no dejaba de ser su primogénito, de modo que el padre se propuso ayudarlo a desalojar a la fuerza el recuerdo de Lisa Johnson, arrancándosela de la memoria como quien arranca una mala hierba del jardín, o al menos mitigando su huella mediante la siembra paciente de nuevas rutinas.

Un día se le ocurre proponerle un viaje a Acapulco. Quizá piense que unas vacaciones en el mar le ayudarán a olvidar lo inolvidable, aquello que le persigue y le perseguirá siempre, la mayor historia de desamor de su vida. Y quizás, solo quizás, Roberto acepta la propuesta con la secreta esperanza de que la escapada se convierta en su propia *road story*, nada mejor que subirse a un coche cualquiera para emular las peripecias de Kerouac. Nuestro protagonista sabe que no va a olvidar, lo sabe de sobra, pero también sabe que debe al menos intentarlo. Y eso hace: lo intenta. Desde luego no lo consigue, aunque ese viaje acabaría convirtiéndose en la materia prima con que Bolaño escribiría el que muchos consideran su mejor cuento, *Últimos atardeceres en la Tierra*, un relato terriblemente poético, con familias desmoronándose e hijos desgarrados por la ruptura, con hoteles caribeños fuera de temporada y el rumor de los turistas norteamericanos que se marcharon hace meses, con mariscos, tablas de surf, «una antología de surrealistas franceses traducida al español por Aldo Pellegrini, surrealista argentino», tequila, mezcal, playas de agua cristalina, cerveza, arena adhiriéndose a los surcos entre cada página, atardeceres sublimes, colonia barata, vendedores de bisutería paseándose por la orilla, locales de putas con olor a tierra húmeda, peces de colores, un clima pegajoso, sudor, iguanas con sabor a pollo, más cerveza, música tropical y rasposa brotando de altavoces viejos, partidas de cartas, ostiones de dudosa frescura, el humo del tabaco entre sus ojos y la piscina del hotel, cabañas con techo de cañizo, pescadores, un mar revuelto, huevos de caguama, el destino trágico —misterioso— del poeta francés Gui Rosey, otro poco de

cerveza y de tequila y de mezcal y dos jaiboles y un huachinango, partidas de cartas, felaciones en los baños de un antro de mala muerte, canciones de Lucha Villa saliendo de una gramola, vómito, resaca, dolor de cabeza, melancolía, amores ausentes, amores presentes, amores que matan. El viaje no lo cura, no, pero al menos lo acerca al lado más humano de su padre y le brinda un par de ideas para su futura obra literaria.

*

Sin Lisa Johnson, la vida era como un río sin cauce. Y el infrarrealismo, como un rosal en invierno. Y Ciudad de México, por más que le costase admitirlo, como un bote a la deriva, en pleno naufragio. Roberto decide saltar y abandonarlo antes de que el hundimiento lo chupe a las profundidades del mar.

Doña Victoria y su hermana Salomé se habían marchado a Barcelona unos meses antes. Lo mismo había hecho su compatriota Bruno Montané, quien, por cierto, no dejaba de mandarle cartas desde la Ciudad Condal hablándole de la precaria salud de su madre y de las bondades de una España en plena transición democrática tras la muerte del dictador Franco, misivas a las que nuestro héroe respondía con preguntas de índole práctica, como la cantidad de dólares mensuales que se requerían para malvivir en Barcelona, pero también con alusiones más o menos delirantes a sus cuitas sentimentales, «...yo AMMMMO a Lisa, paralizado de amor de rabia de impotencia de tristeza de soledad», «Una dosis de odio casi excesiva para mi precaria salud mental: visiones, supersticiones, pesadillas, fijaciones. Por ejemplo[,] fíjate que a cada muchacha en la calle (sea alta o baja, rubia o morena, gorda o flaca), la confundo con Lisa», «Mientras pasa el tiempo yo escribo, me masturbo pensando en Lisa y en mí», «Yo me contento con escribirte o especular sobre mis posibilidades telepáticas para despertarla a ella esta noche e invitarle a un poco de mi locura, mi empecinamiento kamikaze», etcétera.

No hay duda de que la mudanza de una parte de la familia y las noticias que le llegan a través de uno de sus mejores amigos debieron de envolverle en un ánimo distinto, suficiente para darle

fuerzas con que emprender el viaje. Según Salomé, su hermano soñaba con irse a vivir a París, como habían hecho buena parte de los escritores del *boom*, incluido su admirado Cortázar, y Barcelona no era más que una parada en el camino. El propio Bolaño habló de una oscura oferta laboral en Suecia. Su amiga Carla Rippey, la artista plástica que había ilustrado su primer poemario y que aparecería en *Los detectives salvajes* como Catalina O'Hara, contó que la marcha de Bolaño se hallaba vinculada a un presunto hostigamiento policial que estaba padeciendo la familia. Las razones del hostigamiento tenían que ver con el hecho de que un exnovio de Salomé —y excuñado de Bolaño— hubiese sido acusado de asaltar un local de comida rápida. Existen, por tanto, múltiples explicaciones acerca de qué motivó aquella partida. Es posible que, como en los accidentes aéreos, en los que siempre son dos o más circunstancias las que se alían para que se vaya al suelo una máquina que en principio puede resistir el fallo de un motor, una conjunción de varias de ellas acabarán convenciéndolo de que había llegado la hora de cruzar el océano. En cualquier caso, no caben muchas dudas de que entre las distintas averías que por entonces se daban en su vida la principal era el deseo, o más bien la necesidad, de poner tierra de por medio, y de paso un poco de agua, entre Pepito Tequila (él) y Lisa Underground (ella). El desamor seguía carcomiéndolo por dentro, igual que una polilla invisible en el interior de una viga de madera. «Si me quedaba en México me iba a colgar, sabía que me iba a morir», dijo más tarde.

Los únicos que le acompañaron al aeropuerto fueron su padre y su amiga Carla Rippey, esta última junto con sus dos pequeñuelos, Andrés y Luciano. Bolaño afirmó en una ocasión que en esa época todo su dinero provenía de actividades vinculadas a la escritura, incluidos artículos periodísticos, y gracias a eso pudo pagarse un billete de ida a Barcelona. Don León, en cambio, aseguraría haber costado el viaje de su propio bolsillo. Sea como fuere, el caso es que, tras abrazos someros y lágrimas invisibles, nuestro protagonista se despidió del lugar en el que había pasado la mayor parte de la última década. A partir de entonces, México sería el escenario de su

juventud perdida, un recuerdo, un territorio interior al que aferrarse en momentos de tristeza o extravío vital. Jamás volvió a poner los pies en aquel país, acaso temeroso de agitar los recuerdos de su juventud, esa fuente secreta que nutrió el corazón de su literatura y de la cual brotaron, generosas, muchas de sus novelas. O quizá, quién sabe, la razón para no retornar jamás a México fuese más simple, más prosaica, hija de la experiencia, pues la vida nos enseña que, como bien cantó Joaquín Sabina, «al lugar donde fuiste feliz, no debieras tratar de volver».

*

Según costumbres más o menos unánimes durante casi cualquier vuelo trasatlántico, pasa un buen pedazo del trayecto dormido. Sueña con imágenes superpuestas. Los labios tiernos de Lisa en 1974, el camión de su padre averiado en mitad de una carretera del desierto, la sonrisa extraordinaria de Lisa, un pabellón de tuberculosos en un hospital de Cauquenes, los textos de Lisa, su caballo Poncho Roto pastando en los prados de Quilpué, hacer el amor con Lisa, los recitales en la librería Gandhi, las tricolores de Lisa.

Para cuando se despierta, su vuelo acaba de aterrizar en Madrid. Es otro principio.

²⁵ Resulta cuando menos curioso que el presidente Echeverría concediese a Carlos Fuentes la misma prebenda con que el presidente Allende había retribuido los servicios preelectorales de Pablo Neruda. Otra prueba más acerca de lo similares que pueden llegar a ser los *homo sapiens*, con independencia de dónde se sitúen dentro del espectro político. Inevitablemente, la coincidencia recuerda a algo que el propio Bolaño escribiría mucho después en el relato *Días de 1978*: «La realidad, una vez más, le ha demostrado que la demagogia, el dogmatismo y la ignorancia no son patrimonio de ningún grupo concreto».

²⁶ Jodorowsky aparecería mucho después en *Carnet de baile*, uno de los relatos más atípicos de *Putas asesinas*.

²⁷ Como de costumbre, la realidad es algo más compleja, dado que el propio Paz había abandonado sus clases en la UNAM y era, por tanto, al igual que Bolaño, un prófugo de los planes de estudio formales. De modo que su supuesto academicismo respondía más a una percepción que a un hecho.

²⁸ Para muestra, un botón, o un poemínimo titulado *Cinismo*: «Ayer. / También. / Tengo. / Ganas. / De. / Emborracharme».

²⁹ En realidad se llamaba José Alfredo Zendejas Pineda, pero adoptó desde muy temprano el seudónimo de Mario Santiago, al que con el tiempo añadió el toponímico de Papasquiario, todo ello en homenaje al escritor y revolucionario José Revueltas, una de las figuras canónicas del infrarrealismo, quien provenía de la ciudad de Santiago Papasquiario, en el estado de Durango, al noroeste de México.

³⁰ Esas incursiones telefónicas en mitad de la madrugada ponían de los nervios a doña Victoria, pero la actitud materna no hizo mella en el propio Bolaño, quien —no contento con levantar el auricular y pasarse horas charlando animadamente con su nuevo amigo— acabó por imitar él mismo aquel hábito a lo largo de varias décadas, lo que le llevó a tornarse victimario de llamadas extemporáneas a escritores como Juan Villoro o Rodrigo Fresán o Javier Cercas.

³¹ Vale la pena recordar que ni siquiera fue el más bisoño del grupo. De hecho, Roberto y el propio Bruno Montané se encargaron de incorporar a las filas del infrarrealismo a Juan Esteban Harrington, un quinceañero cuya madre era amiga de Helga Krebs, la progenitora de Montané. A través de esta última se enteraron de que Harrington, un estudiante del Liceo Luis Vives, atesoraba ya varias docenas de libretitas atiborradas de versos, hecho que bastó para que lo convocasen a la Casa del Lago y, tras criticar implacablemente sus versos, le diesen una oportunidad para unirse a la causa. El fichaje resultó ser providencial. En primer lugar, porque Harrington jugaba al ajedrez con Ricardo Pascoe, hermano de Juan Pascoe, quien se convertiría en el primer editor de nuestro protagonista. En segundo, porque, según las malas lenguas, el novísimo recluta inspiraría la personalidad entre devota y *naïf* del personaje de García Madero en *Los detectives salvajes* (cosa que, dicho sea de paso, el propio Harrington siempre ha negado).

³² Ya existe bastante bibliografía al respecto. La obra más reciente de todas es *Roberto Bolaño: real infrarrealista*, del escritor y periodista Raúl Silva. Ahora bien, pese a que estas páginas carecen de ánimo exhaustivo, vale la pena mencionar, siquiera de forma fugaz, que no todos los intentos por incorporar nuevos integrantes a su futura vanguardia poética acabaron dando frutos. Uno de los fracasos más sonados fue el de Francisco Silva. Al parecer, Silva se hallaba en el Café La Habana mientras Bolaño recitaba de memoria una epístola de Giuseppe Ungaretti, pero nuestro protagonista se quedó trabado a la hora de evocar la autoría del poema. Después de que Silva le echase un cable delante de los asistentes, Bolaño decidió citarlo en una azotea de la calle Colima, en la colonia Roma. Nada más llegar, los compañeros de Bolaño lo escoltaron hasta un rincón de la terraza, dejándolo solo junto al supuesto líder del grupo, diríase una conversación privada con Marlon Brando en una película de Coppola. Según el propio Silva, Bolaño le pidió que «se afiliase» a su movimiento, como si se tratase de un partido político. Más que la estética, el rasgo característico del infrarrealismo era la fidelidad a ultranza. Silva rechazó la propuesta, atrevimiento al que nuestro

protagonista habría respondido con un retintín entre torvo y desafiante, «Si no estás conmigo, estás contra mí». Fue la última vez que se dirigieron la palabra.

³³ Nuestro protagonista acabaría dedicándole uno de sus poemas: «El recuerdo la hacía llorar en aquel cuarto del hotel / Trébol, *espacioso y oscuro, con baño y bidet, el sitio ideal* para vivir durante algunos años. El sitio ideal para *escribir* un libro de memorias apócrifas o un ramillete de poemas de terror. Lupe *era delgada y tenía las piernas largas y manchadas* como los leopardos».

³⁴ Por la correspondencia entre Carlos Edmundo de Ory y Bolaño sabemos que la pareja vivió bajo el mismo techo entre marzo de 1975 y abril de 1976. Trece largos meses.

³⁵ El efecto era aún mayor los días en que Bolaño y Lisa se daban un revolcón por alguno de los baños públicos del D. F., como parece que hicieron, al menos si hemos de creer los desmanes de Remo Morán y Laura, sus dos trasuntos en el «Manifiesto mexicano» que cierra *El espíritu de la ciencia-ficción*.

³⁶ No fue el único lugar donde los infrarrealistas hicieron de las suyas. La Casa del Lago también acabó abriendo sus puertas a varios miembros del grupo. Uno de los primeros eventos en aquel escenario se tituló *Cabaret al mediodía*.

³⁷ La versión escrita del manifiesto infrarrealista se publicaría un año después, en 1976. A la hora de redactarlo, Anaya propuso una «participación colectiva», con un texto por integrante, argumentando que de todos ellos emergería el espíritu del infrarrealismo. Bolaño, por su parte, insistió en ser autor de un único manifiesto, que los demás firmarían. Finalmente, Bolaño, Mario Santiago y Anaya redactaron sendas proclamas, pero solo el de nuestro protagonista acabaría colándose en la revista del grupo al año siguiente.

³⁸ Serpas aparecería no solo en *Amuleto* y en *El espíritu de la ciencia-ficción*, sino también en un poema de 1976 titulado *Sentados en los muelles debajo de las grúas*, que incluye los siguientes

versos: «No me explico a la vieja Lilian vendiendo las pinturas *de su hijo el invisible y diciendo poemas* cuyos protagonistas aman y mueren en la época / de Maximiliano y Juárez o bien son vacas y gatos».

³⁹ Pese a la *performance* contra su vástago, Efraín Huerta siguió permitiendo que los infras visitasen su apartamento de la colonia Polanco, en la calle Lope de Vega, donde el poeta mexicano se recuperaba de un cáncer de laringe. «Un cuarto de hora y se marchan», solía decirles, pero enseguida se ponía a repartir vasitos de vodka y las veladas se alargaban toda la tarde. En *La Universidad Desconocida*, Bolaño capturó el ambiente místico-efímero, o bohemio-efímero, o místico-bohemio, de aquellos encuentros: «No sé, Efraín, / qué paisajes decir ahora que estoy pensando / en ti. No solo tu bondad me ayudó; también / esa suerte de honradez hierática, tu sencillez *al apoyarte en la ventana de tu departamento* para contemplar, en camiseta, el crepúsculo *mexicano, mientras a tus espaldas los poetas* bebían tequila y hablaban en voz baja». Huerta era director de *El Gallo Ilustrado*, el suplemento cultural de *El Día*, donde Bolaño acabó teniendo una página en la que publicaba sus propios textos y a veces los de sus amigos.

⁴⁰ No solo se enfrentaban a otros poetas. Una vez llegaron al extremo de interrumpir una representación teatral y desafiar entre gritos al público, «Digan en voz alta, ¿qué prefieren: poesía infrarrealista o teatro del malo?».

⁴¹ Uno de ellos resumió su principal táctica en cinco palabras: «Llegas, actúas y te escondes».

⁴² Por supuesto, el mito de Bolaño incluye también una miríada de especulaciones en torno a su supuesta adicción a la heroína, hecho este que algunos datan de su época infrarrealista y otros de sus quehaceres como migrante precario y poeta maldito en la España de comienzos de los años ochenta. Carolina López, la viuda del escritor, lo ha negado tajantemente. En uno de sus escasísimos comunicados, publicado de la mano de su agente, Andrew Wylie, alias El Chacal, López aseguró que Bolaño «nunca sufrió ningún tipo

de adicción a las drogas, incluida la heroína». Numerosos testimonios de la época infrarrealista concuerdan con lo dicho por López y pintan a nuestro protagonista como un tipo entre lo desbocado y lo sensato, pero mucho más cercano a lo último que a lo primero, justo al contrario que su amigo Mario Santiago. Si Bolaño probó o no la heroína de forma puntual, y si el texto titulado *Playa*, donde alude a dicho vicio, tiene o no algo de biográfico, es algo que escapa a la seudomnisciencia de este humilde narrador. Cabe suponer que el artífice del manifiesto infrarrealista se dejaría llevar en algún momento por algunos de los excesos a los que dio vida en el papel. También cabe suponer, en vista de su obsesión con William Burroughs en general, y con *El almuerzo desnudo* en particular, que Bolaño había cuando menos leído los panegíricos *beatnik* sobre las cualidades orgiásticas de los estupefacientes. Claro que leer una arenga y acatar su llamado son dos cosas distintas.

⁴³ Rejano aparece en el cuento *El ojo Silva* y, como tantos otros, en las páginas de *Los detectives salvajes*: «Una vez yo estaba en *El Nacional*, allá por el año 1975, y allí estaban Arturo Belano, Ulises Lima y Felipe Müller. De pronto apareció una rubia bastante potable (soy un experto) y se saltó la cola de pinches poetas que se arracimaban como moscas en el cuartucho donde trabajaba don Juan Rejano». En la ficción, como seguramente ocurrió en la realidad, esa rubia potable resultó ser ni más ni menos que Verónica Volkow, la ya aludida bisnieta de Trotski.

⁴⁴ Méndez lo calificó también de «burócrata de las letras». El recelo que se desprende de algunos de estos testimonios es válido, pero tal vez inecuánime. Muchos miembros del grupo acabaron aborreciendo a Bolaño, no solo por arrogarse —con o sin razón— el papel de líder supremo, sino también por la forma en la que caricaturizó sus peripecias vitales para armar *Los detectives salvajes*. Aunque la literatura bebe siempre de lo real, hay una verdad como un templo, incontrovertible: la mayor parte de los *homo sapiens* detestan verse retratados en las páginas de una novela, a veces incluso en las de una biografía.

⁴⁵ La influencia de Kerouac en la vida y obra de Bolaño es autoexplicativa. Basta con echar un vistazo a estas líneas de *En la carretera*: «La única gente que me interesa es la que está loca, la gente que está loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde como fabulosos cohetes amarillos explotando igual que arañas entre las estrellas». Lo mismo podía decirse, por supuesto, sobre el influjo de Manuel Maples Arce, un estridentista que arengó a los jóvenes poetas mexicanos para que no se dejasen corromper «con los mezquinos elogios de la crítica oficial y con los aplausos de un público soez». Pocas veces ha sido tan fácil rastrear la tradición formativa de un escritor consagrado.

NUEVOS COMIENZOS EN EL VIEJO MUNDO

«Y amor vendrá con Lucha de Clases
en un punto decisivo.

iBang, bang!

De la infrarrealidad venimos, ¿a dónde vamos?».

ROBERTO BOLAÑO,

Overol blanco y otros poemas

Empieza su estancia en España, podríamos llamarlo exilio, claro, pero años más tarde, al hablar del escritor venezolano Rómulo Gallegos, defendió ante un auditorio exaltado que «un latinoamericano jamás está exiliado en España» y, en consecuencia, suponemos que ese tampoco debió de ser su caso. Quizás el exilio consista, ante todo, en una cuestión de actitud. Quien se exilia espera volver. Para Bolaño, un escritor extraterritorial, ya no había orillas propias, ni hogares, ni retornos. En cuanto a las patrias, la suya era únicamente la lengua, como no se cansaría de repetir durante años, al menos hasta que el nacimiento de un primer hijo viniese a trastocar, junto con los sueños y las rutinas, el mapa secreto de sus afectos.

Si aceptamos, ya sea de buena gana, ya a regañadientes, que Roberto no es, al menos no en sentido estricto, un exiliado, la conclusión se nos antoja ineludible: acaba de convertirse en un migrante económico, como lo fuera antaño su abuelo paterno, Ricardo Bolaño Morán, claro que nuestro Bolaño emprende la travesía en sentido inverso, y nada de caminos de agua arañando vastos océanos, esta época es más la de los aviones, sobre todo para quienes vienen desde lejos y pueden costeárselo. Obvia precisar que no viaja en primera clase, pero las aerolíneas de aquel entonces aún permitían a los turistas estirar las extremidades con cierta comodidad, sin las estrecheces del paulatino proceso de asardinamiento al que las siempre tiránicas leyes de la oferta y la demanda vienen abocándonos. Eran, como suele decirse, otros tiempos. Tiempos en los que uno podía arrellanarse en el asiento de la clase turista y dormir a pierna suelta, tanto literal como metafóricamente, sin abundar en el hecho de que por entonces, por inverosímil que les parezca a los más cachorros hoy, se podía fumar.

En fin, que seguro que algo ha descansado. Basta ver la imagen de su llegada al aeropuerto de Madrid-Barajas, donde un *paparazzi* de guardia captura el momento en que baja las escalerillas por la parte trasera del avión. En estos años nadie lleva consigo teléfonos inteligentes, ni iPads con cámaras integradas, y son pocos quienes poseen un aparato fotográfico, de modo que no ha de extrañarnos

que una de las profesiones aeroportuarias en boga sea precisamente la de ganarse la vida inmortalizando el desembarco de un vuelo. Luego se le ofrece a cada pasajero el resultado del disparo y ya decidirá el susodicho si compra o no aquel recuerdo, para muchos el viaje constituye una circunstancia rutinaria, una mera vuelta a casa, otros, en cambio, se hallan frente a novísimas etapas vitales, como sucede en el caso de nuestro protagonista, quien decide adquirir su retrato, gracias a lo cual somos ahora testigos del instante preciso en que Bolaño, con el rostro todavía a medio hacer, baja estas escalinatas cubiertas por el ubicuo logo de Iberia, con los cabellos crespos ondulando al viento, una mueca de extrañeza en los labios —no debe de estar acostumbrado a que lo fotografíen sin permiso— y, como corresponde a los meses invernales, tres capas de ropa sobre los hombros, primero un jersey de cuello de tortuga, luego una camisa de franela a cuadros y, cubriéndolo todo, un guardapolvo negro. Su único equipaje de mano es una máquina de escribir. Si llevaba libros para el vuelo, debió de embutirlos en algún recoveco del estuche, o tal vez en un bolsillo del abrigo. Otra posibilidad, plausible pero improbable, es que se embarcase en aquel avión sin lecturas de ninguna índole, convencido de que durante las catorce o quince horas que a la sazón duraba la ruta entre México y España apenas si dispondría de tiempo para verter en su máquina de escribir un tercio de los borbotones de imágenes e intuiciones que le revoloteaban por las mientes, obligándolo a teclear frases con desenfreno. Caso de haber sido así, sus vecinos de asiento debieron de blasfemar contra el dios de los vuelos trasatlánticos, Me cago en la máquina de escribir de este tipo greñudo, pudo haber pensado alguno de ellos, y enseguida añadir, a modo de desahogo silencioso, Hubiera preferido un bebé.

*

Madrid no es más que una escala. En un santiamén se hallará en Barcelona, su verdadero destino. Allí se instala en casa de doña Victoria, en el número 339 de la Gran Vía. El cuarto de invitados es más amplio de lo que había anticipado, buena noticia, sin duda, porque el exceso de espacio torna aún más gratas las horas de

encierro, esas que dedica a inaugurar nuevas etapas en su obra poética, tratando de innovar en la forma y de distinguirse, si no de otros, al menos de sí mismo.

Varias décadas después admitiría que no deseaba cambiar de vida, porque la vida ya lo había cambiado a él muchas veces, con comienzos que tejían de improviso borrones y cuentas nuevas, empezando de cero, o casi, con poco equipaje auestas, salvo los sueños y los miedos y la experiencia. A su llegada a la Ciudad Condal predominan por supuesto los sueños. Como diría más adelante el propio Bolaño, en las calles se respiraba «una atmósfera de júbilo». No ha de extrañarnos el deje de ilusión que subyace a sus palabras, ya lo advirtió su admirado Huidobro en las páginas de *Altazor*, «todo es nuevo cuando se mira con ojos nuevos». Las pupilas de Bolaño parecen recién salidas de un laboratorio de óptica experimental, ensambladas con precisión quirúrgica y calibradas minuciosamente en un espectrofotómetro emocional para que ahora disfrute de las calles de Barcelona, urbe de la que no tarda en enamorarse.

El dictador Francisco Franco había muerto en la cama, sin revoluciones ni quebrantos, el 20 de noviembre de 1975 (aunque hay quien asegura que murió unos días antes y lo mantuvieron congelado para hacer coincidir la fecha de defunción con la de José Antonio Primo de Rivera, ideólogo falangista). Para cuando Roberto pisa suelo español, el país persigue con ímpetu juvenil las mieles de la democracia. Las tensiones entre las diferentes facciones políticas continúan en auge y la banda terrorista ETA, enardecida tras su inesperado golpe al franquismo (*i. e.*, hacer volar por los aires al presidente del Gobierno, el militar Carrero Blanco), dará comienzo en breve a su etapa más sangrienta, para la cual ya ha comenzado a calentar motores en la clandestinidad. Sin embargo, nada de lo anterior impedía a la mayor parte de los ciudadanos mirar al futuro con grandes dosis de optimismo, gracias a un imprevisto movimiento regio mediante el cual el heredero del dictador, el rey Juan Carlos I, se quita de en medio a Arias Navarro, el presidente franquista, y promociona a un joven político, Adolfo Suárez, quien ayuda a

convencer a la gente, a buena parte de la gente, de que quizá vaya en serio eso de que la libertad, si no ha llegado aún, se encuentra al menos a la vuelta de la esquina, para más señas, se la espera en apenas unos meses, el 15 de junio de 1977, fecha en la que se celebrarán elecciones generales, reanudando una tradición democrática adormecida desde los remotos tiempos de la Segunda República. En definitiva, se trataba del lugar perfecto para que un infrarrealista diese rienda suelta a las derivas desmesuradas de su imaginación.

La primera noche sale a caminar con un amigo por la Vía Laietana, atravesando el barrio Gótico, cuyas callejuelas recorre en un estado de éxtasis. Todo es nuevo y hermoso. Todo le sorprende. En una esquina, por ejemplo, se tropieza con una mujer desnuda que habla consigo misma. Él y su amigo se unen al corrillo de curiosos que la observa en la distancia, hasta que aparece una patrulla de policías y uno de los agentes la cubre cariñosamente con una manta. Años después, Bolaño diría que la diferencia con América Latina se le antojó entonces «abismal», porque en cualquiera de los países que él conocía la habrían metido a empellones en un coche patrulla, tal vez para acabar siendo golpeada o incluso violada en la comisaría. Al parecer, en la Barcelona de 1977, la locura y el extravío eran recibidos con una ternura entrañable, o eso pensó entonces nuestro protagonista. Lo más curioso es que uno de los recuerdos más vívidos del joven Bolaño coincidiese con uno de los recuerdos más vívidos del joven David Lynch, y que este último lo evocase en una de las escenas más icónicas de *Terciopelo azul*, obsesión, por cierto, tan bolañesca como davidfosterwallaciana.

*

Pronto llega la primavera, con su oleada de desórdenes hormonales y metabólicos. Aprovechando la coyuntura, o víctima de ella, nuestro protagonista no tarda en extraviarse por lo que en una carta a Juan Pascoe —su primer editor— llamará «Barcelona La Loca». El exceso de tentaciones lo obliga a alejarse durante varios días seguidos de la máquina de escribir, aunque trata de garabatear papeles aquí y allá, cuadernos, agendas, pedacitos de papel rosado. Entre línea y línea,

se codea con «los más bellos anarquistas del mundo», con quienes disfruta de los placeres de la vida.

Aquel primer año «se enamora» cuatro veces: de una inglesa, de una extremeña, de una catalana y de una gallega, esta última, una mujer de piel blanca y ojos color esmeralda, es la única con quien no se acuesta. Bolaño diría después que llegar a Barcelona fue encontrarse con el regalo de la libertad, y no solo la política. En una ocasión hablaría de una «gran liberación sexual», en otra se referiría a un «gran estallido sexual». No se trataba solo de hacer el amor cada vez que se presentase la oportunidad, sino también de dejarse llevar por las fantasías y las ansias voyeristas, siempre a la caza de alguna de las infinitas formas de la belleza, siendo a veces pasado y a veces futuro, pero siendo siempre cuerpo presente. En una de las cartas que le mandó a Pascoe, nuestro héroe habló también de las muchas muchachas solitarias de la ciudad, a quienes amaba «con locura», muchachas que se besan en el cuello o «acariciándose los clítoris mutuamente por encima de los blue jeans». «Aquí puedo serlo todo menos elegante», concluye. Ahí estaba él, en efecto, rodeado de calles y nubes y sábanas blancas, viviendo, viviendo, viviendo, «aunque bombas atómicas y árboles de acero enturbien nuestros ojos».

Además de compartir tiempo con su amigo Bruno Montané, son años en los que se codea con grupos de exiliados latinoamericanos, muchos de ellos víctimas de las dictaduras militares del Cono Sur, entre quienes sus propias peripecias durante el golpe de Estado de Pinochet, quizás un pelín exageradas por la desmesura de su imaginación, se tornan credenciales de primer orden. B, protagonista del relato *Días de 1978*, y *alter ego* de nuestro muchacho, dedica buena parte de sus jornadas a pasear por las Ramblas, con la preceptiva parada en el mercado de La Boquería, o por las calles del barrio Gótico, refugiándose, sin prisa ni propósito, en viejas tabernas. Luego, bien entrada la noche, tal y como solía hacer el propio Bolaño, B acude a fiestas improvisadas en la casa de tal o cual exiliado chileno. A veces pasa la madrugada en mesas o en camas llenas de vino, hasta que regresa a casa a horas

intempestivas, madura ya la mañana, borracho, pero con la mano picándole a causa de la sarna que produce a veces la literatura. Entonces se encierra en su cuarto y se pone a escribir poemas, o diarios, o cartas encendidas cuyos destinatarios se hallan al otro lado del charco.

Gracias a esas rutinas sociales, pronto conoce a gente de toda España, pero también del resto de Europa, dado que Barcelona era, como sigue siendo, un hervidero cosmopolita, una ciudad atiborrada de «cuerpos acostumbrados al trabajo» y de «relojes despertadores sonando en la madrugada». El suyo lo escucha a regañadientes, porque lógicamente, mal que le pese, se ve obligado a trabajar para ganarse el pan de cada día.⁴⁶ Ya volveremos en breve a sus breves laborales. Por ahora tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

*

Y nada más importante, desde luego, que la presunta muerte del infrarrealismo. En aquellos años de nuevos comienzos, Bolaño cayó otra vez preso de la voracidad viajera, como si su etapa de imitador rimbaudiano aún no hubiese tocado fondo. Recorrió Portugal y Marruecos y una miríada de urbes españolas, entre ellas Sevilla, donde se dedicó a pasear por la ciudad y a espiar a inocentes muchachas andaluzas a través del cristal nublado de las copas de vino. De entre sus múltiples viajes, sin duda el más trascendental, siquiera a efectos de los designios narrativos que rigen este vero relato, fue su paso por Francia. Pero, antes, digamos unas palabras acerca de lo que sucedió previamente al otro lado del charco.

Como recordarán ciertos lectores, o como recordarán al menos los lectores que posean memorias eidéticas y/o compartan rasgos con el personaje borgiano de Funes el Memorioso, al referir el acto fundacional del infrarrealismo en el apartamento de Bruno Montané, en la colonia Mixcoac, aludimos a una tal Claudia Keric, poetisa de origen argentino quien, por entonces, y conforme advertimos, traía ya de cabeza a Mario Santiago. Tan enamorado se hallaba el pobre terrorista cultural que en cuanto Claudia emigró a Israel, movida por

sus raíces judías y por la voluntad de estudiar literatura en la Universidad Hebrea de Jerusalén, Mario decidió hacer lo propio, en su caso movido por el amor, o por el desamor, que en última instancia viene a ser más o menos harina del mismo costal. Con este objetivo en mente, se plantó en la sede de El Guardián Joven, una organización sionista que reclutaba a muchachos en el D. F. para emigrar a Israel y trabajar en los kibutz, labor de alistamiento que los voluntarios de turno solían llevar a cabo con absoluta candidez y sin caer jamás en las artimañas del *marketing* capcioso, vean si no el póster que cuelga a la entrada del local, donde, junto a una rosa ensangrentada sobre la arena del desierto, se lee esta frase, diáfana como un amanecer sin nubes, «No esperes un jardín de rosas». El terrorista cultural no esperaba tal cosa. A él le bastaba la idea de compartir las durezas del desierto con la hermosa Claudia Kerik y así se lo dijo a Juan Esteban Harrington, el infrarrealista que presuntamente inspiró el personaje de García Madero en *Los detectives salvajes*, quien tuvo la amabilidad de acompañarlo en la preparación de aquellas gestiones amatorio-migratorias. Pero antes de aterrizar en Tel Aviv, gracias, por cierto, a un billete de avión cortesía de su señora madre, Mario optó por pasar unos mesecitos en Europa y, entre otras cosas, empaparse de París, donde consagró sus jornadas a recorrer los escenarios por los que otrora deambularon la Maga y Horacio Oliveira, ínclitos personajes de Cortázar.

Al poco tiempo de esta nueva diáspora infrarrealista, Roberto le escribió a su exeditor Juan Pascoe para anunciarle que él y Bruno Montané planeaban viajar también de Barcelona a la Quinta República con objeto de reencontrarse con Mario, hacer la vendimia y, ya que estaban, «emborracharnos los tres más tres camaradas bellas en alguna playa».⁴⁷ La consigna que regía sus vidas podía resumirse con una única palabra: liberación, o con otra de etimología casi análoga: libertinaje, o, por qué no, con la media docena de vocablos, algo más explícitos, sin duda, que empleó el Bolaño de esta época para resumir el espíritu de la expedición: «tráilers repletos de manifiestos y orgías».

Aquel viaje tuvo dos epicentros: la capital gala y el sur de Francia.

La estadía en París acabó convirtiéndose en una escala inagotable. Tal y como había ocurrido en los locos años veinte, la ciudad era aún una fiesta, al menos en el ámbito de la cultura. Allá vivían entonces Samuel Beckett y Jean Genet, Marguerite Duras y Julio Cortázar, a ratos también Susan Sontag, y allá llegaron el terrorista cultural Mario Santiago y, en su estela, los poetas infras Bruno Montané y Roberto Bolaño. De Santiago dijo nuestro protagonista que conocía la Ciudad de la Luz como si fuese la colonia Portales y que, entre paseo y paseo por los siempre fructíferos —y siempre bohemios— mercados de pulgas, no tardó en codearse con una pandilla de poetas franceses, exiliados trotskistas chilenos y algún peruano errante, con quienes pasaba las noches sorbiendo vino barato en antros de mala muerte o explorando el universo infinito de las *chambres de bonne*, donde tertulias y bacanales derivaban en la génesis de empresas con poco o ningún futuro, como editar antologías poéticas revolucionarias o imprimir una revista bilingüe de título improbable, *TIKETURAI*D, *BOLETOPARAVIAJAR*. Algunos de los narradores de *Los detectives salvajes*, como Simone Darrieux (rue des Petites Écuries, París, julio de 1977) o Hipólito Garcés (avenue Marcel Proust, París, agosto de 1977), dieron buena cuenta de lo que debió de ser el desmadre lírico de los infrarrealistas por las buhardillas de la ciudad, y a esas páginas nos remitimos.

El otro escenario de este reencuentro infrarrealista fue el sureste de Francia.⁴⁸ Bolaño y Mario estuvieron juntos en Planèzes, epicentro de una región vinícola donde siempre se requería mano de obra, máxime en época de vendimia. Allí conoció nuestro héroe a una jovencita inglesa con quien a duras penas lograba comunicarse, sin que las barreras lingüísticas fuesen óbice para entregarse a la lascivia mutua de los cuerpos.⁴⁹ (Aquella fue una de las cuatro mujeres de quien Bolaño «se enamoró» en 1977, siempre según él mismo). Además de Planèzes, los amigos pasaron una temporada en la ciudad costera de Port-Vendres, donde se embarcaron en un bote pesquero durante una jornada de faena excepcional, labor que les permitió conseguir ochocientos francos, lo que hoy equivaldría a

unos quinientos o seiscientos euros, cantidad más que suficiente para costear un buen pedazo de sus aventuras en el país vecino. En las postales que le envía a Bruno Montané, a menudo plagadas de dibujos y viñetas evocando la vida en el litoral, habla de sus quehaceres como vendimiador («He sido *porteur*, o sea, el huevón que lleva la mochila. Mis músculos aguantan más de lo que creía»), y de sus desvaríos eróticos («las muchachas germanas con el pelo revuelto por esta brisa que viene dando tumbos desde el Jura»), y, cómo no, también de su amor perdido («en la madrugada aparece Lisa»).

Pero ya basta de devaneos y promiscuidades. La razón por la que nos hallamos ahora aquí, en plena región del Rosellón, y a orillas del Mediterráneo, es para proclamar la muerte del infrarrealismo. El acto fúnebre tiene lugar en la estación de trenes local, un edificio cuadrangular de techos bajos rodeado por colinas más bien áridas y rocosas, a excepción de un puñado de árboles y arbustos de secano. Antes de tomar sus respectivos caminos, Mario Santiago y Roberto Bolaño se abrazan con ese amor fraternal que difícilmente se logra pasada la juventud. Para uno, el porvenir se halla en Israel. Para otro, en Cataluña. Ninguno sabe a ciencia cierta si volverá a pisar Ciudad de México, porque el *homo sapiens* rara vez puede prever su destino, o no siempre, o no de forma cabal. Estos dos, por lo pronto, intuyen que los adioses en la estación de Port-Vendres son algo más que transitorios, así que se ponen de acuerdo en una cosa, o en dos: mantenerse siempre en contacto y declarar aquella despedida como el acto poético con el que se pone fin al movimiento infrarrealista. Por supuesto, no cumplieron con lo primero: Roberto y Mario salpicarán su correspondencia de intermitentes periodos de perfecto silencio, alguno de los cuales llegó a prolongarse varios años. Lo que sí cumplieron a cabalidad fue dar sepultura al infrarrealismo, mostrando una vez más, hoy con los ojos húmedos, mañana tal vez con lágrimas a la callada, que suele ser cierto aquello de que todo lo que empieza como comedia acaba, a la postre, como tragedia.⁵⁰

De regreso a Barcelona, el tiempo vuela como un manojo de páginas sueltas arrastradas por el viento del exilio. Bolaño deja pasar los días, trasmañando sueños y esperanzas, pero convencido de que algún día les dará alcance. Ha amontonado ya experiencias suficientes para elaborar las cápsulas —narrativas, poéticas— con que armará su obra y alcanzará su voz.

A veces pasea solo por el barrio, dejándose llevar por la inercia de las aceras, otras en compañía de Álvaro Montané —hermano de su inseparable Bruno— o de Jaime Rivera, alias Jaimbotas, quien una tarde cualquiera, estando sentados en una terraza, le refiere varias anécdotas perturbadoras acerca de un «pintor facha» con quien había compartido aula en la Escuela de Bellas Artes poco después del golpe de Pinochet. En una ocasión, aquel personaje los invitó a su apartamento de la calle Seminario, donde colgaban, cual adorno macabro, retratos de opositores asesinados. El relato impresiona hondamente a Roberto y decide archivarlo en algún pliegue oscuro de su memoria, como quien guarda una fotografía maldita, para volver a él casi una década y media después, cuando aquella escena mute en la exposición de Carlos Wieder, el aviador y asesino que protagoniza *Estrella distante*.

Los viernes por la noche se encamina a la Bodega Fortuny, donde, además de conversar sobre literatura y revoluciones —las propias, las ajenas, las imaginarias—, se entrega durante horas a los encantos mecánicos de la máquina de *pinball*, como si la lógica errática de aquella esfera cromada, con sus vaivenes indomeñables, le ayudase a cifrar aspectos esenciales de la existencia. Los domingos, en cambio, es el turno de la pizzería Rivolta, un local «cutre, pero superagradable» a un costado de las Ramblas, donde el queso barato y la charla fluían por igual, sin mayores expectativas que las de reírse un rato o combatir el hambre. Así, poco a poco, va dejando tras de sí una estela de locales, como la Granja Parisien, donde solía aparecer solo y pensativo, con sus papeles desplegados y una taza de café vacía como único testigo, o el bar Vila, cuyo dueño, «un anarquista naturalista», terminaría convertido en personaje de *Diario de bar*, un relato a cuatro manos con su

camarada Porta. En *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* también se adivinaban algunos de los rituales de aquellas visitas: acercarse primero a la máquina de cigarrillos, extraer una cajetilla de Camel, encender uno allí mismo, en la barra, mientras hojeaba el periódico que, por fin, había abandonado el anciano de la mesa del fondo, o bien, según la hora, elegir la siguiente canción en la gramola, ese Spotify analógico y reducido al que los parroquianos se aproximaban con una mezcla de nostalgia y atavismo. David Bowie para Ángel Ros. Little Richard para Bolaño. Estos bares barceloneses aparecerían, en verdad, casi que por doquier, incluidas las páginas de *Estrella distante*. A menudo eran descritos como lugares donde el ruido —el rumor de las voces, el entrechocar de los platos, el zumbido apagado de la tele— se imponía sobre cualquier intento de comprensión, como si la ciudad misma, con su vértigo de luces y lenguas, no quisiera que nadie la escuchara del todo, como si en ese barullo incesante se ocultara una verdad demasiado dolorosa o demasiado simple: que la vida, al final, no es más que eso. Un cigarrillo en la barra del bar. Una canción elegida al azar. Una frase olvidada. Un tipo greñudo con sus colegas, o solo, escribiendo en una servilleta.

Vista desde fuera, podría parecer una existencia demasiado pobre o demasiado sencilla, pero en aquellos momentos Roberto tenía todo cuanto necesitaba.

*

A diferencia de lo que había sucedido en Ciudad de México, donde nuestro protagonista pasaba buena parte de su tiempo codeándose con poetas y artistas, en su primera etapa catalana se mantuvo algo más al margen tanto de lo bohemio como de lo iconoclasta. Hubo, por supuesto, algunas excepciones. La más notable de ellas fue, sin duda, su cercanía con varios miembros del Taller Llnàtic, una vanguardia formada por artistas mallorquines de corte ultratransgresor, quienes, movidos por el afán de cimbrar los cimientos de la dictadura, habían trabado alianza con una miríada de células clandestinas durante la época del tardofranquismo. Los integrantes del grupo se opusieron con la fuerza de sus pinceles a la

falta generalizada de libertades y, para cuando Bolaño los conoció, seguían haciendo lo propio en plena transición democrática, porque en el país quedaban aún demasiados nostálgicos del viejo régimen. Entre sus figuras claves se encontraban Miquel Barceló, Bartomeu Cabot, Damià Ferrà-Pong, Esteve Terradas, Andreu y Sara Gibert, con quien nuestro protagonista mantuvo una fugaz relación. En la segunda mitad de la década de 1970, buena parte de ellos vivía o pasaba largas temporadas en Barcelona, incluido Miquel Barceló. Salvando las distancias, podría decirse que Taller Llnàtic era una suerte de infrarrealismo mallorquín, aunque con un notorio énfasis en las artes plásticas. Entre sus *boutades* más lúdicas y provocadoras se contaba el haber llevado un ataúd con un cadáver al Salón de Otoño del Círculo de Bellas Artes de Palma y el editar un folletín conocido como *Neon de Suro*, de uno de cuyos ejemplares, por cierto, sacó Bolaño los dibujos que inspirarían la jugarreta de los sombreros mexicanos en *Los detectives salvajes*.⁵¹ Barceló llegó a decir que los dos lemas del grupo eran «Papá, mamá, dadá, Duchamp, Breton» y «Viva Rimbaud y a por ellos», este último inspirado por el escritor Dylan Thomas. Tanto la vena rimbaudiana como la surrealista eran, como sabemos, del gusto de Bolaño y sus amigos, de modo que los vasos comunicantes resultaron casi inevitables. Ambos se hallaban, además, en la flor de la juventud. Los integrantes del grupo se definían como «transgresores en lo sexual», y, de hecho, nuestro protagonista los describió en una de sus cartas como «gente bisexual de Mallorca, bellos como sus islas, locos, dadaístas, homosexuales del FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria), feministas, radicales, pájaros de goma». El ambiente debió de casar bien tanto con su ética como con su estética. No en vano, Bolaño repitió en varias ocasiones que en aquellos años de su llegada al nuevo mundo osciló con frecuencia entre la pobreza monetaria y la riqueza espiritual-sexual.

Ahora bien, pese a todo lo anterior, no logra olvidar a Lisa Johnson. En sus propias palabras, resultaba «demasiado difícil abrirse a vórtices nuevos con los viejos dentro (y sucede que los

viejos NO son viejos, simplemente SON)». Ay, bendita juventud.

*

Ni que decir tiene que no todo fue promiscuidad durante aquellos años barceloneses. Hubo también varios periodos de monogamia, o de monogamia relativa. De entre ellos, el más notable fue el que vivió junto a Lola Paniagua, una ecologista temprana de aspecto *hippy*, sonrisa cálida y ojos grandes como lunas llenas a quien Roberto no dudó en describir como «bellísima». Lola había nacido en Buenos Aires de padres españoles, pero al año y medio de llegar al mundo sus progenitores decidieron emprender el camino de regreso y se instalaron en un Bilbao carente de libertades políticas. Al final de la adolescencia se mudó a Zaragoza con miras a cursar la carrera de Química y allí se unió a uno de tantos grupúsculos de lucha antifranquista, compuesto principalmente por lo que ella misma definiría como «marxistas libertarios».

En 1973, casi a la par que nuestro protagonista se hundía en las cárceles chilenas del general Pinochet, Lola fue detenida por la Brigada Político-Social (BPS), la policía secreta del Caudillo, en cuyas manos pasó cuatro larguísimas semanas de insultos, vejaciones y torturas. Para cuando la soltaron, sus propios amigos la trataron con una mezcla de desconfianza e incompreensión, lo que acabó sumiéndola en una retahíla de trastornos psicológicos, o como mínimo exacerbando los existentes.

Algunos años después decidió mudarse a Cataluña, para más señas a Hospitalet de Llobregat, una ciudad en la periferia de Barcelona que había experimentado un rápido crecimiento demográfico y padecido una urbanización caótica, ambos propiciados por la llegada masiva de inmigrantes de las regiones más meridionales de la península. Allí vivió un segundo encontronazo con la BPS, motivo por el cual optó por instalarse en el centro de Barcelona con la esperanza de llevar una vida normal y corriente, si es que tal cosa existe, siendo cada vida, como es, una experiencia única y repleta de idiosincrasias.

Una mañana, mientras ojeaba el periódico junto a la preceptiva

taza de café, se topó con un clasificado donde se ofertaba un cuarto de alquiler en el número 339 de la Gran Vía. Según la descripción, el dormitorio formaba parte de un amplísimo piso modernista y el precio resultaba sorprendentemente asequible, dato que hoy en día podría parecernos carente de verosimilitud, pero recordemos que el mercado no era el mismo en la ya remota época preAirbnb. La inquilina de aquella ganga era doña Victoria Ávalos, madre de nuestro héroe, quien por entonces se dedicaba a la venta de bisutería y a los escarceos lascivos con su mozo catalán, a quien no parecía importarle el medio siglo de vida de su amante chilena, más bien al contrario, que viva la experiencia, que viva el sexo libre y los amuletos y los abalorios y las propiedades talismánicas de los minerales.⁵² Bastaron una decena de minutos para efectuar la visita y cerrar el trato. Lola Paniagua se quedó con la habitación, hecho que la llevó, a su vez, a conocer poco después a Roberto, quien entonces se hallaba a punto de regresar de uno de sus viajes.

Seguramente no fue un flechazo, pero no cabe duda de que Lola contribuyó a que nuestro protagonista se sacase un pedazo del clavo de Lisa Johnson, cuya punta, en realidad, no lograría extirpar jamás.

*

Durante los primeros días, Lola apenas puso los pies fuera de la habitación, excepto para satisfacer necesidades básicas, lo cual, en su caso, incluía acudir religiosamente a las sesiones con el psiquiatra. Un día como otro cualquiera, al asomarse al pasillo, se tropezó con el joven Roberto. Lo que más la sorprendió del recién llegado no fue ni su delgadez ni su melena rizada ni el aire de buhonero *hippy* que emanaba aquel chileno en desarraigo (Lola estaba acostumbrada a codearse con gente de aspecto tanto o más bohemio), sino el hecho de que, al poco de iniciar los saludos de cortesía, tras interesarse por sus quehaceres, el muchacho que ahora tenía en frente le respondiese con absoluta convicción dos palabras inesperadas: «Soy poeta». Fue el primer asomo de magia.

No tardaron en convertirse en buenos amigos. Luego el encierro conjunto debió de contribuir a la rapidez con que se prendaron el

uno del otro. En efecto, ambos pasaban la mayor parte del tiempo entre las paredes modernistas del edificio, si bien por razones dispares. Lola sufría una mezcla de agorafobia y trastorno de estrés postraumático. Roberto, por su parte, carecía de papeles y temía ser arrestado en mitad de la calle, por remota que pudiese resultar aquella posibilidad. Recordemos que habían pasado apenas cuatro años desde que padeciese la aleatoriedad de los retenes pinochetistas, el trauma seguía fresco, motivo por el cual prefería pecar de prudente en lugar de lo contrario.

Sin que ninguno de los dos se diese apenas cuenta, o al menos sin que ninguno de los dos le diese demasiada importancia, la amistad se transformó en un romance y la pareja pronto tomó la decisión de mudarse juntos a un apartamento del barrio del Raval, para más señas en el número 35 de la calle Tallers, instalándose en la cuarta planta de un antiguo convento situado a tiro de piedra de las Ramblas y de la plaza Cataluña. Más que un apartamento, en realidad se trataba de un estudio de apenas una veintena de metros cuadrados, húmedo y con las paredes mal encaladas. El lugar había sido ocupado antes por Salomé, la hermana de nuestro protagonista, y también por su amigo Bruno Montané. Allí la privacidad era un lujo, hasta el punto de que tuvieron que conformarse con las vicisitudes de un baño comunal, ese que Bolaño describiría después como un «cagadero en el pasillo compartido con otros dos pisos sin ducha». El edificio frente a la ventana principal estaba tan cerca que Bolaño alcanzaba a ver con nitidez el salón de la vecina, una anciana que se pasaba horas trajinando en torno a su jaula de pájaros, al parecer la única compañía con que contaba. Como no podía ser de otra forma, en las arterias aledañas abundaban además los delincuentes, los yonquis, los camellos y las prostitutas, diríase el paraíso del terrorista cultural Mario Santiago.⁵³

Desde este apartamento, en concreto el 10 de agosto de 1977, nuestro protagonista le escribió su primera carta al poeta gaditano Carlos Edmundo de Ory, fundador del postismo, «el ismo que viene después de todos los ismos», una corriente vanguardista y de corte surreal por la que tanto Bolaño como su amigo Bruno Montané

sentían cierta afinidad. Este último había contactado a Ory por primera vez hacia finales de 1976, mientras Bolaño se hallaba aún en México. Aquella correspondencia, en la que Montané comenzó a mencionar con afecto a su amigo chileno y a la que más tarde adjuntó un poemario escrito entre ambos, motivó que Ory les enviara una carta conjunta en el verano de 1977. Ese gesto, a su vez, le dio a nuestro protagonista el pretexto ideal para iniciar su propio intercambio epistolar. A partir de entonces, Bolaño y Ory mantendrían una correspondencia intermitente a lo largo de casi dos décadas. En la misiva que sirvió como hito inaugural de este riquísimo intercambio, un texto dirigido tanto a Bolaño como a Montané, el poeta gaditano alaba la potencia lírico-escatológica de la obra a cuatro manos, titulada *Alba clara sobre el cagadero*.⁵⁴ De hecho, la crítica de Ory no pudo haber sido más entusiasta, ni más inspirada. Se refirió a ellos como «animales afónicos» y «generación de ogros», dando el pistoletazo de salida a una suerte de hermandad entre el postismo y los últimos coletazos infrarrealistas:

¡Abobo, espíritus carnales! ¡Qué inteligentes y ladinos sois! De sobra sabíais que un título como ALBA CLARA SOBRE EL CAGADERO me iba a poner en ascuas y buscar una silla. Pues me senté a leerlo previamente desasosegado diciéndome que a lo mejor no me equivocaba. Que ya van siendo muchos los tíos de esos que cagan poemas y me los mandan, sin que nunca me sea dado darme de narices con una buena diarrea. Esta vez sí, la cosa parece líquida, una destilación en debida forma. ¡Loados sean los dioses anales!

Ya advertimos antes que Roberto pasaría varios años oscilando entre declarar la muerte del infrarrealismo —con las pompas fúnebres de Port-Vendres— y tratar de valerse de dicho movimiento como ariete de carga o carta de presentación, flirteando a menudo con la idea de revivirlo, esta vez con ínfulas internacionales, un proyecto del que, excusado será precisarlo, él se convertiría una vez más en líder supremo, colocándose a la cabeza de una red de vanguardias que incluiría desde luego a los remanentes infras en México, pero posiblemente también una serie de alianzas fluidas

con, entre otros, los horazerianos del Perú, los integrantes del Taller Lluàtic en Cataluña y las Baleares, y ahora, gracias a la recién iniciada amistad con Ory, la luz tutelar del postismo.

Por supuesto, ni la vida bohemia, ni los viajes, ni los amores, ni este frenesí de hermandades vanguardistas le dan de comer, de modo que Bolaño se ve obligado a encadenar los trabajos alimenticios, faceta a la que prometimos volver llegado el momento, o sea, ahora.

*

El Bolaño de esta época, como el de todas, era capaz de hacer cualquier cosa con tal de financiar sus hábitos lectores y su empeño por consagrarse a la escritura de poemas. Una de las primeras gestiones que llevó a cabo fue contactar a su padre para pedirle dinero. En junio de 1977, Roberto le mandó una carta con el siguiente ruego: «necesito [que] de mi herencia (si todavía es mi herencia, digo) saque 100 dólares MÍNIMO». Aquella solicitud sería uno de los motivos por los cuales don León y él apenas si cruzarían un par de pliegos durante casi dos décadas, la media es terrible, veinte líneas cada diez años. Pese al silencio que sobrevendría después, don León respondió a regañadientes al llamado de su vástago, si bien dicha donación no solventó los apuros de Roberto. Fue como poner un parche en un bote que hace aguas. Nuestro héroe, como no nos cansaremos de repetir, no necesitaba dinero para lujos ni excesos, sino para financiar sus ruinosos vicios escriturales, algo común a quienquiera que cae de lleno en las fauces de la literatura. Joseph Conrad, por ejemplo, aceptaba empleos como marino —y a ratos escribía cuentos— para perpetuar sus al comienzo inciertas cruzadas novelescas. En fin, el caso es que la llegada a Cataluña hizo que Bolaño retomase aquello que nos atrevimos a definir como una de las historias laborales más inestables, heterogéneas y pintorescas de la segunda mitad del siglo xx, esa que había comenzado a los diez años como boletero en una línea de autobuses que cubría la ruta entre Valparaíso y Quilpué, y continuado con una miríada de empleos en Ciudad de México, unos vinculados al periodismo o a la crítica, otros no tanto, como repartir

refrescos Pascual o dedicarse a la venta ambulante de vírgenes de escayola. Su nueva etapa fue igual de llamativa, y quizás un tris más ardua, ya saben lo que se suele decir, hijo de pastor no se cría sin dolor, y a Roberto acabará doliéndole cada músculo de su alma a causa de lo que luego bautizaría con sorna como «oficios de sudakas». En estos años fue camarero, vendimiador, lavaplatos, peón de carga en Mercabarna, basurero, gerente de varias tiendas de bisutería, estibador de barcos franceses, vendedor de altramuces en mercadillos locales, recepcionista, limpiador de fosas sépticas, marinero y, por más que pueda sorprendernos leerlo, «hasta mayordomo»,⁵⁵ y su mundo se llenó de lo que se llenan los mundos en dichos empleos, tazas y copas, café y alcohol, madrugones, charlas robadas, propinas, despertadores, uvas, tierra, sudor, sol, pescado, turistas, patrones, vasos, detritos, joyas falsas, baratijas, mostradores, un viejo Renault, alaridos callejeros, grasas imposibles, improbables olores, reverencias, uniformes, manos reseca, manos agrietadas, manos sabias de rutina, detergente, y, cómo no, sonrisas a la callada mientras fantasea en silencio con el Premio Stalin al Obrero Ejemplar. Bolaño llegó a decir que trabajó incluso como «monitor de niños subnormales leves», a quienes acompañaba en poéticos desplazamientos en autobús, donde sus tutelados abrían la ventanilla y gritaban a los viandantes, «¡Subnormales, subnormales!». Por supuesto, aquella precariedad, como la vida toda, pulularía a la postre por las páginas de su literatura. En *La pista de hielo*, uno de los trasuntos de nuestro protagonista dijo que su larga lista de empleos iba «desde atender un puesto en la Rambla hasta coser con una Singer destartada bolsos de cuero para una fábrica pirata». Resulta fácil hacerse una idea.

Ahora bien, hemos de precisar que esta concatenación de empleos no implicó que su situación administrativa se hubiese regularizado. Bolaño seguía siendo un inmigrante sin permiso de trabajo y, además, se veía forzado a salir del país cada cierto tiempo a fin de no rebasar los plazos de estancia máxima impuestos a los turistas, categoría a la que fingía pertenecer. En una ocasión, con el pretexto de una de esas salidas forzadas, se ofreció a hacerle una visita a

Carlos Edmundo de Ory, residente en Francia, a quien trató de convencer para que lo emplease como su secretario, «ordenando el epistolario». Desafortunadamente, el poeta gaditano rechazó la propuesta.

Aunque no se trate de una regla universal, es bien sabido que los escritores escriben a menudo sobre aquello que conocen de primera mano. David Foster Wallace, que acabaría colgándose de una viga para escapar de la depresión a la que se precipitó tras un cambio en el tratamiento farmacológico que hasta entonces lo había mantenido a flote, recurrió a menudo a las miserias de personajes suicidas, abrumados por eso que él definió como «un dolor emocional intolerable e incesante». La nobel surcoreana Han Kang, cuya vida ha transcurrido bajo el peso de las migrañas, creó individuos aquejados de dolencias análogas. De modo que resulta comprensible —y, en verdad, previsible— que muchos de los personajes de Bolaño anduviesen sumidos en esa misma agonía administrativa a la que él hubo de hacer frente. En las páginas de *La pista de hielo* encontramos otro fragmento que parece calcado de la realidad: «Mi situación legal en España, salvo los primeros meses[,] era, por decirlo de una forma suave, desesperada: no tengo permiso de residencia, no tengo permiso de trabajo, vivo en una especie de purgatorio indefinido a la espera de conseguir dinero suficiente para ahuecar el ala o pagar un abogado que arregle mis papeles». No es, desde luego, un caso aislado. En *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, la novela que coescribiría con su amigo A. G. Porta, el personaje de Ana Ríos se enfrenta a los mismos bretes: triquiñuelas para conseguir documentación falsa, problemas para regresar a España, argucias varias con miras a identificar los puntos más propicios donde cruzar la frontera de forma clandestina, y, cómo no, multas por carecer de papeles en regla.

Por suerte, pese a las trabas migratorias y a su situación de irregularidad, no le resultaba difícil encontrar trabajo. La movilidad laboral parecía ser casi ilimitada. Siempre había más puestos vacantes que asalariados en condiciones de ocuparlos. Puestos mal

pagados, de acuerdo, pero que le permitían subsistir y no tomarse nada demasiado en serio, o no por demasiado tiempo. En aquel ambiente resultaba fácil cambiar de vida de improviso, conocer gente nueva, marcharse al cabo de dos semanas o de tres días en pos de la siguiente aventura, sin más brújula que la intuición ni más equipaje que el deseo de seguir andando.

Por otra parte, esta sobreabundancia de ofertas de empleo traía aparejada su propia contrapartida: el agotamiento, la desafección y el hastío. Al igual que había acontecido durante su efímera mudanza a Morelos en compañía de Lisa Johnson, los quehaceres alimenticios de esos años solían dejarlo agotado. Aún es joven, tiene energías, pero también tiene sueños, y el desgaste de sus labores mina la disciplina que se requiere para alcanzarlos. En eso también, como en casi todas las otras facetas de su vida, abundan los precedentes. De entre ellos, Kafka es tal vez el caso más notable. En las cartas y diarios del escritor praguense aflora con frecuencia la angustia que le producía su trabajo de oficina, el cual se le antojaba contrario a cualquier forma de creatividad. En 1913, compartió con su entonces prometida, Felice Bauer, el desgarró íntimo de aquella opresión: «La escritura y la oficina no pueden reconciliarse, porque el centro de gravedad de la literatura radica en lo profundo, mientras que la vida de oficina se queda en lo superficial. Estos altibajos acaban inevitablemente haciéndote añicos». Es cierto que, sin esa mezcla de tedio y alienación, Kafka jamás habría escrito ficciones como *La metamorfosis* o *El castillo*, del mismo modo que Bolaño no habría engendrado muchas de las suyas sin la amalgama de mudanzas, lecturas y peripecias que venimos narrando en estas páginas, pero cuánto influya la biografía de cada cual en su obra posterior no altera el corolario que aquí venimos esbozando, a saber, que en la carrera de todo gran escritor llega —tarde o temprano— un instante en que se debe afrontar una elección sin retorno: entregarse a la vida o consumirse en la literatura.

Por lo demás, todos estos apuntes y observaciones no deberían llevarnos a incurrir en el error de suponer que la respuesta de Bolaño fue análoga a la de esos otros letraheridos en cuya estela se

situaba. Ni siquiera debería hacernos dudar sobre cómo, en su caso, la decisión ya había sido tomada tiempo atrás. En efecto, nuestro protagonista llevaba cosa de una década y media viviendo por y para los libros, como si todo lo demás careciese de importancia. Contrariamente a Kafka, quien siguió quejándose *ad nauseam* de sus quehaceres en la aseguradora, pero vacilando sobre si tomar o no cartas en el asunto, Bolaño siempre buscó la forma de compaginar la necesidad de comer con la de consagrarse a su vocación. Es así como el destino acabó llevándole a pasar buena parte de su etapa barcelonesa en el camping Estrella de Mar de Castelldefels, tornando aquella explanada de *roulottes* y tiendas de campaña en uno de los rincones más importantes de nuestro periplo.

*

El lugar se hallaba situado a una veintena de kilómetros del centro de la Ciudad Condal y a tan solo diez minutos a pie de la playa. Con el tiempo, gracias a la leyenda de nuestro héroe, este refugio de veraneantes acabaría convirtiéndose en uno de los destinos turísticos más célebres de la historia de la literatura, por encima de los escenarios improvisados donde pernoctan Sal y Dean, personajes de *En la carretera*, o del camping neonaturista de corte New Age que figura en *Las partículas elementales* de Michel Houellebecq, fama que acabaría debiéndose, por cierto, no solo a que el establecimiento apareciera —transfigurado o no— en varias de las novelas de Bolaño, incluida por supuesto *Los detectives salvajes*, sino también a que dejase su impronta en la celeberrima *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, en cuyas páginas el escritor catalano-extremeño, o cuando menos el narrador homónimo, lo describe como «un camping de rulots al que cada verano acudía una población flotante compuesta básicamente por miembros del proletariado europeo: franceses, ingleses, alemanes, holandeses, algún español».

El trabajo de Bolaño consistía a grandes rasgos en supervisar la buena marcha del establecimiento. No era tanto un guardia de seguridad (o no solo), sino más bien un administrador improvisado a cargo de solventar las pequeñas catástrofes cotidianas, un hombre-

orquesta que resolvía desde fugas de agua hasta riñas de turistas, desde la apertura y cierre de la cancela hasta los entuertos eléctricos. Puede parecer abrumador, pero en verdad distaba mucho de serlo. En primer lugar, porque las jornadas de Bolaño eran generosísimas para con su tiempo libre. Unas veces bastaba con trabajar el fin de semana para ganarse cinco días de literatura, otras, con pasar allí un verano para disfrutar luego de varios meses invernales de retiro creador, épocas de descanso durante las cuales estiraba al máximo los ahorros para saldar cuentas con su lista de lecturas y desempolvar los versos que se hallaban en el tintero. Era un artista obsesionado con su condición, pero un artista de vida austera. Solo necesitaba dinero para procurarse un poco de comida y para comprar libretas, lápices y libros. Tal y como le confesó a Carlos Edmundo de Ory, poseía «más cuadernos que camisas y calcetines y zapatos y pantalones y abrigos juntos». La segunda razón por la que los quehaceres de hombre-orquesta no resultaban abrumadores era porque su propia rutina en el camping Estrella de Mar incluía innumerables paréntesis de ocio. Tenía que permanecer allí, sí, atento a los cortes de electricidad o a los caprichos de la cancela, pero nada le impedía colmar los ratos muertos con poemarios y páginas manuscritas.

El carácter idóneo de dicho empleo hizo que Bolaño pasase allí largas temporadas entre 1977 y 1980, antes de mudarse a Gerona en enero de 1981.⁵⁶ Resulta difícil subestimar la importancia del lugar en la biografía de nuestro protagonista. Aunque cualquier afirmación categórica sobre entramados de causa-efecto corre el riesgo de perecer bajo su propia falibilidad, parece sensato considerar que es precisamente aquí, a orillas del Mediterráneo, donde Bolaño empieza a encarar la vida más con ojos de narrador que de poeta, con independencia de que él continuase considerándose ante todo lo segundo. Digamos que, a partir de ahora, ya no le importa solo la belleza o su contrario, sino también lo anecdótico, lo cronístico, lo prosaico, lo que el propio Ory definió en una ocasión como «informaciones cotidianobiográficas». En una de sus cartas al poeta gaditano, por ejemplo, describiría «la soledad de

los autobuses que van y vuelven de Castelldefels, *con alemanas llorando y muchachos andaluces llorando quién sabe por qué*», aunque hay días en que los andaluces no lloran, sino que cantan a grito pelado, formando coros improvisados donde se vociferan estrofas irreverentes que el propio Roberto consignaría también en su correspondencia, «Los gitanos son muy feos los gitanos son muy feos pero tienen mucha gracia pa' comerse los fideos». Aquellos deslenguados del autobús, sin embargo, no debían de dirigirse al Estrella de Mar, donde reinaba un ambiente poco conflictual, tanto entre los clientes como entre los empleados.⁵⁷

Paciencia y simpatía, esos discretos aliados invisibles, acompañaban sus jornadas al borde del camino. Bolaño permanecía muchas horas apostado sobre una modesta silla plegable, presto a charlar con quienquiera que desease entablar conversación. Así fue como conoció al poeta italiano Dario Arkel, cuyos libros leería más tarde, y como trabó amistad con «el francés», un soldado republicano que se había exiliado en el país vecino y participado al parecer en varios hitos de la Segunda Guerra Mundial, incluida la liberación de París.⁵⁸ Entre charla y charla, o entre charla y ruego, bastaba con esperar. Esperar las correrías del reloj, o el momento de abrir o cerrar la cancela, o un turno sin incidentes, o con incidentes menores. En esos momentos, ante lo inevitable de la espera, aprovecha para ser escritor. Y observa. Si un hombre es todos los hombres, un punto cualquiera del mundo ha de ser también todos los puntos. Allí están las tiendas de campaña llenas de viento y las llenas de besos y las llenas de libros y versos, allí el ruido de las raquetas y las pelotas golpeando contra el asfalto, allí el crio de los grillos o el murmullo de la radio en la recepción mientras lee a E. T. A. Hoffmann y a Mallarmé y a Juan de la Cruz y las *Cartas de la monja portuguesa*, a Carla Lonzi y, cómo no, a Burroughs, sobre todo a Burroughs («¡Mi Burroughs!»). Allí la arena flotando en el aire durante los días de tormenta sorda. Allí los cafés o las cervezas en el bar de Pepe García, el lugar perfecto para antes de empezar un turno o para después de concluirlo, también para zamparse almuerzos sencillos, cortesía de la empresa, unos espaguetis con

tomate o unos huevos fritos con pan. Allí el bigote que crece y las uñas perennemente sucias. Allí las visitas protocolarias de la Guardia Civil, a quienes siempre hay que reírles las gracias, no vayan a querer comprobar de repente su permiso de trabajo. Allí las noches de cine al aire libre, entre pinos y mosquitos y cuerpos con la piel tostada, cuerpos en cuyo interior se agazapan las diversas formas del amor y las aún más diversas formas del odio, lo mismo con la emoción, o con el aburrimiento, porque cada *homo sapiens* lleva en las entrañas un catálogo entero de sentires y contradicciones. Roberto aguza la mirada, empeñado en absorber cada matiz, cada aventura, cada esbozo de apatía o malquerencia, contentándose, como se contentan los sabios, con el inagotable espectáculo del mundo. En esos momentos, nuestro protagonista era feliz. Se recordaría feliz. También un pelín orgulloso. A menudo se jactó de que nunca hubo robos bajo su guardia y de haber impedido varias peleas, entre ellas una que, a su modo de ver, podría haberse saldado con un linchamiento.

A decir verdad, ni siquiera las rondas nocturnas se le antojan particularmente agotadoras. Siempre tiene a mano un termo de café y pastelitos traídos de Barcelona, el combo perfecto: cafeína y chutes de glucosa barata para las largas noches en vela, salpicadas por alguna que otra cabezadita clandestina en el interior de una caja prefabricada con paredes de cristal que hace las veces de recepción. Entre una etapa de reposo y la siguiente, largos paseos exploratorios por los caminos de grava, sin otro ruido que el crujir de los guijarros bajo el peso de sus chanclas y el zumbido apagado de los insectos en la distancia, cada vez más tenue.

En las páginas de *La pista de hielo*, los horarios del vigilante nocturno del camping iban, como seguramente sucedió con los del propio Roberto, de diez de la noche a ocho de la mañana. Por lo general, el personaje intentaba dormir desde el mediodía hasta las seis de la tarde, aunque a menudo el alboroto de los veraneantes interrumpía sus esfuerzos y acababa trastocándole aún más los ciclos de sueño y vigilia. Qué duda cabe de que las noches en el Estrella de Mar exacerbaban los hábitos noctámbulos de nuestro

protagonista, prolongándolos a lo largo de las décadas. Como dijo el crítico Ignacio Echevarría, Bolaño siempre fue «muy lechuzo», cualidad que sin duda debió de resultarle útil para algunas de aquellas tareas, como adentrarse a tientas en el cuarto de servicio cuando se iba la electricidad y, tras esquivar telarañas, insectos y cables desnudos, descubrir el fusible capaz de devolver a los veraneantes la anestesia de sus televisores, momento que estos acogían con una indefectible tanda de aplausos. En ocasiones los apagones eran generalizados y escapaban a su control, en cuyo caso Bolaño se limitaba a encender un quinqué de gas y leer *El camino de Chuang Tzu*, o parir nuevos versos, mientras el chisporroteo de la llama se entremezcla con las brasas de su cigarrillo, «una luciérnaga doméstica a la altura de mis caderas», como le diría a Carlos Edmundo de Ory en otra de sus cartas, esta del año 1979. En esos momentos, con la oscuridad rota por tan solo dos pequeñas fuentes de luz, esas que moldean apenas los relieves de su caseta de vigilante, siente la alegría de no estar solo. Nunca lo está, menos si cabe cuando descubre que esta índole de oficios figura también entre los escritores de su tradición, y cuando de dicho descubrimiento brote, como brotaba de todo, el correspondiente poema: «Según Alain Resnais *hacia el final de su vida* Lovecraft fue vigilante nocturno de un cine en Providence. *Pálido, sosteniendo un cigarrillo* entre los labios, con un metro *setenta y cinco de estatura* leo esto en la noche del camping / Estrella del Mar».

A veces ni siquiera pasaba los días en soledad, sobre todo en verano, cuando recibe a menudo la visita de Lola, su novia, con quien pasea un rato al borde del mar entre besos y sonrisas, preludio de una explosión de dicha bajo la lona de su tienda de campaña. Otros días se deja caer por allí Jaime Rivera, alias Jaimbotas, o Bruno Montané, o cualquier otro miembro de su nueva y reducida tribu de hermanos de causa. No son muchos, pero a Roberto le bastan y le sobran, porque, al igual que Raymond Chandler, quien aseguró en un ensayo que a sus mejores amigos no los había visto nunca, nuestro protagonista sigue hallando solaz y compañía suficientes en las silenciosas páginas de la literatura.

Además de todo lo anterior, consignado profusamente en poemas, artículos, entrevistas y retazos de su correspondencia, resulta fácil imaginarse lo que debió de ser el resto de su cotidianidad en el Estrella de Mar si uno echa un vistazo a la obra novelística de Roberto, y en particular, por lo pintoresco, a las ya mencionadas páginas de *La pista de hielo*, una ficción en la que Gaspar Heredia, narrador de un tercio de la historia y enésimo trasunto de nuestro héroe, acepta un trabajo como vigilante en el camping Stella Maris e instala su tienda de campaña canadiense «en un sitio apartado, junto a la cabaña de las herramientas». En las páginas de este relato se describen desde las rondas nocturnas hasta los intercambios más afectuosos con los clientes, incluidos quienes le ofrecen una copita o un trozo de tarta o «una revista pornográfica para no aburrirse por las noches», y se alude también a los personajes estafalarios del bar y a los paseos matutinos por la playa, cuando la arena se halla limpia, «como recién peinada», y el personaje se quita la ropa y nada un rato en el mar antes de reiniciar sus rutinas. Eso sí, la mayor parte del tiempo Gaspar se limita a ver correr las horas frente a la cancela, abriéndola y cerrándola conforme llegan los clientes, familias durante el día, juerguistas ya bien entrada la noche. Lo más engorroso que suele ocurrirle, como suponemos que debió de sucederle también al propio Bolaño, es que le toque arrastrar hasta su tienda a algún borracho incapaz de valerse por sí mismo, gesto de magnanimidad laboral que resuena no solo en las páginas de *La pista de hielo*, sino también en otras novelas de nuestro protagonista, culminando en su *magnum opus*, 2666, donde un joven camarero de Maguncia ayuda a dos de los personajes, Jean-Claude Pelletier y Manuel Espinoza, ambos ebrios, a abandonar el bar del hotel y regresar a sus habitaciones. Imposible no ver aquí a los suicidas de David Foster Wallace o las migrañas de Han Kang.

Ni que decir tiene que lo otro a lo que se dedica el Gaspar Heredia de *La pista de hielo* es a llenar de anotaciones y garabatos los márgenes de los libros y a pasar noches enteras escribiendo los suyos propios. Exactamente el mismo vicio al que se consagra

religiosamente el joven Roberto Bolaño.

*

Queda ya registrado de manera abundante que, se hallase en el pisito de la calle Tallers o en un café de Barcelona o en las arterias polvorientas del camping Estrella de Mar, nuestro protagonista pasaba buena parte de los días escribiendo. Lo hacía, además, con la mayor de las despreocupaciones, rellenando cuartillas y extraviándolas luego en cualquier rincón, la barra del bar, por ejemplo, o el autobús en que viaja hasta Castelldefels, o incluso cualquiera de los cajones que olvidaría revisar antes de su mudanza a Gerona. En el fondo, poco o nada importaba el destino último de los textos, pues la literatura debía ser, ante todo, y en sus palabras, «un derroche», una forma de entrar en contacto con otras tradiciones y otras historias, conectándolas con su propio mundo interior, ahormándolas, pero sin aspirar —o no con seriedad— a que aquel «derroche» se convirtiese en una forma de sustento financiero. La literatura como vocación ineludible. La literatura como mero placer.

Pese a todo, el placer incluía también, como no podía ser de otra forma, el hecho de ver algunos de sus propios textos publicados. El primero de aquella etapa vio la luz al otro lado del charco. A los pocos meses de aterrizar Roberto en Barcelona, los infrarrealistas lograron el hito último de toda vanguardia poética, a saber, publicar su propia revista, a la que titularon *Correspondencia Infra: Revista Menstrual del Movimiento Infrarrealista*, un número único editado en el último trimestre de 1977. Allí apareció íntegramente el manifiesto escrito por Roberto, previa disputa con Anaya, como mencionamos en páginas precedentes. Nada en aquel opúsculo era homogéneo, salvo tal vez las grandes dosis de humor, un humor entre cáustico e histriónico, que permeaba todas sus páginas.⁵⁹ Era el cénit de la irreverencia infrarrealista tornada poesía (menstrual). En cierta medida, la revista constituyó también una suerte de acto de despedida. En la sección de correspondencia se mencionaba que Mario Santiago «vive en Israel» y como domicilio de nuestro protagonista se hacía constar una dirección barcelonesa.

En compañía de su amigo Bruno Montané, Bolaño daría vida, además, a otra revista, *Rimbaud, vuelve a casa*, cuyo subtítulo era autoexplicativo: «La revolución proletaria y el renegado Kautsky». Junto a los dos infras afincados en la capital catalana, en este fanzine escribiría Darío Galicia, antiguo compañero de iconoclastias, e Inma Marcos, poeta gaditana y novia de Montané. Se trataba de la excusa perfecta para tener algo que enviar a sus corresponsales en Lima, Quito o México, donde nuestro héroe seguía tejiendo una red de contactos. Bolaño se encargaba de mecanografiarla, fotocopiarla y distribuirla, aunque el presupuesto del que disponía a duras penas cubría los costos para una veintena de ejemplares.⁶⁰ Al cabo de un tiempo, *Rimbaud, vuelve a casa* se transformaría en la editorial de la que echó mano el dúo de amigos chilenos para crear la inclasificable *Berthe Trépat*, revista en mimeógrafo bautizada en honor a aquella pianista extravagante que desentonaba con gracia en el universo de *Rayuela*.

En 1978, Bolaño logró —gracias a la mediación del poeta Efraín Huerta, santo patrón de los infrarrealistas— colaborar en la distancia con el suplemento cultural del diario mexicano *El Día*. Uno de sus primeros cometidos fue enviarle a Carlos Edmundo de Ory un originalísimo cuestionario, rogándole que lo respondiese «LO MÁS PRONTO POSIBLE», y justificando la urgencia con un argumento que no dejaba lugar a dudas: el trabajillo le «redituará MONEY, Pelas, Fric», cosa de la que, como casi siempre, se encontraba en severa carencia. Aquel mismo año se imprimió *Algunos poetas en Barcelona*, antología publicada por la editorial La Cloaca, donde, además de Bolaño y Montané, aparecerían algunos versos del español A. G. Porta, quien acabaría convirtiéndose en uno de sus amigos más cercanos y, como ya adelantamos, en coautor de su primera novela.⁶¹

Pocos meses después, ya en 1979, ve la luz *Muchachos desnudos bajo el arcoíris de fuego, Once jóvenes poetas latinoamericanos*, otra antología, en esta ocasión a cargo de nuestro protagonista, donde aparecieron, entre otros, poemas del mexicano Orlando Guillén y de los peruanos Jorge Pimentel y Enrique Verástegui. La página de

cortesía que antecede al título incluye unas instrucciones de uso que no han lugar a dudas: «Este libro debe leerse de frente y de perfil / que los lectores parezcan platillos volantes». Era una consigna lúdica propia del infrarrealismo, el cual se hallaba representado una vez más, amén de por el propio Bolaño, por sus dos más grandes compañeros de aventura, el ubérrimo Bruno Montané y el terrorista cultural Mario Santiago, quien contribuyó a la edición con dos textos, *En cualquier momento acontece un poema* y *Consejos de un discípulo de Marx a un fanático de Heidegger*, cuyo título inspiraría a Bolaño y Porta para bautizar la novela a la que aludimos al final del párrafo anterior, y a la que también volveremos.

Volveremos, sí, porque todo esto de los poemarios y las antologías y los fanzines no es más que una arista parcial de la historia, continuación, por cierto, de los quehaceres emprendidos durante su juventud mexicana. Lo verdaderamente decisivo de aquellos años barceloneses, sin embargo, fue el tránsito —lento, trabajado, silencioso— de la poesía a la novela, giro que marcaría para siempre su destino literario.

*

Conocidas como son las prioridades vitales de Roberto, parece imperdonable que hayamos demorado hasta ahora un breve listado de algunas de las lecturas que lo acompañan en esta época, omisión que tildaríamos de imperdonable, o cuando menos de negligente, de no ser por lo ocupados que hemos estado dando cuenta de sus avatares inmobiliarios, geográficos, amorosos, laborales y literarios. En cuanto a esto último, sabemos que escribir era la dicha, pero no la dicha suprema, porque nada superaba ni superaría nunca el estado de absorción en que se zambullía su mente al circunnavegar la obra de otros. Un poeta no es nada sin atesorar lecturas, como bien nos recordó nuestro protagonista en infinidad de ocasiones, incluido en las páginas de *Nocturno de Chile*: «[Farewell] se reía y me miraba, una mirada cómplice y fresca, como si me dijera sea usted poeta si es lo que quiere, pero escriba crítica literaria y lea, hurgue, lea, hurgue». Eso hizo Bolaño, claro. Hurgar y leer en las calles de Barcelona y en las playas de Castelldefels, hurgar y leer en

los parques y en las librerías de viejo y en la cama de su estudio en la calle Tallers, bajo la mirada atenta de un póster de Baudelaire adherido a la pared mal encalada, quizá disimulando una mancha de humedad.

Sabemos que el primer libro que adquiere a su llegada a Cataluña es la *Obra poética* de Borges, editada por Alianza Emecé en 1972. Con la emoción de la compra todavía laténdole en el pecho, nuestro protagonista se encierra en su cuarto a leerlo de corrido, recitando en voz alta algunos versos, memorizando otros, hasta que el amanecer se asoma a la Gran Vía y le imprime, cual alquimia singular, una huella compuesta de inteligencia & valentía & desesperanza, diríanse los futuros ingredientes de su propia cocina narrativa.

Lee *La asesina ilustrada* de Vila-Matas, un libro del que después diría que le transformó y que, junto con *Los dominios del lobo* de Javier Marías, «marca el punto de salida de nuestra generación». Lee los cuentos del periodista argentino Rodolfo Walsh, a quien la dictadura acaba de asesinar. Lee autores oscuros, agazapados en los anaqueles polvorientos de las bibliotecas de barrio, como el catalán Guerau de Liost o los trovadores franceses Giraut de Bornelh, Arnaut Daniel y Bernart de Ventadorn, rescatados de la niebla del tiempo por el gran Martín de Riquer. Lee *El escritor* de Azorín, que le parece «divertidísimo, pero solo para quien tenga un gusto un poco sádico por la Literatura» y *Purgatorio* de Raúl Zurita, sobre el cual escribe varias cuartillas enajenadas para intercambiar impresiones con sus amigos. Se empapa de la compilación de poemas de Vicente Aleixandre que había realizado Gimferrer para Seix Barral con el título de *Antología total* —no hay oxímoron más acertado en nuestra lengua— y rebusca formas y matices en *Las alegres comadres de Windsor* de Shakespeare y en los cuentos de Spencer Holst. Lee o relee a Pessoa, a Dante, a Rabelais, a Joyce, a Virgilio, a su idolatrado Nicanor Parra, a José Donoso, a Schiller, a Huidobro, a Claude Pélieu, a Sigfried Lenz, a André Breton, a Ezra Pound, a Germain Nouveau, a Bettina Brentano, a Friedrich Schlegel. Lee al poeta italiano Dino Campana y lee *Oscuro* de Gonzalo Rojas y

Hazañas de un joven don juan de Apollinaire y *La vida instrucciones de uso* de Georges Perec y, entre uno y otro, sueña con la utopía de olvidar por completo todo lo que sabe de Stevenson, porque le gustaría volver a experimentar la magia de descubrir por vez primera los relatos del novelista escocés. A veces come, a veces duerme, a veces toma un bus de Barcelona a Castelldefels o de Castelldefels a Barcelona, a veces hace el amor con Sara o con Lola o con Edna, de quien ya hablaremos, pero lo primordial, aquello a lo que se dedica ahora y siempre, es a pasar páginas de manera torrencial, como si le fuese en ello la vida, Mark Twain, Fritz Leiber, Kavafis, Pierre Jean Jouve, Platón, Rilke, Von Kleist, Cernuda, Doris Lessing, Terenci Moix, Leonard Cohen, Erica Jong, Robert Crumb, Carlos Droguett, Lou Andreas-Salomé, la lista es larga como una peregrinación sin mapa, y ecléctica, pues incluye no solo todo lo anterior, sino también su embeleso nada culpable por las aventuras de Hércules Poirot, el detective de Agatha Christie, y su eterna adicción a las novelas de ciencia ficción, cuyo inventario compartirá, como el resto, en una de sus cartas a Ory: «Larry Niven, Aldiss, Ballard, Pohl, Robert Silverberg, y los soviéticos, más humanistas & científicos, viajando al futuro sin clases, cosa que un lector como yo agradece». Además, el «hijueputa de Asimov» le recuerda a cada rato «que la Tierra puede irse al carajo». Ory responde con pasmo a la cacofonía desmesurada de sus escogencias: «De la lista de tus lecturas no sé qué decirte. ¿Qué buscas en esos autores? ¿Cómo puedes leer tanto tan distinto? Te tendré que llamar polipodio o ciempiés. A tu lado soy monóculo o monospermo. ¿Qué leo yo? Siempre los mismos», la antítesis de la intemperancia pantagruélica de nuestro protagonista, quien seguirá leyendo todo y en todas partes, ora sorbiendo un café recién salido de la Gaggia, con un sombrero que oculta su pelo ensortijado y sin lavar, salvo por los rizos que sobresalen a la altura de las sienes cual tirabuzones salvajes, ora en el Estrella de Mar, ora durante felices vigiliass hogareñas, tirado en el catre, con la lámpara iluminando ese alfabeto capaz de conjurar cualquier universo. En una de aquellas noches, mientras repasa las pocas novelitas que trajo consigo de México, se topa accidentalmente con tres fotos de Lisa Johnson enterradas entre las páginas: él con Lisa Johnson en la

avenida Juárez, noviembre del 74; Lisa Johnson y él en la Alameda, en diciembre del mismo año; ambos en la Casa del Lago, en febrero del 75.

Ahora no lee, sino que recuerda dos versos de Neruda: «Un tiempo total como un océano / una herida confusa como un nuevo ser».

Ahora no lee, sino que incuba el germen de sus propios versos, con los que tratará en vano de exorcizar aquella herida: «A veces sueño / con ella y la veo feliz y fría en un México / diseñado por Lovecraft».

Son casi las cinco de la mañana. Ahora no lee, aunque hoy ya tampoco logrará dormir.

*

Quien se encuentra a su lado en este momento, empero, no es Lisa, sino Lola. Ya advertimos que Bolaño se había mudado con ella al piso de la calle Tallers. Bueno, con ella y con la gata Federica, cuyo parto transformará los veintitantos metros cuadrados de la pieza en una madriguera para gatitos ciegos y temblorosos. Nuestro protagonista se verá obligado a caminar descalzo y de puntillas para soslayar el disgusto de aplastarlos accidentalmente.

En aquel pequeño rincón del mundo repite una ristra de rutinas amoratorias inspiradas por su primer gran romance, arrebujaarse con libros entre las sábanas, declamar poemas con ademanes teatrales, lamerse con voracidad las trícolas, también el hábito de esconder notas hiperplisadas en cualquier hueco del apartamento, lleno de espacios íntimos, íntimos por lo estrecho, íntimos por lo querido. En una de ellas escribe, «Lola, ¿irás a venir? Sí, ¿no? Sí Ven, y tal vez comeremos juntos, ¿o no? ¿ven, no? ya. Te beso. (si no vienes no importa, oh) Te Amo (¿fuiste a la librería francesa?)».

Hacia finales de 1978, además de lo ganado gracias al camping y al paro de Lola, la pareja vive de echar una mano a doña Victoria con su negocio de bisutería. A veces Bolaño logra también algo de dinero dedicándose a la revisión de textos editoriales, solo o en tándem con su amigo Bruno Montané. Entre las galeradas que le

toca corregir destacan dos novelas de Manuel Puig, *Pubis angelical* y *Maldición eterna a quien lea estas páginas*. También retoma el arte de las entrevistas, entre ellas una al sacerdote Lluís Maria Xirinacs, quien por entonces pasaba doce horas al día frente a la prisión modelo de Barcelona exigiendo la liberación de los presos políticos. El trabajo de reportero le gusta, pese a que las revistas culturales paguen mal, o tarde, o nunca.

Absortos como andan con la desmesura de la juventud, no ha de extrañarnos que Roberto Bolaño y Lola Paniagua se contenten con vivir a veces de forma misérrima, al menos en lo tocante a las cuestiones materiales, incluidas las culinarias. Durante semanas enteras, el grueso de su dieta es el arroz blanco y los bocadillos de mortadela, aderezados con tazas de té y humo de cigarrillos, porque ese vicio, por caro que resulte, Bolaño es incapaz de abandonarlo. Su lista de la compra es tan modesta como predecible, la típica de un asceta urbano, además de arroz, suele abastecerse de huevos, ajo y cebollas en el supermercado, té en una herboristería y algo de café soluble para las visitas («jamás frutas»). En jornadas señaladas se consiente una extravagancia: bistec con patatas, casi un banquete. Para un migrante en su situación, la carne no es alimento de diario. Tampoco gasta gran cosa en ropa. Lleva varios años usando la misma cazadora de cuero, la misma chaqueta a cuadros, los mismos tejanos. Si obviamos los libros y las visitas esporádicas al bar o a los futbolines, los pocos lujos en que incurre son la compra de libretas Miquelrius en la Imprenta Llenas, a pocos metros de su casa, en la misma calle Tallers, o las indulgencias para con el séptimo arte, especialmente cuando se trata de refugiarse en las salas del CAPSA, un cine de arte y ensayo donde saborea películas de Alexander Kluge, de Wenders, de Fassbinder y de los cineastas brasileños Joaquim Pedro de Andrade y Glauber Rocha, historias en los márgenes que a veces alterna con ciclos de Berlanga o de Greta Garbo o de cine francés de los cuarenta, por no hablar de las retrospectivas dedicadas al canon soviético, donde se topa por primera vez con *Andréi Rubliov*, una película de Tarkovski cuyo argumento fagocitará con intenciones alegóricas en *Días de 1978*,

uno de los relatos de *Putas asesinas*.⁶²

Cuando Lola no está, como la vez en que se marcha a Grecia durante un puñado de semanas, Roberto apenas sale de casa. Aprovecha para corregir textos ajenos y seguir componiendo los propios. Así van pasando los días, como páginas que se escriben solas, entre el humo, el insomnio y la fiebre de las ideas.

Luego llega una nueva primavera y, con ella, otra tanda de desórdenes hormonales y metabólicos. Nuestro protagonista le escribe a Carlos Edmundo de Ory confesándole, ya sin asomo de dudas, que se ha producido el milagro: está enamorado de Lola. En su carta habla de un viaje con ella a Portugal, adonde llegan haciendo autostop, la mujer amada en el asiento de al lado, con «su largo pelo NEGRO ondeando en las carreteras». Una vez en Lisboa, se dedican a recorrer la ciudad y se besan apasionadamente ante la lente atenta de un fotomatón subterráneo, o se sientan a leer en cualquier café, ella lleva un libro de David Cooper y lo subraya con frenesí mientras nuestro héroe la observa ensimismado. Regresan a su tienda de campaña bien entrada la noche. La han instalado en un terreno baldío a las afueras de la ciudad, ínfima república de ternura y jadeos, una pausa perfecta antes de proseguir el camino rumbo al Alentejo. A veces el viento y las hojas irrumpen en aquella catedral de tela. Otras, la lluvia suspende la noche, filtrándose a través de la lona. Nada grave. Lola abraza a Roberto, o Roberto a Lola, y se quedan dormidos de nuevo, ella y él, ambos, arropados por el rumor de las gotas. La carta a Ory concluye con una pregunta retórica, o no tan retórica, pues él mismo se encarga de responderla: «(¿La vida es bella, Carlos Edmundo?) (Oh sí)».

Deja de serlo pronto, ay, al menos durante un tiempo. Basta que Lola lo deje. Las penurias económicas no debieron de ayudar, desde luego, igual que no ayudaron en época de Lisa Johnson. La muchacha del pelo NEGRO encuentra un nuevo amante y decide marcharse del piso compartido. Cuando informa a Roberto, su reacción no es ni el escándalo ni la decepción, sino más bien una camaradería inaudita: acuerdan acostarse juntos una vez más a guisa de despedida. Suponemos que se meten en la cama despacio,

dispuestos a lamerse con calma las trícolas y a empacharse de mentusidades, deleitándose en el sabor melancólico de lo que está por volverse recuerdo, ambos con la conciencia plena de quienes se saben artífices de epílogos irrepetibles. Después del coito, Roberto ayuda a Lola a cargar sus maletas y la acompaña hasta las Ramblas, donde se despiden con un abrazo y un último beso. Tiempo después, cuando la separación empieza a parecerle amarga, escribirá el preceptivo poema: «Contra ti he intentadoirme alejarme *la clausura requería velocidad* pero finalmente eras tú la que abría la puerta. *Estabas en cualquier cosa que pudiera* caminar llorar caerse al pozo *y desde la claridad me preguntabas por mi salud* Estoy mal, Lola, casi no sueño».

Corría aún el año 1979. Roberto empezaba a transformarse en Bolaño.

*

Al poco de la ruptura, escribe a Ory para informarle de que ha terminado con Lola «definitivamente, con todas las limitaciones de esa palabra». Nuestro protagonista es consciente de que, a falta de una lobotomía, Lola ya nunca abandonaría sus recuerdos, quedándose allí para siempre, junto a las manos y los ojos y la sonrisa de Lisa Johnson. Sus amigos pasan de vez en vez por el piso, pero él apenas sale a la calle. Cuando se interesan por su tristeza, alude a motivos económicos, como si fuese tabú reconocer el dolor de una ruptura, o su mera existencia. «Siento un vacío grande», confiesa ante la honestidad sin testigos de la tinta fresca. En las páginas de *La pista de hielo* también deslizará con desgarror contenido una verdad sin barnices, tan amarga como lúcida: «Leer poesía en estos casos no es un consuelo. Ni emborracharse. Ni llorar. Ni un clavo saca otro clavo».

A Ory le formula la promesa solemne de capear esa nueva ola de aflicción. Sobrevivirá, sí, «aunque solo sea por joder la paciencia», y, pese a que un clavo no saque otro clavo, decide que ensayar nuevas formas de amor debe convertirse en una de sus estrategias de supervivencia. De hecho, años después, de nuevo en *La pista de hielo*, Roberto incluiría una digresión apenas velada al impulso torpe

de reemplazar un amor con el siguiente. Al hablar de la ruptura con una tal Lola, el personaje de Remo Morán alude al consejo que esta le dio: «Al separarnos, Lola me había dicho: vete con una niña bonita, una niña de su papá, pero aprisa antes de que te hagas viejo. Algunas chicas dicen cosas peores cuando se separan».

Eso hace también, al parecer, el Bolaño de esta época: busca una niña bonita antes de hacerse viejo. La elegida resultó ser Edna Lieberman, una muchacha mexicana que había pasado fugazmente por Barcelona en compañía de su novio pintor. Durante aquella estancia iniciática conoció a nuestro protagonista, a quien un amigo común se refirió como «el joven que deseaba ser poeta». Aquello intrigó a Edna, tal y como solía intrigar a tantas mujeres, pero la cosa no llegó a mayores, al menos no en ese primer encuentro.

Luego, casi sin hacer ruido, todo empezó a girar:

Cuenta la leyenda que el soltero Bolaño, recién abandonado por Lola, caminó durante casi una hora por las calles de Barcelona en compañía de su amigo Porta con la intención de llegar a una cabina telefónica cuyos cables, con el arte adecuado, permitían realizar llamadas intercontinentales gratuitas.⁶³ Por el camino, para añadir espesor mítico a la leyenda, Porta y Bolaño habrían sembrado el germen de lo que después se convertiría en su novela a cuatro manos. Sea como fuere, con o sin costo de por medio, nuestro protagonista habría telefoneado a Edna y la habría conminado a regresar a Barcelona, cosa que esta hizo, instalándose al poco tiempo en el pisito de la calle Tallers.

El comienzo de aquella nueva relación tuvo un lado lúdico e incluso travieso. Roberto solía ofrecerle ramos de flores cortadas al vuelo en jardines del Raval, entre risas y huidas discretas, o la invitaba a ensayar futuros imposibles en El Corte Inglés de la plaza Cataluña, donde pasaban horas probándose ropa de marca, a sabiendas de que jamás podrían permitirse el lujo de comprarla. Si algo no había cambiado era su situación económica. Nuestro protagonista enganchaba horas sueltas en los ya mencionados empleos, mientras que su novia mexicana complementaba los ingresos de la pareja

impartiendo clases de hebreo. En febrero de 1980 menciona a Edna en una de sus cartas a Carlos Edmundo de Ory, dándole a entender que ha acampado con ella junto al mar. La vida volvía a ser sencilla y en esa sencillez halló, de nuevo, algo parecido a la felicidad. Realmente, no necesitaba gran cosa: comer en un bar de carretera, escuchar el rumor de las olas en la distancia, refugiarse bajo una lona raída por el salitre y, como quien reza en voz baja, acariciar los muslos de Edna y pasarle las yemas de los dedos por su vulva mojada, hasta que los cuerpos de ambos jadean en la crisálida textil de un estrecho saco de dormir.

Como venía siendo costumbre, la relación fue breve, apenas unas cuantas semanas. A estas alturas, Bolaño vive ya bajo el imperio absoluto de la escritura. Salían poco, no solo por la escasez de dinero, sino porque él empezaba a considerar ciertas actividades sociales una pérdida de tiempo, especialmente si lo alejaban de las letras o, en términos más amplios, de la urdimbre de las ficciones. (El cine, doble espectral de la literatura, siguió constituyendo una excepción sagrada). Lo otro que contribuyó a la clausura temprana de aquella historia fue el regreso insidioso de los fantasmas de Edna, quien volvió a caer en las fauces de su anorexia. Los vómitos con que llevaba años castigando en secreto su cuerpo se tornaron más frecuentes y enseguida empezó a bajar de peso, hasta que su familia tomó cartas en el asunto, aconsejándole que abandonase al poeta chileno. Aquí también, como en todo lo demás, empieza a emerger un patrón: era lo mismo que había acontecido con Lisa Johnson, cuyos progenitores la convencieron de que aquel rapsoda de mal agüero no era trigo limpio. Existe, desde luego, una segunda pauta: la de aferrarse a ultranza a mujeres vulnerables, igual que un náufrago se aferra a una tabla carcomida en mitad del oleaje, lo hace primero con Lola, asolada por trastornos psiquiátricos, luego con Edna, quien vivía la comida como un campo de batalla, cada bocado una forma de culpa.

Cuando rompieron, su nueva exnovia se marchó a Roma y pasó a engrosar la lista de los amores perdidos. Por supuesto, resucitó luego en forma de verso, incluido en las estrofas de un poema

titulado *El fantasma de Edna Lieberman*. Aparecería, además, en varias de las novelas y relatos de nuestro protagonista: es «Edna, la mexicana» en *Llamadas telefónicas*, Edith Oster en *Los detectives salvajes*, «la mujer más hermosa y más cariñosa del hemisferio sur» en *Los sinsabores del verdadero policía*, y en *Amberes*, la obra que Roberto escribe en este preciso instante, se la evoca de forma terrenal y descarnada como «la mexicana, judía, pecosa, de piernas flacas y pelo caoba».

*

He aquí nuestro primer gran escollo de ontología narrativa, a saber, la irresoluble cuestión —la disputa larvada— de si *Amberes* es un largo poema en verso libre o una extraña novela lírica. Del párrafo precedente, donde lo hemos colocado en la lista de «novelas y relatos», pareciera desprenderse una toma de partido, pese a que, en realidad, nuestra elección no pasase de ser una maniobra resignada frente al vértigo de clasificar lo inclasificable.

Antes de proseguir, hemos de desfacer un entuerto hermenéutico-biográfico. Se ha repetido hasta la saciedad que nuestro protagonista se echó a los brazos de la prosa tras el nacimiento de su hijo Lautaro en 1990, o tras ser diagnosticado con una enfermedad hepática incurable un par de años después. Hasta Jorge Herralde, el editor que lo haría saltar a la fama, aseguró que fue en esa época cuando «sin dejar de cultivar la poesía decidió convertirse en novelista y así garantizar el futuro de su familia». Pero como siempre o casi siempre, aquello es solo una verdad a medias, o sea, que no es verdad. En realidad, la escritura de versos y el ansia por conquistar el género novelesco empezaron a coexistir en su cabeza desde el mismo año en que puso los pies en Cataluña, estimulándose la una a la otra, retroalimentándose, impregnándolo todo y con diversas capas. Poco a poco, la idea de dar el salto a la prosa se torna obsesiva, aunque nunca deje de convivir con aquello que era y siempre diría haber sido: un poeta.

Barcelona es el pelo NEGRO de Lola y la vulva de Edna bajo la lona de una tienda de campaña. Barcelona es el piso modernista de la Gran Vía y el tabuco de la calle Tallers. Barcelona es una

concatenación de «oficios de sudakas», incluida su vida provisional y feliz en el camping Estrella de Mar. Barcelona es el bar Vila y la editorial La Cloaca y el cine CAPSA y las partidas épicas de fútbol que cubren el suelo de sudor. Barcelona es otra larga lista de lecturas, tan ecléctica como inabarcable. Pero Barcelona es también, y sobre todo, el lugar donde se plantea por primera vez con absoluta seriedad la idea de ser novelista y donde llega incluso a concebir, a contracorriente del canon, nuevos géneros literarios. Allí imagina versos cabalgando a lomos de historias mundanas, imagina personajes marginales reflejados en el azogue de un espejo, imagina libros donde ni la prosa es prosa ni la poesía es poesía, pero donde ambas pueden ser lo uno y lo otro si se soslayan los dogmas de la cultura y la tradición. De los claroscuros febriles de aquellas intuiciones desmesuradas nacerá *Amberes*, obra que, por cierto, como ocurrirá siempre, convive en su cabeza con otra miríada de proyectos. Pero regresemos un momento a la génesis de este cambio:

El 31 de diciembre de 1977, en vez de celebrar la Nochevieja, Bolaño decide planear el año entrante frente a su máquina de escribir. Teclea frenéticamente, incluidas las dos preguntas —en realidad una misma— que lo acechan en silencio desde que llegó a la ciudad hace unos meses, para las que esboza una primera respuesta: «¿Qué hacemos? ¿Nos dedicamos a las novelas? Sí, podría ser una buena idea, el problema —el único problema— es el montón de paciencia que se necesita para durante 6 meses llenar 300 cuartillas, y durante otros 6 corregirlas». Al cabo de un tiempo, en octubre de 1978, le escribe una carta a Carlos Edmundo de Ory en la que alude a un manuscrito de título improbable, *El caníbal dialéctico*, cuyo argumento, al parecer, oscilaba entre la ciencia ficción y el relato de aventuras. De una u otra forma, el proyecto lo acompañaría al menos medio año más y volvería a mencionarlo alguna que otra vez en su correspondencia: «Yo escribo como loco, como cuando era Pepito Tequila, y ya tengo 70 cuartillas de mi novela». Pepito Tequila había sido su primer *alter ego* y el trasunto tras el cual se autorretrató en las páginas del manifiesto

infrarrealista. En cuanto a ese proyecto de novela, sería la última vez que lo evocase.

A partir de aquí, las pruebas de aquella obsesión por cambiar de género no harían sino multiplicarse, brotando en varias cartas y derramándose en sus diarios. En un cuaderno de 1978 anota una frase meridianamente clara, pese a faltarle una coma: «No quiero escribir más poemas: Quiero escribir una NOVELA pero me cuesta tanto empezar», y adorna el adverbio con un acento extemporáneo a modo de énfasis.⁶⁴ La idea empieza a asomar también con insistencia durante las charlas con los amigos, donde ciertas frases se vuelven chispas o invitaciones o promesas. Junto con Bruno Montané sueña con pasar de los fanzines poéticos a una novela escrita a cuatro manos, y más tarde, como ya dijimos, hace lo propio con A. G. Porta, dejando que el deseo de conquistar la prosa se filtre gota a gota en sus otros delirios compartidos, al igual que la coautoría de guiones cinematográficos. También Juan Esteban Harrington, el presunto García Madero de *Los detectives salvajes*, fue testigo de esta incipiente obsesión durante una de sus estancias en Barcelona: según el joven infrarrealista, nuestro héroe se prevaleció de un devaneo conjunto entre el paseo Lluís Companys y la Rambla para esbozar en su presencia los pormenores de un manuscrito en curso: «"Es un poeta que enloquece con el golpe militar y cree que los milicos son invasores extraterrestres", decía. Nunca supe que escribiera esa historia».⁶⁵

La que sí escribió, como sabemos, es *Amberes*, un libro experimental que se despliega como un *collage* de poemas en prosa, un pastiche, un relato fragmentario sin unidad narrativa, o sin más unidad narrativa que la presencia de un camping en la costa catalana y un crimen irresoluble, quizás un suicidio, hechos que le bastan y le sobran para llenar varias páginas de paisajes oníricos y deslavazados, diríase el codicilo de una película de David Lynch, el final de *Mulholland Drive*, por ejemplo, o el capítulo que cierra la tercera y última temporada de *Twin Peaks*. El jorobadito es como el agente Cooper. El agente Cooper es el jorobadito.⁶⁶ Salvando las enormes distancias que aún le quedan por recorrer, es imposible no

atisbar en estas páginas, además, rasgos incipientes de la polifonía que recorrerá buena parte de su obra y que emergerá como un vendaval en las páginas de *Los detectives salvajes*. Aquí se halla también, aunque de manera confusa y siniestra, el uso semiborgiano de lo policíaco y lo detectivesco, no como fórmula cerrada, sino como andamiaje que sirve de excusa al relato.

Amberes fue escrito a caballo entre el piso de la calle Tallers y el camping Estrella de Mar, en un momento de transición en el que ensayaba sin certezas una fórmula propia para contar historias.⁶⁷ Por eso se trata de una primera novela, pero también de un poema, o sobre todo de un poema, tal y como lo demuestra el hecho de que apareciese transmutado con el título de *Gente que se aleja* en las páginas del más célebre de sus poemarios, *La Universidad Desconocida*. A la ininteligibilidad argumental vino a unírsele, por tanto, una ininteligibilidad formal, dinamitando las fronteras que la tradición se empeñaba en trazar entre un género y otro. Por supuesto, aquel embrollo distaba mucho de ser una tara, al menos a su modo de ver, hasta el punto de que Bolaño siempre profesó por *Amberes* un orgullo desmedido, jactándose de que aquel texto, «deudor de mis entusiastas lecturas de William Burroughs», en especial *El almuerzo desnudo* y *Nova Express*, nunca había sido entendido, lo cual le devolvía, a su vez, a la extinta etapa del «derroche», en la que, como advertimos, no buscaba ser comercial, ni siquiera descifrable, sino simplemente escribir.

Corría el año 1980. Corrían sus últimos meses en Barcelona. El libro en el que ahora trabaja no llegará a publicarse hasta dentro de veintidós años. Más de dos décadas. Puede parecer una vida, pero el Bolaño de esta época ha comprendido ya que la verdad de la literatura solo puede alcanzarse, si se alcanza, mediante ciertas formas de resistencia paciente, arando un territorio donde el tiempo no se mide en calendarios editoriales ni en cifras de ventas, sino en cicatrices y obsesiones y paciencia. Había comprendido que escribir—escribir de verdad—no era conquistar el presente, sino sembrarse entero en el porvenir.

En *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, el

protagonista, Ángel Ros, explica cómo a veces se iba «a los bares con terraza de las Ramblas a emborronar cuartillas diciéndome que era más joven que fulanito cuando fulanito había empezado y que no debía desesperar, que solo resistiendo lo conseguiría, como si fueran quince *rounds* o algo parecido». Ahí se infiere, por una parte, el eterno ego del letraherido, con la eterna manía de compararse con rivales o maestros, pero también aparece un credo, un grito de batalla, una arenga de su protagonista al nuestro: ¡solo resistiendo lo conseguiría! Este acto de resistencia, de cabezonería, de terquedad, era ya intrínseco a la forma en que Bolaño concebía el quehacer de todo escritor. La constancia, el esfuerzo y el amor por la palabra escrita permearían a partir de ahora la psique de todas sus criaturas, letra a letra, frase a frase, párrafo a párrafo, libro a libro, hasta que la perseverancia y la pasión acabasen convirtiéndolo en el mejor escritor de su país, de su continente, de su lengua, la herramienta con la que hoy escribe *Amberes* y mañana, en la distancia, la monumental *2666*, donde el Jean-Claude Pelletier de las primeras páginas sirve para encarnar, en otro tiempo y tono, la esencia de la ética bolañesca:

[T]ras una larga noche tal vez inútil forzó en su mente dos conclusiones: [...] la segunda, que una brillante carrera se abría delante de él y que para que esta no perdiera el brillo debía conservar, como único recuerdo de aquella buhardilla, su voluntad. La tarea no le pareció difícil.

No le pareció difícil a Ángel Ros, su primer protagonista. No se lo pareció a Jean-Claude Pelletier, uno de los últimos. Tampoco debió de parecérselo, por tanto, al joven Roberto Bolaño.

⁴⁶ Hablando de panes, a menudo podemos encontrárnoslo abriendo los días en algún bar de barrio, bebiendo carajillos y comiendo bocadillos, y aprovechándose de esta otra rutina para referirse en su correspondencia a la rima entre ambas palabras.

⁴⁷ Aunque no tendremos tiempo de demorarnos en estos pormenores, porque en toda crónica vital hay momentos cuya omisión se impone, vale la pena mencionar, así sea a guisa de

esbozo, que la correspondencia entre Roberto Bolaño y Juan Pascoe parecía motivada por propósitos más pragmáticos que afectivos: nuestro protagonista quería que Pascoe le editase un segundo libro, esperanza que disfrazaba de mera superstición, mencionando a menudo el deseo de que su siguiente obra compartiese editorial con la primera. La realidad, sin embargo, parece ser hartamente distinta. Bolaño carecía de editor en España e intuía que no iba a ser fácil encontrarlo, de modo que mantener cerca al dueño del Taller Martín Pescador debió de antojársele una buena estrategia. Eso sí, el tiempo acabó demostrando que se trataría de una estrategia infructuosa. Pascoe no quiso repetir la experiencia e hizo caso omiso de sus ruegos, insistencias y reclamos.

⁴⁸ Vale la pena mencionar que Mario también aprovechó su paso por Europa para visitar Barcelona, pero nada memorable anómalo ocurrió durante su estancia.

⁴⁹ Bolaño dijo que «ella sabía hablar inglés y francés y alemán, pero no castellano, y yo solo sé decir en inglés *gud morning, ai lov yu*, etcétera».

⁵⁰ Por supuesto, tal y como nos recuerda Milan Kundera en *El arte de la novela*, la esencia de las buenas ficciones —y esto también se aplica, lógicamente, a los géneros dramáticos— es rendirse ante la relatividad, ante la duda, ante las interrogaciones, ante la ambigüedad, en definitiva, ante todo aquello que Javier Cercas definió después en un ensayo homónimo como «los puntos ciegos». Por lo tanto, no debe sorprendernos que, tras la muerte del infrarrealismo mexicano, acaecida en Port-Vendres en el transcurso de 1977, nuestro protagonista se empeñase en crear una suerte de «infrarrealismo internacional», deseo al que aludiría en varias ocasiones ulteriores, tal vez porque ese discurso sobre una posible resurrección de la vanguardia le serviría de coartada para apuntalar buena parte de su correspondencia intercontinental, incluida la que mantuvo con los poetas horazerianos del Perú. Sea como fuere, si no la muerte del infrarrealismo, la decisión que ambos amigos tomaron en el Rosellón fue la de organizar unas pompas fúnebres, por más

que dentro del féretro no pareciese haber cadáver.

⁵¹ Nos referimos a los croquis de Josep Albertí que aparecieron en la portada de *Neon de Suro, fullet monogràfic de divulgació*, en 1976, con el subtítulo de «*Per la Descolonització de l'infant*».

⁵² A Roberto, en cambio, le disgustaba la juventud de la pareja de su progenitora. Recuerden lo que ya advertimos: ni los *homo sapiens* de izquierdas ni los de derechas se hallan exentos de sus propias fallas, incoherencias y episodios de disonancia cognitiva.

⁵³ Según otro de los bulos más comunes, al que ya hicimos alusión, estos años en Barcelona habrían sido los culpables de que Roberto contrajese su enfermedad hepática, por lo visto a través de una jeringuilla usada. Nada más lejos de la realidad. El Bolaño de esta época, como el de todas, sigue teniendo la literatura como única y verdadera adicción.

⁵⁴ Poco después, Bolaño aseguró que él y Bruno se hallaban en contacto con Pere Gimferrer para una posible publicación del poemario, cosa que, de ser cierta, nunca se materializó. Sin embargo, Gimferrer acabó desempeñando un papel fundamental a la hora de abrirle a Bolaño las puertas de una gran editorial, en concreto con la publicación de *La literatura nazi en América* por parte de Seix Barral. Gimferrer también prologó la edición de *Los perros románticos* en Acantilado. Pero a todo eso ya llegaremos.

⁵⁵ A comienzos de la década de los ochenta le mandaría a su amigo Bruno Montané una postal en la que parecía aludir a aquella brevísima experiencia en la servidumbre doméstica, o en otro ámbito de índole análoga: «Querido Bruno: Llegué, miré y renuncié. No hubiera podido escribir y así no hay caso. Mi espíritu —mi viejo espíritu barroco— jamás ha tenido disponibilidades de este tipo. ¡Pobre hambre! Me dio un poco de pena, pero la casa olía a pirámide egipcia. Creo que alguna vez lo dijo [K]ing Vidor: pobres ricos, qué vulgares son. En fin: 24 horas de experiencia son mejores que un mes o toda una vida, ¿no?».

⁵⁶ Ciertos cronistas sitúan la época en el Estrella de Mar entre

1978 y 1981. En realidad, como lo demuestran las primeras cartas a Carlos Edmundo de Ory, nuestro protagonista ya había hecho sus pinitos en aquel camping durante el verano de 1977, el mismo año de la llegada a Cataluña, y mantuvo su vinculación de forma intermitente, ora los fines de semana, ora inviernos completos, hasta 1980. El hecho de perder dicho empleo a comienzos de la década fue precisamente una de las múltiples razones que lo impulsaron a marcharse de Barcelona rumbo a la vecina Gerona. Desconocemos los motivos exactos de aquella desvinculación laboral. Entre lo poco que Bolaño dijo a las claras fue que engañó a su jefe haciéndole creer que hablaba con fluidez inglés y francés, cosa que fingía hacer con desparpajo: se limitaba a balbucear frases deshilvanadas que provocaban la hilaridad de los veraneantes e inducían al gerente a creer que estaba contándoles chistes en su propio idioma.

⁵⁷ En *La pista de hielo* uno de los personajes confiesa que en el Stella Maris casi no había problemas entre el patrón y los jornaleros, y que tampoco existían fricciones en el seno de la propia plantilla, compuesta por varios inmigrantes sin permiso de trabajo («entre las que había una senegalesa que solo sabía decir en español hola y adiós» y «tres viejos españoles a los que ya no querían en ningún sitio»).

⁵⁸ Nos referimos, por supuesto, a Miralles, el miliciano que en la ya mencionada novela de Javier Cercas le perdona la vida a Sánchez Mazas, ideólogo del franquismo.

⁵⁹ Esta publicación constituyó la enésima prueba de la heterogeneidad que reinaba en el seno del grupo. Probablemente la mejor descripción del infrarrealismo la haya dado el poeta Bruno Montané, cuando formuló su ya célebre pregunta retórica: «¿Por qué no admiten de una puñetera vez que el infrarrealismo fue un animal difuso y tentacular, un zorro mojado, en fin, miles de brazos y ojos? Porque si no, no fue nada».

⁶⁰ Lo mismo hizo, por cierto, con *Montón de estrellas fracasadas*, poemario cuyo título pretendía rendir tributo a un verso de Rimbaud: «Insulso montón de estrellas fracasadas». Él mismo pasó a máquina

sus textos manuscritos y, tras fotocopiarlos, se afanó en repartirlos por doquier, incluido durante un viaje a Madrid, donde le ruega a un conocido que se los haga llegar al escritor Andrés Sorel con la esperanza de despertar algún tipo de interés, cosa que no sucederá.

⁶¹ Según la versión más extendida, Bolaño y Porta coincidieron en las oficinas de la editorial La Cloaca, un sello cuyo nombre parecía haber salido de la pluma del terrorista de las letras Mario Santiago, Adalid de la Marginalidad Infrarrealista. (En ocasiones se dice que nuestro protagonista conoció al escritor catalán durante una fiesta prenavideña en casa de Xavier Sabater, fundador de La Cloaca). Sea como fuere, lo importante aquí es que Porta no sería solo un compañero de letras, sino también un amigo cercano con quien a partir de entonces podría contar en todo momento, tanto para recibir «regalos razonables y prácticos» en época de vacas flacas, por ejemplo, cigarrillos y yogures, como para retar a los parroquianos del bar de la esquina a épicos torneos de fútbolín, donde jugaban «entre los niños que se vendían por quinientas pesetas», enzarzándose en batallas dignas de Homero, hasta el punto de que, de conformidad con varios de los testimonios existentes, en una ocasión el dueño del local habría tenido que echar mano de la fregona para limpiar el charco de sudor de sus contrincantes. Porta también acompañó a nuestro héroe en la tarea de soñar que los años ochenta iban a ser la década en la que ambos se comerían el mundo, escribiendo conjuntamente guiones de cine para películas de espías en 16 mm y conquistando de una vez por todas la esquivada fama literaria. En definitiva, el catalán fue compañero de letras, báculo en la miseria, socio en la cancha de hojalata y cómplice de delirios, qué más se puede pedir.

⁶² Al igual que sucedía con su consumo de ficciones impresas, las idas al cine eran terriblemente polipódicas y oscilaban entre lo *underground* y lo comercial. El CAPSA era su local de referencia, pero Bolaño no dudaba en pasar de vez en cuando por el ya extinto Cine Céntrico, en Peu de la Creu, donde vio películas como *Orca, la ballena asesina*, con Richard Harris y Charlotte Rampling, o por el Cine Maldà, frente a cuya pantalla se enfrentó por primera vez a las

hipnóticas imágenes de *Solaris* el 18 de enero de 1979.

⁶³ Se ha escrito mucho sobre si este dato es (o no) cierto, e incluso sobre si resultaba *posible* trucar así la garganta metálica de una cabina hasta hacerla cantar sin monedas. Testigos como Lola Paniagua lo han corroborado sin titubeos. Sea como fuere, nuestro protagonista se empeñó en reportar varias veces aquella triquiñuela. De hecho, la incluyó como práctica común en las manos hábiles de algunos de sus personajes. Sea auténtica o apócrifa, la historia posee al menos una pátina de verosimilitud, cualidad que basta para ganarse un lugar, así sea a título anecdótico, en las nada ficticias páginas de este relato.

⁶⁴ Podríamos seguir: «Escribo versos, sueño con una novela», y seguir: «Quiero escribir una novela y ya ni siquiera tengo paciencia para mandarme un poema largo, ¿cómo voy a hacer esto, señor?», y seguir...

⁶⁵ Debíó de tratarse del mismo relato que menciona en su correspondencia con Ory, ese de título antropofágico.

⁶⁶ El otro elemento que dota las páginas de *Amberes* de una cierta coherencia argumental es, en palabras de Fernando Saucedo Lastra, «la presencia reiterada de la idea de México y lo mexicano», otra constante casi ubicua en la prosa de Bolaño. Por *Amberes* aparece un Distrito Federal plagado de fantasmas y una miríada de personajes que remiten a los primeros años de su juventud. Aparece también, ay, el amor del que ya nunca lograría olvidarse, observado con la precisión clínica de una lente: «Primer plano de muchacha mexicana leyendo. Es rubia, tiene la nariz larga y los labios delgados. Levanta la vista, mira hacia la cámara, sonríe», y más adelante, tornando visible lo invisible, explícito lo implícito: «Hay una enfermedad secreta llamada Lisa».

⁶⁷ De ese mismo año data, por cierto, la novela inédita *La Virgen de Barcelona*, texto en el que, como advierte Valerie Miles, empieza a perfilar su futuro universo narrativo, ya latente por otra parte en muchos de sus poemas. En el manuscrito de esa novela, Bolaño efectúa, por ejemplo, una de las primerísimas referencias a la obra

del pintor italiano Giuseppe Arcimboldo: «Me encomiendo al Arcimboldo, el más desdeñoso de todos, Señora, me encomiendo al Arcimboldo, dije, contemplando las fisuritas de sus labios». Años después, el mismo pintor asomaría por las páginas de *Nocturno de Chile*: «Escuché, sin sorpresa, el ladrido de unos perros que no vi y al cruzar los huertos, donde bajo la sombra protectora de unos paltos se cultivaba toda clase de frutos y verduras dignas de un Archimboldo, distinguí a un niño y a una niña que cual Adán y Eva se afanaban desnudos a lo largo de un surco de tierra». Sea a causa de un pequeño desliz, sea por una deriva fonética, el Arcimboldo de *La Virgen de Barcelona* se ha convertido en el Archimboldo de *Nocturno de Chile*. Falta tan solo enmendar una letra más para llegar al cuasi homónimo Archimboldi, el misterioso escritor que articularía póstumamente las páginas de 2666.

LA PARTE EN LA QUE CAZA CABELLERAS «EN REALIDAD[,]
ESTE CUADERNO SOLO ME HA SERVIDO PARA SOLTAR LA MANO,
DEBO, VOY A ESCRIBIR, POR LO MENOS OTROS DOS CUADERNOS,
DE 200 PÁGINAS CADA UNO, A VER [SI] DESDE ALLÍ SALE ALGO
QUE VALGA LA PENA, QUE NO ESTÉ ESCRITO YA, Y QUE INSPIRE
AMOR, PIEDAD, DESEOS DE SER PIEL ROJA».

ROBERTO BOLAÑO,

La Virgen de Barcelona (Archivo 25-133/AHRB)

No se han escatimado en esta crónica, por más que ello nos haya llevado a pecar en ocasiones de sentimentalismo, ni las alusiones a los sueños y esperanzas de nuestro protagonista, ni el inventario cambiante de sus miedos, ni las turbulencias, ora sublimes, ora ñoñas y pueriles, de su vida sentimental. Pero nada de todo lo anterior nos ha preparado cabalmente para las vicisitudes de la época de soledad e introspección que nos disponemos a vivir en Gerona. Haremos, no obstante, lo que podamos. Por de pronto, empezaremos con otro principio:

Bolaño pasó en Córdoba las navidades de 1980 y con la llegada del año nuevo se embarcó en su penúltima mudanza, al menos su penúltima mudanza interurbana, esa que lo lleva a abandonar el pisito barcelonés de la calle Tallers e instalarse en la ciudad de Gerona.⁶⁸ Allí se atrinchera en un edificio anguloso pintado de color tierra, en el número 29 de la calle Caputxins, con un pequeño jardín trasero lleno de parches de arcilla desnuda, hondonadas y malas hierbas. En palabras de nuestro protagonista, el cambio vino motivado por un «divorcio urbanístico». Sabemos que andaba a la búsqueda de nuevos comienzos y deseaba establecerse en un lugar donde no hubiese conocidos ni fantasmas. Sabemos que ha perdido su trabajo en el camping Estrella de Mar, pero que conserva aún algunos ahorros y desea estirarlos al máximo. Sabemos que su hermana Salomé le ha conseguido un piso baratísimo en el mismo edificio en el que viven ella y su pareja, en lo alto de Les Pedreres, ahí donde se desdibuja la frontera entre la Gerona urbana y la rural. Sabemos que mudarse es, por ende, una suerte de repliegue táctico que mezcla la necesidad y el cálculo literario: el alquiler es tan barato que le permitirá dosificar con disciplina monacal el poco dinero que posee y allí, salvo la familia, no prevé toparse con distracciones que lo alejen de la literatura.

Al poco de efectuarse el traslado, Salomé decide regresar a México para cursar estudios de antropología. Bolaño abandona entonces el apartamento del primer piso, ese en el que apenas ha deshecho las maletas, y se instala en la planta baja, prometiéndole a su hermana y a su cuñado que les cuidará no solo el buen alquiler, sino también

a la perra Laika.

En la primera carta que le envía a A. G. Porta desde su nuevo hogar, datada el 20 de enero de 1981, le habla del viento y el frío gerundenses. Aquello no es más que el principio, la antesala de una etapa de vida solitaria y cuasi ermitaña, donde la precariedad carecerá, al menos en sus inicios, de contrapartidas afectivas, aquí está él, sin cuadrillas adolescentes, sin una banda de poetas infrarrealistas bailando al compás de sus soflamas revolucionarias, sin veraneantes pidiendo que les abra la cancela ni hordas de exiliados y anarquistas en las calles de Barcelona la Bella, sin amantes trastornadas, sin amigos. Al principio trata de infundirse ánimos, lee, escribe y se repite una y otra vez la misma cantinela, como si las palabras pudieran salvarlo del derrumbe, ¡Solo resistiendo lo conseguiré!, ¡Solo resistiendo lo conseguiré!, pero transcurren los días y no encuentra la forma de hacerlo. Resistir se le antoja cada vez más difícil. La vida le parece un invierno largo y gélido. Su autoestima decae. Gerona se vuelve oscura. Y él con ella.

*

Desde luego, el cambio es profundo, podríamos decir, aunque esto nos lleve a incurrir en analogías de índole arquitectónica, impropias tal vez de los procesos sociales, conductuales y cognitivos que por lo general configuran la experiencia humana, que se trata de un cambio estructural, uno que abarca no solo su relación con la escritura, sino también la forma en que Bolaño se ve a sí mismo en el mundo, reorganizando, en consecuencia, los marcos de interpretación y sentido por los que lleva ya un buen tiempo transitando. Por ejemplo, pareciera que los años en la estela *beatnik*, por quienes había mantenido una cierta fidelidad, tanto práctica como teórica, empezaban a agotarse. Aún quedan algunos viajes aquí y allá, pero las peregrinaciones de juventud, esas epifanías plagadas de apariciones, descubrimientos y promiscuidad suficiente, adquieren la vibración apagada de un eco lejano.⁶⁹ El Bolaño de Gerona se torna sedentario, igual que un árbol recién trasplantado que al fin echa raíces en suelo ajeno. De repente prefiere la televisión a los viajes y, desde luego, como por otra parte había

ocurrido siempre, los libros a los viajes. Empieza a pensar —o cuando menos a sentir— aquello que luego gustaría de repetir en sus entrevistas: que, si le daban a elegir entre un billete de tren hasta Vladivostok y una gran biblioteca, elegiría la biblioteca, porque su trayecto sería, a la postre, mucho más largo.

En verdad, ahora apenas si tiene vida fuera del número 29 de la calle Caputxins. Algunos días sale un rato para echarle una mano a doña Victoria en su enésimo negocio de bisutería, situado en la rambla de la Llibertat, o para bajar al correo, donde rara vez se encuentra con una carta de Me, pero tanto las noches como las mañanas suelen ser tiempo de encierro. Su única rutina en el exterior es eminentemente solitaria y consiste en prepararse con resignación para las horas de vigilia e insomnio mediante una larga caminata walseriana, que suele comenzar en torno a la siete de la tarde, nada más despertar de un sueño extemporáneo, momento en el cual, según escribiría él mismo, su cuerpo experimentaba «algo semejante al *jet-lag*, una sensación de estar y no estar». He aquí, junto con las finanzas magras, el principal legado de varios años ejerciendo como vigilante nocturno.

Durante estos paseos recorre sin rumbo fijo las callejuelas del casco antiguo y se detiene a menudo en alguno de los puentes que atraviesan el río Oñar, inclinándose sobre la barandilla para observar a los peces que pasan de la zona iluminada por el sol menguante a la sombra, o de la sombra al sol menguante, preguntándose qué sienten, y qué son, ¿carpas? Luego regresa a la calle Caputxins y da comienzo a su noche de encierro, triste, monótona, sucia, masturbándose a diario, sin siquiera ducharse, permitiendo que las telarañas y el polvo colonicen cada rincón de la casa. La encimera de la cocina se llena de lamparones de grasa. La almohada, de pelos abandonados. Su cuerpo, de olores. Más que un hombre, parece un desnudo de Schiele. Leer y escribir ya no bastan para mantener a raya la intemperie interior. Bien mirado, a veces solo sirven para exacerbarla.

Una vecina de aquella época lo recuerda compartiendo sacos de pienso con la perra Laika, o bajando a la carnicería a por despojos

de cerdo con que preparar un guiso de arroz para ambos. Ya no es precario. Ahora, en sus propias palabras, es «pobre como una rata». Le obsesionan las toallas ásperas como el esparto, pero no puede darse el lujo de comprar suavizante. Le obsesionan el frío y el viento y las notas de jazz de Charles Mingus y los poemas de Frank O'Hara. Aparte de leer y escribir, su vida se define, ante todo, por aquello que nunca hace. No bebe alcohol. No fuma marihuana. No sale de fiesta ni juega al fútbolín. No tiene confidentes. No pasa tiempo con personas de su edad, salvo en las contadísimas ocasiones en que, presionado por el tedio o la cortesía, se deja ver fugazmente por el piso de unos muchachos de Cassà de la Selva, en la ronda Ferran Puig, a quienes había conocido por intermedio de su cuñado. Tampoco responde a la cordialidad y a los conatos de conversación de los amigos de doña Victoria, a quienes evita a toda costa con excusas peregrinas, o con verdades que lo parecen: «Me voy a casa, que tengo que escribir». A quien más se asemeja es a la horda de jubilados que pululan por los bancos de las plazas, a los cuales dedica poemas impublicables, o al camarero que sale a retirar las mesas porque ha empezado a llover. Su soledad se vuelve una sombra fiel e impregna cartas, cuadernos y poemas, entre ellos *Prosa de otoño en Gerona*, un texto terriblemente autobiográfico donde condensa la desolación del inmigrante sin trabajo ni papeles, del escritor sin editorial ni futuro, de la criatura sin esperanza.

*

Otras cosas cambian, claro. Para empezar, la literatura deja de parecerle un mero «derroche». Ahora, quizá por vez primera, sueña seriamente con subsistir gracias a los réditos de su obra (de momento inexistentes), fantasea con no verse obligado a concatenar «oficios de sudakas» para poder dedicarse a los libros, imagina las bondades de una vida que «no necesariamente debe ser bohemia» ni alejarlo de la sobriedad a la que se halla acostumbrado, pero sí habría de regirse, ante todo, por la búsqueda de maneras con que apaciguar el vértigo de sus síndromes quijotesco. A veces se encomienda a William Faulkner y trata de hacer suya una de las consignas del norteamericano: «El escritor no necesita libertad

económica. Todo cuanto necesita es un lápiz y un papel». La realidad, empero, le muestra que es difícil sostener el lápiz en la mano con el estómago vacío.⁷⁰

En este ambiente de autoexilio, amargura e indigencia material, nuestro héroe empieza a experimentar con las cualidades caleidoscópicas de la palabra escrita, los ya mencionados versos, las cartas, los esbozos de novela, sus diarios, cada uno aporta una perspectiva distinta a una misma realidad, a veces Roberto incluso refunde un texto con otro, el poema que se convierte en relato, el relato que se convierte en novela, la novela que deriva en materia epistolar, descartando esbozos solo de forma provisoria, pues todo puede ser reciclado y reescrito en eso que Valerie Miles, la principal estudiosa de su archivo, definió como «un universo multidimensional», «un rompecabezas ficcional y narrativo». La totalidad del cosmos se halla ahí, en el número 29 de la calle Caputxins, al interior de una casa destartada, desde donde rehúye la vida en sociedad y relee a Rimbaud y a Lautréamont y a Sade y a Genet y a Restif de la Bretonne, absorbiéndolos, digiriéndolos, pues solo ellos parecen capaces de aportarle los nutrientes que necesita para llevar a buen puerto su propio proceso metamórfico. Relee también *La invención de Morel* y recuerda las palabras de Bioy: «Me atrevo a dar el consejo de escribir, porque es agregar un cuarto a la casa de la vida». Roberto añade cuartos y más cuartos, salones, comedores, pasillos, dormitorios, trasteros, sótanos, desvanes secretos, salas de juego, todo parece brotar de su escritura, pero también de sus lecturas, Lawrence Monsanto Ferlinghetti, Karl Shapiro, LeRoi Jones, Denise Levertov, Joan Vinyoli, nombres que para cualquier lector medio parecen apócrifos, meras invenciones bolañescas, y que tal vez lo fuesen, pese a que las respectivas páginas de Wikipedia parezcan indicar lo contrario. En esta época recurre, además, a ensayos teóricos sobre literatura, pero pronto perderá aquella costumbre, consciente de que la mejor forma de aprender de los maestros no es leer sobre ellos, sino leerlos a ellos, directa y febrilmente.⁷¹

Nada de lo anterior logra sacarlo del pozo de miseria en que se

halla, igual que un opiómano es incapaz de sentir alivio aunque multiplique la dosis, porque ya no persigue el placer, sino apenas una tregua frente al temblor incesante de su propia carne. Bolaño vive suspendido entre la lucidez que le devora y la esperanza sin fundamento, entre la pobreza que lo acorrala y el fervor de obras que aún no existen, pero que ya lo reclaman.

Al principio se da consejos a sí mismo, como se los daría luego a otros: «No temas la soledad, confía en tus alas futuras, lo bienamado jamás desaparecerá». Pero conforme pasa el tiempo, su miedo al fracaso —a todas las formas del fracaso— se agiganta. Trata de engañarse, embaucar su mente atiborrando cuadernos con caligrafía menuda y, como para no desesperar en la orfandad de sus propósitos, se narra a sí mismo medias verdades: «Soy inmensamente feliz». A veces lo es, sin duda, pero de la forma efímera en que son felices las personas bipolares. En la parte álgida de sus días se convence de que es un gran escritor, piensa que su poesía es revolucionaria, que su prosa, cuando por fin desprege del todo, captivará al público y a la crítica, que se halla a punto de alcanzar sus metas, ique solo resistiendo lo conseguirá! Esa, decimos, es la parte álgida. También la minoritaria. La mayor parte del tiempo sufre pensando en su fracaso. Apenas duerme tres o cuatro horas al día. Fuma como un cosaco y arrastra un cansancio hondo, propio de una noche sin final en los confines del Ártico. La extenuación no proviene solo de la falta de sueño, sino también, como él mismo reconocería en alguna de sus cartas, de la fatiga psíquica inherente a lidiar con una legión de sentimientos agotadores, como «el orgullo, la rabia y la violencia». El sol que rielas en las calles de Gerona se hunde cada día en el horizonte, y cada día se hunde también en sus propios abismos el ya no tan joven Roberto Bolaño, preso de la infelicidad diacrónica de quien concatena días amargos. La rampa de cemento, esa que conduce de la casa al pueblo y, en sentido inverso, del pueblo a la casa, se le antoja a veces un precipicio, mírenlo ahora, justo en el borde, con un murmullo saliéndole de los labios, tal vez esté diciendo, Voy a saltar de esta mierda de vida, o, Aquí ya no pinto nada de nada, o incluso

un más lacónico, Se acabó.

Mientras tanto, allá fuera, la vida sigue. La gente trabaja, se enamora, hace planes. Él, en cambio, construye una torre de palabras desde la ruina, una torre de vigilancia y encierro a la vez. Algunos fines de semana vuelve a forzarse a ir al piso de la ronda Ferran Puig, con la esperanza de que interactuar con otros jóvenes le ayude a dar tregua a su desarraigo. Por desgracia, suele ocurrir lo contrario. Ni siquiera experimenta alivio en las contadísimas ocasiones en que logra llevarse a casa a alguna mujer incauta, por no mencionar cuánto hiere su amor propio si la compañera en cuestión se toma a broma lo de que él se declare poeta. A veces, si la cosa va bien, trata de hacer el esfuerzo consciente de enamorarse y rebusca en la penumbra del encuentro algo distinto a la lascivia, pero, tal y como confesaría él mismo, «la falta de dulzura —de una dulzura determinada— [le] indica lo contrario».

Nada lo conmueve. Nada lo redime. Nada lo satisface.

Roberto cae.

Y cae.

Y cae.

Y cae.

Y cae.

Hasta tocar fondo.

El impulso que lo sostenía se extingue como una cerilla en el viento. Ahora se siente «vacío, sin ganas de escribir» y es «incapaz de permanecer sentado durante más de una hora ante una hoja en blanco». Se mira en el espejo y se ve a sí mismo como un fracasado, tullido del alma, un escritor sin tinta, o de tinta china, sin coraje, o con un coraje inútil e improductivo, sin norte, un tipo mustio, tristón, desencajado, con la cabeza hecha una pelota de trapo, depresivo, melancólico hasta la náusea, como si la tristeza le hubiera hecho un nido en el estómago, un zombi del fracaso literario, un donnadie con delirios de grandeza, hecho polvo, hecho trizas, hecho mierda, ay, rencoroso, colérico consigo mismo y con el mundo entero, con la

literatura, con los editores, con los imbéciles premiados, con los lectores tibios, con quienes le hacían sentir como un naufragado con la máquina de escribir al cuello, hundiéndose en la modorra provinciana, pensando —el cigarro tembloroso entre los dedos— que quizá ya estaba muerto y nadie le había avisado. «Sácame de este texto», escribió en uno de sus poemas. Sácame de esta vida, debió de pensar, si juzgamos por lo hondo de su tristeza.

Aquello de que la literatura salva a los espíritus atormentados parece un cliché sin fundamento. Bolaño, cuyo cliché consistía precisamente en llevar la contraria, se encargó de repetir en más de una ocasión que ni leer ni escribir lo salvó, pero también se contradijo a sí mismo, según su bendita costumbre. A nuestro modo de ver, no hay duda de que en esta época la literatura acabó obrando su discreto milagro. Si no lo hizo en forma de libros, propios o ajenos, lo hizo al preparar el terreno fértil donde brotarían dos epifanías discretas que acabaron jalándolo hacia la superficie: primero una epifanía escrita —la correspondencia con Enrique Lihn— y luego otra encarnada —encontrarse con Carolina López, su futura esposa, en las calles viejas de Gerona.

*

Durante los años gerundenses, Bolaño incrementó el ya de por sí febril ritmo de su correspondencia. Se carteaba, como sabemos, con el poeta gaditano Carlos Edmundo de Ory, pero también con una miríada de figuras vinculadas a las letras, como la profesora y crítica literaria Soledad Bianchi, chilena exiliada en Francia, el poeta Jaime Quezada, quien lo había introducido en el mundillo intelectual del D. F. durante su adolescencia, el infrarrealista José Vicente Anaya, el escritor argentino Antonio di Benedetto, exiliado en Madrid, o Juan Pascoe, su primer editor, y eso sin mencionar los contactos frecuentes con aquellos amigos que ahora, tras abandonar Barcelona, se encontraban de repente a cierta distancia, incluido Bruno Montané y A. G. Porta. Pero de entre la prolijidad de aquella correspondencia, tan nutrida como dispersa, ninguna ejercería mayor influencia sobre él que la que logró entablar con el intelectual chileno Enrique Lihn. En efecto, resulta difícil subestimar el impacto

positivo de aquella relación. Bolaño llevaba una década y media admirando la obra del vate y novelista santiaguino, a quien había leído por vez primera cuando no era más que un adolescente con pantalones cortos que husmeaba en silencio por la biblioteca del Liceo de Hombres de Los Ángeles. Las ideas políticas de Lihn habían ejercido, además, una influencia directa sobre la trayectoria vital de Roberto, en el sentido más literal del término: *La cultura en la vía chilena al socialismo*, texto donde Lihn acusaba a la Unidad Popular de Allende de no invertir lo suficiente en el ámbito de la cultura, había sido instrumental en la decisión de Bolaño de abandonar Ciudad de México y poner rumbo a Chile con la esperanza de contribuir a las labores de la recién creada editorial Quimantú. De modo que cuando nuestro protagonista decidió ponerse en contacto con él, lo hizo desde esa mezcla de respeto visceral, timidez y entusiasmo contenido que embarga a quien se sabe leído por uno de sus referentes. Era, como tantas cosas en esta historia, una apuesta improbable, un tiro al aire. Pero, también como en tantas otras ocasiones, su intuición resultó certera: Lihn no solo respondió al llamado de nuestro héroe, sino que acogió el vínculo con una calidez difícil de prever.

La riqueza de los intercambios epistolares de Bolaño debería servir algún día, ojalá que pronto, para armar uno o varios volúmenes, cosa que escapa a los márgenes naturales de la semblanza biográfica a la que aquí venimos consagrándonos. Baste para nuestros propósitos con señalar que, en mitad de la miseria descrita en la primera parte de este capítulo, en mitad de la desazón y el desespero de quien se siente un fracasado, Bolaño encontró en las cartas de Lihn lo que necesitaba para rescatarse a sí mismo del abismo. Nuestro protagonista sentía que había quedado en los márgenes de la literatura chilena, pero seguía asomándose a ella en la distancia con más rabia que admiración.⁷² Lihn, en un gesto de generosidad poco común entre pares, y aún menos entre un desconocido y un maestro, le tendió la mano, reafirmando en su condición, «Eres un poeta, un escritor, combinados...», y asegurándole que solo en el ejercicio de las letras alcanzaría algún

tipo de redención. Por lo demás, el reconocimiento y la fama debían verse como aspectos accesorios a su vocación:

[N]o te espera nada que te satisfaga plenamente en materia de respuesta a un trabajo que es la soledad misma, para no llamarlo solitario [...]. El tiempo y/o factores imprevisibles resuelven por ti en una zona que no ves nunca, situada más allá de tus narices escriturales.

Como sabemos, el tiempo acabó resolviendo las cosas en favor de Roberto Bolaño, convirtiéndolo en el mejor escritor de su país, de su continente y de su lengua, pero ese futuro inexistente carecía entonces de importancia. Solo importaba el hecho de que un maestro le tendiese la mano. Aquellas palabras, viniendo de quien venían, eran como una cuerda trenzada a la que podía aferrarse para salir del pozo. El alivio debió de ser similar al que experimentó William Burroughs cuando recibió una arenga comparable por parte de Samuel Beckett, «Usted es un escritor», le dijo el irlandés al norteamericano. Cuatro palabras que le cambiaron la vida. Cuatro en nuestro idioma, cuatro también en el idioma en que fueron dichas, por más que una de ellas se hallase contraída, *You're a writer*.

El hecho de declararse escritor/poeta acabó siendo, precisamente, uno de los hechizos discretos con que enamoró a Carolina López, su futura esposa. Roberto y ella se conocieron en una calle de Gerona, un encuentro anónimo y providencial, o más bien una embestida, pues nuestro protagonista la abordó de improviso y la invitó a cenar, haciendo gala de un aplomo inesperado, en disonancia absoluta con cómo se sentía en la intimidad. Carolina aceptó la propuesta. En aquella época, él se acercaba sin prisas a los treinta años, ella tenía apenas veinte —parece que, en este caso, la diferencia de edad ayudó a que se obrase el milagro—. Durante la cena, la joven catalana no tardó en quedar ensimismada ante el derroche de simpatía, sentido del humor e inteligencia de aquel chileno semiapátrida. Si había algo que los vaivenes emocionales no habían mermado era su capacidad de envalentonarse delante de una mujer y de sacar a la luz su lado más seductor. Ya por entonces poseía una voz profunda que irradiaba seguridad en sí mismo y una forma de

hablar cadenciosa, de entusiasmo bien medido, como si cada frase llevara impresa el ritmo de un poema aún por escribir.

Años después, Roberto bromearía diciendo que conquistó a Carolina a punta de platos de arroz, porque era tan pobre que había aprendido a cocinarlo de muchísimas maneras. Los verdaderos motivos, sin embargo, resultaron ser bien distintos. Contrariamente a algunas de las muchachas que habían pasado por el número 29 de la calle Caputxins, la joven catalana que ahora tenía delante se sintió embelesada por su labia, su presunta confianza en sí mismo y su capacidad para hablar sobre cualquier tema con una mezcla de erudición y fiebre lírica. En la feliz enumeración posterior de Juan Villoro, Bolaño podía conversar con la soltura de un viejo tahúr sobre temas tan variopintos como «asesinos seriales, estrellas porno, trovadores merovingios». A su nueva pareja la enamoró también eso que ella misma definiría varias décadas después como un talento innato para dominar «el arte del incordio», contradiciendo a su antojo cualquier afirmación, incluidas las propias. En fin, que si no fue un flechazo, estuvo cerca de serlo.

De repente, nuestro protagonista parecía tenerlo todo: una mujer joven y hermosa de quien se hallaba enamorado, un ilustre maestro atizando la brasa obstinada de su vocación y, como broche perfecto, infinidad de proyectos en curso.

Como ocurre siempre después de cualquier noche, por oscura que sea, la luz tierna de la mañana volvía a filtrarse de nuevo por las rendijas del horizonte.⁷³

*

El encuentro con Carolina, sin embargo, no fue el único episodio providencial de aquellos años. En ese mismo paisaje de cuevas empinadas y calles húmedas conoció también a un jovencísimo Javier Cercas, otra aparición que, con los años, acabaría dejando una huella perdurable en su biografía literaria y, como adelantamos, en la historia de la literatura. Sucedió que un día Bolaño se topó con su amigo Xavier Corominas a las puertas del restaurante Le Bistrot, en la Pujada de Sant Domènec. Este último iba camino de la

universidad en compañía de un veinteañero de ademanes discretos y rostro orondo que ya por entonces soñaba con ser escritor. Después de un rato de charlas, Corominas le preguntó a Bolaño por la novela que andaba escribiendo, a lo que este respondió con una frase desganada, «Va, va, pero no se sabe muy bien hacia dónde va». Cercas recordaría después cuán convencido estaba de que jamás volvería a oír hablar de aquel latinoamericano greñudo «con aires de buhonero *hippy*», pero la ocurrencia de nuestro protagonista le marcó tanto que acabó usándola en su segunda novela, *El inquilino*, en cuyas páginas un personaje se interesa por la tesis doctoral de otro, obteniendo exactamente aquella réplica, «Va, va, pero no se sabe muy bien hacia dónde va». Casi un cuarto de siglo después, Cercas acabó por pura casualidad en la presentación que Bolaño hizo de *Llamadas telefónicas* en la Llibreria 22 de Gerona y, entre recuerdo y recuerdo, el catalano-extremeño y el chileno se percataron de que se habían conocido fugazmente hacía casi veinticinco años y que una frase de Bolaño se había filtrado, cual filo de agua subterránea, en las páginas de una novela de Cercas.⁷⁴ Las palabras del futuro maestro de las oralidades inverosímiles se colaban, inverosímilmente, en el texto de un compañero de oficio.

Ahora bien, para los fines narrativos que aquí nos atañen, lo importante de esta anécdota es que Bolaño tenía entonces un manuscrito en el tintero, o en el rodillo de la máquina de escribir, pero dicho manuscrito no parecía ir a ninguna parte, o al menos no a un destino reconocible, como si avanzara a tientas por un pasillo sin luz. El dato es interesante. Un escritor puede quedarse atascado en un texto por culpa del infame bloqueo, pero también a causa de costumbres dispersas que lo lleven, cual abeja primaveral, a ir de flor en flor sin posarse con hondura en ninguna, símil melífero que la sabiduría popular ha condensado, como lo condensa todo, en refranes mucho más francos y, en verdad, manifiestos, por ejemplo, ese que sostiene que quien mucho abarca poco aprieta. Nos atrevemos a suponer, siquiera a modo de hipótesis, que aquel era tal vez el problema que aquejaba a nuestro protagonista.

En aquellos años, el ya no tan joven Roberto Bolaño trajinaba con

más proyectos literarios que dedos tenía en cualquiera de ambas manos.

Estaba, en primer lugar, *Literatura para enamorados*, una suerte de híbrido entre poesía y prosa que había iniciado durante su último año barcelonés, casi a la par que *Amberes*, y cuyas intenciones eran a todas luces similares. Roberto creía haber encontrado la manera de fundir ambos géneros, tal vez con la esperanza de alcanzar, siquiera fugazmente, lo inefable, lo elusivo, aquellas verdades complejas y poliédricas a las que el *homo sapiens* solo puede acceder a través de las ficciones. Para entonces llevaba ya un buen tiempo siendo criticado por la supuesta cualidad prosística de sus poemas. En un encuentro con el gaditano Carlos Edmundo de Ory, este le había espetado que sus versos eran más bien «narraciones, raros cuentos», comentario que puso a Bolaño a la defensiva y lo llevó a reivindicar a capa y espada la idea de que lo lírico no se agota en la métrica o la retórica, sino que podía habitar también en ciertos repliegues narrativos, en aquello que no se dice pero vibra entre las líneas de un texto. Fuera como fuese, resulta evidente que nuestro protagonista seguía experimentando con las formas, tratando de establecer sus propias reglas y, a ratos, cual gurú enajenado, inventándose géneros a caballo entre una cosa y la siguiente, si bien de aquel híbrido en concreto acabó por no salir nada, pues, tal y como admitió él mismo en una de sus cartas a Lihn, el texto en cuestión era «demasiado desmadejado».

En segundo lugar, y que conste desde ya que los emplazamientos atribuidos en esta enumeración no se corresponden necesariamente con el orden de gestación bolañesca, por lo demás disperso y rotatorio, se hallaba *La senda de los elefantes*, escrita principalmente entre 1981 y 1982, y con la que en 1984 ganaría el Premio Félix Urabayen, convocado por el Ayuntamiento de Toledo.⁷⁵ Quince años después, Anagrama reeditaría la novela con el título de *Monsieur Pain*. Se trataba de un relato articulado en torno a la figura de un César Vallejo agonizante, plagado de pasajes oníricos —de nuevo en la estela de *Amberes*— y con más sombras y claroscuros que una película de Fritz Lang o un lienzo de Caravaggio. En sus

páginas, como si se tratara de versos de *Trilce*, Bolaño pugnó por ensartarse en un ojo de aguja, pululando entrañado en los brazos plenarios de la existencia, y, entre verdeantes guijarros gagos y ortivos nautilos, inició su larguísimo peregrinaje por la senda que aunaba la idea misma de literatura con el quehacer de los individuos que se alimentan de ella. A partir de ahora, un sinfín de criaturas bolañescas —de hecho, la inmensa mayoría— serían no solo escritores, sino gente que, en el sentido más literal del término, gravitaba en torno a los libros, poetas, novelistas, editores, críticos culturales, lectores compulsivos, filólogos.

En tercer y cuarto lugar, digamos que *ex aequo*, se hallaban dos novelas aún inéditas: *D. F.*, *La Paloma*, *Tobruk* y *Diorama*. De esta última, Bolaño diría lo siguiente en uno de sus muchos intentos infructuosos por lograr que una agencia representase su obra: «*Diorama*[,] en realidad[,], es un fragmento de una novela monstruosa (que por otra parte, razonablemente, he decidido vivirla y no atormentarme escribiéndola) cuyo título creo que es lo único bueno: *Literatura para enamorados*».

Y en quinto lugar, aunque esta lista no es ni pretende ser exhaustiva —de hecho, en breve ahondaremos en ella—, la ya mencionada *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, coescrita con su amigo A. G. Porta, texto que nos impone una breve parada en el camino.

*

Suele decirse que el germen de *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* —o simplemente *Consejos*, en abreviación de sus propios autores— fue, según advertimos en el capítulo precedente, un paseo nocturno por las calles de Barcelona. Entre ecos urbanos y esquinas y olores metálicos, Porta habría bosquejado el argumento de un manuscrito inacabado, *Cant de Dèdalus anunciant fi*, que a la postre se convertiría no solo en el germen de esta novela a cuatro manos, sino también en la obra que escribe Ángel Ros, protagonista de *Consejos*, en el universo ficticio de sus páginas.^{[76](#)}

La historia, ambientada en una España donde aún existe el garrote vil, no podría haber sido más rocambolesca. Ángel Ros es un pobre diablo con dos únicas obsesiones: la literatura y su amor por Ana Ríos, una delincuente sudamericana que acaba hundiéndolo en un torbellino de sinsabores y desvaríos criminales. Obvia decir que, de estos dos elementos, el primordial, tanto a los efectos de *Consejos* como a los nuestros, es la perenne insatisfacción del letraherido, tema que recorre todo el andamiaje narrativo. Ros pasa los días ofuscado con la idea de escribir una novela («Pronto cumpliré treinta años[,] pero eso no es ser viejo, podría aún, si me esfuerzo, empezar algo, un auténtico intento de escritura»), propósito del que le resulta imposible deshacerse («Mi vocación de novelista floreció una vez más como la mala hierba»). Sin duda, aquella parte de la trama remite a los vaivenes que Bolaño venía atravesando al menos desde 1977. En el caso de Ros, la obsesión deriva en anécdotas insólitas, desde comprar libros en los supermercados, porque a fin de cuentas se trata de un objeto de primera necesidad, hasta inspeccionar minuciosamente las estanterías de las casas que desvalija. Durante uno de dichos atracos, mientras sostiene a la fuerza a la dueña del piso, y tras echar un vistazo a la biblioteca, con libros de brujas, y de Sylvia Plath, y un *Homenaje a Virginia Woolf*, el personaje creado por Porta y Bolaño indaga con sorna acerca de los hábitos lectores de su víctima («¿Estos libros los han leído o están de adorno?»), muestra de interés que no lo detendrá a la hora de forzar su pene en la boca de ella, llevándola hasta las arcadas, aunque sin lograr correrse. En esa misma escena, por cierto, se esboza por primera vez esa especie de sentimiento comunitario que subyace a veces, al menos en obras posteriores de Bolaño, al conjunto de letraheridos del planeta. Después de asaltar una casa ajena, robar y violar a la dueña y asesinar al cónyuge de esta, Ros intenta tranquilizar a su víctima apelando a aquella presunta hermandad universal («Le dije a la poeta que no le íbamos a hacer nada, que pronto nos iríamos. Después le dije que yo también era escritor»). En fin, digamos que la locura bibliófila del protagonista de *Consejos*, como la del nuestro, parece no conocer límites y, de

hecho, llega al extremo de que, cuando se encuentra cercado por la policía y a punto de ser arrestado por sus múltiples desmanes, declara lo siguiente: «Pasar el resto de mis días en la cárcel no me asustaba, en cierta manera era una buena oportunidad para hacer nuevos amigos y escribir sin problemas económicos». Que A. G. Porta nos perdone si decimos que la cita es, o parecer ser, puro Bolaño.

Sea como fuere, y dejando de lado las riquísimas resonancias de corte confesional a que venimos aludiendo, lo interesante de este proyecto a cuatro manos es la mecánica oculta que hizo posible su escritura. Bolaño, quien nunca permitió que la verdad se interpusiese entre él y una buena historia, llegó a decir que había coescrito la novela en una época «en que trabajaba en una tienda y por las noches dormía allí mismo, no tenía televisión, no tenía radio, no tenía nada, y me ponía a escribir». En realidad, esto último ocurrió en Blanes un par de años más tarde, pero el grueso de *Consejos* fue redactado mientras nuestro protagonista residía aún en Gerona, con Porta haciendo lo propio desde la Ciudad Condal. Vale la pena recordar eso que venimos advirtiendo desde un principio sobre la propensión bolañesca a incurrir en tergiversaciones biográficas, claro que, en esta ocasión, lo de vivir en la trastienda de un negocio de bisutería no es en sí mismo una mentira, como enseguida veremos, sino un mero anacronismo. Ahora bien, el hecho de que en aquel entonces no malviviese en la trastienda de uno de los locales de doña Victoria no minimiza el nivel de penuria al que se halló sometido durante la redacción de esta novela, sobre el cual hemos dado ya debida cuenta. De hecho, en noviembre de 1982, epicentro del proceso creativo de *Consejos* (que se extendió entre 1981 y 1983), justo cuando se dio a la tarea de mecanografiar el manuscrito, Bolaño le escribió a Porta una frase definitoria, afirmando que sus quehaceres se llevaban a cabo entre «prosas, urgencias, pero sobre todo carencia de dinero (ya sabes, para comprar tiempo)». Aquí quedan patentes una vez más los hábitos espartanos de nuestro protagonista. Lo material resulta irrelevante: no importan ni el comer ni el dormir ni el socializar con sus vecinos

gerundenses, lo único que de verdad importa es la literatura, y la literatura requiere tiempo, y el tiempo, a su vez, un mínimo de dinero. Qué duda cabe de que la prelación de fuentes de Roberto Bolaño llevaba años sin responder a jerarquías convencionales. Todo se subordinaba, como de costumbre, a la enfermedad incurable que había adquirido en su más tierna infancia, cuando se encontró por vez primera con la fiebre perpetua de las ficciones.

El otro aspecto formal al que debemos aludir es, por supuesto, el de cómo ambos amigos se repartieron el trabajo de redacción del texto. Pese a varios años de mitologías y contradicciones, la realidad parece haber sido de lo más pedestre: Porta escribió un primer borrador de *Consejos* en Barcelona y Bolaño «lo acabó» en Gerona, en una época, dicho sea de paso, carente de correos electrónicos y procesadores de texto, lo cual obligaba a ambos autores a ponerse de acuerdo de antemano sobre las reglas del juego. Por ejemplo, en diciembre de 1981, Bolaño compartió con Porta una serie de sugerencias, entre las que se hallaban la necesidad de ahondar en el personaje femenino, la importancia de enfocar el texto «como si rodáramos una película de aventuras, permitiéndonos todos los cortes, todos los montajes, etc.» y, ante todo, un alegato a favor de incorporar sin complejos las herramientas narrativas propias de la novela «de serie negra». Tal y como escribió Dunia Gras, lo policíaco constituye el punto de partida en la obra narrativa de Bolaño, quien era no solo un lector voraz de historias detectivescas, sino también un fanático confeso de Borges, autor que había elevado como nadie —quizás a excepción de Poe— la naturaleza literaria de aquel género.⁷⁷

*

Una vez concluido el manuscrito, Bolaño se dio a la tarea de presentarlo a una miríada de certámenes, a los cuales se referiría después como «premios búfalo», «que un piel roja tenía que salir a cazar pues en ello le iba la vida». Tanto *Consejos* como *La senda de los elefantes* constituyen ejemplos tempranos de dicha práctica, a la cual se entregaría con devoción entre inicios de la década de 1980 y bien entrada la de 1990. Aquella experiencia como rastreador de

concursos literarios acabaría inspirando *Sensini*, uno de sus relatos más célebres, donde un personaje que «vivía a las afueras de Girona, en una casa en ruinas que me habían dejado mi hermana y mi cuñado tras marcharse a México», se gana el pan de cada día mediante trabajillos editoriales y la escritura de cuentos que «salían a pelear a provincias». Por lo demás, tras el personaje de Sensini traslucía la silueta del escritor argentino Antonio di Benedetto, con quien Bolaño había iniciado una relación epistolar después de que ambos participasen en el I Premio Alfambra de Cuentos, convocado por el Ayuntamiento de Valencia, al que Bolaño se presentó con *El contorno del ojo (La increíble vida de Chen Huo Yang)*, ganando el tercer accésit y un galardón de diez mil pesetas, equivalente a unos sesenta euros, o cien si tenemos en cuenta la inflación, cantidad módica, sin duda, pero que no impidió al ya no tan joven Roberto Bolaño dar saltos de alegría por una plazoleta de Gerona al poco de recibir la noticia.⁷⁸

Volviendo un instante a *Consejos*, el propio Porta ha reconocido que nuestro protagonista se echó a las espaldas la ardua tarea de buscar salidas para el manuscrito. Presentó el libro a distintos premios, como el Café Gijón de novela corta, el Ciudad de Barbastro o el Armengot de Castellón. De hecho, como buen escritorzuelo ingenuo, llegó incluso a presentarlo al Planeta. Pronto empezaron a llegar los rechazos, no solo de concursos, sino también de editoriales y agencias. A finales de 1983, cuando la editorial Noguer les devuelve el texto, Bolaño le escribe una carta a Porta donde resume la situación en tres palabras, tal vez cargadas de buen humor, tal vez de puro despecho, tal vez ambas cosas al tiempo: «¡El calvario continúa!».

Finalmente, gracias a un empeño rayano en la terquedad, el dúo de amigos acabaría ganando en 1984 el Premio Ámbito Literario de Narrativa, convocado por la editorial Anthropos. Ese mismo año, como advertimos, Bolaño había logrado publicar también *La senda de los elefantes*, aquella obra en la que narraba los últimos días parisinos de César Vallejo. Dos novelas en apenas unos meses. La siguiente, *La pista de hielo*, no vería la luz hasta 1993. Faltaban aún

nueve largos años. Entretanto, ¡el calvario continúa!

*

Y el mayor calvario de aquella época fue, sin duda, *El espíritu de la ciencia-ficción*, un *Bildungsroman* lleno de ingenio, a ratos quijotesco, que Bolaño escribió en tres cuadernos de espiral, uno amarillo, otro naranja, el tercero rojo, y cuyas páginas atiborró además, según su costumbre, de poemillas, garabatos y notas improvisadas sobre diversos episodios bélicos, incluidas las batallas de Waterloo y Stalingrado. La novela narra las peripecias mexicanas de Remo y Jan, dos amigos que malviven en un cuarto de azotea del Distrito Federal y sueñan con ser escritores. Podemos decir que tanto Remo como Jan son, cada uno a su manera, trasuntos de nuestro protagonista, y en cierta medida también un compendio de poetas infrarrealistas, aspecto que convierte *El espíritu de la ciencia-ficción* en un claro precursor de *Los detectives salvajes*.⁷⁹ Ambas obras comparten, además, un cierto sentido del humor, aunque en el caso de esta primera se trate de un humor mucho más cáustico, cercano a la caricatura, con burlas explícitas a la proliferación de talleres literarios en el México de los años setenta y una larga retahíla de ocurrencias disparatadas, entre las que cabe destacar, por lo guasón, sus descripciones de la insólita «Academia de la Papa», rama de la Universidad Desconocida donde se imparten cursos de tres años sobre la historia, usos y bondades de este tubérculo.⁸⁰ Pese a que la forma carezca aún de la potencia que jalonará su futuro universo narrativo, *El espíritu de la ciencia-ficción* ha de verse como un hito: el punto en que los viajes, peripecias y fantasmas de Bolaño comienzan a latir con fuerza en el corazón de sus ficciones.

En meses y años venideros, nuestro protagonista aludiría varias veces a dicho manuscrito en su correspondencia. «Esta novela de mierda me tiene atenazado por todas partes. Quiero y debo terminarla pronto», escribe en una carta a Porta en diciembre de 1984. Poco después, en 1985, le habla a Montané sobre los protagonistas de la novela, Remo y Jan, y se refiere también al trabajo por hacer: «¡Mi novela debe estar terminada antes del 86!!

iiiSan Philip K. Dick, apiádate de mí!!!». ⁸¹ Las plegarias de Bolaño no surtieron efecto inmediato, aunque el milagro terminó por manifestarse, a su manera, tres décadas después, en 2016, cuando *El espíritu de la ciencia-ficción* llegaría por fin a los lectores de forma póstuma.

Por lo demás, el grueso del manuscrito se gestó a pocos meses de que efectuase su última mudanza interurbana, esa que le llevaría de Gerona a Blanes, dejando atrás el hervidero de emociones en que se había convertido el número 29 de la calle Caputxins, un sitio donde vivió periodos de pobreza extrema e hizo frente a la depresión y al fracaso, pero donde también celebró la publicación de sus primeras novelas y se alegró con las arengas de Enrique Lihn y, sin duda lo más importante, donde fue feliz con Carolina, con quien se halla a punto de casarse. A la postre, resulta innegable que el legado de Gerona es inmenso. Es aquí donde Bolaño abandona por fin el carácter impulsivo de su época infrarrealista y deja atrás para siempre los titubeos de sus años barceloneses, convirtiéndose en aquello en que deseaba convertirse desde que llegó a Cataluña en 1977, y acaso mucho antes. Es aquí donde empieza a dominar las mañanas del oficio y a cultivar la paciencia orfebrística que requiere el arte de la novela. Es aquí, en definitiva, donde su espíritu de poeta maldito se funde con el cuerpo de un contador de historias, inscribiéndose en una tradición a la que el *homo sapiens* se aferra desde los mismísimos tiempos de la tribu, cuando las ficciones se transmitían oralmente en torno a la hoguera, noble labor a la que nuestro protagonista se dispone a consagrar lo que le queda de vida, hasta convertirse por fin en el mejor escritor de su continente, de su generación, de su lengua, patria esta que lo acompaña a todas partes, una mudanza tras otra tras otra.

*

La de ahora, más que una mudanza, ha de verse como un último comienzo. Si el laberinto es un tropo de Londres, al menos para Stevenson y para Woolf y para Dickens, y por supuesto para Borges, entonces el umbral es un tropo de Blanes, al menos para Bolaño. La ciudad, fundada hace dos milenios por los romanos, era ya

entonces, como sigue siendo ahora, un balneario de proletarios anclado en una hermosa bahía, con una población flotante que se multiplica exponencialmente durante el periodo estival. Además de umbral de la Costa Brava, Blanes acabó tornándose también un umbral en la vida de nuestro protagonista, el lugar al que Bolaño llegó para principiar su última etapa, la del escritor anónimo a punto de erigirse en titán de las letras, la del recién casado dispuesto a fundar una familia, la del tipo enfermizo a quien en breve diagnosticarían una enfermedad incurable. Pero vayamos por partes. Antes del umbral, los caminos.

Quiso la casualidad que doña Victoria, madre de nuestro protagonista, abriese otro modesto negocio de bisutería en esta apacible ciudad a orillas del Mediterráneo. Era un tiempo de cambios. Roberto y Carolina habían empezado a vivir juntos en el invierno de 1984, mientras se hallaban aún en Gerona. Suponemos que atravesaban una racha de dicha callada, no solo por la obtención de dos modestos premios literarios, con la consiguiente publicación de las obras galardonadas, sino también por el manojito de desmanes hormonales y turbulencias sinápticas que acompañan a toda pareja durante los primeros años de romance. Nada ejemplifica mejor estos dos vértices de felicidad que un recorte de periódico que pasaría a formar parte del Archivo Bolaño. Bajo el titular, «Una novela negra ganadora del Premio Ámbito Literario», aparece la fotografía de un Roberto ya adulto en plena conversación: gesticula con las palmas al aire y la boca abierta, boca de la que, por cierto, emerge un bocadillo en tinta negra, convirtiendo toda la imagen en una viñeta inesperada, y de ella se prevale nuestro protagonista para realizar la más íntima de las confesiones: «La nariz de Carolina, sus senos, su estómago, sus piernas, sus nalgas, me hacen perder el aire».

La primavera siguiente, en mayo de 1985, la pareja contrajo matrimonio en Gerona y, ya como cónyuges, se subieron a un tren rumbo a Blanes con la idea de que Bolaño volviese a echar una mano a su progenitora con el nuevo negocio de ropa y bisutería que esta acababa de inaugurar en la localidad, para más señas en la

esquina entre las calles Cristòfor Colom y Lluís Companys, en pleno centro de Els Pins, un barrio turístico. Roberto no era, por decirlo con cierto tacto, un gran vendedor. Se distraía con facilidad, o, mejor dicho, se concentraba profundamente, pero en sus propias lecturas, no en los clientes que entraban y salían del establecimiento, salvo si se trataba de alguna muchacha bonita, pues quién puede resistirse al hechizo de unas piernas lisas y recién bronceadas. Además de ser el epicentro de una modesta empresa familiar, la trastienda del local acabó oficiando también como domicilio improvisado, tal y como le sucedería al personaje de Remo Morán en las páginas de *La pista de hielo*: «[C]onvertimos la tienda en nuestra casa, es decir[,] allí teníamos nuestras colchonetas y sacos de dormir, nuestros libros (aunque nunca vi a Álex leer otra cosa que no fuera la Guía del Trotamundos) y nuestra ropa». Las ventas eran más bien escasas y los Bolaño-López tuvieron que hacer acopio de inventiva, austeridad y, como de costumbre, grandes dosis de fe en el porvenir.

Por suerte, Carolina no tardó en lograr un empleo en los Servicios Sociales del Ayuntamiento, circunstancia que les daría cierta estabilidad económica y, de paso, convertiría Blanes en el lugar idóneo para echar raíces y fundar un hogar, proyecto que debió de antojárseles una forma de prosperidad en sí misma, aunque se vieses obligados a asumir una existencia sobria, sin muchos más lujos que algunos libros y el consuelo de las rutinas compartidas, por inestables que fueran. De hecho, no era raro que la pareja cambiase de piso a comienzos de cada verano con miras a soslayar los altísimos alquileres estivales. Aquel nomadismo implicaba transitar a menudo por espacios ajenos, deambulando entre muebles extraños de casas extrañas, o por viviendas sin alma donde a duras penas se decidían a instalarse. A veces se limitaban a apilar sus pocas pertenencias en un rincón, a la espera de tiempos mejores, como si cada estancia no fuese más que otra etapa transitoria. Ahora bien, pese a los vaivenes de eso que anteriormente hemos dado en llamar «mudanzas intraurbanas», Blanes ha de considerarse también, y sobre todo, el punto final de un largo e incierto derrotero como escritor trashumante. A partir de ahora vivirá en varias partes de la

ciudad, sí, pero ya no volverá a vivir en ningún sitio fuera de ella.

*

Una de las primeras cosas que hace es recorrer el paseo marítimo en busca de la casa de los padres de Teresa, esa muchacha casi mitológica de la que se enamora el Pijoaparte en la novela de Juan Marsé, cuyas páginas él había devorado a comienzos de los años setenta en un parque de la ya remotísima Ciudad de México. Por supuesto, no logra encontrar la ubicación exacta, porque, como suele ocurrir a menudo en estos casos, la cartografía urbanística no se ajustaba al mapa sentimental de Marsé, o este a aquella. Lo que sí encuentra, sin embargo, son rincones donde no tarda en sentirse cómodo, entre ellos El Hogar del Productor, un bar antaño situado en el paseo de S'Abanell donde Bolaño traba amistad con varios heroinómanos que acabarán sucumbiendo, radiantes y prematuros, al lento naufragio de la adicción.⁸² Deslumbrado aún por el resplandor de su etapa mexicana, y por la influencia del terrorista cultural Mario Santiago, no ha de extrañarnos que nuestro protagonista se sienta como pez en el agua entre los marginales, pero también entre los ciudadanos de a pie con quienes se tropieza durante sus interminables paseos, aquí o allá, en estos años o en los venideros, siempre acarreando un periódico bajo el brazo y dos o tres libros en ristre, siempre con ganas de estirar el atardecer en compañía de pescadores, taxistas o limpiabotas, siempre ansioso por refugiarse entre los estantes de la librería Sant Jordi, donde charla de literatura con Pilar Pagespetit —librera de nombre improbable, diríase un personaje de *2666*—, siempre entregado sin reservas a los rituales vespertinos en La Botiga del Cinema, un videoclub donde atosiga al dueño con teorías estrafalarias sobre las comedias de Woody Allen o sobre las técnicas narrativas de *El club de la lucha*, ya fuese desmenuzando la novela de Chuck Palahniuk, ya haciendo exégesis sobre la película de David Fincher. Con muchos de estos contertulios fortuitos ejercitaría además sus ínfulas de polemista, por no hablar de su inigualable humor negro.

En septiembre de 1986 le envía a Ory una postal de Death Cult desde la calle Puerta Nueva. En ella se declara «irrazonablemente

feliz» y describe una vida sencilla, como suelen serlo las auténticas felicidades, lee, escribe, hace el amor, nada en el mar y, cual sabio que se contenta con el espectáculo del mundo, observa con curiosidad las manadas de perros callejeros, tal vez abandonados por sus dueños, tal vez extraviados. Debió de experimentar, qué duda cabe, una suerte de *déjà vu*: «(¿La vida es bella, Carlos Edmundo?) (Oh sí)».

*

En esa misma época le propuso a su amigo A. G. Porta coescribir otra novela en la distancia, esta vez una extravagancia bélica sobre la División Azul, pero la idea, como tantas otras, acabó quedando en barbecho, de modo que decidió enfocarse en sus propios proyectos.⁸³

Entre 1986 y 1989 redacta el grueso de *La pista de hielo*, obra en la que ahonda en las peripecias de tres personajes, un poeta mexicano que trabaja como vigilante de camping, un empresario chileno con ínfulas de escritor y un concejal corrupto. (Dos de tres, por ende, letraheridos de distinta ralea). Al igual que había hecho en *Consejos*, opta por articular la trama en torno a un misterio de corte detectivesco, en concreto la muerte de una patinadora. Vale la pena señalar que la historia transcurre en Blanes, o en una ciudad Z con los mismos rasgos de Blanes, pero, al igual que sucede con el Blanes de Juan Marsé en *Últimas tardes con Teresa*, las geografías se confunden, hasta el punto de que el camping de Castelldefels parece estar aquí al lado, a la vuelta de la esquina. Ahora bien, lo más notable de esta novela no es ni la trama ni los personajes ni el escenario, sino la polifonía quebrada de los tres narradores, algo que, como se han encargado de señalar buena parte de los bolañólogos que han escrito al respecto, prefigura ya futuros fuegos artificiales. En palabras del periodista cultural Josep Lapidario, *La pista de hielo* fue «un concierto en miniatura de la orquesta sinfónica que sería *Los detectives salvajes*».

Pese a que no logra publicar la novela, al menos de momento, Bolaño se lanza enseguida a la redacción de su siguiente manuscrito.

Aun sin lectores o editores a la vista, prosigue con la febril costumbre de atiborrar cuadernos y libretas, a veces pasando el resultado a limpio con ayuda de su máquina de escribir. Más que un oficio —de momento no gana nada con ello—, la invención de ficciones se ha vuelto, si no el ritual que lo salva, al menos el delirio que lo organiza. A eso se aferra la mayor parte del tiempo, al papel y a la tinta y a las noches en vela.

*

Precisamente en noches insomnes de finales de la década de 1980 escribe *El Tercer Reich*. Su protagonista, Udo Berger, es un reseñista de *wargames* que decide pasar el verano en un pueblo a orillas del Mediterráneo, de nuevo réplica apenas velada de Blanes. Ahora bien, antes de hablar de esta novela, es preciso esbozar, siquiera de forma fugaz, los resortes íntimos que la apuntalan.

Tal y como advertimos en el primer capítulo de nuestro ya extenso relato biográfico, Roberto pasó un pedazo de adolescencia entre juegos de mesa, para más señas consagrando buena parte de los fines de semana a *Estrategia*, el tablero de fabricación artesanal donde él y sus amigos angelinos Carlos Cárcamo y Jorge Lebert se enzarzaban en recrear, con ayuda de figuritas de papel mal recortadas, cruentas batallas de la Segunda Guerra Mundial. Al establecerse en Blanes, nuestro protagonista retoma aquel pasatiempo juvenil con un fervor inesperado.

En una ocasión, Bolaño bromeó diciendo que, de no haberse dedicado a la literatura, habría querido ser general.⁸⁴ A juzgar por la intensidad con que se sumergió en los juegos de mesa durante aquellos años, parece que la burla escondía mucho de vocación soterrada. En Blanes pasó incontables horas frente al tablero, ora comandando las tropas aliadas, ora encabezando los ejércitos del Eje, ora como republicano en la guerra civil española, ora luciendo el uniforme gris de los confederados durante la guerra de Secesión americana. Según una de las leyendas más extendidas, en la segunda mitad de los años ochenta llegó a jugar hasta diez o doce horas al día, olvidándose del resto del mundo, a veces incluso de

leer y escribir. Jugaba con amigos. Jugaba solo. Jugaba por correspondencia. Su adicción era tal que más de una vez recurrió a Porta para tratar de adquirir en Barcelona ciertos títulos destacados de aquel universo lúdico-militar, como *Auge y caída del Tercer Reich* o *World in Flames*, pues en el Blanes de la época, donde no bastaba un clic para comprar cualquier cosa, no había manera de encontrarlos. A veces los ruegos a Porta venían acompañados de palabras admonitorias acerca de la naturaleza absorbente de ese pasatiempo. «No te metas en los juegos, es un rollo pantanoso», le dijo una vez, «te metes y no sabes cómo salir». Tal vez el consejo vino motivado por lo difícil que le resultaba alejarse de *Battle of the Bulge*, tres mil centímetros cuadrados de cartón prensado que le permitían pasar días enteros en las Ardenas, encendiendo cigarrillos mientras los alemanes cruzaban el Mosa como espectros disciplinados, y él, en silencio, cavaba trincheras hexagonales o murmuraba órdenes a fichas troqueladas, absorto por la mecánica del juego, cada dado era una plegaria seca, cada división que movía, una forma de resucitar a las decenas de miles de soldados que no retornarían a casa la próxima Navidad. Más que un juego de mesa, se trataba de una forma de contar historias, de contárselas, de contárnoslas.

Para complementar aquella obsesión, recurría con frecuencia a Bruno Montané, pidiéndole que le enviara novelas bélicas o biografías castrenses, incluida la del mariscal soviético Gueorgui Zhúkov, figura clave en la resistencia contra la invasión nazi de la Unión Soviética. Aquel interés debió de ser también, o eso creemos, otra forma de adentrarse en los meandros de la violencia, a la que la vida lo había acostumbrado, tal vez un intento desesperado por procesar cuanto vio, vivió u oyó, el horror de las hermanas Venegas, esas dos maestras asesinadas en una escuela de Nacimiento, el horror de los cientos de cadáveres en la plaza de Tlatelolco, el horror de la dictadura de Pinochet, con sus cárceles y sus torturas, y ahora, en la distancia, el horror del narcotráfico en América Latina, ya viviendo su apogeo en Colombia, aún larvado en México.

A la par que pedía libros y juegos de mesa a sus amigos en la

metrópoli, Roberto llenaba libretas enteras con anotaciones y mapas, maniobras bélicas, listas de armamento, disposición de tropas, todo era objeto de escrutinio e invención en manos de nuestro protagonista.⁸⁵ En una de sus cartas a Montané da buena cuenta de aquel fanatismo: «Mientras tanto leo a Melville, un hombre que supo alzarse de su propio dolor[,] y me chupo las reglas de *Third Reich*, un *wargame* únicamente para fanáticos. ¿Cómo lograr que Polonia no sucumba a los nazis? ¿Cómo mantener los convoyes de [Múrmansk] y abastecer a los rusos?».

De no haber sido porque la literatura era ya desde hacía tiempo, como venimos advirtiendo, una enfermedad incurable, Bolaño tal vez habría hecho de este pasatiempo una vocación paralela. En lugar de eso, buscó la forma de trasladarlo a su obra.

*

Así nace *El Tercer Reich*, novela que narra las lánguidas y metódicas vacaciones de Udo Berger, un reseñista de *wargames* alemán que decide pasar el verano a orillas del Mediterráneo con la esperanza de encontrar una «variante inimaginable» del juego que da nombre a la historia, el cual simula incansablemente, con paciencia y meticulosidad, transformando su habitación de hotel en un campo de batalla. Udo apenas si tiene ojos para su novia Inge, ni para los amigos de esta. Lo único que consigue alejarlo de aquellas partidas solitarias es la voluptuosidad de Frau Else, la gerente del establecimiento donde se hospeda y a quien Bolaño describe con los trazos de una mujer madura y enigmática que es imposible no imaginarse como una suerte de señora Robinson reubicada en la Costa Brava.

En las páginas de *El Tercer Reich* se desgranán una retahíla de escenas veraniegas, terrazas soleadas, siestas lentas, el inconfundible olor a salitre y crema solar, perros callejeros agonizando bajo el sol (seguramente los mismos que Bolaño mencionó en sus cartas a Ory), parejas de turistas alemanes copulando sobre la arena, camareros de ademanes patibularios, recepcionistas riéndose sin recato, peleas borrosas en una discoteca

cualquiera, pero nada, ni siquiera la desaparición de uno de los personajes secundarios, parece tener importancia en comparación con las contiendas imaginarias que se libran sobre el tablero, allí donde Udo pasa sus días absorto, entre dados, miniaturas, reglamentos y cuadernos de campaña, como si el destino del mundo dependiera del próximo turno. En muchos aspectos, Udo es, sin duda, otro trasunto de Bolaño, como lo fue Pepito Tequila o Ángel Ros o Remo Morán, y como lo serían más adelante B y Arturo Belano. No es difícil imaginar que no es Udo quien habla, sino Roberto, cuando el protagonista de la novela afirma: «Dame la guerra o la campaña que quieras y yo te diré cómo se puede ganar o perder, qué fallos tiene el juego, en dónde acertó y en dónde se equivocó el diseñador, cuáles son los fallos del desarrollo, qué escala es la correcta, cuál era el orden de batalla original».

Pese a la heterogeneidad de sus muchos personajes, que abarcan desde lo simplón hasta lo estrafalario, el rasgo más desconcertante de *El Tercer Reich* es la casi total ausencia de tensión dramática y, a la vez, la forma misteriosa en que Bolaño, por razones difíciles de aprehender, y por ende difíciles de explicar, logra imprimir un ambiente hiperasfixiante al conjunto de la novela. En sus páginas se entremezcla el ritmo calmo del Mediterráneo con algo que el crítico Ignacio Echevarría ha definido con acierto como «un agobiante sentimiento de inminencia». Entre los elementos que contribuyen a esta atmósfera opresiva se halla sin duda la sombra, casi siempre oculta, del marido de Frau Else, un enfermo terminal que pasa los días encerrado en su cuarto, pero cuya presencia intangible parece extenderse por todo el edificio. No se trata de la única figura de corte lynchiano que pulula por las páginas del relato. Sucede otro tanto, por ejemplo, con el Quemado, personaje de epidermis chamuscada y plástica que malvive alquilando «patines» en la playa y que cada noche se sirve de aquellas embarcaciones de polietileno endurecido para armar una suerte de refugio en el que pernoctar, durmiendo, por tanto, ahí donde trabaja, igual que hiciera Bolaño en la tienda de bisutería de doña Victoria. Contra todo pronóstico, el Quemado acaba por convertirse en compañero de

juego de Udo y juntos transforman la habitación del Hotel del Mar en un espacio aún más siniestro que los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial, cuyas escaramuzas son descritas por el narrador con un desapego casi quirúrgico.⁸⁶

Tal y como confesó el propio Bolaño en una de sus cartas a Montané, la escritura de aquella novela, a la que al comienzo bautizó como *La estrategia mediterránea*, le trajo «muchos dolores de cabeza». Se trataba de un texto completamente lineal, en las antípodas del resto de la producción bolañesca, y el propio Montané ha especulado que esta es posiblemente una de las razones por las que nuestro protagonista no se sentía particularmente orgulloso del resultado final. En una entrevista de 2001 con el periodista Antonio Lozano, Bolaño se refirió a un manuscrito inédito de cuatrocientas páginas que calificó como «mierda insalvable» y cuya única virtud era, al parecer, que le había dejado una lección de método que jamás olvidaría, «nunca más iba a escribir una novela sin tener clarísima la estructura, la forma y el argumento, es decir, sin tener la historia escrita en la cabeza a mi gusto». Todo parece apuntar a que se refería a su tentativa por narrar la odisea militar y existencial del pobre Udo Berger.

*

Pese a la poca generosidad con la que a la postre pareció juzgar aquel manuscrito, nuestro protagonista hizo cuanto pudo por lograr su publicación, enviándolo, como de costumbre, a decenas de editoriales y agencias, y recibiendo, también como de costumbre, una miríada de rechazos, entre los cuales destacaba el de la agencia Balcells, donde ya antes habían despachado sin miramientos *La senda de los elefantes*.

Eso sí, en esta ocasión la soledad del escritor no le resulta tan inmisericorde, pues cuenta con el apoyo incondicional de su esposa, quien no solo le proporciona sustento económico, sino también consuelo y estímulo en la carrera de fondo a la que a menudo se consagran —por lo general sin éxito— los artistas incomprensidos. Carolina lee sus manuscritos, los comenta, los alaba, incluso los

fotocopia a hurtadillas para despacharlos por doquier, igual que había hecho antaño doña Victoria, madre de nuestro protagonista, desde una obscura oficina del Distrito Federal. Quizá la mejor descripción de este respaldo sin fisuras la hizo el escritor Enrique Vila-Matas, otro de los amigos tardíos de nuestro protagonista, quien dijo que «con la serenidad que entró en su vida por la estabilidad que le dio la relación con Carolina, pudo vivir libre como si lo hiciera en los tiempos en que los escritores eran como dioses y escribían con la única finalidad de comunicarse con los muertos y no habían oído hablar nunca del mercado».

Claro que la serenidad era solo relativa. Bolaño vivía atrapado en un verso apócrifo de Vicente Aleixandre: pájaros de papel en el pecho le recuerdan que el tiempo del reconocimiento aún no ha llegado. Sigue adelante, pero le cuesta. Qué esfuerzo, piensa, qué esfuerzo el del adolescente por ser dramaturgo, qué esfuerzo el del dramaturgo por ser poeta, qué esfuerzo el del poeta por ser novelista, y el novelista, ¡qué esfuerzo por lograr que sus libros se editen!

En uno de los poemas de esta época —que solo vería la luz de forma póstuma con la publicación de *La Universidad Desconocida* en 2007—, Bolaño condensó en apenas once versos la magnitud de aquel cansancio. La obra en cuestión, titulada *Mi carrera literaria*, permite entender con crudeza hasta qué punto la derrota fue también su escuela, y el desprecio editorial, una fuente de energía creativa, digamos que otro motivo más para negarse a abandonar las puertas del sistema, como si el acto de escribir fuese un asedio y cada texto un misil disparado desde la trinchera, basta echar un vistazo a la primera estrofa: «Rechazos de Anagrama, Grijalbo, Planeta, con toda seguridad también de Alfaguara, / Mondadori. Un no de Muchnik, Seix Barral, Destino... Todas las editoriales... / Todos los lectores... *Todos los gerentes de ventas...* Bajo el puente, mientras llueve, una oportunidad de oro para verme a mí mismo: / como una culebra en el Polo Norte, pero escribiendo». Qué duda cabe, su frustración debió de ser a ratos inmensa, su resentimiento inabarcable. El mundillo literario es una mierda, se dijo en silencio. Y

luego: Son todos unos ignorantes, unos desgraciados, unos corruptos que loan las obras de sus amiguetes. Y poco después: Malditos bastardos, maldita panda de miopes y cerdos endogámicos. Y: La culpa es también de los escritores de informes, que leen a toda carrera, angustiados por las miserias del autónomo. Y: Además, ¿qué demonios saben de literatura esos escritores de informes? ¿Acaso han leído a Rabelais o a Cervantes o a Parra? Seguro que no. Y: Los editores son aún peores, y de los agentes ni hablemos. Ellos ni siquiera leen. A nadie. A lo sumo al pez gordo de la agencia o la editorial de turno, o el librito que recomiendan en la tertulia de fulanito, a la que acuden sintiéndose grandes intelectuales. Y: No son grandes intelectuales, son piltrafillas ignorantes. Y: El tiempo me dará la razón.

El tiempo, ya lo sabemos, acabó dándosela. Roberto, por lo demás, tampoco se hallaba solo en estos tristes trances. De hecho, por aquel calvario de rechazos marchaba en honorable compañía, pasada, presente y futura. *Carrie*, de Stephen King, fue rechazada una treintena de veces, hasta que la frustración llevó al maestro del terror a arrojar el manuscrito a la basura, de donde lo sacó Tabitha, su paciente esposa, animándolo a no arrojar la toalla. *El señor de las moscas* de William Golding fue rechazado por veintiuna editoriales y *Harry Potter y la piedra filosofal*, entrega inaugural de la saga del mago de J. K. Rowling, una docena de veces. Rechazos habían sufrido también *Mujercitas* de Louisa May Alcott, por desplegar un estilo inadecuado para el público de la época, y *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence, por obsceno, y *El espía que surgió del frío* de Le Carré, por una supuesta falta de viabilidad comercial (ja). Lo mismo ocurrió con *Rebelión en la granja* de Orwell, cuya trama fue considerada demasiado política y demasiado controversial por los editores, entre ellos T. S. Eliot, y con *La conjura de los necios*, libro que fue objeto de una miríada de rechazos, contribuyendo a que su autor, John Kennedy Toole, se suicidase sin ver publicada su obra. Y de Nabokov mejor ni hablemos. De modo que Bolaño no estaba solo. Sabía que no estaba solo. Sabía que la perseverancia era su mejor arma. Sabía, porque la frase resonaba como un eco obstinado

en una de sus primeras novelas, que isolo resistiendo lo conseguiría!
[87](#)

*

A finales de la década de 1980, a la par que insuflaba vida a la arcilla informe de Udo Berger, nuestro héroe y su esposa se mudaron al número 2 del carrer de l'Aurora, un pequeño edificio anguloso situado a treinta segundos a pie de la actual Biblioteca Municipal Roberto Bolaño. Allí, en 1990, se unió a ellos Lautaro, el primer hijo de la pareja, a quien bautizaron en honor a uno de los héroes de *La Araucana*, poema épico en el que Alonso de Ercilla relata los avatares de la conquista de Chile.^{[88](#)} Mientras cargaba pañales y se dejaba embelesar, como buen padre primerizo, por las muecas de asombro de su pequeñuelo, Roberto continuó transitando la áspera senda del escritor sin nombre. Ese mismo año comenzó el manuscrito de *Los sinsabores del verdadero policía*, el enésimo de los textos que solo verían la luz de forma póstuma.

Poco después volvieron a hacer las maletas para instalarse en el carrer del Lloro, otro callejón, este en pleno casco antiguo de Blanes, perpendicular al carrer Ample, una de las principales arterias de la ciudad. Allí los Bolaño-López acabarían ocupando dos viviendas casi contiguas, un apartamento en el número 23, que hacía las veces de hogar familiar, y un minúsculo estudio en el número 17, al fondo del callejón, donde nuestro protagonista se atrincheraba para urdir ficciones y, por supuesto, para entregarse con desmesura a sus obsesiones como lector.^{[89](#)} Fue en ese reparto geográfico —y afectivo— donde Carolina y Roberto hallaron su peculiar equilibrio doméstico. En palabras de Bolaño, «vivimos cada uno en nuestra casa y estamos mucho mejor así [...]. Lo recomiendo vivamente, porque mi mujer es básicamente mi amiga. Entonces hay un respeto absoluto por las libertades del otro».

En el estudio del carrer del Lloro la vida era de lo más espartana. No tenía tele ni radio ni calefacción. Cuando el frío arreciaba, o cuando la humedad se volvía insoportable, tan densa y obstinada que acababa calándole los huesos, Bolaño se guarecía bajo las

mantas hasta entrar en calor, o se acercaba al piso de la familia para desentumecerse las manos junto a la estufa, hasta que se sentía capaz de regresar a su guarida, su «leonera», para continuar atiborrando cajas con manuscritos y con notas y con cuadernos y con esbozos de proyectos inconclusos y con cartas y con poemas, muchos poemas. Nada permite prever que su suerte vaya a cambiar, pero hace ya años que le resulta imposible concebir otra forma de habitar el mundo. Confiar en sí mismo se ha vuelto, en cierto sentido, una estrategia de supervivencia. Donde otros ven un agujero, Bolaño ve un túnel que lo conecta con las entrañas de la Tierra, y cava.

*

Pero pese a que nada permitía preverlo, su suerte cambió. No fue un cambio súbito, desde luego, sino más bien un proceso lento y paulatino, igual que una estalactita que avanza gota a gota desde el techo de una cueva.

Las primeras buenas noticias llegaron en 1992, y, tal y como había sucedido en 1984, cuando logró publicar *Consejos* y *La senda de los elefantes*, la fortuna volvió a sonreírle por partida doble. Su novela *La pista de hielo* ganó el Premio Ciudad de Alcalá de narrativa, saliendo a la venta sin pena ni gloria tras ser impresa por la Fundación Colegio del Rey. Aquel mismo año, en octubre, *Fragmentos de la universidad desconocida* obtuvo el XVIII Premio de Poesía Rafael Morales, convocado por el Ayuntamiento de Talavera de la Reina, y se publicó al año siguiente en la colección Melibea. El galardón incluía la nada desdeñable suma de quinientas mil pesetas, unos tres mil euros, o cinco mil si ajustamos el monto a la inflación, suficiente para hacerle saltar de alegría por las calles de Blanes —según su costumbre— mientras regresaba a casa desde el apartado de correos 441.

A partir de aquí, Bolaño no dudaría en contribuir a su propio mito asegurándole a quien quisiera escucharle que durante varios años subsistió gracias a los certámenes literarios, cosa que, como su paciente esposa se encargó de aclarar, no era del todo cierto, dado que, en palabras de Carolina, «[l]a mayoría tenían dotaciones

miserables, apenas le daban dinero». Sin embargo, pese a esta inocua tergiversación biográfica por parte de nuestro protagonista, hábito por otra parte ya inherente a su idiosincrasia, no cabe duda de que aquellos premios le infundieron grandes dosis de moral y, tal y como él mismo se encargó de repetir a diestra y siniestra, acabaron siendo mucho más importantes que el Herralde o el Rómulo Gallegos, porque para cuando obtuvo estos últimos su situación financiera ya se había estabilizado, mientras que los primeros llegaron en época de vacas flacas y, siempre según él, los recibió «como agua bendita [...] maná caído del cielo».

En 1994, *Los perros románticos* ganó el Premio Literario Kutxa Ciudad de Irún y fue publicado por la Sociedad Guipuzcoana. Dotaciones al margen, lo interesante de este poemario es cómo buena parte de sus temas y obsesiones ya prefiguran motivos que luego cristalizarían en sus dos novelas más célebres. Por ejemplo, en los versos de *Los detectives helados* se habla de «detectives latinoamericanos», y de «crímenes horribles», y de «charcos de sangre», y de «detectives perdidos en el espejo convexo de los Arnolfini», como si las imágenes hubiesen sido arrancadas directamente de las páginas de *2666* o *Los detectives salvajes*. En ese recopilatorio se halla también el poema *Mi vida en los tubos de supervivencia*, que el año anterior había adjuntado a una de sus cartas a Carlos Edmundo de Ory, asegurándole que podía leerse como un cómic, o como una aventura de dibujos animados, o incluso como un tratado sobre el misterio del arte. Cuando Ory reacciona cuestionando la lírica del poema, Bolaño «lamenta» la crítica y realiza una encendidísima defensa de sus elecciones estilísticas: «Mi poesía, salvo en contados momentos de debilidad, siempre ha sido prosaica, antipoética, en el sentido que Nicanor Parra le da al vocablo». Desde luego, lo más notable de este intercambio es la confianza creciente que nuestro protagonista deposita en su propia obra y el empeño con que es capaz de defenderla, sin titubeos, sin dejarse arredrar por juicios ajenos, ni siquiera los juicios de alguien a quien lleva una década y media encomendándose como a un

maestro.⁹⁰

*

Por desgracia, las buenas noticias literarias no llegaron solas, sino en compañía de vómitos, fiebres e inapelables dolores abdominales. Bolaño fue diagnosticado con una enfermedad hepática y comenzó a encadenar estancias hospitalarias. Entre 1992 y 1993 estuvo ingresado media docena de veces, hasta el punto de que todas las enfermeras acabaron encariñándose con el poeta de la babilónica pila de libros y, según le confesó a Mario Santiago en una de sus cartas, «celebran mis entradas y salidas con Anís del Mono».

Pese a que logró sobreponerse a esos primeros embates, las cosas ya nunca volvieron a ser como antes. En primer lugar, porque la necesidad hizo que sus hábitos se tornasen aún más monacales. En segundo, porque varias veces se creyó en un verso de Neruda, «todo termina, la vida termina definitivamente en mis pies», y pensó que el Final lo acechaba a la vuelta de la esquina, los ojos a punto de rendirse para siempre, el cerebro presto a apagarse, el mundo casi dejando de ser lo único que en verdad es, un mero solipsismo. Por más que se esfuerce, ningún *homo sapiens* olvida el momento en que vislumbra su propia extinción. Pero, además de la certeza constante de poseer un cuerpo falible y el trauma latente por haber rozado el abismo con las yemas de los dedos, aquella enfermedad le hizo cobrar plena conciencia de su triple miedo a los ataúdes, el miedo a dejar inconclusa su obra, el miedo al desamparo de Carolina, y, por último, el más lacerante, un temor que a veces no se atrevía siquiera a nombrar, el miedo atroz a no ver crecer a su hijo, oscuridad, oscuridad, oscuridad.

Fue justo entonces cuando la literatura, como la vida, empezó a cobrar otras dimensiones.

⁶⁸ La última se produciría cuatro años después, de Gerona a Blanes, donde viviría en una miríada de estudios y apartamentos, de modo que las mudanzas intraurbanas andan aún lejos de haber concluido.

⁶⁹ Entre los destinos de aquel periodo, por cierto, se halla una

visita a Marruecos, adonde viaja en 1982. En la maleta solo lleva ropa veraniega, perfecta para su paso por Marrakech, pero que lo deja aterido cuando atraviesa la cordillera del Atlas en un autobús sin ventanas, repleto de gallinas enjauladas y corrientes de aire. Pese al disgusto climático, en algún momento llegó a fantasear con la posibilidad de instalarse en aquel país, convencido de que eso le permitiría estirar aún más sus recursos menguantes.

⁷⁰ Aunque no hemos encontrado referencias a Virginia Woolf en los testimonios y textos de no ficción pertenecientes a este periodo — cosa que, por otra parte, no implica que dichas referencias no existan en el vastísimo archivo de Bolaño, aún a resguardo del público—, parece que el sentir de nuestro protagonista era en realidad más cercano a los postulados de *Una habitación propia*, donde Woolf incluye citas como estas: «No se puede pensar bien, amar bien, dormir bien, si se ha comido mal» y «La independencia intelectual depende de cosas materiales». Obvia decir que Woolf tenía razón y Faulkner se equivocaba. O ambos tenían razón, pero cada uno a su manera.

⁷¹ Al ser sus finanzas lo que son, la mayoría de los libros los consigue en bibliotecas públicas, incluida la Biblioteca de Cataluña, por donde se deja ver en las escasas oportunidades en que pasa por Barcelona. En cuanto a las novedades, llega a ellas de la mano de su amigo Joan Carles Codolà, periodista deportivo en el diario *El Punt*, quien, por alguna razón inopinada, recibía en primicia las publicaciones de Anagrama, la futura editorial de nuestro protagonista. Así leyó Bolaño, por ejemplo, la primera edición en español de *La sinagoga de los iconoclastas*, novela que ejercería una enorme influencia en su obra.

⁷² Muchos años después, en una suerte de relato titulado *Encuentro con Enrique Lihn*, Bolaño resumiría así el sentir de aquella época: «Estoy hablando del año 1981 o 1982, cuando vivía encerrado en una casa de Gerona casi sin nada de dinero ni perspectivas de tenerlo, y la literatura era un vasto campo minado en donde todos eran mis enemigos». En realidad, Bolaño no estaba

«completamente fuera» de la literatura chilena, como le aseguró a Lihn, o cuando menos no siempre lo había estado. En 1977, por ejemplo, él y su amigo Bruno Montané habían enviado dos poemas (*Carta* y *En el pueblo*) a una antología titulada *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo*, editada en Berlín por el Comité Chile Antifascista y en la que se incluían también versos de Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Víctor Jara.

⁷³ El cambio se percibe también en su correspondencia. En esta época le escribe lo siguiente a su amigo Bruno Montané: «Es una linda mañana en Girona. Todo verde, incluso las moscas, gordas y machadianas».

⁷⁴ El lanzamiento de *Llamadas telefónicas* se prolongó hasta bien entrada la madrugada y acabó con un Javier Cercas entusiasta profiriendo gritos de «¡Viva Bolaño!» por las adormecidas calles de Gerona. Tras aquella feliz coincidencia ambos escritores iniciaron una intensa amistad y nuestro protagonista, fiel sin remedio al hábito que le había inculcado su querido Mario Santiago, empezó a telefonear a Cercas con una frecuencia que haría sonrojar a cualquier adolescente, hasta el punto de que, según uno de los implicados, llegaron a parecer novios. (Durante aquellas largas conversaciones hablaban, entre otras cosas, de gente como Julio Cortázar y Nicanor Parra y Eliot y Baudelaire y Poe y Hemingway y Kurt Vonnegut y Bioy Casares y Malcolm Lowry y Philip K. Dick, pero, hey, quién dijo que dos novios no puedan hablar de buena literatura).

⁷⁵ Desde un punto de vista tanto estadístico como cronológico, es muy probable que esta fuese la obra que Bolaño andaba escribiendo cuando se encontró con Xavier Corominas y Javier Cercas en las siempre empinadas calles de Gerona.

⁷⁶ Bolaño también coescribió con su amigo catalán el relato *Diario de bar*, protagonizado por Mario, un chileno que, al igual que nuestro héroe, creció en la ciudad costera de Valparaíso y, también al igual que él, vivió en el 339 de la barcelonesa Gran Vía. Si no un *alter ego*, aquel tipo solitario era, como lo definió en una ocasión el

propio Porta, «uno de sus primeros trasuntos».

⁷⁷ Pese a tratarse de una novela de aprendizaje, *Consejos* prefigura también la ambición de ambos coautores. En la correspondencia de Bolaño se menciona explícitamente el deseo de convertir «la veta joyceana del personaje central [...] en uno de los *leitmotivs* de la obra», tratando que Ángel Ros fuese al *Ulises* de James Joyce lo que Leopold Bloom —protagonista del *Ulises*— había sido a la *Odisea* de Homero. Disponían, si no de la técnica, al menos de las buenas intenciones. Entre las influencias del texto, todas ellas manifiestas en la propia novela, se hallaban también los surrealistas franceses y la vida-poema de Mario Santiago, quien, por cierto, efectúa un cameo en las últimas páginas de *Consejos*, cuando el protagonista se refugia en París.

⁷⁸ El símil amerindio al que Bolaño aludió en muchas de sus entrevistas para referirse a la búsqueda de certámenes literarios aparece también, dicho sea de paso, en las páginas de *Sensini*: «¿Un nombre?, ¿a quiénes? A mi padre y a ti, os llamaba los pistoleros o los cazarrecompensas, ya no me acuerdo, algo así, los cazadores de cabelleras».

⁷⁹ En uno de sus vanos intentos por seducir a un agente literario, Bolaño insistió en que tanto la inédita *Diorama* como *El espíritu de la ciencia-ficción* contaban con el mismo personaje principal, «un tipo que en un momento exaltado imagino como la respuesta o resultado genético de Horacio Oliveira o el coronel Buendía o Valentín». Vale la pena recordar que el personaje de Remo Morán aparecería años después en *La pista de hielo* y, como muchos han apuntado ya, anda enamorado hasta los tuétanos de Laura (Jáuregui), precisamente el *alter ego* con que la inolvidable Lisa Johnson figuraría en las páginas de *Los detectives salvajes*.

⁸⁰ Eso sí, tras las burlas descarnadas y el recurso constante a escritores de ciencia ficción, la historia posee un claro trasfondo político y permite vislumbrar los estragos que el intervencionismo de las grandes potencias provocó en América Latina durante los años álgidos de la Guerra Fría.

⁸¹ No fueron las únicas referencias epistolares a manuscritos atrapados en el limbo de lo inédito. En 1986, en una de sus cartas a la profesora Soledad Bianchi, mencionó que antes de finales de año habría terminado dos novelas, cuya redacción le había costado «miles de Ducados, litros y litros de té Hornimans, unas cuantas pesadillas y el hallarme hoy por hoy sin blanca ni trabajo fijo». En esta época de incertidumbres, pocas cosas le preocupan tanto como lograr que aquellas obras lleguen a la imprenta. «Me muero de ganas de ver cómo las tratarán los editores», le escribe a Bianchi.

⁸² «Algunos murieron de sobredosis, otros de sida», aseguró en el pregón de las fiestas de Blanes en 1999. Obvia decir que el hecho de frecuentar tales compañías no altera en absoluto sus costumbres espartanas. Los testimonios de esta época son tan unívocos como los de épocas precedentes. Por ejemplo, su amiga blandense Marta Matas aseguró que «no se drogaba y no bebía alcohol, sus hábitos eran todos sanos, salvo por el cigarrillo, claro».

⁸³ No sería la última vez que Bolaño intentaría arrastrar a aquel fiel amigo catalán hacia empresas literarias de dudoso porvenir. Años después, a mediados de los noventa, le propuso colaborar en lo que acabaría siendo *La literatura nazi en América*: «[A]penas acabe daré comienzo a la redacción de la Enciclopedia Abreviada, contigo o sin ti, como decían esos boleros de burdel veracruzano. Que Valle-Inclán me ilumine o nos ilumine».

⁸⁴ Otras veces decía que detective de homicidios...

⁸⁵ A partir de aquí, nunca volvería a alejarse demasiado del *homo ludens* que todos llevamos dentro. Con la inminente apertura de Joker Jocs, una tienda especializada a escasas manzanas de su casa, su encendida pasión por los juegos de mesa acabaría exacerbándose hasta rozar lo compulsivo. Según Santi Serramitjana, dueño de aquel negocio, Bolaño no tardó en convertirse en un visitante asiduo. Nuestro héroe llegó a comparar Joker Jocs con el estanco de *Smoke*, la película de Harvey Keitel, porque en ambos había siempre una tertulia a la que unirse o gente con quien organizarla. Qué duda cabe de que esas visitas acabaron alentando su adicción. Allí

encontró nuevas estrategias, nuevas obsesiones, nuevas piezas de cartón y plástico, también nuevos compañeros de aventuras a quienes impresionar gracias a su desmesurada imaginación: a los parroquianos les asombraba la capacidad de Bolaño para armar un guion en un santiamén o para mezclar historia e historias en proporciones que nadie sabía discernir, pero que a todos dejaba boquiabiertos. Enseguida se volvió una presencia tan excéntrica como entrañable. Unas veces se quedaba en un rincón ojeando las novedades o leyendo el manual de instrucciones de tal o cual juego, otras se enzarzaba en acaloradas discusiones con cualquier cliente desprevenido, entrando en las charlas o saliendo de ellas con precisión y elegancia felinas, igual que un maestro de esgrima que mide cada finta del florete. Quizá fuesen estas porfías, y no necesariamente sus dotes de estrategia, las que hicieron que en Joker Jocs acabaran bautizándolo con el epíteto de «Rey del ataque».

⁸⁶ Curiosamente, el Hotel del Mar ya había hecho su aparición en las páginas de *La pista de hielo*, donde se lo describía como un establecimiento «pequeño pero confortable [que] pertenece a una viuda alemana». La creencia popular sostiene que la inspiración de Bolaño fue el hotel Horitzó, una mole de cinco plantas situada en pleno paseo marítimo de Blanes, de arquitectura funcional y simétrica, con balcones alineados en serie, como celdas abiertas al Mediterráneo, y que, para regocijo de los lectores de nuestro protagonista, y ojalá también de los nuestros, aún admite reservas.

⁸⁷ Los 362 folios mecanografiados que componen el manuscrito de *El Tercer Reich* languidecieron durante varias décadas en un rincón polvoriento de su archivo. Para cuando la muerte se le vino encima, Bolaño había alcanzado a pasar a ordenador unas sesenta páginas, sin duda con la intención de rescatar aquel texto del olvido, o al menos de enfrentarse a él con una mirada un tris más generosa. Aunque nunca llegaría a verla publicada, la novela se anunció con bombo y platillo en la feria de Fráncfort de 2008 y se editó en 2010, cosechando un éxito notable. En el mundo anglosajón vendió más de veinte mil ejemplares en cuestión de días y *The Economist* la

calificó como un cruce «entre Thomas Mann, el juego de mesa *Cluedo* y un fanzine de juegos de guerra». Nunca nos cansaremos de parafrasear a nuestro protagonista: todo lo que empieza como tragedia acaba como comedia.

⁸⁸ Una de las más persistentes leyendas urbanas acerca de Bolaño es, como advertimos antes, creer que empezó a escribir novelas con la llegada de la enfermedad. Otra versión más o menos análoga, o cuando menos complementaria, es que se dedicó a las ficciones por razones alimenticias tras el nacimiento de su primer vástago. Jorge Herralde, el editor que lo colocaría en la cúspide de nuestros parnasos, contribuyó a difundir el primero de estos mitos al afirmar, entre otras cosas, lo siguiente: «Roberto Bolaño se consideró siempre un poeta. Solo empezó a escribir narrativa a raíz del nacimiento de su hijo Lautaro, a quien idolatraba, hacia 1990. Pensó que, obviamente, solo con la poesía no podía soñar con alimentar a su familia, y apenas con la prosa». Pero como se desprende de esta parte de nuestro relato, para cuando Lautaro vino al mundo Roberto llevaba al menos trece años fantaseando explícitamente con la idea de consagrarse al arte de las novelas, y más de una década escribiéndolas, con mayor o menor fortuna. Ahora bien, Herralde tiene toda la razón al afirmar que Bolaño siempre se consideró, ante todo, un poeta. Sobre esto último abundan las anécdotas. Por ejemplo, cuando el escritor Fernando Iwasaki reseñó el recopilatorio de cuentos de *Llamadas telefónicas*, Bolaño le escribió para darle las gracias, a la par que reivindicaba —por razones de orgullo íntimo y/o necesidad de reafirmación identitaria sobre las que aquí no conviene demorarse— su verdadera vocación, a saber, la poesía.

⁸⁹ Ahora que aludimos por fin a las lecturas, nos resulta difícil quedarnos en los umbrales de la abstracción. Es de suponer que no todos los asistentes a este vero relato comparten el interés por los gustos librescos de nuestro protagonista. Aunque, por otra parte, también cabe imaginar que, de haber tenido la suerte de conocer al Bolaño de esta época, pongamos por caso que visitándolo en su apartamento o atisbándolo de lejos en un café, cualquier persona en su sano juicio se habría interesado por las obras que pululan por la

estantería, o por las que se apilan sobre la mesa de noche, o incluso por esa que sostiene en este preciso instante en la mano izquierda, mientras con la derecha apura las últimas caladas del cigarrillo. De ser así, caso de que compartan este hábito incurable que solo se nos ocurre definir como voyerismo mitómano, sepan que el Bolaño de esta época hizo lo mismo de siempre, o sea, leerlo todo y en todas partes. Leyó a Pascal, a Bassani, a Oscar Wilde, a Isou, a Antonio Gala, a Li Po, a Altagor y, de nuevo, a Agatha Christie, reina del crimen. Leyó el *Cantar de mio Cid* y el *Libro de buen amor* y los *Relatos fantásticos* de Luciano de Samosata y *Nueva York* de Djuna Barnes y *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso y *Madre noche* de Kurt Vonnegut y el *Tao Te King* y las notas periodísticas de Augusto Monterroso y *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole y *Tadeys* de Osvaldo Lamborghini, sobre la que afirmó lo siguiente: «No existe novela más cruel», «el libro más bestia (no se me ocurre otro calificativo) que he leído en español en este siglo». Leyó y leyó y leyó, Valle-Inclán, Manrique, Saki, Patricia Pons, Thomas de Quincey, Georges Bataille, Raymond Queneau, Goethe, Immanuel Kant, Alain-Fournier, Jacques Vaché, Cavalcanti, Rosamel del Valle, Quevedo, Rubén Darío, Valéry, Apollinaire, Juan Ramón Jiménez, Lorca, Pierre-Jules Renard, Marcel Schwob, Petronio, Leopoldo María Panero, Gabriel Ferrater, Seferis, Luis Goytisolo, Thomas Bernhard, Pushkin. Devoró los cuentos de Roberto Arlt y los artículos de Alberto Savinio y los ensayos de Edgar Allan Poe y varios tratados de vampirismo, y, entre una cosa y la siguiente, se dedicó a releer como se reza, con fe obstinada, a Stevenson, Dante, Nabokov, Philip K. Dick, Gabriela Mistral, Rimbaud y Ginsberg, «uno de los gurús de mi adolescencia», también la *Obra gruesa* de Parra (¡de nuevo!) y al manco de Cervantes, «por encima de todas las desgracias, de todas las cegueras». Leyó el «formidable» *Libro de la orden de caballería* de Ramón Llull y *El desdichado en fingir* de Juan Ruiz de Alarcón. Leyó a dos

amados, Amado Nervo y Aimé Césaire, y a dos tipos de santos, san Juan de la Cruz y Saint-John Perse. Leyó compilaciones líricas de todo pelaje y procedencia, como la *Antología de la poesía modernista* de Antonio Fernández Molina y la *Antología de poesía surrealista* de Ángel Pariente, y de paso a los poetas «contemporáneos» de México, incluido Salvador Novo, y las páginas de *Gaspar de la noche* de Aloysius Bertrand, considerado uno de los precursores de los poemas en prosa a los que se empeñaba en asomarse el propio Bolaño. Leyó a escritores y escritoras de nombres improbables, entre ellos Zenobia Camprubí, Beryl Bainbridge, Joris-Karl Huysmans, Barry Gifford y Élie-Charles Flamand, y a otros de nombres equívocos, como el pícaro Francisco Delicado. En fin, si hubiésemos deseado recurrir a las siempre debatibles bondades de la economía narrativa, habría bastado con resumir la cosa diciendo que el Bolaño de estas verídicas páginas, el de carne y hueso, compartió hábitos y costumbres con el Bolaño ficticio de *Soldados de Salamina*, donde Javier Cercas le hizo resumir su enfermedad con una frase prodigiosa: «Yo leo hasta los papeles que encuentro por las calles».

⁹⁰ La correspondencia con Ory se mantendría aún algunos años más y sería, entre otras cosas, un terreno fértil para testear ideas que luego desarrollaría en sus manuscritos. Entre la plétora de vasos comunicantes descubiertos por la profesora Nieves Vázquez, estudiosa de la correspondencia entre nuestro protagonista y el poeta gaditano, se halla «una sesión doble de fútbol internacional donde enfrenta a la selección de poesía contemporánea francesa (Valéry, Saint-John Perse, Aimé Césaire, Apollinaire) con la selección de poesía contemporánea española (García Lorca, Gabriel Ferrater, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, Ory, Leopoldo María Panero, Antonio Machado y Luis Cernuda)», equipaciones literarias que, como apunta Vázquez, «guardan semejanza con el juego clasificatorio de adscripción sexual que hace [en las páginas de *Los detectives salvajes*] Ernesto San Epifanio con los escritores», donde el personaje en cuestión distingue entre la literatura heterosexual, la bisexual y la homosexual y, dentro de esta última, identifica varias

corrientes, maricones (como Amado Nervo), maricas (como Alberti), mariquitas (como Guillén), locas (como Rubén Darío), bujarrones (como Aleixandre), mariposas (como Manuel Acuña), ninfos (como José Joaquín Pesado) y filenos (como Borges).

LA PARTE DE LA FAMA

«Siempre acabamos llegando
a donde nos esperan».

JOSÉ SARAMAGO,
El viaje del elefante

Quien haya seguido con atención los pormenores de este vero relato conoce ya, sin necesidad de leerlo, el final de nuestra historia. Venimos advirtiendo desde hace tres centenares de páginas, en verdad desde el mismísimo principio, que Roberto Bolaño, nuestro protagonista, ese jovenzuelo chileno tornado poeta salvaje, y luego inmigrante «sudaka», y finalmente novelista, acabaría convirtiéndose, cual humilde crisálida presta a extender las alas, en el escritor más grande de su país, de su continente y de su lengua, hecho que se produce aquí, frente a nuestros ojos, dentro del búnker acorazado en que ha acabado convirtiéndose, casi que por arte de magia, el estudio situado en el número 17 del carrer del Lloro, espacio desde donde escribe poemas, cartas y novelas hasta altas horas de la madrugada, a veces la noche toda, porque cuando somos felices el tiempo es como una estrella fugaz rasgando la bóveda negra del cielo, y Bolaño se halla relativamente feliz, no hay duda, él mismo se encargó de repetirlo hasta el hartazgo, por ejemplo en otra de sus cartas a Ory, a quien le confesó lo siguiente: «Para mí la novela es la FELICIDAD —así como la poesía es la AVENTURA o la VERDAD—, y sus felices artesanos siguen siendo Cervantes, Stevenson, Philip K. Dick». En ese estado de dicha teclea y teclea. En 1993, compra una máquina de escribir eléctrica. En 1995, invierte una parte del dinero de sus premios en un ordenador de sobremesa con monitor CRT y teclado mecánico al que bautizó «M, como el vampiro de Düsseldorf», a partir de entonces su más fiel compañero de aventuras literarias, pero también, con el tiempo, pasadizo secreto hacia mundos pixelados donde es posible gobernar aldeas enteras con tan solo un clic, distracción esta más bien esporádica y sin importancia, claro, porque el grueso de los días transcurre ahora en una pugna silenciosa entre su enfermedad hepática, que le exige reposo, y su enfermedad literaria, que lo obliga a trabajar sin descanso.

Hemos de advertir, pese a que hacerlo resulte en gran medida redundante, que nuestro protagonista ya no se parece en nada a Rimbaud, de no ser por ciertos vestigios románticos que pululan aún por su memoria. Digamos que ha abandonado la actitud de un poeta

salvaje para imitar más bien a un artesano febril que pule sílabas como si fueran diamantes, alguien obsesionado con alcanzar perfecciones y epifanías, pensemos en un Rafa Nadal entrenando machaconamente sobre la pista, o en una Marie Curie empeñada en desentrañar los secretos de su laboratorio, o, sí, en el ahínco con que Miguel de Cervantes Saavedra se dejó la piel sobre el papel de trapo hasta los días finales de su existencia, quién sabe si anticipando que el esfuerzo serviría para algo, o quizá siendo sencillamente incapaz de dedicarse a otra cosa, porque las derivas obsesivas del *homo sapiens* parecen no conocer límites. Las de Bolaño, miembro ejemplar de la especie, tampoco. De hecho, hay días en que apenas si se despega del escritorio. Las imágenes no mienten. En una vemos a nuestro protagonista vestido con un grueso jersey de rombos con cuello alto, en otra luce camisa de manga corta a cuadros, desabrochada hasta la mitad del pecho, pero en ambas aparece sentado en su lugar de trabajo, con M encendido y atiborrado de texto, la mesa cubierta de libros, disquetes y papeles, el cenicero desbordante de colillas. Desde los picos de frío invernal hasta la canícula veraniega, Bolaño pasa largas jornadas rellenando cuartillas binarias, con la mente lejos de allí, casi siempre al otro lado del Atlántico, porque se ha percatado por fin de que su literatura no debe beber de la imaginación, o no solo, sino también, y sobre todo, de la memoria. Tras cruzar el umbral, Blanes se alza ante sus ojos como un remolino de recuerdos, un remolino en cuyos giros y espirales se observan las diversas formas de la violencia latinoamericana, y el miedo a los calabozos de Pinochet, y la diversión en las calles del Distrito Federal —donde se es eternamente joven y eternamente bello—, y las penurias de quien sueña con ser escritor, y la constancia de quien lucha por lograrlo, y, por encima de todo lo anterior, a guisa de vórtice supremo, el fulgor indeleble de Lisa Johnson, preservado para siempre en su memoria, igual que un insecto en una lágrima de ámbar. En una carta a Mario Santiago confiesa que a veces fantasea con la idea de regresar a México, «pero al final México sin Lisa no acaba de convencerme». Aquel amor de juventud se cuela también —una vez más— en sus poemas, incluido uno titulado *El recuerdo de Lisa*, donde habla de la

sonrisa de Lisa y de la película helada de Lisa, y de un tipo cuarentón que busca un teléfono «para llamar a su único y verdadero amor». El remolino gira sin cesar por aquellas callejuelas a orillas del Mediterráneo, sembrándolo todo de recuerdos. Roberto Bolaño los agarra y los transmuta en ficción, amoldándolos, tergiversándolos, embelleciéndolos, hasta fundirse por fin con su destino.

*

Todavía faltan un par de años para alcanzarlo. El primer gran paso en el camino lo da con *La literatura nazi en América*, una novela hecha de relatos independientes (tanto que uno de ellos será germen de una novela breve posterior) que nace del deseo de ser audaz y vadear, siquiera de soslayo, la intimidante herencia del *boom*. Se trata de una colección de biografías ficticias en las que Bolaño narra la vida y obra de una miríada de escritores filonazis desparramados por el continente americano. El libro se ha emparentado a menudo con la *Historia universal de la infamia* de Borges, obra que, en realidad, no es más que una de las piezas del puzle genealógico, pues, tal y como el propio Bolaño se encargaría de señalar, entre sus influencias se hallaban también *La sinagoga de los iconoclastas* de Rodolfo Wilcock, posterior a la ocurrencia borgiana, y dos obras anteriores a la del maestro argentino, a saber, *Retratos reales e imaginarios* de Alfonso Reyes y *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob. He aquí un claro ejemplo de cómo la tradición se despliega con lentitud y persistencia a lo largo de los años, igual que un cuerpo que engendra nuevas formas a partir de las huellas que lo anteceden. La literatura, en ese sentido, es como un bosque milenario cuyas ramas crecen siguiendo la savia de lo ya escrito, cada obra alimentándose de los ecos que la preceden, Bolaño bebiendo de Wilcock y Borges, Wilcock bebiendo de Borges y Reyes, Borges bebiendo de Reyes y Schwob, y así hasta el comienzo de los tiempos, con los trovadores bebiendo de los bardos, y los bardos de los rapsodas, y los rapsodas de los aedos, y estos, lejos de ser los primeros, de aquellos narradores anónimos que iluminaban las paredes de la cueva con la lumbre de sus ficciones.

Nada más acabar el manuscrito, nuestro estoico protagonista volvió a despacharlo a concursos y editoriales y agencias, tal era su paciencia, tal su convencimiento de que algún día acabaría llegando a donde lo esperan, cosa que podría no haber sucedido nunca, pero que acabó sucediendo esta vez gracias a un informe de lectura salido de la mano de Ana María Moix. Aquella valoración favorable hizo que Seix Barral, y en concreto Pere Gimferrer, se decidiese a contratar la novela, abriéndole a Bolaño puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas a cal y canto.⁹¹

Tras recibir aquella noticia inesperada, y tras telefonear dos veces a Seix Barral para confirmar que no se trataba ni de un error ni de una broma, Bolaño contactó con la editorial Anagrama para retirar el manuscrito del Premio Herralde, al cual se había presentado en paralelo. Al parecer, la novela había pasado ya la preselección del jurado y el mismísimo Jorge Herralde, director del sello, escribió una breve carta a nuestro protagonista lamentando la decisión e invitándolo a pasar por sus oficinas caso de que alguna vez se dejase caer por Barcelona. Obvia decir que Bolaño no tardó en aceptar aquella propuesta, saliendo de Blanes una mañana cualquiera para convertirla en una mañana de inflexiones. Debió de ser extraño encontrarse de improviso en las entrañas de uno de los casi infinitos lugares donde otrora se habían rechazado sus manuscritos. De hecho, Anagrama era el primer sello al que aludió en la poética lista de fracasos compilada en *Mi carrera literaria*, cuyos versos inaugurales fueron referidos ya en el capítulo anterior.

A partir de aquí, el resto, como se suele decir, es historia. Después de aquel primer encuentro, Bolaño le hizo llegar a Herralde el manuscrito de *Estrella distante* y el viejo lobo de mar, fiel a su afinado y legendario olfato, no dudó en contratarlo.⁹² La novela, ejemplo de lo que Ignacio Echevarría ha definido como «fractalidad», ahondaba en las andanzas de «Ramírez Hoffman, el infame», uno de los devotos de Hitler que pululaba por las páginas de *La literatura nazi en América*, repartiendo su tiempo entre cometer asesinatos en serie y escribir poemas en el cielo mediante vistosas aeropiruetas. En una de las escenas más memorables de la

novela, Hoffman organiza una exposición de fotos en su apartamento de Santiago para compartir con un selecto grupo de invitados los rostros agonizantes de las muchas mujeres a quienes había torturado hasta la muerte. (Como advertimos hace varias decenas de páginas, el episodio estaba inspirado por la historia que el artista Jaime Rivera, alias Jaimbotas, le había referido a Bolaño acerca de un «pintor facha» que, poco después del golpe de Pinochet, exhibió en un piso de la calle Seminario retratos de personas asesinadas).

Estrella distante llegó a las librerías en octubre de 1996 y, si bien las ventas fueron escasas, la crítica empezó a hacerse eco de aquel chileno apátrida que andaba extraviado por los umbrales de la Costa Brava. Qué duda cabe de que la emoción de nuestro protagonista debió de ser inmensa. No solo había cosechado reseñas razonablemente halagüeñas con *La literatura nazi en América* —pese a que buena parte de los ejemplares impresos acabasen siendo guillotinado—, sino que ahora su obra se publicaba de improviso, y con impecable recepción, en Anagrama, la editorial española de Vladímir Nabokov, la de su adorado Georges Perec, la de Ricardo Piglia, también la de Rodolfo Wilcock, por cierto.

Conforme su prestigio aumentaba, Bolaño fue instalándose él mismo en las filas del *establishment*, aunque lo hizo con su inconfundible desenfado, como quien se pasea por un salón ajeno sin desprenderse nunca del aire de forastero. Ese modo suyo de desdramatizarlo todo le granjeó no solo fama de socarrón, sino también el afecto de figuras prominentes, entre ellas Ignacio Echevarría, crítico de pluma acerada con quien coincidió por primera vez en el lanzamiento de *Llamadas telefónicas*. Entre ambos nació enseguida una complicidad poco común: Bolaño hallaba en Echevarría un lector implacable, capaz de seguir sus intuiciones hasta los pliegues más secretos de la página; Echevarría, por su parte, veía en Bolaño la prueba viviente de que la literatura todavía podía ser aventura, riesgo y desafío, rasgos que venía echando en falta desde hacía años en buena parte de sus reseñas. Creemos que no resulta descabellado afirmar que Echevarría era a la crítica

literaria lo que el infrarrealismo había sido a las vanguardias poéticas: ambos defendían a ultranza —y también sin pelos en la lengua— una cierta vocación insobornable hacia la esencia de la literatura. No es casual que la dialéctica entre autor y crítico terminara convertida en materia narrativa casi que a la par que se conocieron: en *Los detectives salvajes*, el *alter ego* de Bolaño, Arturo Belano, se bate en un duelo de espadas con un crítico feroz llamado Iñaki Echevarne, «tiburón» a quien teme tanto en público como parece celebrar en secreto. Bromas al margen, fue en esa clase de juegos e irreverencias donde nuestro héroe desplegó lo más inaudito y admirado de su voz narrativa. Y si Echevarría fue, junto con Herralde, de los primeros en tasar la valía de aquel chileno errante extraviado por los meandros de la Costa Brava, ambos se hallaban lejos de ser los últimos.

Las placas tectónicas se agitaban en las profundidades del océano. Empezaba el tsunami.

*

Llegados a este punto, se nos plantea una espinosísima disyuntiva, cerrar con dignidad las páginas de este vero relato o prorrogarlas *ad infinitum* mediante minuciosos inventarios bibliográficos, dando cuenta de la compleja y variada obra narrativa de nuestro protagonista y del igualmente complejo reconocimiento tardío del que dicha obra será objeto, con sus premios y sus conferencias, con sus discursos y sus contratos y sus artículos, con la amistad entre Bolaño y ciertos miembros del *establishment*, amén de la enemistad con tantos otros. En el mejor de los casos, demorarse en esos detalles puede ayudar a comprender algunos aspectos de esta última etapa en la vida de nuestro protagonista, por ejemplo, la publicación de una pequeña obra maestra por año, o la forja de un texto monumental e inclasificable como *Los detectives salvajes*, donde Bolaño convirtió el movimiento infrarrealista, y sus personajes, incluido él mismo y su amigo Mario Santiago (bajo los *alter ego* de Arturo Belano y Ulises Lima), en la materia prima con que erigir una de las mejores novelas de la historia de la literatura, cuyas influencias van desde el humor y la ironía de Cervantes hasta

las osadías estructurales de Julio Cortázar o Roque Dalton. Esto, decimos, en el mejor de los casos. En el peor, adentrarnos en los títulos más conocidos de la bibliografía de nuestro protagonista, demorándonos en los lanzamientos, los circuitos editoriales y las recepciones críticas, cada vez más elogiosas, podría tornar la maravillosa vida breve de Roberto Bolaño en un aburridísimo texto ensayístico. La elección parece evidente. Es de suponer que al emprender la biografía de un escritor uno no debe aspirar a deconstruir hasta el último resquicio lo que este dejó dicho en sus libros, sino más bien a narrar las vivencias, heridas y obsesiones que permiten entenderlos. Lo que permite entender obras como *Los detectives salvajes* o *Amuleto* o *Llamadas telefónicas* o *Putas asesinas* ya ha sido debidamente consignado en las páginas que anteceden a estas.⁹³

Bástenos con señalar que se abre aquí una etapa donde Roberto se reencuentra con lo mejor del canon, enfrentándose a sus maestros con los aires de un discípulo díscolo que ansía burlarse de todo y convertir la novela en aquello que fue en un principio, una herramienta lúdica con la que describir el mundo y desmontarlo pieza a pieza, ora como mero entretenimiento, ora para intentar cambiarlo. En palabras de Enrique Vila-Matas, tras *Estrella distante* nuestro protagonista rompe amarras y desata todo su potencial literario, «[p]orque la coincidencia del primer reconocimiento y la certeza de que puede publicar todo lo que escribe y la certeza de la muerte le dan mucha fuerza, le permiten arriesgar y hacer un *tour de force*, experimentar en formas y registros». Lo hace, además, disfrazando sus ficciones de una falsa sencillez: junto a la proliferación de voces narrativas y las grandes dosis de humor y el recurso esporádico a estructuras complejas, Bolaño mantiene un estilo sobrio que Valerie Miles ha definido con acierto como de «absoluta legibilidad», hecho este que se presta a menudo a confusión, pues hay quien cree que esa supuesta sencillez resulta incompatible con la prosa que cabría esperar del mejor escritor de su país, de su continente y de su lengua, y, por ende, que Bolaño no es ni una cosa ni la otra ni la otra. Sobre esto último hay, desde luego,

mucho que decir. En primer lugar, que pese a lo que podría parecer a simple vista, la escritura de Bolaño no es «una feliz improvisación»: de nuevo en palabras de Miles, «sus cuadernos demuestran lo contrario: era un quisquilloso cazador del *mot juste* y armaba sus estructuras con sumo cuidado». Dicho de otra forma, los libros del último Bolaño encarnan el certero aforismo que casi todos, incluidos algunos latinistas, atribuimos a Cercas, *Vera ars, velat artem*, El verdadero arte oculta el artificio. En segundo lugar, la literatura es, según la primera acepción de la RAE, el arte de la expresión verbal, de modo que, igual que sucede con cualquier otra manifestación artística, abundan los gustos y los pareceres, concordantes o disidentes, intuitivos o razonados, y sería absurdo aspirar a juicios unánimes. Ahora bien, al margen de los vaivenes de subjetividad que acompañan a toda actividad creativa, hay ocasiones en que despuntan consensos difíciles de rebatir. La grandeza de Roberto Bolaño, huelga decirlo, es uno de ellos. Se trata del único autor de su país, de su continente y de su lengua que figura por partida doble en los últimos cuarenta años del *ranking* de *rankings* creado por Shane Sherman, un compendio de trescientas listas de los supuestos mejores libros de todos los tiempos. Bolaño es también el único autor hispanohablante de su generación que roza la categoría de autor hipercanónico creada por el profesor David Damrosch de la Universidad de Harvard, a la zaga de apenas un puñado de nombres, entre ellos Marcel Proust, Jorge Luis Borges, Franz Kafka, Virginia Woolf y James Joyce. Que Bolaño siga teniendo tantos detractores es, desde luego, un hecho tan injusto como previsible: resultaría ingenuo esperar algo distinto de un mundo en el que los escritores viven inmersos en aquello que nuestro protagonista bautizó como «odios florentinos» y «venganzas romanas». Nada en este rechazo es, por lo demás, novedoso. *Don Quijote de la Mancha* fue recibido con escepticismo por sus coetáneos, quienes consideraban a su autor un escritorzuelo popular y de segunda categoría. Vale la pena traer a colación, a guisa de cierre, la famosa sentencia del filósofo y crítico literario José María Valverde, quien aseguró que Cervantes nunca hubiese ganado el

Premio Cervantes. Creemos que Bolaño tampoco.

*

Y, pese a todo, aquí está ahora, convertido en el titán de las letras que tan efusivamente habíamos prometido a nuestros estimados lectores. En palabras de Dunia Gras, «después de años a la deriva, de vagar por los márgenes», Bolaño recibe por fin la atención con que llevaba décadas soñando.

Lo curioso, ay, es que nada cambia. Salvo una última mudanza familiar desde el carrer del Lloro al paralelo carrer Ample, y salvo un ultimísimo traslado de su estudio desde el mismo callejón hasta el número 32 de la rambla Joaquim Ruyra, las rutinas de nuestro protagonista casi no se ven alteradas por la fama. Si acaso, los cambios son los propios de la enfermedad, una presencia mucho más prominente que cualquier forma de reconocimiento. De un lado, el cansancio de un cuerpo a punto de romperse para siempre. De otro, la conciencia de una certidumbre a la que el *homo sapiens* trata de hacer oídos sordos, pero que Roberto ya no podía ni ignorar ni diferir, a saber, el hecho de que más pronto que tarde la muerte vendría a buscarlo, esta vez de forma definitiva, obligándolo a separarse de su familia y de sus seres queridos, obligándolo tal vez, según cuánto tardase, a no ver crecer a su hijo Lautaro, tampoco a su hija Alexandra, a quien apodó Chispita, nacida en 2001, apenas dos años antes de que Bolaño nos abandonase con medio siglo de vida a las espaldas, para entonces convencido de que la lengua había perdido los contornos de una patria, pues, como diría en su última entrevista, «mi única patria son mis dos hijos». Por eso no ha de extrañarnos la importancia desmesurada que cobran gestos hasta entonces casi automáticos, ir juntos a la playa, nadar en el mar, cambiar los pañales de Alexandra como quien recita un poema anónimo, enseñar a Lautaro a ganar partidas de ajedrez con tan solo tres movimientos, o enzarzarse con él en juegos de estrategia que duran hasta altas horas de la noche, forzando a Carolina, voz de la cordura, a recordarles las virtudes del sueño. Al día siguiente se despierta temprano para acercarlo hasta la escuela, donde lo recoge además a media tarde, un momento tan bueno como otro cualquiera

para esbozar en su cabeza los versos con que compondrá poemas sobre aquella espera paciente en compañía de otros padres, ahí, a la vera del Mediterráneo, con «el horizonte limpio, la costa rugosa».

En fin, digamos que, salvo el hecho de acudir a congresos y embarcarse en giras promocionales, el impacto de la fama resulta casi imperceptible. Bolaño mantiene buena parte de sus rutinas. Sigue dejándose ver por el café Terrassans para comer churros recién salidos de la freidora mientras lee el periódico. Sigue gastándose una fortuna en llamar por teléfono a amigos distantes, costumbre que el siempre atinado Juan Villoro describió como «el único derroche en su espartano código de vida». Sigue esperando con paciencia que M arranque para ponerse a escribir y, entretanto, se prepara una manzanilla con miel, a estas alturas su única bebida, aparte del agua, claro. Sigue leyendo sin descanso, como quien devora el mundo a través de las palabras.⁹⁴ Sigue deambulando con aire melancólico por el paseo marítimo de Blanes y dejándose ver por La Gran Muralla o por el bar del Puerto o por la pastelería Planells, según viejas costumbres, solo que antes nunca se presentaba en compañía de algunos de los escritores más prominentes de su país adoptivo.

Entre los contadísimos gestos de ostentación que se concede destaca el de imprimir unas tarjetas de visita donde puede leerse «Roberto Bolaño, poeta y vago», en clara alusión al «poeta y mago» de Huidobro, con dirección en el número 13 del carrer Ample, en Blanes, Gerona, el recién inaugurado hogar familiar. Otro de los lujos entrañables en que incurre es mandar hacer una estantería donde coloca algunos de sus libros preferidos, esos que venían acompañándolo en los tramos más oscuros del camino, entre ellos los del propio Huidobro, claro, pero también los de Enrique Lihn, los de Neruda y los de su admiradísimo Nicanor Parra, a quien llegaría a conocer durante dos polémicos viajes a Chile en 1998 y 1999, un cuarto de siglo después de haber abandonado el país en los primeros días de la dictadura de Pinochet.⁹⁵

Ahora bien, pese a lo poco que cambian las rutinas, ya advertimos que, a la par que la literatura, también la vida empezó a cobrar otras

dimensiones. Con esto pretendíamos aludir a cómo, por primera vez en varias décadas, empezaron a reordenarse sus prioridades. La literatura no deja de ser importante, pero se supedita, según lo ya expuesto, al amor incondicional hacia sus hijos. A nadie habrá de sorprender que esto también, al igual que todo lo demás, acabase reflejado en las ficciones de aquella época. Uno de los ejemplos de dicha mudanza se halla en *Nocturno de Chile*, novela publicada a finales del año 2000, donde encontramos esta unívoca sentencia:

Después volví a visitar la casa de María Canales, que estaba escribiendo una novela, situación portentosa, y creo que hubo entre ambos un malentendido, no lo sé, le pregunté de sopetón por su hijo, por su marido, le dije que lo importante era la vida, no la literatura, y ella me miró a los ojos con su cara bovina y respondió que ya lo sabía, que siempre lo había sabido.

En el fondo, también Bolaño hubo de saberlo desde siempre, aunque jamás con la claridad con la que ahora lo intuye.

*

Parece que nos acercamos inexorablemente, si es que en verdad no hemos llegado ya, al final de nuestra historia. Antes de despedirnos, se nos antoja casi obligatorio esbozar, siquiera fugazmente, los tres últimos misterios en la vida de Roberto Bolaño, uno vinculado a la salud, otro al dinero, el último al amor, diríanse tres réplicas de un mismo estornudo. Empecemos por la salud:

Desde que fuera diagnosticado de una afección hepática autoinmune a comienzos de los años noventa, nuestro héroe se vio obligado a adaptar sus rutinas a los caprichosos embates de la enfermedad. Si bien es cierto que a menudo posponía las revisiones médicas, resulta innegable que Roberto hizo todo cuanto pudo, o cuanto razonablemente pudo, por cuidar su salud, todo, claro, salvo darse el lujo de descansar, porque la literatura se había vuelto una doble combustión, por un lado, ese mismo arrebató que venía asediándolo desde hacía décadas, por otro, una forma de garantizar el futuro de sus hijos. Sea como fuere, ni las infusiones de manzanilla ni la ausencia de alcohol bastaban para aliviar las

dolencias de aquel cuerpo en deterioro.

Durante una de las muchas visitas al hospital, Roberto recibió noticias lúgubres e irreversibles: necesita un trasplante. Sin un nuevo hígado, parece que no llegará lejos. Las secuelas de la enfermedad son cada vez más invasivas. Sabemos ya lo de su cansancio extremo. Sabemos, porque nos lo contó él mismo, que a veces se desvanece sobre el asiento del tren o en mitad de una plaza pública, percances que intenta tomarse con grandes dosis de humor. Sabemos también que los problemas de hígado se van extendiendo: en un documental de RTVE se aireó otro pedazo del diagnóstico: colangitis, o inflamación de los conductos biliares. Conforme pasa el tiempo, el trasplante se vuelve un horizonte insoslayable, pero él, por razones íntimas y difíciles de articular, sigue rehuyendo el bisturí y todo lo que este implica, su cuerpo abierto por extraños, el riesgo de que la vida se le escape en un último suspiro, así, tontamente, mientras yace inconsciente sobre una mesa quirúrgica, o incluso la posibilidad de que su biología se rebele contra la llegada de aquel órgano extraño y lo rechace, por no hablar siquiera de cómo, durante el posoperatorio, su sistema inmune debilitado podría convertirse en presa fácil para toda índole de patógenos. Tiene miedo y, movido por el miedo a estas u otras contingencias, pospone una y otra vez la decisión. Familiares y amigos tratan de convencerlo. «Roberto, déjate de joder, firma el protocolo [para el trasplante]», le insiste, por ejemplo, Rodrigo Fresán, compañero de letras con quien entonces conjugaba lecturas, y secretos, y bromas, y visitas entrañables a La Central. Al final cede. Nuestro héroe firma, resignado, los papeles, convirtiéndose en un número más en una de tantas listas de espera. Empieza así la cuenta atrás. Del número veintisiete al veintitrés. Del veintitrés al quince. Del quince al doce. Del doce al ocho.

Pasan los meses y Roberto espera pacientemente el milagro de un hígado compatible. Como él mismo se encargaría de apuntar, «Todo escritor escribe contra el tiempo», pero durante aquel último año y medio, dopado con veinte pastillas diarias, Bolaño escribía también contra su propio cuerpo, convertido ya en enemigo, reloj y campo de

batalla. Sin embargo, ni siquiera esta forma de adversidad logra enturbiar la fuerza arrolladora de su vocación literaria. Además de soñar con diversos futuros junto a sus hijos, se deja arrastrar por una plétora de compromisos, desvaríos y proyectos, desde viajes a Londres, París y Turín para entrevistarse con sus editores extranjeros, hasta ferias y congresos, entre ellos la primera edición de la fiesta de la literatura amplificada Kosmopolis, en Barcelona, un evento celebrado en 2002 en el cual Bolaño departió magistralmente sobre la literatura argentina de las últimas décadas, esbozando uno de sus tantos juicios apodícticos, este sí irrefutable, «Hay que releer a Borges otra vez». De aquel enjambre de invitaciones y tribunas, mención aparte merece, sin duda, la que acabó convirtiéndose en su última comparecencia pública, acaecida en Sevilla, adonde acudió en junio de 2003, pocas semanas antes de su muerte, para participar en el I Encuentro de Escritores Latinoamericanos, organizado por la editorial Seix Barral y la Fundación Lara. Más que un epílogo, el acto resultó ser casi un compendio de leyenda bolañesca. Por un lado, porque arribó a la ciudad de luz morisca en plan papa de todo lo nuevo, predicando *urbi et orbi* a compañeros de letras que lo admiraban como a un maestro, o a quienes él admiraba, y a veces hasta ambas cosas al tiempo —entre los participantes se contaban un premio Cervantes, Guillermo Cabrera Infante, y varios amigos de nuestro protagonista, incluido su ya inseparable Rodrigo Fresán—. Por otra parte, aquella despedida sevillana encarnó también la vena más traviesa e insumisa de Roberto Bolaño, tanto por las palabras allí pronunciadas como por las ausencias deliberadas de quienes prefirieron no subirse siquiera al avión. El escritor chileno Alberto Fuguet se tornó el epítome de esto último: poco después acabaría confesando que le daba «pánico» y «terror» convertirse en «víctima de un *bullying* innecesario», declaración que remite de inmediato a la época mexicana, cuando poetas y poetisas octavianos rehuían las lecturas públicas por miedo a las imprevisibles arremetidas infrarrealistas. A todo lo anterior ha de sumarse el hecho de que el propio congreso acabase sirviéndole, acaso sin saberlo, de testamento ético y estético, tanto por el texto inacabado que había prometido hacer llegar a los editores, con el premonitorio título de

Sevilla me mata, como por la ponencia que leyó ante el resto de asistentes, *Los mitos de Cthulhu*, donde, con los ya tradicionales dejes de ironía devastadora, y haciendo gala por última vez del sambenito de «polemizador profesional», Bolaño manifestó su desprecio por el deseo de respetabilidad de los escritores, reivindicó lo lúdico tanto en la página como en la existencia y, por encima de todo lo anterior, ridiculizó las imposturas de un sistema editorial que exigía sumisión al mercado: «Firmar libros, sonreír, viajar a lugares desconocidos, sonreír, hacer de payaso en los programas del corazón, sonreír mucho, sobre todo no morder la mano que les da de comer, asistir a ferias de libros y contestar de buen talante las preguntas más cretinas, sonreír».

Al margen de los quehaceres de la fama, y pese a las limitantes de su agotamiento crónico, nuestro héroe continuó dedicándose también a la invención de nuevas ficciones, unas cortas, como los relatos de *El gaucho insufrible*, otras mastodónticas, como la inacabada *2666*, y soñando, además, con fundar una última revista literaria, proyecto de madurez que debía llevar por fin a buen puerto los experimentos truncados que otrora emprendiera junto con su querido Bruno Montané, aquellos fanzines de aspiraciones perrofláuticas a los que dedicó un pedazo de juventud, incluidos *Rimbaud, vuelve a casa* y la *Berthe Trépat*.

Tal vez llegó a pensar que la escritura podría protegerlo, aunque fuera por un rato, de esa sombra que avanzaba sin tregua, a ritmo obstinado, desde lo más profundo de su abdomen, o tal vez se aferró a las ficciones y a la vida de gurú literario a modo de acto reflejo, igual que un alpinista agarra una cuerda en medio del derrumbe. Se trataba de esperar y mantener la calma. En un alarde de optimismo, o quizá como fórmula para conjurar la retahíla de aprensiones que le rondaba sin descanso, Roberto empezó incluso a firmar sus correos con una luctuosa cuenta atrás, «Sigo el cuarto en la lista de espera», «Sigo el tercero en la lista de espera», «Sigo el segundo». Y ahí se quedó. Nunca llegaría al primer puesto.

*

Junto a las vacilaciones que demoraron la decisión del trasplante,

existe un segundo misterio anejo, a saber, los motivos que le impidieron darle una tregua a la escritura, algo que, según muchos de los testimonios existentes, se debió al deseo de garantizar el futuro financiero de sus dos hijos, pues esta es la única coartada racional con que la mayoría de cronistas logra explicar el hecho de que, pese al cansancio extremo y las prescripciones médicas de reposo, eternamente desoídas, nuestro protagonista pasase horas y horas y horas componiendo las más de mil páginas con que acabaría armando la descomunal selva tipográfica de *2666*, novela en la que trabajaba cuando la muerte le dio alcance, consagrándose al texto con una actitud entre estoica y obsesiva, sin apartarse demasiado — al menos durante las buenas rachas— del monitor de M, frente al cual teclea con ímpetu, como quien remienda una vela rota en plena tormenta con la esperanza de regresar sano y salvo a la orilla. Que pretendiese garantizar el porvenir de sus hijos pudo haber sido una parte de la historia, sí, seguramente lo fuese, pero este presunto motivo apenas si puede explicar el comportamiento compulsivo y voraz que Roberto Bolaño venía exhibiendo desde la mismísima adolescencia, cuando empezó a rellenar cuadernos por las calles de Los Ángeles, hábito que, como ahora sabemos, lo acompañó hasta el mismísimo final.

¿Qué buscaba entonces? ¿El placer? Parece poco probable. Nuestro héroe dijo varias veces, y de varias maneras, que escribir era «un ejercicio de masoquismo», que ni siquiera era «normal», que lo normal y lo placentero era consagrarse a la lectura. Entonces ¿por qué siguió escribiendo en todo lugar y en todo momento?, ¿por qué ignoró una y otra vez el sufrimiento y el cansancio?, ¿por qué plantó cara a tantas formas de rechazo y a tanta precariedad?, ¿qué impulsos ocultos hicieron que se convirtiese en una suerte de *Übermensch* capaz de encajar cualquier derrota y de sobreponerse a cualquier forma de adversidad con tal de seguir dando forma a las ficciones que lo rondaban como espectros díscolos, reclamándole cuerpos, voces y destinos? Un ingenuo nos diría tal vez que Roberto aspiraba a las mieles de la eternidad, pero cualquiera que haya leído su obra sabe que nuestro protagonista jamás creyó ni en

posteridades ni en glorias. Lo dijo una y mil veces, de mil y una formas, «Pasado el tiempo suficiente, olvidaremos también a Shakespeare y a Cervantes», «En el gran futuro, en la eternidad, Shakespeare y Menganito son lo mismo», «Dentro de mil años no quedara nada / de cuanto se ha escrito en este siglo», «[M]as luego cayó en el olvido como suele suceder con todo», etcétera. O sea, sabe de sobra que la eternidad es una quimera, y aun así sigue adelante con una fuerza de voluntad extraterrestre, como sacada de alguna de aquellas novelas de ciencia ficción que tanto le gustaban.

Buscar causas unívocas para explicar el afán con que nuestro protagonista escribió durante toda su vida, y en especial al final de ella, aun cuando su cuerpo se hallaba a punto de quebrarse, nos parece un propósito condenado al fracaso, un ejercicio que conduce inevitablemente a la perplejidad, un laberinto sin centro ni salida de cuyos corredores solo podremos sacar una cosa en claro, a saber, que Roberto Bolaño merece recibir cuanto antes, sin más juicios ni demoras, su propio adjetivo, pues si lo dantesco se usa para aludir a situaciones infernales y apocalípticas, y si lo kafkiano es sinónimo de absurdo u opresivo o surreal, y si a la vigilancia extrema de corte totalitario la consideramos orwelliana, y si aquello que vinculamos a un dilema moral que genera conflictos interiores merece el adjetivo de dostoievskiano, y si cervantino es cualquier hecho asociado con la ironía, la sátira o las aventuras propias de don Quijote de la Mancha, entonces lo bolañesco, tal y como nos ha demostrado hasta la saciedad este vero relato, puede significar una sola y única cosa, que nos tomamos la libertad de consignar a continuación, advirtiendo desde ya que nuestra definición queda exenta de cualquier reserva de derechos incluida al comienzo de esta obra y puede ser reproducida libremente, inclusive mediante su incorporación a diccionarios, manuales de estilo y enciclopedias:

Bolañesco, ca

1. *adj.* Perteneciente o relativo a Roberto Bolaño, escritor chileno, o a su obra.
2. *adj.* Dicho especialmente de una actitud, de un estilo de vida o de una persona: Que se consagra de forma desmesurada, casi

masoquista, a la lectura, la escritura y la literatura en general, sin atender a consideraciones prácticas de ninguna índole, como la salud, las finanzas o la seguridad afectiva.

*

Como tercera y última incógnita, y quizá la más esquiva, nos encontramos con los pormenores de su vida sentimental, aspecto este que podría parecer irrelevante, siendo, en efecto, un asunto que atañe a la esfera privada, pero que cobra trascendencia en tanto en cuanto sirve también, al igual que todo lo demás, como clave interpretativa con que descifrar los ecos biográficos que resuenan soterradamente en buena parte de la obra de Bolaño.

Lo de que nuestro héroe no creía en la monogamia se nos antoja más que evidente. En su primera novela, *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, el protagonista, Ángel Ros, prefiere quedarse junto a su novia antes que coartar el deseo de esta a frecuentar múltiples amantes,⁹⁶ y en 2666, la última, escrita casi dos décadas más tarde, Bolaño describe una miríada de situaciones marcadas por la sensualidad ambigua y el erotismo plural, en especial el trío amoroso que acaba cuajando entre los personajes de Liz Norton, Jean-Claude Pelletier y Manuel Espinoza. De hecho, incluso en el mismísimo manifiesto infrarrealista encontramos vestigios de este credo, entre ellos el momento en que se nos conmina a abandonar «hasta las relaciones amorosas con reglas rígidas». Visto lo visto, no ha de extrañarnos que Roberto compartiese buena parte de sus últimos seis años de vida con Carmen Pérez, una catalana culta y elegante a quien conoció por casualidad a bordo de un tren, mientras regresaba de un ciclo de conferencias organizado en Pamplona por el escritor Jesús Ferrero. Los contornos de esta relación, así como los términos con que nombrarla, han sido objeto de porfías, disputas y pleitos, de modo que no incurriremos en el error de tratar de proponer aquí dictámenes propios. Limitémonos a aceptar que Bolaño pudo haber sido —también en esto— un adelantado a su tiempo, o simplemente el producto de un ambiente receptivo a las heterodoxias amorosas. Al fin y al cabo, los noventa fueron, entre otras muchas cosas, una

época en la que no pocos intelectuales fantaseaban con reproducir cierta bohemia literaria que se pretendía heredera del París de entreguerras. En cines y tertulias circulaban películas que parecían funcionar como manuales sentimentales para ese ideal de vida, incluida *Henry y June*, donde se narraban los enredos amorosos entre la escritora Anaïs Nin y el matrimonio formado por Henry Miller, autor de *Trópico de Cáncer*, y su enigmática esposa June. Que el hogar de nuestro protagonista acabase impregnado, siquiera de forma lateral, por estas mismas reglas laxas parece desde luego coherente con la apertura de miras que cabría esperar de un entorno donde se gestaron obras que desafiaban, una a una, todas las convenciones, tanto estilísticas como argumentales.⁹⁷ En cualquier caso, etiquetas al margen, resulta innegable que entre él y Carmen Pérez existió, como mínimo, lo que en el periódico *La Vanguardia* se ha definido como «una relación de pareja», vínculo que, como todo lo relativo a nuestro protagonista, acabó desempeñando un papel fundamental en la historia de la literatura.⁹⁸ Tras intercambiar un par de cartas con las consiguientes respuestas telefónicas, Carmen se convirtió enseguida en una suerte de ancla emocional para Bolaño, y de paso en uno de sus mayores confidentes, alguien con quien discutía proyectos, sueños y fantasmas, una voz que le tranquilizaba en momentos de angustia y le alentaba en los de duda, acompañándolo, además, durante los hitos más señeros de su efímera fama, desde el momento en que nuestro protagonista corrigió las galeras de *Los detectives salvajes* hasta que, varios años después, su cuerpo marchito se apagó entre las paredes del hospital Valle de Hebrón, adonde la propia Carmen lo había llevado en coche desde Blanes, circulando contrarreloj por las autopistas de Cataluña, con el aire tibio de las madrugadas estivales interrumpido apenas por el pulso melancólico de *Lucha de gigantes*, la última canción que Bolaño escuchó antes de abandonarnos.

Aquella noche, el viento soplaba con fuerza desde lo más hondo del Mediterráneo. Es posible que nuestro protagonista aprovechara dicho trayecto para pensar en el manuscrito de *El gaucha insufrible*, que acababa de depositar apenas unas horas antes en las oficinas

de Anagrama, con la esperanza de que el dinero del adelanto le permitiera mantenerse a flote mientras se enfrentaba al quirófano y a los estragos del posoperatorio. O quizá repasaba en silencio los pormenores de sus enfermedades, la hepática y la literaria, o los proyectos que esperaba retomar junto a su familia, a la que debió de querer y añorar más que nunca, o junto a la dulce compañera que conduce a su lado, preguntándole a ratos cómo se siente, o puede que Bolaño simplemente rumiase sobre el amplio abanico de posibilidades vitales que se abriría ante él en caso de que lograra salir con vida de este nuevo percance, pensamiento que tal vez le llevó a evocar la insoportable levedad del ser, esa que Kundera había condensado en ideas tan banales como terroríficas, enseñándonos que toda elección implica abdicar de las infinitas variantes de nuestro destino, futuros que no serán, alternativas canceladas, entre ellas, por supuesto, la contingencia extinta de una vida perfecta en compañía de Lisa Johnson, con quien lleva ya un tiempo tratando en vano de restablecer el contacto por intermedio de su amiga Carla Rippey (la Catalina O'Hara de *Los detectives salvajes*), la cual había tratado de hacer las veces de celestina, gestión que siempre acababa en fracaso, porque Lisa se negaba categóricamente a volver a dirigirle la palabra a Pepito Tequila, y ahora que pensamos en Lisa, es imposible que no recordemos también el manuscrito de 2666, ese que esperamos concluir en breve y en cuyas páginas comparecen heridas que, si hemos de ser sinceros una última vez, nunca llegaron a sanar del todo, véase a guisa de ejemplo la llaga que nos empeñamos en hacer sangrar con esta línea atroz: «[S]upo que ella era la mujer ideal, la que siempre había buscado, y empezó a sufrir». Todo es posible, sí, aunque ya nada de esto importe, porque la vida se disponía a tenderle una última emboscada, sin ruido y sin ceremonia, empujándolo a él también, como empujó a otros, a una «muerte callada y extranjera», sobre la que nada más diremos.

*

Roberto Antonio Edwin Bolaño Ávalos falleció el 15 de julio de 2003, a los cincuenta años de edad. Antes de apagarse para siempre pensó quizás en aquellos versos de Jorge Manrique a los que llevaba

aferrándose tanto tiempo: «Nuestras vidas son los ríos *que van a dar en la mar*, que es el morir». El río de nuestro protagonista desemboca aquí, en el tránsito unánime, destino último de todos nosotros, pese a que este no sea, en puridad, el final de su historia.

Resulta innegable que muchas de las obras de Bolaño se verán arrastradas hacia eso que él mismo bautizó como «la mecánica del olvido». Pero igual de evidente se nos antoja el hecho de que algunas de sus novelas encontrarán formas nuevas con que perpetuarse, pues, como dijo Virginia Woolf, los libros «son la continuación unos de otros a pesar de nuestra costumbre de juzgarlos por separado». No cabe duda de que los de Bolaño continuarán latiendo por mucho tiempo en el corazón de nuestras bibliotecas, hasta que manos futuras los hagan mutar en otros gérmenes narrativos, tan fértiles como duraderos, transformándolos, solapándose con ficciones aún por escribir, deslizándose por los pliegues del porvenir como raíces que buscan otras raíces en lo más profundo de la tierra, porque la literatura, a fin de cuentas, no es una sucesión de nombres esculpidos en mármol o grabados en bronce, sino una corriente de voces que se prolonga más allá de cualquier libro o cualquier autor, dando vida a historias frescas que se construyen sobre los cimientos secos de la anterior, por eso nuestro vero relato, desenlace incluido, no es, en verdad, más que una variación apócrifa de lo que otros contaron, o de lo que otros vivieron, y, por ende, no ha de sorprendernos que en una nota perdida en lo más recóndito de su archivo, encabezada, por cierto, con instrucciones unívocas, «Para el final de 2666», Roberto Bolaño escribiese a mano cuatro brevísimas frases que nunca pudo atribuir a ninguno de sus protagonistas, pero que ahora, en la distancia, podrían servir de epitafio si las imaginamos en boca del nuestro: «Y eso es todo, amigos. Todo lo he hecho, todo lo he vivido. Si tuviera fuerzas me pondría a llorar. Se despide de ustedes, Arturo Belano».

⁹¹ Eso sí, no fue una decisión unánime. Mario Lacruz, otro de los editores de Seix Barral, perdió interés por el manuscrito en cuanto descubrió que se trataba de un texto paródico. No cabe duda de que Irene Vallejo tiene razón al afirmar que «[t]odavía hoy el canon tiende a expulsar la risa», hecho lamentable donde los haya, por supuesto, sobre todo cuando a los custodios de dicho canon se les suele llenar la boca de loas y ditirambos al aludir a las divertidísimas páginas de *Don Quijote de la Mancha*.

⁹² El texto había sido rechazado, entre otros, por Seix Barral, donde lo consideraron «demasiado chilen[o]», y también por editoriales chilenas, quién sabe si por considerarlo «demasiado español», dado que en sus páginas, además de una primerísima aparición de Arturo B[elano], *alter ego* de nuestro protagonista, se incurre en el muy bolañesco vicio de urdir tramas sin fronteras, donde la acción se desarrolla lo mismo en Chile que en México o Barcelona o Blanes.

⁹³ Por supuesto, siempre quedan anécdotas en el tintero. Quizá valga la pena señalar, a guisa de compendio, que además de ejercitar su memoria, el Bolaño de estos últimos cinco o seis años mantuvo los ojos bien abiertos al mundo que lo rodeaba, convencido de que en la experiencia de cualquier *homo sapiens* podría encontrar el germen para una nueva historia. Así, el protagonista de *Nocturno de Chile*, el indiferente sacerdote y crítico literario Sebastián Urrutia Lacroix, parece ser un trasunto de José Miguel Ibáñez Langlois, teólogo del Opus Dei y uno de los pocos críticos literarios —algunos dicen que el único— a quien se le permitió ejercer el oficio durante la dictadura de Pinochet. En esa misma novela, Bolaño fagocitó también una de las muchas historias que escuchó durante su regreso a Chile en 1998, acerca de cómo la escritora Mariana Callejas organizaba tertulias en su casa del barrio Lo Curro a la par que su marido, Michael Townley, agente de la Dirección de Inteligencia Nacional, se servía del sótano de aquella vivienda para realizar interrogatorios clandestinos, torturas y alguna que otra ejecución extrajudicial. La maestría de Bolaño para mezclar ficción y

realidad alcanzaría su punto culminante en la larguísima lista de feminicidios de Santa Teresa descritos en las páginas de 2666, en clara referencia a los crímenes de Ciudad Juárez, cuya minuciosa investigación, por cierto, llevó a nuestro héroe a trabar amistad con el periodista mexicano Sergio González Rodríguez, quien escribió una sobrecogedora crónica periodística sobre aquella barbarie a la que tituló *Huesos en el desierto*. Son solo un par de ejemplos de cómo el horror de nuestro mundo continuaba filtrándose en los horrores seudoficticios pergeñados por Bolaño.

⁹⁴ Lee *Mi siglo* de Günter Grass, *De pesca* de Walter Mosley, *Hannibal* de Thomas Harris. Se entusiasma con *Bartleby y compañía*, de su ya buen amigo Enrique Vila-Matas, un libro que le parece tan desafiante como lleno de elegancia. Lee el poemario *Métodos de la noche* y, haciendo oídos sordos a la rima, la novela *Bariloche*, ambos de Andrés Neuman. Lee el *Tríptico del Carnaval* de Sergio Pitol y los cuentos de Fernando Iwasaki. Relee a Jonathan Swift y a Iván Turguénev, y, aferrándose de nuevo a lo lúdico, devora novelitas policíacas alemanas —simplonas en giros y argumentos— y clásicos góticos de tiempos pasados, entre ellos Arthur Machen, Bram Stoker y H. P. Lovecraft, aquel escritor a quien lo unía la experiencia de haber ejercido como vigilante nocturno. Ahora que su vida nómada ha llegado a su fin, ahora que vive en algo cercano a la estabilidad burguesa, se interesa además por la literatura de viajes. Lee a Bruce Chatwin y el *Viaje sentimental* de Laurence Sterne y el relato sobre cómo Marcel Schwob se lanzó a la caza de la tumba de Stevenson en la Polinesia —resulta imposible no atisbar en este gusto postrero por las criaturas extraviadas y los periplos de final incierto un eco directo de los mitos que rodean a personajes bolañescos como Cesárea Tinajero y Benno von Archimboldi.

⁹⁵ El mejor resumen de tales retornos se encuentra en un artículo titulado *El pasillo sin salida aparente*, donde el ya maduro Roberto Bolaño se mofa hasta la saciedad de la nueva literatura chilena, colocando en el punto de mira a varios de los personajes con quienes había compartido una parte de su gira. De repente, amparado por el éxito y la fama, nuestro protagonista vuelve a dar

rienda suelta a aquello que siempre fue: un *enfant terrible* dispuesto a enfrentarse a cualquiera, un maestro en «el arte del incordio», alguien capaz de desmontar con su labia y criterio a los farsantes, desnudando imposturas y dinamitando consensos huecos. Aunque resulte imposible saber qué habría ocurrido con Roberto Bolaño de haber vivido unos cuantos años más, no es difícil imaginar, en vista de este y otros textos, incluido *Los mitos de Cthulhu* o *Derivas de la pesada*, que nuestro protagonista habría acabado por exacerbar eso que Ignacio Echevarría ha dado en llamar «su vena gamberra». Tampoco esto resulta sorprendente. A fin de cuentas, son muchos los que han definido a Bolaño como un tipo espartano y él mismo se adjudicó el lema de *Et in Sparta ego*. Aunque dichos epítetos suelen referirse a la archiconocida austeridad de los habitantes de esta polis griega, no debe olvidarse que los espartanos fueron también, y ante todo, célebres por sus aptitudes bélicas.

⁹⁶ «Al medio año de vivir juntos empezó a salir con otros. Me propuso que nos separáramos[,] pero no quise. Le dije que por mí no había problema, que era cosa suya. Me dijo que estaba bien, que seguiríamos juntos, ella también lo prefería así».

⁹⁷ Por cierto, en los abismos del archivo Bolaño se encontró un listado de amantes con sus respectivos apodos.

⁹⁸ El mundo cultural español parece escindido entre quienes afirman que Carmen Pérez fue pareja de Roberto Bolaño y quienes se empeñan en considerarla un mero devaneo. Santi Serramitjana, el dueño de Joker Jocs, la tienda de juegos de mesa adonde solía acudir nuestro protagonista, aseguró frente a nuestra grabadora que Carmen Pérez era «amante» de Bolaño. Otros sostienen que eso es quedarse corto. El mejor resumen de esta maraña de versiones antitéticas parece haberlo dado el periodista cultural Xavi Ayén cuando indicó que «algo, en teoría, tan sencillo de dilucidar es, a tenor de los amigos consultados, interpretable. Para A. G. Porta y otros, “Roberto y Carolina no estaban separados”. En cambio, para otros, “su pareja era Carmen”». El final de nuestra historia no arroja luz alguna sobre dicho dilema hermenéutico. Si bien es cierto que

fue Carmen Pérez quien lo llevó *in extremis* al hospital, Carolina se mantuvo a su lado en todo momento y se encargó de seguir gestionando los asuntos personales de un Roberto agonizante. Mientras nuestro protagonista se hallaba hospitalizado, su esposa hizo cosas como responder a los correos que se le acumulaban en la bandeja de entrada. Por ejemplo, el 3 de julio de 2003, en la recta final de su deterioro, le mandó estas líneas a la poetisa octaviana Carmen Boullosa, amiga tardía de Bolaño: «Querida Carmen, Roberto me pide que responda a su correo y comunique que está hospitalizado [...] pronto estará al otro lado del teclado. Un beso, Carolina».

Epílogo

Esta biografía parte de una premisa sencilla: la vida de un escritor, y en el caso de Bolaño, una vida radicalmente pública, es objeto legítimo de indagación. No requiere permisos; lo que exige es rigor. Una biografía comienza con la acumulación de hechos verificables, pero su verdadero alcance está en otra parte: en iluminar los intervalos entre ellos, en trazar cómo una vida se va configurando en el tiempo y, en casos excepcionales, da lugar a una obra que transforma nuestra manera de entender la literatura.

Una biografía, en este sentido, tiene que ver con reunir datos, sí, pero también con adentrarse en las sombras entre una fecha y la siguiente, entre una experiencia y la siguiente. Es ahí, en esa zona de penumbra, donde interviene la imaginación: no para distorsionar, sino para comprender cómo esos hechos iluminan las dimensiones más elusivas del carácter, de la conciencia, una singularidad en las mareas de la vida humana. No se limita a preguntarse qué ocurrió; se pregunta también qué hace que una persona sea como es y, con mucha menos frecuencia, qué distingue a alguien tocado por el genio.

El genio es extraordinariamente raro y difícil de medir: duende, *daimon*. Cada generación puede considerarse afortunada si produce unos pocos. Schopenhauer señaló que el talento alcanza lo que otros no pueden; el genio alcanza lo que nadie más ve. Es, en última instancia, una forma de ver. Bolaño volvió a esta idea en más de una oportunidad, al trazar la diferencia entre literatura y gran literatura: «no es una cuestión de estilo ni de gramática, es una cuestión de videncia [...] es una bomba de relojería». Y en otro lugar dijo: «A la literatura nunca se llega por azar. Nunca, nunca. Que te quede bien claro. Es, digamos, el destino [...] un destino oscuro, una serie de circunstancias que te hacen escoger. Y tú siempre has sabido que ese es tu camino».

En estos asertos, entre las muchas provocaciones que caracterizaron su voz pública, puede percibirse algo así como una invitación implícita. Para Bolaño, la literatura era inseparable de la

vida. Lo que escribía era, en parte, una exploración de su propia trayectoria, de sus obsesiones, de su destino. Y, al mismo tiempo, una escritura que roza por momentos una biografía colectiva. Su mirada se vuelve hacia sí misma, pero también hacia fuera: mira a los demás, observa, da testimonio. Su obra recoge ese movimiento y transforma la experiencia en relato. La biografía, en cambio, invierte la cámara, desplaza la mirada: observa esa vida desde fuera, no para fijarla, sino para comprenderla mejor. Bolaño dijo en una ocasión que uno de sus ojos era Leica y el otro Minolta; escribía, además, teniendo en cuenta el paralaje.

Una vida, sin embargo, no se presenta como un relato único y estable. No somos una sola persona, sino muchas. Una en casa, otra con los amigos, otra con los colegas, otra en lo oculto. La persona que creemos ser no coincide necesariamente con la que otros perciben; tampoco con la que perdura. Una biografía reúne esas identidades cambiantes y, al tratarse de una composición que se despliega en el tiempo y el espacio, nunca coincide del todo con ninguna de las versiones posibles de esa existencia. La memoria es traidora.

Hay un ámbito en el que una vida parece hacerse más legible: el de la intimidad y, sobre todo, el de la escritura de sí. Cuadernos, fragmentos, anotaciones privadas prometen un acceso más directo al sujeto, una voz no mediada por la escena pública, los amigos, los allegados. Y, sin embargo, también ahí lo que encontramos no es una verdad definitiva, sino una construcción. El yo que escribe es también un yo que imagina, que selecciona, que va dando forma a su propia imagen. Uno escribe no solo lo que es, sino lo que cree ser, y sobre todo lo que le gustaría ser. Estas páginas acercan; no resuelven. Son otra forma de relato, otra versión entre muchas.

En el caso de Bolaño, dicha multiplicidad es inseparable de la paradoja de su recepción. Un escritor que pasó buena parte de su vida en los márgenes, pugnando por ser leído, se convierte, ya ausente, en una figura referencial, reclamada por lectores de distintas lenguas y generaciones, que a su vida han llegado tarde, cuando él ya no está. Es natural que quienes han sido tocados,

provocados o sacudidos por su obra sientan el deseo de saber más sobre la vida de la que surgió: cómo una voz de tal singularidad llegó a existir contra todo pronóstico.

Y una biografía es también, en su mejor expresión, un acto de enorme gratitud. En este caso, ese interés proviene de un escritor cuya experiencia profesional lo ha situado ante formas extremas de vulnerabilidad. Desde ahí, dirige su mirada hacia otro escritor. Lo que ofrece no es un cierre, sino una forma de ver con mayor claridad.

Es aquí donde la biografía converge con lo que Susan Sontag entendía por narración. No es casual evocarla: fue quien contribuyó decisivamente a dar a conocer a Bolaño en lengua inglesa y quien llegó a describir *Nocturno de Chile* como «lo más raro». En una rueda de prensa en Oviedo, con motivo del Premio Príncipe de Asturias, arremetió contra los falsos escritores, los «escritores mercenarios», y, por contraste, reivindicó a Bolaño, lamentando su muerte temprana. Supo ver en su obra no solo una singularidad, sino una exigencia.

Vio en Bolaño precisamente ese movimiento, una escritura que se movía entre la intensidad de lo vivido y la libertad de lo imaginado, entre la experiencia y su transformación en relato. Una biografía participa de ese mismo movimiento. En el caso de Bolaño, esta cuestión se vuelve inevitable. Su obra ha generado un intenso vínculo con los lectores, una sensación de haber sido interpelados, acompañados, incluso transformados. La biografía responde a ese reconocimiento del lector: por eso nace tanto de la curiosidad como de una forma de gratitud. Quienes hemos seguido como especialistas el largo recorrido de su escritura —la intensidad, los riesgos, la persistencia en condiciones precarias— reconocemos en ella no solo una imaginación, sino una lucha.

Tendemos a pensar la biografía como un ejercicio de verdad, y lo es. Pero la verdad, en este contexto, no es estable ni tranquilizadora. Aparece en fragmentos, en contradicciones, en revelaciones parciales, situándose en la intersección entre el hecho y la imaginación: los hechos aportan el esqueleto; el tejido que los une debe ser inferido, reconstruido, a través de una atención

disciplinada. Hay, inevitablemente, una dimensión que no puede recuperarse por completo.

Seguir de cerca una vida es, por tanto, encontrarse no con un relato coherente, sino con una serie de tensiones que resisten toda resolución. No es un defecto de la biografía; es su condición. Y es también la condición de la literatura. La verdad no es benigna. Se resiste a la simplificación. Desestabiliza lo que creemos saber y lo que creemos tener derecho a saber.

Hay escritores cuyo coraje nos arranca del adormecimiento de la vida cotidiana, que nos obligan a ver de otra manera. No todos lo hacen del mismo modo, ni desde el mismo lugar. Nawal El Saadawi, nacida lejos del mundo de Bolaño, en un pueblo a las afueras de El Cairo en 1931, estaba atravesada por un espíritu combativo semejante. «Dijeron: eres una mujer salvaje y peligrosa». A lo que respondió: «La verdad es salvaje y peligrosa». El arte es peligroso. También puede serlo una biografía.

VALERIE MILES

Agradecimientos

Como bien advirtió Juan Gabriel Vásquez en las páginas de *Joseph Conrad. El hombre de ninguna parte*, los biógrafos se hallan obligados a recurrir a las conjeturas y a veces incluso a la ficción. En esta historia, sin embargo, y dejando de lado un par de inocuas licencias, he procurado atenerme a la realidad tal y como otros se encargaron de presentarla. Para ello, además de las autofabulaciones de mi propio protagonista, recopilé testimonios de individuos que conocieron y/o estudiaron al héroe de este relato. Desde aquí agradezco efusivamente al cineasta Ricardo House, al periodista Juvenal Rivera y al escritor Felipe Ossandón: con una generosidad más allá de cualquier expectativa, todos ellos compartieron conmigo materiales inéditos acerca de la vida y obra de Roberto Bolaño. Cristina Borràs Planas, de la Casa Amèrica Catalunya, Salvador García Fernández, de la Fundación Carlos Edmundo de Ory en Cádiz, y María José Rucio Zamorano, de la Biblioteca Nacional de España, me ayudaron a descubrir huellas dispersas de un hombre que hizo de la literatura su patria y su escondite. Extiendo mi agradecimiento a quienes enriquecieron este viaje con su lucidez y memoria, en especial a Fernando Iwasaki, Inma Marcos, Ignacio Echevarría, Bruno Montané, Santi Serramitjana, Maribel Luque, Tomás Achurra, Ángel Fernández, Gustavo Guerrero, Montserrat Madariaga-Caro y Jaime Quezada. A Pau Centellas le debo que el manuscrito llegase adonde felizmente lo esperaban, a Estefanía Martín la confianza y a Juan Bonilla, entre otras muchas cosas, su generosísima labor editorial, que cualquier jurista ortodoxo habría tildado de limítrofe con la coautoría. Por último, pero sin duda no menos decisivo, agradezco a Valerie Miles su paciencia infinita y sus infinitos consejos, así como el valiosísimo fruto de una lectura crítica, rigurosa y sensible: cualquier error que figure en estas páginas es responsabilidad exclusiva del autor, pero fueron muchos los que se lograron enmendar gracias a su atenta mirada.

Bibliografía

Libros Andrews, Chris. *Roberto Bolaño: Un universo en expansión.* **Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014.**

Beck Monroe, Jonathan. *Framing Roberto Bolaño: Poetry, Fiction, Literary History, Politics.* Cambridge: Cambridge University Press, 2019.

Bolaño, Roberto. *A la intemperie.* Barcelona: Alfaguara, 2019.

Braithwaite, Andrés, ed. *Bolaño por sí mismo.* Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.

Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y Diputación de Barcelona. *Archivo Bolaño: 1977-2003.* Barcelona, 2013.

Cercas, Javier. *No callar.* Barcelona: Tusquets Editores, 2023.

González Fuentes, Juan Antonio, y Dámaso López García, eds. *Roberto Bolaño: Estrella distante.* Sevilla: Editorial Renacimiento, 2017.

Grass, Dunia, y Leonie Meyer-Krentler. *El viaje imposible: En México con Roberto Bolaño.* Madrid: Tropo Editores, 2010.

Herralde, Jorge. *Para Roberto Bolaño.* Barcelona: Acantilado, 2005.

Herralde, Jorge. *Un día en la vida de un editor y otras informaciones fundamentales.* Barcelona: Anagrama, 2019.

ICCI Casa Amèrica Catalunya. *Jornadas Homenaje: Roberto Bolaño (1953-2003).* Barcelona, 2005.

Kurnick, David. *The Savage Detectives Reread.* Nueva York: Columbia University Press, 2022.

Madariaga-Caro, Montserrat. *Bolaño Infra: 1975-1977.* Santiago de Chile: RIL Editores, 2010.

Maristain, Mónica. *El hijo de Mister Playa: Una semblanza de Roberto Bolaño.* Oaxaca: Editorial Almadía, 2012.

Miles, Valerie. *Roberto Bolaño and the visual imagination: a poetics of the eye.* Universitat Pompeu Fabra, 2025.

Monroe, Jonathan B., ed. *Roberto Bolaño in Context*. Cambridge: Cambridge University Press, 2022.

Paz Soldán, Edmundo, y Gustavo Faverón Patriau, eds. *Bolaño Salvaje*. Barcelona: Candaya, 2008.

Pérez, Alberto Julián. *Novela y poesía en Hispanoamérica*. Nueva York: Barker & Jules, 2021.

Quezada, Jaime. *Bolaño antes de Bolaño: Diario de una residencia en México (1971-1972)*. Santiago de Chile, 2007.

Saucedo Lastra, Fernando. *México en la obra de Roberto Bolaño: Memoria y territorio*. Madrid: Iberoamericana, 2015.

Silva de la Mora, Raúl. *Roberto Bolaño: Real Infrarrealista*. Santiago de Chile: Carbón Libros, 2023.

Correspondencias Correspondencia entre Carlos Edmundo de Ory y Roberto Bolaño: 1977-1996, Archivo de Carlos Edmundo de Ory, caja 32, Fundación Carlos Edmundo de Ory.

Correspondencia entre Bruno Montané y Roberto Bolaño: 1976-1998, Sala Cervantes, MSS/23268/1/1-71, Biblioteca Nacional de España.

Material audiovisual Achurra, Tomás. *Escribir no es normal*. 2024.

Casa de América. *Boom Bolaño*. Madrid, 24 de noviembre de 2010.

Casa de América. *El legado de Roberto Bolaño*. Madrid, 21 de noviembre de 2018.

CCCB (Centre de Cultura Contemporània de Barcelona). *Reportaje exposición «Archivo Bolaño. 1977-2003»*. Barcelona, 13 de mayo de 2013.

Haasnoot, Erik. *Bolaño cercano*. 2008.

House, Ricardo. *La batalla futura I*. 2010.

House, Ricardo. *La batalla futura II*. 2011.

House, Ricardo. *La batalla futura III*. 2016.

Lemebel, Pedro. Entrevista a Roberto Bolaño. 1999.

RTVE. *Roberto Bolaño: El último maldito*. Emisión televisiva, 28 de septiembre de 2020.

Villagrán, Fernando. Entrevista a Roberto Bolaño. *Off the Record*, 1998.

Warnken, Cristián. Entrevista a Roberto Bolaño. *La belleza de pensar*, 1999.

Artículos, reportajes y blogs Alcaíno Padilla, Rodrigo. *El Bolaño cauquenino*. 25 de febrero de 2023.

Aliaga, Majenda. «Historia de una edición». *Revista Katabasis*. 5 de febrero de 2021.

Alvear, Francisco Javier. «Lola, la novia olvidada de Roberto Bolaño». *Diario Clarín*, 27 de diciembre de 2013.

Arango, Jacobo. «¿Sueñan los escritores con mecenas desahuciados? Una conversación entre Roberto Bolaño y Ricardo Piglia». *Revista Poligramas*, n.º 49, diciembre de 2019.

Ayén, Xavi. «La novia de Roberto Bolaño deberá pagar a la viuda 35.000 euros». *La Vanguardia*, 4 de mayo de 2019.

Ayén, Xavi. «Bolaño, enigmas que no son ciencia ficción». *La Vanguardia*, 30 de octubre de 2016.

Bahamondes Chaud, Pedro. «"Experimento Bolaño": La historia de su casa de infancia en Quilpué que busca convertirse en patrimonio». *The Clinic*, 27 de mayo de 2022.

Bartolomé Cerdà, Germán. *El legado de Roberto Bolaño*. Facultat de Lletres – Universitat de Girona, junio de 2015.

Beltrán, Marcel. «Los veranos de Roberto Bolaño currando de segurata en un camping de Castefa». *El Nacional.cat*, 13 de junio de 2021.

Blanco, Leticia. «El culebrón Bolaño salpica al mundo editorial». *El Mundo*, 18 de diciembre de 2019.

Boero Vargas, Mario. «Salvador Allende y Roberto Bolaño: Un encuentro bifronte entre historia y literatura». *Cuadernos*

- Hispanoamericanos*, n.º 750, 2012, pp. 117-128.
- Bringas, César. «Roberto Bolaño: Detrás de mi ventana». *Tierra Adentro*, 15 de julio de 2020.
- Calvo, Lucía. «El paso de Bolaño por el CCCB». *Blog CCCB*, 25 de enero de 2013.
- Cancino, María Elizabeth. «Voy y vuelvo... Provincianos». *Cauquenesnet.cl*, 31 de julio de 2009.
- Careaga, Roberto. «Edna Lieberman, la mujer de "ojos terribles" que Roberto Bolaño nunca olvidó». *La Tercera*, 11 de diciembre de 2011.
- Careaga, Roberto. «*El Tercer Reich* (Bolaño, 1989)». *Tareas de Lectura*, 23 de enero de 2010.
- Chelle, Fernando. «*Sensini*, de Roberto Bolaño: cuando la literatura, en lugar de buscar la gloria, busca pagar los porotos». *Letralia*, 29 de agosto de 2017.
- Cinzano, Martín. «Cuchicheos en torno a la zona invisible: Las cartas entre Roberto Bolaño y Enrique Lihn». *Guaraguao: Revista de Cultura Latinoamericana*, n.º 70, 2022.
- Cooperativa.cl*. «Familiares de Roberto Bolaño despidieron sus restos en el mar Mediterráneo». 16 de julio de 2003.
- Correal, Francisco. «La buena literatura está comunicando». *Diario de Sevilla*, 4 de abril de 2008.
- Cruzcamarillo, Orlando. «Descifrando a Bolaño». *Confabulario*, suplemento cultural de *El Universal*, octubre de 2024.
- Dés, Mihály. «Entrevista a Roberto Bolaño». *Lateral*, n.º 40, abril de 1998.
- Díaz, Jaime. «Las cartas inéditas de Bolaño». *Revista Paula*, n.º 992, febrero de 2008.
- Domenech Cases, Lourdes. *Ruta Roberto Bolaño*. Ayuntamiento de Blanes, 23 de mayo de 2018.
- Echevarría, Ignacio. «Roberto Bolaño, caso cerrado: Ignacio Echevarría reconstruye el doloroso juicio con su viuda». *El*

Español, 25 de marzo de 2024.

Echevarría, Ignacio. «Bolaño internacional: algunas reflexiones en torno al éxito internacional de Roberto Bolaño». *Estudios Públicos*, n.º 130, otoño de 2013, pp. 175-202.

Echevarría, Ignacio. «Páginas en blanco». *El Español*, 7 de febrero de 2024.

El Diario Vasco. «Tras la tenue pista de Roberto Bolaño». 14 de abril de 2013.

El Periódico de Aragón. «La publicación de *El Tercer Reich* sube la fiebre por Bolaño». 4 de febrero de 2010.

El Universal. «Revelan correspondencia de Roberto Bolaño». 14 de julio de 2017.

El Universal. «Tras los pasos chilangos de Roberto Bolaño». 15 de marzo de 2017.

Fernández Santos, Elsa. «El chileno de la calle del Loro». *Revista Paula*, n.º 782, 1998.

Fernández, Víctor. «Pere Gimferrer: "No se puede imprimir todo lo que llega a una editorial"». *La Razón*, 30 de septiembre de 2022.

Freixas Mascort, Lluís. «Territori Bolaño». *Revista de Girona*, n.º 264, 2011.

Fresán, Rodrigo. «*El secreto del mal* y *La Universidad Desconocida*, de Roberto Bolaño». *Letras Libres*, 30 de junio de 2007.

Fuguet, Alberto. «Bolaño». *Revista Frontera D*, 24 de octubre de 2013.

Fuguet, Alberto. «Bolaño». *Paniko.cl*, abril de 2014.

García, Javier. «Bruno Montané: "Duele que el dinero del legado de Bolaño se use para demandar a sus amigos"». *La Tercera*, 21 de enero de 2020.

García Ortega, Adolfo. «Roberto Bolaño, clave de su generación». *El País*, 17 de julio de 2003.

Geli, Carles. «En la cocina inédita de Roberto Bolaño». *El País*, 6 de marzo de 2013.

- Gómez, Andrés. «Los verdaderos detectives de Bolaño». *La Tercera*, 9 de julio de 2006.
- Hevia, Elena. «Los papeles póstumos de Roberto Bolaño». *El Periódico*, 16 de abril de 2008.
- Hevia, Elena. «La novela "abominable" de Bolaño». *El Periódico*, 6 de noviembre de 2016.
- Hevia, Elena. «Ignacio Echevarría, absuelto por atentar contra el honor de Bolaño». *El Periódico de Aragón*, 14 de enero de 2020.
- Lapidario, Josep. «Roberto Bolaño, el último perro romántico». *Jot Down Cultural Magazine*, enero de 2012.
- Lemebel, Pedro. Entrevista a Roberto Bolaño. 1999.
- Loy, Benjamin. «Chistes par(r)a reordenar el canon: Roberto Bolaño, Nicanor Parra y la poesía chilena». *Romance Studies*, n.º 1, 2015.
- Massot, Josep. «La viuda del escritor, Carolina López: "Roberto Bolaño tuvo tiempo de disfrutar el reconocimiento"». *La Vanguardia*, 19 de diciembre de 2010.
- Massot, Josep. «El día que Bolaño decidió ser novelista». *La Vanguardia*, 29 de enero de 2012.
- Martínez, Alejandro. «Contiendas de archivo: Sobre la reinención de Roberto Bolaño». *Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, vol. 13, n.º 25, 2022.
- Miles, Valerie. «Roberto Bolaño and the Beat Connection». *The New Yorker*, 3 de marzo de 2019.
- Miles, Valerie. «The Telepathy of Bolaño's Archive: At the Surface of the Visible». *Southwest Review*, vol. 108, no. 2, 2023.
- Molina, Ignacio. «Hermana de Roberto Bolaño sobre Carolina López: "Mi mamá sufrió mucho por esa mujer"». *Paniko.cl*, noviembre de 2016.
- Molina, Ignacio. «Cuando Bolaño jugaba a la guerra». *Paniko.cl*, noviembre de 2016.
- Molina, Óscar. «Bolaño oculto, Bolaño transparente, Bolaño

expuesto». 3 de junio de 2013.

Moyano, Alberto. «Tras la tenue pista de Roberto Bolaño». *El Diario Vasco*, 14 de abril de 2013.

Nardi, Pablo. «Roberto Bolaño periodista: cómo es *A la intemperie*». *Infobae*, 2 de agosto de 2022.

Olmos, Alberto. «María Kodama, Carolina López... ¿Son todas las viudas de escritores unas brujas?». *El Confidencial*, 14 de diciembre de 2016.

Olmos, Alberto. «Bolaño y yo: La historia jamás contada». *El Confidencial*, 4 de octubre de 2016.

Ossandón, Felipe. «Reinventando a Bolaño: Ciudad de México y la aparición de su primer libro». *Revista Vórtice*, n.º 22, junio de 2004.

Ossandón, Felipe. «Bolaño: La estación mexicana». *Revista de Libros*, julio de 2004.

Ossandón, Felipe. *Conversación con Bolaño*. 14 de febrero de 2003.

Peirano, Marta. «Culebrón Bolaño: de viudas, albaceas, amantes y libros póstumos». *elDiario.es*, 23 de noviembre de 2016.

Ramírez, Juan Carlos. «Ricardo House y Roberto Bolaño: "La demanda de la viuda oficial atrasó mi documental"». *La Segunda*, 30 de noviembre de 2016.

Ramos, Dulce María. «El Rómulo Gallegos: una elegía anunciada». *El Universal*, 2 de agosto de 2020.

Retamal, Pablo. «Roberto Bolaño y la creación de *2666*: crímenes, fragmentación y muerte». *La Tercera*, 19 de diciembre de 2019.

Retamal, Pablo. «Roberto Bolaño y *Los detectives salvajes*: 25 años de un neoclásico». *La Tercera*, 2023.

Retamal, Pablo. «Pedro Lemebel y Roberto Bolaño: la historia de una amistad que se quebró». *La Tercera*, 2025.

Rivera Sanhueza, Juvenal. «Bolaño, 1973». *Anfibia*, 5 de julio de 2023.

- Rivera Sanhueza, Juvenal. «Los Ángeles de Bolaño». *El Mostrador*, 17 de febrero de 2024.
- Rodrigues-Moura, Enrique. «Autores ante críticos Bolaño/Belano ante Echevarría/Echevarne». *Revista de Filología Románica*, n.º 2, 2015, pp. 307-323.
- Rodríguez Freire, Raúl. «Bolaño, la literatura como ensamblaje». *Revista Landa*, vol. 10, n.º 2, 2022, pp. 437-458.
- Rohter, Larry. «A Chilean writer's fictions might include his own colorful past». *The New York Times*, 8 de febrero de 2009.
- Santos Cid, Alejandro, y Gonzalo Moncloa Allison. «El destino de los infrarrealistas que Roberto Bolaño retrató en *Los detectives salvajes*». *El País*, 4 de septiembre de 2022.
- Schmidt, Ricardo. *La pluma ante el infierno: el bien en Roberto Bolaño*. Agosto de 2018.
- Shulman, Aaron. «The Complicated Afterlives of Roberto Bolaño». *Literary Hub*, 17 de julio de 2023.
- Silva, Raúl. *El barrio más oscuro de su memoria*. Inédito, 2020.
- Silva de la Mora, Raúl. «Los poetas de hierro y Roberto Bolaño». *La Jornada Morelos*, 27 de julio de 2024.
- Soto, Marcelo. «Bolaño». *La Tercera*, 27 de julio de 2003.
- Soto, Marcelo. «Lanzados y desnudos». *Revista Santiago*, 10 de agosto de 2016.
- Soto, Marcelo. «Duelo de gigantes: la historia inédita de la pelea de Roberto Bolaño con Pedro Lemebel». *Ex-Ante*, 30 de julio de 2023.
- Suárez, Eduardo. «Edna Lieberman y las cartas a su fantasma Roberto Bolaño». *Periodistas Unidos*, 24 de mayo de 2024.
- Tallón, Juan. «Un tal Bolaño». *Jot Down Cultural Magazine*, julio de 2018.
- Taormina, Alizé, y Kristine Vanden Berghe. «El Roberto Bolaño de Javier Cercas». *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n.º 49, pp. 241-254.

- Time Out Barcelona*. «La Barcelona de Bolaño». 4 de marzo de 2016.
- Toledo Castro, Luis Felipe. *Correspondencias visuales. Roberto Bolaño a Soledad Bianchi*. 4 de diciembre de 2023.
- Torres, Benjamín. «El fantasma de Lisa Johnson en la obra de Roberto Bolaño». *Desnos Editorial*, 10 de febrero de 2023.
- Torrado, Santiago. «De Javier Cercas a Roberto Bolaño: un camino de amistad y literatura». *La Tinta*, 15 de marzo de 2023.
- Valls, Fernando. «Roberto Bolaño múltiple: identidades culturales y tradiciones literarias». *Revista Orillas*, n.º 6, 2017.
- Vázquez Recio, Nieves. «Puras manos en tecleo frenético. El epistolario de Roberto Bolaño y Carlos Edmundo de Ory». *Revista Chilena de Literatura*, n.º 105, mayo de 2022.
- Vázquez Recio, Nieves. «El componente lúdico en *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño». *Revista Iberoamericana*, n.º 270, 2020, pp. 185-206.
- Vila-Matas, Enrique. «Los escritores de antes: sobre Roberto Bolaño». *El Cultural*, 28 de noviembre de 2015.
- Villagrán, Fernando. Entrevista a Roberto Bolaño. *Off the Record*, 1998.
- Volpi, Jorge. «Contra Ignacio Echevarría». *Letras Libres*, julio de 2004.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Romanyà Valls,
en Capellades (Barcelona),
en mayo de 2026